



# ANITA

UNA NOVELA DE

ROMA GARCÍA GUERETA

# DÓLAR

Anita

Dólar

Roma García Guereta

«La única manera de lidiar con un mundo sin libertad es llegar a ser absolutamente libre para que tu existencia misma sea un acto de rebelión.»

Albert Camus

□

Parte I.  
Anita llega a Londres

## CAPÍTULO 1

Anita pensó que en ese momento alguien estaría disparando en un callejón, que una mujer estaría dando a luz, pero que no pasaría de aquella noche; o incluso que algún respetado inspector de la policía estaría aceptando dinero a cambio de la falsa inocencia de un criminal.

En ese mismo momento podían estar pasando cientos de cosas. ¡Qué idea tan maravillosa! Era algo de lo más emocionante. Pero allí estaba Anita, a punto de dar el primer paso del que sería el largo y arduo trabajo de cavar su tumba.

—¡Anita!

Desde la ventana, la ciudad parecía una encantadora miniatura de sí misma, como esos pequeños trenes con los que los niños solían jugar hacía un par de décadas.

—Dime, dime —respondió Anita—, no vaya a ser que se te queden las palabras en la boca y te atragantes.

Todos decían que Anita era muy irrespetuosa con su madre y nada cariñosa con su padre.

Al hijo, sin embargo, no le prestaba mucha atención, pues él no la soportaba y no podía esperar a que la casaran para perderla de vista.

—Ana, Madre te está esperando abajo, en el recibidor. Apresúrate o llegaremos tarde —le dijo él.

Anita Schneider era una joven apenas en edad casadera, bonita, pero tampoco demasiado, lo necesario para llamar a los hombres al coqueteo, pero no como para recibir trágicos poemas de amor.

Y, lo más importante, era de familia muy rica.

Los Schneider, alemanes por parte del padre, el señor Schneider —un muerto de hambre de Fráncfort del Meno—, eran conocidos, como a muchos otros, por ser *nouveau riches*.

El padre de familia había hecho dinero poco después de su llegada a América gracias a los ferrocarriles.

—Este hotel es espantoso —se quejó ella mientras bajaban las escaleras al recibidor.

—¿Por qué dices eso?

Anita señaló la habitación con un gesto vago.

—La decoración, el olor, la gente... ¡Los modales! —insistió—. Los ingleses son irritantes.

—Los ingleses son irritantes cuando tratan contigo porque eres una niña insoportable, Anita. Ahora cállate y baja las escaleras —dijo Ernest.

—¡Retira eso!

—Ernest, por Dios, deja de chingarla.

Las escaleras del hotel se quedaron en completo silencio cuando la señora Schneider hizo presencia. Fue hacia su hija y le cogió los cachetes suavemente con una sonrisa de cariño.

—¿Cómo puedes decirle cosas tan feas a tu hermana, con esa carita suya? ¡Qué niña tan linda eres, Anita!

—Madre, suélteme, por favor —se quejó la joven. Tenía las mejillas enrojecidas y doloridas. La apartó de sí con un manotazo y se cruzó de brazos.

Ernest se adelantó y bajó junto a su madre. Anita, que se había quedado mirando a su hermano, bajó las escaleras con mucha más lentitud para hacerle rabiar.

—¿Adónde vamos? Llegamos a Londres hace poco más de una hora y solo me ha dado tiempo a

cambiarme —sollozó Anita, recibiendo el abrigo del mozo—. ¿Qué vamos a hacer aquí si no conocemos a nadie?

—¡Deja de quejarte! —le pidió el joven.

—Iremos a cenar a casa de una vieja amiga de vuestro padre, la señora Spratt —dijo la señora Schneider—. Su esposo es un empresario muy importante y nos presentará a las personas necesarias para encontrarte un buen marido.

Anita puso los ojos en blanco y entró al coche.

—Un marido con título, bueno no tiene por qué serlo. ¿Y solo es una cena informal? Pensaba que me presentarían en un baile.

—Es una cena *íntima* —repuso la señora.

La joven miró por la ventana: solo veía personas, coches, más coches y ese aire gris del que le habían hablado en Chicago. Aquel país era insufrible y la sola idea de quedarse ahí para siempre le provocaba un dolor en el pecho.

—Cálmate, todo va a salir bien —le susurró la señora Schneider—. Un día y estarán todos los lores prendados de ti.

Anita sonrió dándole la espalda.

—¡Mírala! Le brilla la cara. ¡Todo este juego suyo no es más que una patraña para dar lástima!

—¡Ernest! Deja de decir eso o te mandaré de vuelta a Chicago con tu padre —gruñó la mujer.

—¿No ves que es eso lo que intenta, madre? Quiere irse de aquí para volver a América con la señorita Folch. ¡Rosita, que lo espera con mucho amor en los ojos!

Ernest le tiró su sombrero a la cara con el ceño fruncido e intentó ahogarla con él.

—¡Rosa, Rosita! —repitió la chica.

—¡Parad! Anita, te estás arrugando el vestido. Y Ernest, olvídate de Rose Folch de una vez, tendrás mujeres más dignas a las que acceder si Anita se casa con un noble.

—Si Ana se casa con un lord, ¿por qué tengo que casarme yo con una lady? —insistió Ernest, que se sentía acorralado.

La señora Schneider soltó una bocanada de aire.

—Y no tienes que hacerlo, Ernest. Pero esa chica no te conviene en absoluto.

—Bueno, bueno —sollozó Anita—, ¡de tu amor hablaremos luego! ¿Puede decirme, madre, a quiénes vamos a conocer hoy?

—A nadie que nos interese. He oído que el hijo de la señora Spratt es muy guapo y de buena planta, así que aléjate de él. Te conozco bien —rezongó la mujer, y escondió la barbilla bajo la papada con gesto solemne.

La chica hizo un puchero mientras su hermano se aguantaba con pasión las carcajadas.

—¿Qué peligro hay en jugar un poco hasta sentar la cabeza?

—¡Mucho! —dijo entonces Ernest—. Como arruines tu decencia y quedes en ridículo me tocará a mí casarme, y entonces te ahogaré mientras duermes —la amenazó.

Ya había anochecido en Londres y las calles las iluminaban las farolas de gas. Los caballeros y las damas que antes paseaban por las abarrotadas avenidas eran ya apesurados transeúntes que caminaban más rápido que los perros.

El coche paró frente a un bonito edificio antiguo y el chófer les abrió la puerta. Anita salió con elegancia y acarició la piel del abrigo, preparada para aparecer en escena.

—Me dijo que lord Somerbridge aún no ha vuelto del campo, insiste en que la caza todavía tiene mucho que ofrecerle.

Anita escuchó la conversación al pasar frente a la ventana, de camino a la entrada de la casa. Cuando anunciaron sus nombres, la sala se quedó en silencio: el humo de los cigarrillos subió al

techo con lentitud y disimulo, y el eco de las copas reverberó por toda la habitación.

Le tendió su abrigo al lacayo y avanzó tras la señora Schneider hacia la sala de estar. Al instante, una mujer mayor se acercó a ellos y le hizo una seña a un sirviente para ofrecerles una copa de vino.

—Es un placer conocerlos al fin. Señora Schneider, su marido me ha hablado mucho de usted y de su encantadora hija. Anita, ¿no es así?

Diana Spratt era la esposa de un magnate de la electricidad y por eso conocía a su padre, aunque su fortuna no podía compararse a la de los Schneider.

Los negocios ocupaban la vida social de su familia y esto se vería reflejado en la futura vida matrimonial de Anita.

—Señorita Ana Schneider —repuso la chica, inclinando la cabeza con una pequeña sonrisa.

La señora Spratt miró de reojo a su madre.

—Bueno... Acompañenme, esperaremos ahí hasta la hora de cenar. Si me permiten, me gustaría presentarles a mi hijo, el señor Leonard Spratt —les comentó mientras avanzaban por la habitación, bajo la atenta mirada de los invitados—. Acaba de volver de la costa francesa.

—Un lugar estupendo durante el invierno, desde luego. ¿No estuviste tú allí hace un par de meses, Ernest?

El joven la miró fijamente hasta que se acordó de que, efectivamente, le había dicho a su madre de su viaje a la Riviera para que no descubriese que, en realidad, había ido a Nueva York a ver a Rosita.

—Sí, Ernest fue ahí de vacaciones el pasado agosto —se apresuró a decir Anita, para sorpresa de su hermano—. Alquiló *la ville de Beau Soleil*, ¡y el muy bribón cenaba todos los días con los caballeros de su club en el casino de Cannes!

—¡Cannes! —dijo de repente Spratt—. El mejor lugar de Francia, desde luego. Después me contará sobre sus vacaciones, pero ahora creo que a las damas les apetece jugar a las cartas, ¿no cree, señor Schneider?

—Por supuesto...

Se sentaron alrededor de la mesa y repartieron las cartas entre los tres. Mientras, la señora Spratt y su madre se dirigieron al sofá a charlar y presentarse a los demás.

—¿Le importa si fumo? —Anita negó con la cabeza—. ¿Quiere uno, señor Schneider?

—Desde luego —respondió Ernest.

Jugaron durante un rato y, al poco rato, Anita iba en cabeza con una potencial victoria abrumadora. El señor Spratt no paraba de reírse con esa sonrisa de medio lado tan encantadora cada vez que la joven ganaba a su hermano, mientras el humo se le escapaba de entre los labios y las piernas de Anita temblaban.

—¿Quién decoró la casa, si me permite la pregunta, señor Spratt? Qué colección de pinturas más magnífica...

—El gran orgullo de mi padre, desde luego, y al que tiene en muy alta estima —respondió el joven—. Y, ya que usted pregunta, el valor de esta colección que ve aquí, entre cuadros y bustos, asciende a más de diez mil libras.

La señora Spratt apareció de repente.

—¡Cielos, Leonard...! A una dama no se le habla de dinero.

Aunque regañaba a su hijo, sus ojos brillaban de orgullo por los aires de grandeza que podría darse sin vergüenza alguna sobre su persona, pues la culpa ahora era de su joven hijo.

—Discúlpelo, he sido yo quien ha preguntado. No le culpe a él sino a mí —le defendió Anita.

—Ay, señorita Schneider, qué dulce es. Ya me lo había dicho su madre. Bueno, mi hijo no ha

mentido: esta colección es todo un orgullo para mi marido y la envidia de todo el país.

—Veo que es usted muy aficionado a las pinturas de Van Halsen. Es un excelente artista, desde luego, y su técnica para la luz difícilmente se puede imitar —dijo la joven, mirando a su alrededor con un tono onírico en los ojos.

—Sería grandioso que estuviese él aquí, así podrían charlar sobre pinturas y acuarelas. Ahora, sin embargo, me gustaría presentarle al resto de invitados, si no le importa.

La señora Spratt la llevó hacia el grupo de personas que no había parado de observarlas como a un mono de feria.

Los primeros en anunciarse fueron lady Cooper y su marido, un comerciante que logró ser el título de caballero por alguna razón que a Anita no le llegaron a contar.

Después de charlar con ellos un poco, le presentaron al último de los invitados, el señor Hughes, un anciano para nada interesante que la sermoneó sobre las sagradas escrituras y que les prometió una lectura de los salmos tras cenar.

—Háganme el favor de pasar al comedor.

Anita fue detrás de la señora Schneider y se sentó entre lady Cooper y el señor Leonard Spratt, que le sonrió con encanto mientras se acomodaba sobre la silla. Les sirvieron la segunda copa de vino, afortunadamente, a la vez que el joven acaparaba toda su atención.

—Han llegado ustedes esta misma tarde, ¿no es así? —le preguntó en voz baja—. ¡Bien! Eso me permite enseñarle la ciudad a lo largo de la semana.

Mordiéndose la sonrisa, Anita apartó la mirada con un giro de cuello fríamente calculado.

Escuchó un carraspeo y vio a su hermano, que la observaba intercalando a veces miradas a Spratt. Viéndose descubierta, Anita se miró los guantes con las cejas muy levantadas y sonrió a Ernest con la mueca menos disimulada que podía llevar a cabo.

—Su hermano es de carácter estricto —susurró Leonard de nuevo, asombrado y sonriente.

—Ni se lo imagina —rio Anita—. Pero, ya sabe; los hermanos son solo padres disfrazados.

—Aunque esté bien custodiada, ¿me permitirá el placer de llevarla conmigo al teatro alguno de estos días, señorita Schneider?

Ella se lo pensó un poco para fastidiarle.

—De acuerdo; creo que podré hacer un hueco en mi apretada agenda para usted —respondió al fin.

La cena transcurrió con tranquilidad, pero la señora Schneider no pasó por alto las atenciones que su hija y Leonard Spratt se otorgaban mutua y gustosamente.

Después de las últimas copas alrededor del comedor, los invitados comenzaron a desaparecer, y la señora Schneider, que ya había acordado salidas para toda la semana, se apresuró a sacar a sus hijos de la casa antes de que Anita lanzara un beso y un guiño al caballero con el que había pasado la tarde.

Empujó a la chiquilla dentro del coche y Ernest entró con tranquilidad tras ellas, mirando la hora en su reloj, expectante por la inminente reprimenda.

El coche arrancó y se quedaron todos en silencio hasta que desaparecieron de la calle:

—¡Pero yo qué te dije, niña! —gritó de repente, asustando hasta al chófer—. ¡Que ni lo mirases! ¿Es que no lo entiendes? ¿De qué nos servirá que te cases con alguien como él?

—Perdón, madre, perdón.

—Es que no eres más que una cría. Con suerte ya puedes concebir. En tu boda se pensarán que eres la niña de las flores y no la novia, Anita —rezongó su madre con una mueca.

La joven la miró sin dar crédito.

—¡Madre! Eso no es cierto. Aún tengo muchos admiradores en Chicago y, que yo sepa, ¡a los



caballeros no le gustan las niñas!

—¿Qué dices? ¡Si no les gustasen estarías más que perdida!

Ernest se cruzó de brazos también y les pidió que pararan, pues el terrible sentimiento de ridículo comenzaba a superarlo.

Por alguna razón, le parecía que Anita no era más que una teatrera que nada tenía ya que ver con la hermana que conocía, pero después recordó que no había ningún recuerdo muerto de ella que le recordase a algo parecido a la decencia.

—Cielo, niña mía, no pongas esa carita tan triste —sollozó su madre al verla—. Sabes que lo digo por tu bien, Anita, para que te cases con un hombre que esté a tu altura y no con un mindundi de las bombillas...

Anita, de nuevo, la miró con ese espasmo de antipatía en sus labios que no a menudo debería ser visto en ellos.

## CAPÍTULO 2

Al día siguiente fue inevitable que Leonard Spratt formalizara su salida al teatro.

La señora Schneider, por su amistad con la familia y por perder de vista un rato a su tormentosa hija, aceptó que Anita fuera con él y con Ernest.

Su joven hermano no tenía muchas ganas de salir al teatro con la pareja. Anita y Leonard Spratt eran tal para cual, con su charla pomposa y sus coqueteos que sobrepasaban lo ridículo.

Ese mismo viernes fueron al teatro a ver una obra de la que ninguno de los dos sabía el nombre. Tal y como le había pedido su madre, aunque de mala gana, Ernest se empeñó en que los dos jóvenes no hablaran más de la cuenta a ojos de los demás.

—Pero creo que a su hermano Ernest le ha entusiasmado la obra. ¿No es así, señor Schneider? No ha parado usted de comentarla.

Paseaban en ese momento por el parque; el teatro quedaba cerca de un restaurante y Leonard Spratt había decidido invitarles a cenar ahí. Al terminar, como Anita necesitaba estirar las piernas, buscaron un atajo por el que volver al hotel.

—Ha sido toda una sorpresa —rio ella.

—Ana —dijo entonces Ernest—, olvidas que me gusta mucho el teatro.

Ernest a menudo pensaba que su hermana, aunque muy vivaracha, y ciertamente descuidada, parecía habitar a veces en un mundo nostálgico, lejos de los demás.

Anita lo miró a los ojos durante un momento.

—Sí —respondió—. A veces lo olvido.

El señor Spratt volvió a dirigirse a ella y la joven le prestó toda su atención, riéndole las gracias por lo bajo y recordándole viejas chanzas a menudo.

Siguieron paseando hasta que anunció que ya habían llegado al hotel. Entraron a la recepción y Leonard, quien no había parado de sonreír en toda la noche, se giró hacia Anita:

—Espero que con todo lo que se ha reído hoy no tenga usted problema en recibirme la próxima semana también.

—Lo haré igual de gustosamente —dijo la chica—, ¡o incluso más aún! Todavía tiene que enseñarme su colección de Van Halsen.

—No me olvidaré. Buenas noches, señorita Schneider. Señor.

Leonard Spratt tenía un coche esperando fuera, así que no tardó mucho en irse. Cuando los hermanos estuvieron al fin a solas, sin madres ni pretendientes, Ernest se acercó a ella.

—Madre te matará en cuanto te vea. No sé si te has enterado, pero quiere que te cases con un lord, no con un burgués de tres al cuarto —le recriminó con un tono más alto del que había pretendido en un principio. Tomó aire y, más calmado, volvió a dirigirse a ella—. Sería bochornoso irse de este país sin marido, pero ¿casada con un inglés sin título? Ana, ¿tú piensas cuando haces las cosas?

—No, no lo hace.

La señora Schneider los esperaba sentada en uno de los sofás del apenas concurrido vestíbulo.

—¿Madre? ¿Qué hace aquí?

Ernest recordó entonces que había quedado para cenar con la señora Spratt y unos amigos suyos en el restaurante del hotel.

Con un poco de prisa, Anita subió las escaleras para huir de la posible reprimenda, alegando estar muy cansada y poco hambrienta, y se despidió.

Al cerrar la puerta ya la esperaba su doncella, una señora francesa que, al parecer, llevaba en

su familia muchos años y había sido la doncella de su madre desde recién casada.

Sin embargo, Anita no la vio al entrar y se sentó directamente frente al tocador para quitarse los guantes, los anillos y las joyas con furia, brusquedad y poco cuidado.

—¡Ese estúpido de Ernest! Siempre bajo las faldas de su madre —gruñó—. Ya se verá si su aprecio continúa cuando le quite a esa Rose Folch de en frente para casarlo con una inglesa.

Anita arrojó el último pendiente sobre la mesa.

—¿Señorita?

—¡Cielos! Louise, no la había visto. ¿Qué hace escondida entre las sombras? —le preguntó tras recuperarse del susto.

La doncella la miró con sorpresa y le respondió con ese gracioso acento afrancesado:

—Estaba esperándola a usted, señorita... Para ayudarla a cambiarse y acostarla. Pensaba que me había visto. ¿Puedo preguntar qué le ha provocado semejante enojo?

Anita vio a la doncella aproximándose en el reflejo del espejo, y entonces se miró a sí misma: había descansado tan poco ese día que sus párpados y ojeras habían enrojecido.

Además, respirar se le hacía tan pesado, aunque necesario, que tuvo que apretar la tela del guante entre los dedos para calmarse.

—No es nada, Louise —dijo al fin—. Ha sido una noche muy larga y solo quiero dormir.

—Usted es muy joven, señorita. Dicen que hasta los veinte años las chicas deberían acostarse antes de las nueve, y ya son casi las diez..

Con los dedos rígidos, Anita se acarició las cejas para refrescarse la vista y la mente.

—Louise, cuando le hablo, lo último que necesito escuchar es una regañina. Otra palabra más en mi contra y me explotará la cabeza —sollozó.

—Discúlpeme, señorita.

La doncella le soltó el cabello y lo peinó con paciencia y cariño, pues era tan suave que cada hebra se deslizaba como el agua que caía a un lago. Después le trajo la bata de satén, pero Anita, que ya tendría que haberse acostado, volvió a sentarse frente al tocador:

—Adelante —soltó de la nada.

Entonces llamaron a la puerta y abrieron en seguida. La señora Schneider entró a la habitación y con un gesto de la mano hizo desaparecer a Louise.

—Míreme —se adelantó Anita—. Querida madre mía, míreme... Míreme y dígame que para usted aún soy una niña.

La mujer miró los ojos de su hija y vio una fría capa de hielo.

—Te digo que eres una niña porque no escuchas a tu madre.

—¿Y no es acaso propio de los críos eso de escuchar? Y en la primavera de la vida es cuando uno se rebela, y también cuando crecen los frutos.

Con un mugido de cansancio, la señora Schneider se sentó en la cama y se cruzó de brazos.

—Anita —dijo entonces—, no sé por qué debes rebelarte, ya sea en primavera, en verano o en otoño. Solo digo, y espero que sepas comprenderme, que, como tu madre, quiero lo mejor para ti. Y tú puedes conseguir algo mejor que Leonard Spratt.

En la cara de Anita se pintó una mueca de disgusto, cansancio y antipatía que rompía con la nubilidad de su piel blanca y sonrosada por el vino.

—Pero, hija, respóndeme, ¡qué le ves! Es apuesto, pero no te hemos criado para que busques ese tipo de maridos, ¿o acaso te hemos incitado a ello en algún momento?

Anita soltó una carcajada de la que luego fingió arrepentirse.

—Desde luego que no, madre —le respondió a su alterada madre, a la que le iba a dar un ictus, o eso parecía—. Entonces, ¿qué puedo decirle al joven Spratt? Su padre ha vuelto ya de

Derbyshire, y me han invitado el próximo martes a su casa para mostrarme su colección de pinturas.

—De acuerdo, puedes ir. Pero te prohíbo aceptar ninguna invitación, bajo ningún concepto, para ir a la *vernissage* de la Royal Academy, ¿de acuerdo? —declaró su madre—. No sé con quién iremos, pero desde luego que no tendrás a Leonard Spratt del brazo... Ay, Anita mía, ¡si al menos conocieses a un barón! Ninguna americana se ha casado más bajo que eso.

—¡Madre!

La señora Schneider se levantó de la cama.

—Duerme bien, niña mía —se despidió—, pero al menos haz que me acueste hoy sin pesares en el cuerpo, que ya sabes que estoy muy mal del corazón.

A los pocos días, Anita, que no estaba muy segura de seguir el consejo de la señora Schneider, se vistió y se dirigió a la casa de los Spratt, tal y como había acordado.

La señora Spratt la recibió con alegría.

Su marido, que no ansiaba nada más que mostrarle sus cuadros y esculturas, también fue muy amable con ella, y en ningún momento lamentó la ausencia de su madre.

—¿Le gustaría quedarse a cenar, señorita Schneider? —le preguntó entonces—. Mire qué hora que es, y eso que aún no le he mostrado la colección de la biblioteca.

—Será un placer.

La cena desde luego fue agradable; los Spratt habían decorado el comedor con poco disimulo, y la impresión causada fue bastante buena, en la opinión de Anita.

Cuando terminaron, la señora Spratt dirigió a su marido a la sala de estar, pero llamó a los jóvenes:

—Quedaos aquí y tomad una última copa. Tu padre y yo solo os aburriríamos con nuestras pobres charlas de salón.

Anita soltó una pequeña risa y, una vez la mujer desapareció por la puerta, hizo un ademán de llamar al servicio, pero Leonard Spratt la detuvo.

—No se preocupe. Es bastante tarde, no es hora para molestar a Bates —le dijo—. Ahora vuelvo.

Leonard Spratt fue a la cocina y sirvió dos copas de vino. A punto de salir, se lo pensó dos veces, hizo malabares y se llevó también la coqueta botella de cristal.

Al volver al comedor, vio a Anita de pie frente a los cuadros de la pared, que apenas se podían ver por la penumbra en la habitación. Cuando habló, le hizo dar un respingo:

—Disculpe a mi padre, no sabe que hasta al mayor amante del arte se le puede aburrir tras horas de guía —dijo en voz baja, sonriendo—. Espero que esto no la desaliente a volver.

—¡Para nada! Mi entusiasmo no se apaga con tanta facilidad. Si usted cree que su padre es fogoso con el arte, no podrá imaginarse cómo soy yo.

Leonard le apartó la silla para que se sentase y le sirvió una copa de vino, observándola de reojo. Anita se sentó para que el joven la imitase.

—¿Y qué hay en ese cuadro que roba toda su atención? Comienzo a sentir celos —le preguntó.

Con un fugaz parpadeo, se fijó en los trazos del lienzo que había estado curioseando antes, y alargó el brazo para acariciar en marco de oro.

—Siempre he pensado que la pintura es de esas pocas cosas que la gente piensa despreciar, como una pequeña opinión polémica que nos guardamos para nuestro propio regocijo, pero que, en realidad, valoran casi con garras. —Anita entonces volvió a la realidad y sonrió de nuevo—. Por mi parte es simplemente una cuestión de placer. ¿Quién no desea tener cosas bonitas?

—Solo los más estúpidos —le respondió el joven Spratt, mirándola a los ojos fijamente.

La chica volvió a girarse hacia la pared.

—Siempre que veo un cuadro, me gusta llevarme un pedacito de él conmigo. Aunque supongo que eso es lo que hacemos todos con las cosas a las que amamos.

—No puedo reprochar a nadie querer conservar aquello que desea —replicó Leonard.

—Pero ¿es deseo o es deber? —rió entonces Anita mientras dejaba la copa en la mesa—. Es difícil diferenciarlos... Creo que he bebido más de lo que mi madre creería conveniente, y ya son más de las diez. ¿Me haría el favor de pedir mi coche?

—Por supuesto. ¿Quiere que le lleve la bolsa? —Anita lo miró, confundida, hasta que se acordó—. La bolsa que traía usted consigo esta tarde.

—No se preocupe, son solo un par de vestidos que he comprado. Los escondo ahí para que mi madre no los vea.

—¿Y por qué no debería? —preguntó Spratt.

La chica le sonrió con malicia.

—Porque es una sorpresa. Uno lo guardo para alguna ocasión especial —respondió—. No sea figón, señor Spratt, o arruinará el misterio.

En medio del silencio, el señor Spratt se levantó de repente y Anita se echó hacia atrás del susto.

Durante los segundos en los que se mantuvo callado, aunque muy ruidoso en su cabeza, ella pensó en muchas cosas, y decidió levantarse también él boqueaba.

—Será mejor que me marche; es tarde y mi madre se estará preguntando por qué no he vuelto.

—Espere, señorita Schneider —se apresuró a decir el señor Spratt, antes de que Anita desapareciera de la casa—. ¿Está libre los días del próximo mes? Me gustaría invitarla a la apertura de la Royal Academy.

Anita le miró a los ojos y frunció la boca de esa manera que Leonard Spratt no sabía si lo que sentía era lástima o desprecio.

—No lo sé, debo preguntar a mi madre antes. Suficiente es que me deje salir cuando siempre vuelvo tan tarde.

—De acuerdo. Espero su respuesta, entonces. Que tenga una buena noche —contestó él.

La acompañó hasta la salida de la casa y esperó a que el coche desapareciera por el frente de la calle. Después, el señor Spratt se frotó las manos para deshacerse del frío y volvió a entrar.

Unas semanas después, Anita se enteró de que su madre pretendía celebrar una cena en el restaurante del Hotel Ritz, donde se alojaban, y de que no había invitado al señor Spratt ni a ninguno de sus familiares.

Anita no había reflexionado —ni le apetecía hacerlo, tampoco— sobre qué pensaría la señora Spratt de enterarse, pues era, supuestamente, buena amiga de su padre.

—Lo iba a hacer, desde luego —le dijo la señora Schneider con un tono indignado—, pero cambié de idea ayer por la noche, justo cuando te vi llegar. ¿Cómo puedo yo invitar a una familia que permite que la hija de un amigo llegue a esas horas?

Esa tarde, la señora Schneider había irrumpido en su habitación de repente haciendo mucho ruido mientras Anita se preparaba para bajar a cenar.

—No ocurrió nada, madre. Me ofende.

—¿Yo te ofendo? ¡Anita!

La doncella le mostró un par de collares y la chica, ignorando los berridos de su madre, se lo pensó un poco y eligió las perlas.

—Viene aquí, furiosa por no verme coqueteando con un lord, y me echa en cara esta sandez —dijo, y se miró en el espejo para ver cómo brillaban las joyas—. Y aquí estoy yo, Anita, sin haber

conocido a uno solo y con pocas expectativas de hacerlo. ¡Eso es lo que me ofende!

—¡Una niña no le debería hablar así a una madre! —sollozó la mujer.

Anita gruñó.

—Póngame en esta mesa un acta matrimonial con el nombre de un noble y lo firmaré de inmediato.

Su madre se mantuvo en silencio los pocos segundos que Anita tardó en levantarse y echarse un último vistazo. Antes de que le dijera nada, aunque cerca estuvo de hacerlo, la joven despachó a su doncella y salió.

## CAPÍTULO 3

Anita se había mantenido pesarosa y callada durante toda la cena. Reconocía a pocas personas, había hablado con muchas menos, y no le apetecía dirigirse a nadie. Aún estaba molesta por lo que la señora Schneider había dicho, así que se entretendría viendo a Ernest comer la merluza del restaurante.

—Anita —susurró su hermano—, te hablan.

Entonces quitó los ojos del plato de Ernest y se dirigió a la mujer que tenía al otro lado. Seguramente se la habían presentado, pero en ese momento Anita no pudo recordar su nombre.

—Su vestido es una preciosidad.

—Gracias... Se lo encargué al famoso Monsieur Paul Poiret en París y llegó hace apenas un par de días —respondió.

—¿Son esos... toques chinescos? Veo que es la nueva moda entre los jóvenes últimamente —rio la mujer—. ¡Cuando su generación envejezca habrá geishas abriendo puertas con una reverencia!

—Señora Clarkson, tengo entendido que esas son las costumbres japonesas —le replicó Ernest.

La señora Clarkson recobró la compostura.

—Aquí y allá, es lo mismo, al fin y al cabo.

Ernest y Anita se miraron de reojo con una sonrisa apretada entre los labios y continuaron con la cena como pudieron.

—¿Y es usted un gran entendido en lo nipón, señor Schneider, o solo algo leído? —insistió la mujer—. ¿Acaso piensa su padre en expandir sus ferrocarriles más allá de la vieja Rusia?

—Solo soy un lector aficionado, señora Clarkson. Me parece una cultura fascinante, y nada similar a la nuestra. Creo que desde ese punto de inflexión uno puede crecer un poco.

—Y así es cómo uno acaba como Matteo Ricci, vistiendo togas chinas y predicando sobre falsas evangelizaciones —bromeó Anita.

Los asientos colindantes se quedaron en silencio. Ernest alzó las cejas un instante y bebió de su copa de vino.

—¿Qué? —insistió la joven—. Tengo algunos amigos que la mayoría de la gente consideraría cultos, y me considero una persona que escucha con interés a lo que tienen que decir.

—Comprendo —murmuró la señora Clarkson.

Anita se dirigió a su hermano en confidencia.

—¿Soy yo o aquí todos me toman por tonta?

—Eres su pasatiempo, y de los pasatiempos uno no se espera que hablen sobre misioneros jesuitas. No te lo tomes como algo personal —le respondió él.

—No me negarás que a veces un pasatiempo tiene que formarse para adaptarse a diferentes públicos —rio Anita, aunque su comentario le pareció mucho más gracioso a ella que a Ernest.

—Mira —le dijo entonces—, madre ha notado que ya no estás callada como una tumba. Has salido de tu triste ensueño.

Anita borró la sonrisa de su cara al instante.

—No era triste para mí, te lo aseguro.

Poco después, habiendo ya terminado la cena, la señora Schneider hizo pasar a los invitados a uno de los salones del hotel para charlar y disfrutar de lo que quedaba de la noche.

Anita, como siempre, había sido arrastrada por su madre a otra conversación, pero en cuanto

se vio sola con los dos desconocidos, sin matriarcas fisgonas, encontró la charla más que agradable, al igual que los dos caballeros.

Cuando su madre volvió a hacerse presente, el señor Knight se dirigió a ella con felicidad:

—He de decirle que su hija es una joya. Un encanto, se lo aseguro. Pocas veces he visto a sir Thomas Edwards hablar tanto como lo ha hecho esta noche con ella —dijo.

—Por supuesto que lo es. ¡Y, fíjese, es algo tan natural en ella, eso de encantar! Es como si lo hubiese hecho desde niña.

El señor Knight se alejó un poco para hablar con más comodidad con la señora Schneider.

—Lo que no entiendo es por qué no he visto a Leonard Spratt en la cena. Su presencia era bastante... esperada hoy —susurró con los ojos temblando, como si temiera horribles consecuencias.

—Su opinión es comprensible, pero errónea.

La señora Schneider se dio la vuelta y voló a otra conversación, aunque atrapó otra copa de vino con bastante precisión y elegancia. Anita, que lo había visto todo, soltó aire con paciencia y siguió charlando con sir Thomas.

Entonces, casi mágicamente, toda la recepción se quedó en silencio, sin que Anita se percatase, y todas las cabezas se giraron hacia la entrada.

La chica se dio cuenta del tenebroso silencio, solo roto por unas pisadas, y, como quien siente un fantasma respirándole en la nuca, se giró.

—Señorita Schneider.

—¡Señor Spratt! —soltó ella.

Antes de poder continuar, Leonard Spratt se apresuró a seguir con su alegato:

—Sé que es repentino, y que su madre no me esperaba esta noche. Tampoco quería irrumpir durante la cena. Pero, tras lo que me dijo la semana pasada, no he dejado de pensar en usted.

—Señor Spratt, espérese —intentó decir Anita.

—¿Hay algún lugar en el que podamos hablar con tranquilidad? —insistió—. Solos, usted y yo.

Anita sintió que el corazón se le había subido hasta la garganta; todo el mundo los estaba observando y ahora comenzaba a comprender que tendría que haber escuchado con más atención a la señora Schneider.

—Creo que se está equivocando, señor Spratt. No hay ningún lugar en el que podamos estar a solas.

¿Qué podía esperar Anita de ese hombre? Lo pensó durante un momento y vio que no brillaba en él nada de valor.

Lo que podía haber sido un golpe maestro, pensó Anita, no había sido más que miopía del alma. Y le molestó, claramente, haber caído tan bajo y haber sido tan estúpida.

—No me deja otra opción —soltó el señor Spratt con solemnidad. Se puso de rodillas y, frente a todos, cogió sus manos con una sonrisa—. Me ha hechizado y, si dice que sí, el embrujo durará para siempre. Si me deja llamarla Anita con el corazón...

—¡No! ¡No, no voy a casarme con usted!

Anita se levantó de golpe y fue al balcón con la mano sobre la boca y el paso ligero.

Ernest, quien, al igual que el resto, había visto la escena, salió tras ella para que su madre pudiese calmar a los invitados.

—Ana —la llamó. La chica, de espaldas, temblaba—. ¡Ana!

Entonces, para su sorpresa, Anita estalló en carcajadas.

—¡Dios Santo, qué espectáculo! —rio, apoyada en la barandilla del balcón—. ¿Le has visto,



Ernest? ¡Su cara! —siguió diciendo entre hipos y risas.

—Ana, esto ya no lo digo por decencia, sino por compasión. Es más que desagradable. ¡Un hombre te ha pedido matrimonio y tú le has gritado que no como si rehuyes a un pordiosero!

Anita metió la mano en la chaqueta de su hermano y sacó su pitillera para encenderse un cigarrillo, aún con las risas convulsionando dentro de su tripa.

—Que le hechicé, dice. Como si fuera yo un brujo de Chiloé.

—Madre vendrá aquí en cuanto se deshaga del pobre señor Spratt y calme a los invitados —dijo Ernest—. Has cavado tu tumba, no sé si lo sabes.

—Oh, hermano mío, la cavé hace mucho. Pero de alguna manera nunca caigo dentro.

Anita, aun soltando las risas que le quedaban dentro de la tripa, sopló el humo para apartarlo de su cara y escuchó algo de ruido en la calle, así que se asomó y vio a un grupo de militares charlar al lado de un elegante coche.

—Pensaba que los soldados ingleses vestían de rojo. Pero he de admitir que era un color horrendo. Para un militar, quiero decir. Y sobre todo conjuntarlo con blanco... Qué desgracia.

Trágicamente, para cuando se fijaron en ella, Anita ya se había aburrido y miraba las azoteas que tenía en frente mientras hablaba con su hermano.

—No cambies de tema, Anita —insistió Ernest, frunciendo el ceño—. ¿Por qué has rechazado a Leonard Spratt? Pensé que te gustaba. Y, claramente, él pensaba lo mismo.

—Te admitiré que en un principio me gustaba. O me interesaba, mejor dicho. Pero me he dado cuenta de que no es suficiente para mí.

—A madre se le abrirán las puertas del Cielo si te escucha.

Anita se recostó sobre la barandilla. Cuando el cigarrillo ya quemaba el filtro, lo apagó contra la piedra y tiró la colilla. De fondo pudo escuchar el motor de un coche arrancando.

—Cada día me canso más de todo esto —dijo antes de entrar.

Ernest guardó la pitillera y la siguió al interior del salón.

Sorprendentemente, la cólera de su madre no fue tan arrolladora como se esperó; tras despedir a los invitados, la señora Schneider le dio las buenas noches y subió a su habitación con la promesa de hablar con ella a la mañana siguiente.

—¿No duermes tú también? —preguntó Ernest al verla parada en medio del salón—. Deberías acostarte ya; es bastante tarde.

—No quiero. Si me duermo ahora, perderé las pocas horas que me separan de mañana.

Su hermano la miró con pena.

—Pero no puedes quedarte aquí. En algún momento tendrán que limpiar, y pasarte la noche sin pegar ojo te vendrá peor que ser regañada por madre —insistió.

Anita suspiró con cansancio y aceptó la propuesta.

Cuando, a la mañana siguiente, bajaron a desayunar, las palabras de su madre fueron precisas y certeras:

“Tendrás que saber ahora, Anita, que aunque de quien se rieron anoche fue de Leonard Spratt, esto te perseguirá solo a ti”.

Y Anita, aunque dispuesta a rectificar y a arreglar aquel nefasto error, no podía estar más de acuerdo.

Pensó mucho sobre el tema, durante días, insegura sobre si, tal y como si madre había dicho, este acontecimiento tendría consecuencias en el futuro. Pero, con el alma tan triste como la tenía en ese momento, le molestó más su indiferencia al respecto.

—¿Qué te ocurre, Ana? Espantarás a los demás con esos morros tan antipáticos —le comentó Ernest.

El invierno comenzaba a desaparecer, y con su huida llegaban a Londres los caballeros que tanto ansiaba la señora Schneider. Y, como primer acto público, en el que Anita tendría que deslumbrar más que nunca, habían ido a la apertura de la Royal Academy junto a lady Edwards.

—Estoy preocupada. ¿Acaso no debería?

—Es muy tarde para eso, me temo. Te recomiendo que olvides el tema hasta que te sea imposible huir de él.

Anita avanzó hasta la siguiente pintura.

—Por primera vez, Ernest, creo que tienes razón —dijo.

El joven la observó con un complicado brillo en los ojos y caminó tras ella, echando un vistazo a los cuadros que Anita dejaba tras su paso.

—Solías darme la razón. Anita solía darme la razón.

—Anita antes tenía sueños y ahora solo tiene ambiciones. El mundo cambia y nuestras Anitas desaparecen de él —murmuró.

Cuanto más se adentraban en la galería, más podía ver que las miradas se le pegaban a la espalda como los bichos a las flores.

Intentó entretenerse hablando con Ernest:

—¿Se tienen noticias del pequeño de la señora Clarkson? Qué tragedia... Y decían que nada podría hundirlo. Eso sí, han pasado semanas y sigue en boca de todos.

—Ana, aún es un tema delicado —le dijo su hermano—. Los Clarkson aún no tienen noticias de su hijo, y el señor Knight recibió ayer un telegrama. Rescataron a su hermana, pero acabó muriendo de hipotermia.

—¿No lo habías pensado? De haber venido a Inglaterra más tarde madre habría insistido en viajar en ese barco —murmuró Anita mientras continuaba con su inspección—. Qué final, ese. Cuando uno imagina cosas así no se puede evitar pensar en lo que merece la pena en esta vida.

—Sigues alterada con el tema del señor Spratt, pero no creo que temas el escándalo —dijo entonces Ernest, sorprendido por sus propias palabras.

—Me ha costado mucho más de lo que crees llegar a ser quien soy —respondió Anita. Sus nudillos temblaban—; detrás de mí hay un camino que se ha manchado por el sacrificio, la desazón y la pasión. ¿Lo entiendes ahora? Pretendía nadar como un tiburón y solo he conseguido ser un triste pez de estanque.

—¿Deseas casarte? —insistió él—. ¡Todo habría sido más fácil, Ana, si lo hubieras dicho antes!

—¡Si tan solo fuera eso, Ernest! —sollozó la joven con más angustia de la que se esperaba—. No importa, déjalo como está. Hay más galerías y madre nos espera en Hyde Park para tomar un aperitivo —terminó diciendo.

Lejos de sonarle ridículos, sus llantos se le hicieron rabiosos.

—Vayamos fuera entonces. ¡Lady Edwards! Lady Edwards, la señora Schneider nos espera en Hyde Park. Si aún no ha avisado a su chófer, venga con nosotros.

Ernest le hizo una seña al coche al salir de la galería y esperó a que tanto su hermana como la esposa del baronet se sentasen para entrar y le indicó con el chófer adónde tenían que ir.

—¿Se quedará a almorzar? —le preguntó Anita.

—Lady Newton me espera para almorzar ahí mismo —contestó lady Edwards—. Pero, si les parece bien, puedo unirme a ustedes para el té.

—Será un placer.

La anciana lady Edwards era de las pocas personas que había renegado de su derecho a mofarse de los Schneider. Quizá era por la edad, que le impedía enterarse bien de las cosas o,

también, por su espíritu humilde y caritativo.

De todas maneras, Anita sabía distinguir una mirada de burla de una sarta de pretensiones de buena voluntad, y sus pronósticos con ella no parecían del todo malos.

—Ahí está lady Newton. Señor Schneider, ¿me haría el favor de llamarla? Mis pulmones ya no son lo que eran y dudo mucho que la baronesa me pueda escuchar desde aquí.

—¿Y a quién tengo el placer de conocer? —dijo lady Newton al acercarse.

—Oh, cierto —farfulló la anciana—. Lady Newton, déjeme presentarle a la señorita Schneider y su hermano Ernest.

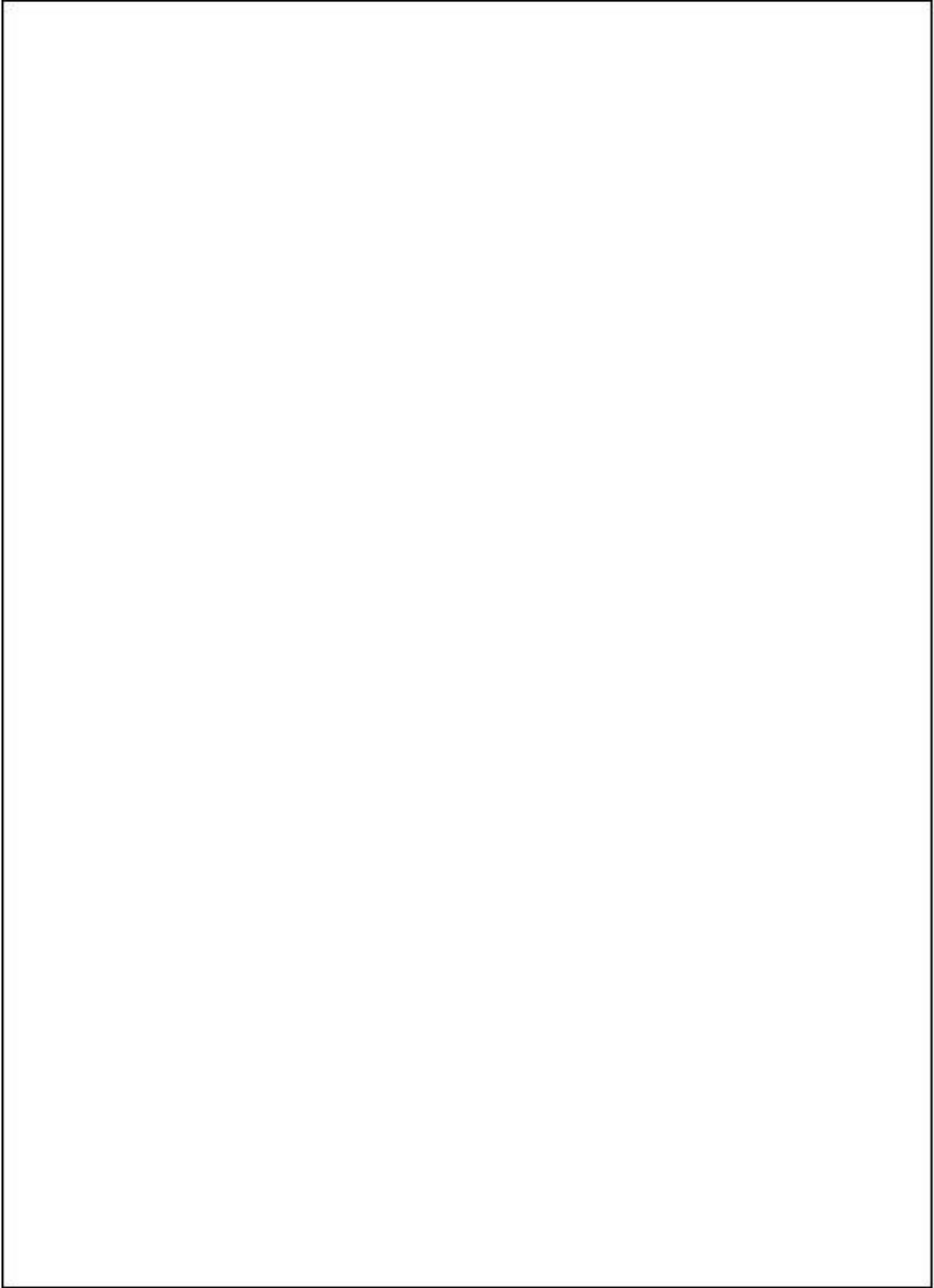
La baronesa miró a la joven con ojos dentados e inclinó la cabeza elegantemente, sin que se le cayera el enorme sombrero.

—Anita Schneider, si no me equivoco. He oído hablar de usted, y de sus aventuras por la vieja Inglaterra —dijo—. Si no le importa, me gustaría escuchar todas sus peripecias mientras esperan ustedes a su madre.

Ernest acompañó a lady Newton a inspeccionar el mirador que había sobre la colina mientras lady Newton ya se había enredado en su brazo, dispuesta a caminar un poco.

Anita respondió a todas sus preguntas y se sorprendió al encontrar agradables las risas de la baronesa. Quizás había una manera de enmendar sus estúpidos e ingenuos errores.

De todas maneras, se dijo, aquella amistad no podría sino abrirle nuevas puertas.



Parte II.

Anita se enamora  
con mucha astucia

## CAPÍTULO 4

La baronesa de Newton había sido muy amable al invitarla a cenar a su casa de Londres para presentarla a conocidos suyos, aunque Anita se temía que era porque la veía como un vodevil más que como a una amiga.

Aunque eso no le quitaba el sueño.

—¿Y qué le ha parecido lord Somerbridge?

Ya habían terminado de cenar. Los invitados estaban desperdigados alrededor de la sala de estar y charlaban bajo la pobre luz de las lámparas.

Anita y lady Newton, por su parte, habían decidido apartarse del resto para comentar la velada mientras se abanicaban para deshacerse del calor.

—Es un hombre reservado, sí —contestó Anita.

—No le ha quitado los ojos de encima en toda la tarde. ¡Quizá hoy sea su día de suerte y consiga el título que su encanto y su garbo merecen! —rio la baronesa—. ¿Han hablado ya? Déjeme llamarlo.

Lord Somerbridge se acercó con cautela.

—¿No le he presentado a la señorita Schneider, Somerbridge? —preguntó.

—Sí, nos presentó al llegar.

—¿Y cómo es que no los veo hablando? Seguro que tienen mil y una cosas que contarse.

El vizconde se sentó con reticencia junto a ellas y le sirvieron otra copa de vino. Anita, mientras, buscó a su hermano por la habitación. No tardarían en irse, y si su madre la veía coquetear con un lord, por bendito que fuese ese momento, no aceptaría llevarla de vuelta a casa hasta las doce.

—He oído que es usted aficionado a la caza, lord Somerbridge —comentó.

—Lo soy, sí, como la gran mayoría de los hombres mi posición. Me gustan los deportes.

La chica miró por unos instantes a la baronesa antes de forzar otra sonrisa y cerrar el abanico.

—En América también cazamos. Zorros, sobre todo. Mi padre, el señor Schneider, habría sido un excelente maestro de caza, pero el trabajo le mantiene demasiado ocupado —resolvió.

—Por eso mismo cazar es asunto de caballeros.

Lord Somerbridge se levantó de inmediato y se excusó diciendo que aún tenía asuntos que atender y que era tarde. Agradeció a la baronesa por la invitación, se despidió brevemente de Anita y siguió al lacayo hasta la salida del salón.

—¡Qué hombre más desagradable!

—Pues no lo entiendo, querida —se lamentó lady Newton, abanicándose con fuerza—. Como la miraba con tanta insistencia pensé que estaría más que encantado de encontrar una excusa para hablar con usted.

—Quizá solo le guste mi vestido —rio la joven, decidida a encontrar algo de humor en aquel asunto.

—No lo de por imposible, porque es una hermosura. ¡Casi puedo escuchar sir Thomas babear desde aquí!

Anita se recostó sobre el diván; el alcohol le había calentado la sangre y, habiendo el vizconde desaparecido de la cena, no tenía ningún otro motivo para continuar ahí más que para chismear con lady Newton.

—Me temo, sin embargo, que a mí también tendrá que disculparme. Se hace tarde y creo que es hora de volver. ¿Puede pedirle a su mayordomo que avise a mi chófer para sacar el coche?

—Por supuesto, querida. Espero que tenga más suerte las próxima semana. Por su bien y por el mío, por supuesto; no sabe cuánto ansío ver el desenlace de esta historia —dijo lady Newton.

Antes de salir, el mayordomo le entregó su chal y esperó a Ernest en la calle. Allí se encontró de bruces con el vizconde, quien miraba a un lado y otro de la acera con una más que visible impaciencia, y se dirigió a él:

—¿Le ocurre algo, lord Somerbridge?

—No se preocupe —dijo él con prisas.

Anita hizo una mueca repulsada de incredulidad. Por su terrible mentira, pésimamente dicha pero, sobre todo, por su orgullo. Ahí podía caer muerto, que a ella le alegraría el día.

—Señor, lady Newton se despidió de usted hace ya más de media hora y sigue aquí —insistió.

Lord Somerbridge la miró de reojo.

—Mi chófer no da señales de vida —respondió con simpleza—. Eso no me molestaría tanto si no significase que mi coche no está. Sin embargo, fui honesto cuando dije que tenía un asunto que atender.

—Y no lo dudo. ¿Adónde tiene que ir?

—Cerca de la catedral de San Juan.

—Deje que le llevemos, entonces. Solo habrá que dar un pequeño rodeo, y no creo que a mi hermano le importe llegar a casa un poco más tarde.

—No quiero abusar de su amabilidad —replicó el vizconde—. Esperaré aquí y, si se hace tarde, enviaré un telegrama de urgencia.

Anita se acercó a él para instigarlo.

—¿Tan tarde? ¿A qué chiquillo piensa encontrar a estas horas para que se lo haga llegar? —preguntó entre risas, como si su sugerencia no tuviese sentido.

En ese momento, Ernest salió a la calle y buscó a su hermana por la oscura acera hasta encontrarla hablando con lord Somerbridge.

No muy seguro sobre si debía o no interrumpir, esperó a que terminasen su conversación.

—¡Oh! Ernest, ahí estás. ¿Y madre?

—Volvió a casa poco después de terminar de cenar. Se sentía algo indispuesta. Buenas noches, lord Somerbridge —dijo él—. ¿Cómo es que sigue aquí? Pensé que se habría marchado hace rato.

—Su chófer no aparece —dijo Anita.

—Podemos acercarle a casa si quiere.

Acorralado, el vizconde apretó los labios y se lo planteó seriamente. Perdería la cita si llegaba muy tarde. Pero su orgullo, que era muy grande, le hizo rechazar la oferta una vez más, y los hermanos Schneider se fueron en cuanto llegó su coche.

La siguiente vez que Anita se encontró con lord Somerbridge fue durante las carreras de Eton.

Tras visitar al sobrino de lady Newton, que estudiaba ahí su último año, y escuchar el discurso, todos se amontonaron alrededor de la ribera del río para ver la salida de los botes.

Anita había decidido llevar ese día un bonito vestido blanco, muy veraniego, con el que esperaba llamar la atención, si no del vizconde, de algún otro lord, al menos.

Esas habían sido las pobres razones que le había dado su madre para convencerla de ir de blanco; un color que, según la propia Anita, no le favorecía nada y le oscurecía la piel.

—¿No crees que todo es más agradable en verano?

—Un buen clima y tiempo libre hacen que todo parezca menos serio de lo que es —respondió él.

La chica soltó una carcajada y oteó la bucólica escena en busca de la baronesa.

—¿Dónde se ha metido lady Newton? —soltó sin interés—. Hace no más de diez minutos

estaba aquí hablando con el barón y ahora parece haber desaparecido por completo de la faz de la tierra.

—Creo que dijo haber visto a lord Somerbridge. Supongo que habrá salido tras él para arrastrarlo hasta aquí y que te dirija su palabra diaria.

—Hoy te veo ocurrente y bastante desalmado. ¿Te ha dejado Rosita por el hijo de algún pordiosero, Ernie, o por un romántico artista? —preguntó su hermana con una mueca de burla.

—Me canso de veros haciendo el ridículo; creo que está bastante claro que a lord Somerbridge no le interesas.

—Pues justo de eso quería hablarte...

Se alejaron del montón de gente para servirse una taza de té. El servicio de lady Newton, su anfitriona, ya había comenzado a preparar la cena. Anita se sentó un momento a la sombra para descansar las piernas y recobrar la frescura.

—Yo también me he dado cuenta de que el comportamiento del vizconde no es galante, ni mucho menos —continuó la joven—. Pero, como bien me dijo lady Newton en el día del Derbi, lord Somerbridge me presta atención. Simplemente decide hacerlo desde lejos. ¡Y es eso lo que me confunde! Es decir... Si quisiese cortejarme, me dirigiría la palabra más a menudo.

—No quiero darte esperanzas, Ana, y tampoco quiero romperlas. Deberías guiarte por tus razonadas y estar dispuesta a asumir las consecuencias.

Anita soltó un sollozo.

—Pero los hombres, con lo simples que son para unas cosas, son tan complicadas para otras...

—¡Ana! Qué barbaridades dices, por favor.

Entonces, de sopetón, la chica se levantó y dejó la taza sobre la mesa, derramando un par de gotas de té sobre el mantel.

Con seguridad, agarró su parasol y se fue de vuelta a las orillas del río, donde aguardó hasta ver a la baronesa.

—¡Lady Newton! La estaba buscando.

—Señorita Schneider, ¿ha cambiado usted algo en las últimas horas? Porque la veo más radiante que nunca —dijo la baronesa al verla. Entonces se giró y Anita pudo ver que estaba acompañada por el vizconde—. ¿No cree que la señorita Schneider está espléndida hoy, lord Somerbridge?

—Desde luego, lady Newton.

—¿No me halagan ustedes para hacerme sentir mejor? —replicó ella—. Siempre he pensado que el blanco hace que mi piel se vea más oscura.

Al caballero de pronto se le levantaron los párpados y, y casi ofendido por sus palabras, y, por primera vez, se dirigió a Anita:

—Para nada. Con los ojos y el cabello claros como los tiene usted, el blanco en verano le da un aspecto mucho más saludable.

Anita, rápida, fingió un coqueto bochorno para agradecer el halago.

—¡Menudo cumplido! —admitió la baronesa.

El vizconde, también avergonzado, aunque él lo estaba de manera genuina, se despidió y se fue.

Las dos mujeres lo vieron desaparecer entre el resto de los espectadores y saltaron la una encima de la otra para comentar aquella extrañada jugada.

—¡Qué extraño es! —soltó Anita—. Aunque lo que ha dicho me hace sentir mucho mejor. No suele gustarme vestir de blanco, pero creo que lo haré más a menudo.

—A él seguro que le hará muy feliz. Si no me cree, a los hechos me remito. ¡No había visto nunca a un hombre halagar con tanto entusiasmo la ropa de una señorita! Lo único que necesita



usted ahora es quedarse a solas con él, y créame que el resto irá como la seda.

—Si tan solo pudiese creerla —se lamentó la joven. Con un gesto, le indicó que le apetecía dar un paseo por la rivera para ver las barcas—. Y si tan solo él me observase menos, o se le enrojecieran menos las mejillas... Yo podría olvidarme de él tranquilamente y sin despecho.

Llegó el día de las carreras de Ascot y Anita decidió volver a ir de blanco. Era aún un color que no le gustaba ni un poquito pero, si le favorecía, ¿quién era ella para contradecir a Dios por los dones que le había dado?

—Ernest —lo llamó por el pasillo—. ¡Ernest!

Lady Edwards y su marido los habían invitado gentilmente a hospedarse en su casa en Berkshire durante la semana que duraban las carreras. Y, si bien Anita ya se esperaba lóbreguez y humedad, incluso en verano, no podía parar de sorprenderse por lo terriblemente vacío que se le hacía ese caserón.

Anita llamó a la puerta y la abrió con permiso.

—Madre, ¿ha visto a Ernest?

—Está en el garaje del hotel, hablando con el mecánico —respondió la señora Schneider—, ¿por? ¿Qué ocurre?

—Le ha llegado esta mañana un telegrama del señor Folch —dijo Anita, poco convencida.

Su madre soltó un bufido muy molesto y cogió el papel. Ella intentó resistirse, pero finalmente accedió a entregarlo.

—Qué hombre más despreciable. Quiere ver a Ernest, por alguna deleznable razón suya. Casarla con su hija, seguramente. No le ocultes a tu hermano el mensaje, pero le dejaré claro que no ocurrirá. Tú, mientras tanto, ve a cambiarte... Saldremos en cuanto el mecánico arregle el coche.

Anita se despidió de su madre, agradecida de que no hubiese nombrado a lord Somerbridge ni a sus perspectivas de matrimonio. Todavía no estaba convencida de sus intenciones.

Poco tiempo después llegaron al hipódromo y se encontraron con lady Newton y otros conocidos. Anita, por su parte, no se había acercado aún al vizconde, expectante por saber si tomaría la iniciativa o no.

Y, como siempre, él la observó desde lejos y sin decir ni una palabra.

—Estoy haciendo el ridículo —le susurró.

Los relinchos de los caballos armaban mucho jaleo, así que Anita tuvo que repetirse con más fuerza, pero el vizconde escuchó con displacer su airada confidencia, y volvió la cabeza hacia los caballos, fingiendo que no había oído nada.

—Una joven dama que suplica sin estímulo ni fundamento puede estar haciendo el ridículo, pero nadie lo recordará cuando en lugar de Anita Schneider tengan que llamarla lady Somerbridge.

—¡Lo harán! —se lamentó Anita—. Pero a mis espaldas. Sinceramente, me pregunto si vale la pena.

La chica se disculpó y fue en busca de algún sirviente que le sirviese una bebida refrescante.

De reojo, pudo ver que el vizconde le siguió el paso sin preocuparse por miradas indiscretas.

—Señorita Schneider —la llamó el hombre cuando estuvieron lo suficientemente lejos de los demás—, ¿podría hablar con usted?

—¿No quiere ver las carreras?

—No, no... Es lo mismo de todos los años.

Anita le instó a hablar con un gesto.

—He escuchado su conversación con lady Newton y quería decirle que, efectivamente, está

usted haciendo el ridículo. Nunca podría hacerme a mí mismo la fea descortesía de casarme con una lagarta americana. Le pido que me deje en paz.

Desconcertada, la joven soltó una risa de incredulidad y se acercó a él con pasos tan certeros que el vizconde retrocedió.

—¿Eso es todo? —preguntó.

—¡Por supuesto! —exclamó Somerbridge frunciendo el ceño—. Ningún caballero tendría que dar más explicación que esa a la señorita Anita Dólar. Su pobre nacimiento no puede ser disimulado con su dinero ni con su rostro bonito, y mucho menos cuando ha tenido la poca vergüenza de coquetear conmigo sin saber que media Inglaterra se mofa de su escándalo con Leonard Spratt. ¿Pretende usted que un caballero la tome en serio, a usted o a su dinero, con semejante carácter y con su mala fama? ¡Usted es Anita Dólar y ningún flirteo cambiará eso!

—¡Anita Dólar! ¿Así me llaman?

Lord Somerbridge comenzaba a verse más furioso y desesperado, casi como si estuviese más molesto consigo mismo que con la célebre Anita.

—¡Mírese! ¡Sabe muy bien el ridículo que ha estado haciendo estas últimas semanas y aun así tiene la desfachatez de permitirse fantasear con que le pediré matrimonio! —insistió.

Anita respiró con fuerza mientras el vizconde se encogía disimuladamente y sonrió con la dignidad que le quedaba. Entonces, cuando de fondo se escuchaba el final de las carreras, se dio la vuelta para retirarse.

—Disfrute del almuerzo, lord Somerbridge.

Pensó en decir algo más, un par de palabras que salvaguardaran su ya magullado orgullo, pero simplemente dijo amén en su cabeza y decidió esperar a que Dios hiciese su voluntad sobre la tierra de los hombres.

## CAPÍTULO 5

—Me niego rotundamente.

Anita cerró la puerta a su espalda y se tiró encima del sillón.

—Por favor —repitió la mujer—, seguro que aceptará. Somerbridge estima mucho su propio decoro y sería indecente que no la hospedase en su casa, sobre todo después de lo cercano que han estado su círculo social al suyo estos últimos meses.

—¡Me llamó Anita Dólar, como si fuese yo una cazafortunas cualquiera! —La chica procedió a guardar silencio—. Si vuelvo a tenerlo frente a mí, le juro, lady Newton, que le arrancaré la cabeza y la expondré clavada en una estaca a lo largo y ancho de la plaza de Trafalgar.

—¡Anita! Le ruego, no hable de esa manera en mi casa, o tendré que echarla —soltó la baronesa.

La mujer le sirvió otra taza de té e insistió en que así relajaría un poco esos nervios tribales que lucía en el momento.

—¿Conocía usted ese desagradable apodo, lady Newton? ¿Sabía usted que me llamaban Anita Dólar a las espaldas? Porque yo no lo sabía y, de no ser porque el vizconde me lo hizo saber con muy poca amabilidad, ¡me habría hecho abuela en este país sin saber que todos me conocían con ese nombre!

—Reconozco que sí —respondió la baronesa con el cuerpo encogido de vergüenza—. Pero ¿habría cambiado algo si se lo hubiese contado? Solo la habría hecho rabiar y la habría abochornado para el resto de su vida.

Anita acabó aceptando la taza de té. Miró por la ventana y vio la calle llena de coches, y pensó que sería relativamente fácil y casual que atropellasen al despistado lord Somerbridge dando un paseo.

—Además, veo que está usted más disgustada por el mote que por el rechazo. Si no le guardaba ningún afecto, ¿por qué iba usted a sufrir viéndolo de nuevo? Caballeros hay muchos, y con mejores títulos y más tierras que él.

Apartado los ojos del cristal de la ventana, pensó por un momento serle sincera y contarle que, en realidad, el dinero de los Schneider, aunque abundante, no lo era hasta el punto de seducir a duques y marqueses, y que Anita únicamente tenía su encanto para enredarlos en matrimonio.

—¿Qué dice del afecto? ¿Acaso hay afecto en los matrimonios? Sea un poco lúcida, baronesa, o pensaré que usted es de esas mujeres majaras que aman a sus maridos.

—No, por supuesto —rio lady Newton—. La expectativa de toda mujer en la vida es ser viuda. Desgraciadamente, a lord Newton aún le quedan muchas cacerías para que algún valiente pájaro le picotee los ojos.

Anita soltó una carcajada.

—Y me habla usted de afecto...

—¿Vendrá entonces a la cena o me obligará usted a amordazarla y entregarla al vizconde con una bandera blanca?

—¡Anita Dólar, la cazafortunas del nuevo continente, en paradero desconocido! Se sospecha de las miradas de lord Somerbridge —rio.

Y, como Anita cumplió su palabra, se encontró a sí misma bajando las escaleras del Ritz ante el aviso de que el coche ya la esperaba abajo con su madre impaciente por verla partir.

Había dudado sobre si debía usar o no unas buenas galas, pero finalmente resolvió que, si había rechazado al señor Spratt en un vestido azul y lord Somerbridge la había rechazado a ella

vestida de blanco, tendría que engalanarse de rojo para terminar de homenajear a la nación de América.

Como era de esperar, todo el mundo se quedó callado al escuchar su nombre, y en ese momento pudo darse cuenta de que el apodo se esparcía por la sala con increíble disimulo.

—¿Me permite el abrigo? —soltó el lacayo.

Anita se sentía poderosa, embutida en ese brillante vestido rojo, porque ahora sabía con qué ojos la miraban los demás. Al instante, mientras lord Somerbridge la miraba de arriba abajo, la baronesa se acercó y la llevó con ella.

—¿Ha sido tan terrible? —preguntó—. Podrá soportar una cena de café y tres platos.

—Aún me intrigan las miradas de Somerbridge.

—Quizá es porque aún se encuentra incómodo con usted revoloteando a su alrededor con ese magnífico vestido. ¡Es una delicia! —susurró lady Newton.

—Puede que sea eso. De todas formas, creo en el destino y en que a un hombre tan orgulloso y despreciable solo le esperan tragedias en el futuro.

Lady Newton sonrió y dijo:

—No sea agorera, Anita, o será la primera sospechosa si le ocurre algo al vizconde.

Entonces los avisaron de que la cena estaba lista. Anita se sentó frente a lord Somerbridge, lo que la incomodó, pero se forzó a mantener la compostura y a no recordar las ingratas palabras que le había dirigido en el pasado.

—Esperaba ver al coronel hoy —comentó uno de los invitados—. Escuché que había vuelto del regimiento de Lancashire para aprovechar el inicio de la temporada de caza.

—Me sorprende escuchar eso; jamás pensé que fuese un cazador entusiasta. Pero sí, está usted en lo cierto, sir William. Tendría que haber llegado ya.

—Bueno —dijo de repente la baronesa—, no nos apenemos por los invitados que no están y divirtámonos con los presentes. Como dicen los franceses, *plus ça change*<sup>[1]</sup>.

Durante el transcurso de la cena se hablaron de varias cosas, muchas de las cuales Anita no comprendía; nombres y títulos desconocidos, eventos sobre los que todavía no le habían dicho y mil y una tertulias más sobre la vida inglesa.

El vizconde anunció el traspaso de los invitados a la sala de estar para descansar.

Al verla tan perdida sin su maestra y mentora, lady Newton, que se había ausentado un momento, él se vio en la obligación de conversar con ella.

—¿Tiene un cigarrillo? —le preguntó Anita.

Lord Somerbridge le ofreció el pitillo y lo prendió para después encenderse uno para sí mismo. Entre el humo, el vizconde pudo ver la insistente mirada de Anita, y soltó un relincho.

—¿Qué le ocurre ahora?

—Lord Somerbridge —dijo entonces ella—, no he venido por voluntad propia, pero tampoco esperará que no le mire fijamente después de las barbaridades que me dijo.

—Tenía una pequeña esperanza.

—¿Y? No reparará el daño con un cigarrillo. Con cien y una copa de coñac, quizá. ¿Me traerá la copa? El tema de los cien cigarrillos lo podemos ir arreglando a lo largo de la noche.

El vizconde se retiró y volvió casi al instante con dos copas de buen coñac en la mano.

—¿Acaso está moda en América que las señoritas fumen y beban coñac? —le preguntó.

Con cierto desinterés, Anita se encogió de hombros mientras le daba un sediento sorbo a la copa de licor. Entonces se estiró para alcanzar un cenicero y lo dejó en la mesa frente a ellos.

—Pero a Anita Dólar no le interesan las formas.

—¿Sabe una cosa? Sea quien fuere el inventor de ese desagradable apodo —comenzó a decir

la joven mientras apagaba el cigarrillo—, me parece que fue lo suficientemente ilustrado como para no llamarme *libra*. Cielos, qué horrible se me habría hecho ser conocida como Anita Libra donde quiera que fuera.

—Veo que se lo toma con humor.

—¿Y de qué otra manera quiere que me lo tome? Bueno, como le confesé antes a lady Newton, si se me hubiese acercado usted antes de este mediodía le hubiese matado.

El vizconde se inclinó ante ella en el sofá, como atraído por un imán, o por un cebo. Pero entonces Anita se levantó y él tuvo que levantarse de inmediato, y la voz del mayordomo se hizo eco.

—¡Por fin! Pensé que te había tragado una vaca de Lancashire —exclamó Somerbridge—. Cada día te veo más inquieto y con más medallas en el pecho.

—Perdón por haberme perdido la cena —se disculpó el coronel mientras se acercaba—. He tenido que detenerme de camino en Horse Guards por un asunto urgente.

Anita se giró con curiosidad y vio a un muchacho —pues no llegaría ni a la treintena de edad— vestido de militar, con ese color verdoso que Anita pensaba más bélico, aunque menos elegante. Sintió que era como tener la guerra en casa.

Cuando el coronel se quedó observándola en silencio, la chica tuvo un sentimiento familiar. La mirada que mantenían no la incomodaba como lo hacía lord Somerbridge.

Entonces el vizconde hizo las presentaciones:

—Señorita Schneider, le presento al coronel Musgrove, mi hermano. Acaba de volver de Lancashire. Musgrove, la señorita Schneider ha venido con su familia desde Chicago.

—¿El Ritz? —sugirió de la nada. Anita lo miró con una sonrisa de curiosidad—. Digo —continuó Musgrove, nervioso—, todo el mundo se hospeda en el Ritz hoy en día.

—Sí, tiene razón —dijo ella con una sonrisa.

El vizconde se despidió de ellos y salió de la habitación bajo la inquisitiva mirada de Anita, quien no despegó los ojos de él hasta que cerró la puerta con la fuerza necesaria como para atraer la atención de todos los demás.

—¿Cómo es el norte? —le preguntó—. ¿Qué cosas suelen ocupar el día de un coronel como usted por esos lugares?

—Nada demasiado entretenido, me temo. Fui a Nelson por unos asuntos burocráticos. ¿Y usted, señorita Schneider? ¿Qué suele hacer durante el día?

Anita, sonriendo, se sentó en el sofá copa en mano y le invitó a sentarse con ella.

A pesar de su actitud reservada, e incluso podría decirse que eso resaltaba sus facciones, el coronel era un chiquillo de sonrisa acogedora que se alargaba por el ancho de su mandíbula y de carcajada que, de tan tímida, resultaba sincera; Musgrove miraba a Anita con unos ojos que rebosaban atención.

—Mucho y poco a la vez —contestó.

—¿Cómo? No... No entiendo.

Anita rio, haciendo que los párpados de abajo se apretaron contra sus ojos. Entonces sacó de su bolso la pitillera que le había cogido a Ernest poco antes de salir del hotel y se lo colocó entre los labios.

—¿Tiene fuego? —le preguntó. El coronel sacó un mechero y prendió su cigarrillo—. Me refiero a que un día cualquiera tiene una la sensación de haber ido y vuelto de China, y al siguiente está tirada en un sofá pensando en que ha pasado los últimos años de su vida haciendo la misma cosa.

Musgrove echó una rápida ojeada al sofá sobre el que estaban sentados y le arrancó otra risa.

—No me refería a este sofá —dijo—. Este, en específico, me parece muy agradable.

—Es un alivio.

—¿Irá usted al partido de críquet la semana que viene, coronel Musgrove, si es que no le llama el deber? —le preguntó entonces.

—Por eso he vuelto a Londres. Y porque mi superior me ha insistido en estar en la ciudad algo más de tiempo antes de retirarnos al campo.

El mayordomo de la casa se acercó al coronel con cierta discreción y, antes de que pudiese decir nada, el joven se levantó.

—Discúlpeme un momento.

Cuando el coronel volvió, a los pocos minutos, con su hermano, y avisaron de que la cena había terminado. Anita se despidió de lord Somerbridge recordándole que aún le debía noventa y nueve cigarrillos, y después se despidió del coronel:

—Espero verle el lunes —le dijo antes de recibir su sombrero.

A la semana siguiente, tal y como había prometido el coronel, se encontraron al llegar a St. John's Wood. Le acompañaban su hermano, lord Somerbridge, y el señor y la señorita Turner. Lady Newton, quien había venido junto a Anita y su hermano mientras la señora Schneider reposaba en el hotel por una pequeña fiebre, la llevó con ellos para saludar y conseguir buenos sitios:

—¿Su madre se ausenta de nuevo, Anita? —le preguntó la mujer en el camino.

—La culpa a usted de haberme presentado al vizconde, así que no espere verla muy a menudo.

—Me disculpo por eso. De haber sabido que ese hombre se comportaría de una manera tan desagradable, jamás lo habría hecho. —La baronesa entonces vio a los caballeros y les saludó—. Un día estupendo, ¿verdad, lord Somerbridge?

El coronel se levantó de inmediato al verlas.

—Coronel Musgrove, permítame presentarle al señor Ernest Schneider, el hermano de la señorita Schneider —dijo lady Newton.

El partido comenzó poco después.

Anita, que se había sentado al lado del joven Musgrove, observó el juego con mucho interés. Además, había escuchado que el vizconde había pasado su juventud en Oxford.

—¡Vamos, chicos! —gritó lord Somerbridge.

Anita dio un salto del susto y soltó una carcajada: era algo inédito ver al vizconde tan lleno de furor y vigor deportista aunque él no compitiese en el partido.

—¿De qué se ríe, señorita Schneider? —le preguntó él de mala gana—. ¿Se ríe de mí?

—¡Pues claro que me río de usted!

El vizconde volvió a sentarse con reticencia, avergonzado por haber sido visto en ese estado. El coronel, que los había observado muy entretenido, se dirigió a Anita:

—Es un entusiasta de los deportes. Todos los inviernos me arrastra a Derbyshire a cazar y a montar. No le asustan ni los osos ni los halcones.

—¡Qué hermano más detestable! —se lamentó la joven con un gesto exagerado—. Ernest nunca me obligaría a ser parte de sus aficiones; sabe que el latín y los libros me aburren. ¿Sigue haciendo mucho deporte, lord Somerbridge?

—No, la verdad. Cazo en invierno y poco más.

Anita, mirándole, sonrió y no dijo nada más.

El partido terminó y, para desgracia de lord Somerbridge, aunque se habían defendido bien de la derrota, Oxford perdió por tres postigos. Aun así, lo celebró con un cigarro, y le ofreció otro a Anita con una disculpa por no haber traído su petaca.

Los lacayos del vizconde ya habían terminado de preparar el aperitivo en la zona más alta del palco que rodeaba el recinto donde jugaban los jóvenes universitarios.

—Juega muy bien ese joven —comentó Anita, fascinada—, ¿no le parece, coronel...? ¿Se le ha hecho muy largo el partido? Le noto ausente.

—No, discúlpeme. Solo pensaba en una cosa.

—¿En qué cosa? —preguntó ella—. Espero que en mí. Me apenaría mucho que me mirase usted durante toda la tarde con esos ojos tan despistados y perdidos en la nada.

## CAPÍTULO 6

El señor Schneider asintió.

—Gracias, Carson —le dijo—. Es envidiable la maña con la que engancha los gemelos. Una última cosa... ¿Sabrá, al menos, dónde está mi hijo?

—En el restaurante, con la señora.

—Bien, bien...

El caballero se retiró y salió de su habitación para ir al restaurante. Al entrar, encontró a su esposa y a Ernest desayunando en un ambiente tético.

—¡Padre! —exclamó el joven al verlo, levantándose y quitándose la servilleta de la camisa con manos nerviosas—. ¿Qué hace aquí?

—¡Heinrich, querido, pensé que no llegarías nunca! —gimió su esposa.

Después de sentarse, el señor Schneider colocó una servilleta sobre su regazo y paró a un camarero para que le sirvieran el desayuno a él también.

—Bueno, me han hablado de una situación desesperada, pero ¿puede alguien ponerme al corriente de la tragedia en sí? —pidió.

Su esposa frunció la boca.

—Es tu hija, Heinrich —dijo—, que se ha pasado el último año coqueteando con quien no debe y poniéndose en ridículo.

—¿Dónde está Anita?

—Ha salido de compras con la baronesa de Newton —le respondió Ernest con decepción—. Al parecer, nos ha invitado a pasar una semana en su casa de Derbyshire.

—Y, además, hablan mucho de Anita en Chicago —se lamentó Schneider.

Ernest soltó una risa.

—El vizconde de Somerbridge se lo ha dejado bastante claro.

—Ernest —dijo su padre con severidad—, si no vas a decir algo de provecho, no digas nada.

—Anita tiene intenciones de casarse, pero resulta que fue lord Somerbridge quien la rechazó. Las razones, me imagino, son obvias... Pero insisto en que quiere casarse.

Schneider rodó los ojos y se giró hacia su hijo.

—¡Eso ya lo sé! Todas las mujeres tienen intención de casarse —replicó—. La cosa es, ¿casarse con quién? ¿Con un marqués o con un vicario arruinado?

—Por lo que sé, preferirá al marqués aunque no le sonría tanto como el vicario —respondió Ernest.

—Entonces, querida, ¿cuál es el problema? ¿Me has traído desde Chicago para hacerme cargo de un dilema que se resolverá en cuestión de tiempo?

La señora Schneider soltó un sollozo y se dirigió a su marido para suplicarle misericordia, pues a ella le quedaba ya poca paciencia. Su marido, reticente, decidió escuchar su apelación:

—¿Pero cuánto tiempo? —gimió—. Anita lleva ya aquí más de medio año y siento que con cada día que pasa nuestra reputación en Nueva York se achica. Todas las jóvenes americanas que han venido a Inglaterra encontraron marido en menos de cuatro meses, ¡y aquí sigue nuestra hija!

—Si no se lo dice, Madre, se volverá pensando que el problema no es tan grande como parece.

—¿Qué problema? —preguntó él.

—Supongo que habláis de mí. Bueno, mejor dicho, del coronel Musgrove. Padre, no escuche o le emponzoñarán los oídos.

Todos se giraron y vieron a Anita frente a ellos, observándolos con desprecio en esos ojos



suyos, fríos y cansados, que ya tanto temían sus padres y su hermano.

—¿Qué coronel? Por el amor de Dios, Anita, Ernest, me estáis haciendo un lío en la cabeza que me voy a marear.

Su hija se sentó en la única silla libre con mucha dignidad.

—Albert William Musgrove, hermano del quinto vizconde de Somerbridge y coronel de la División de Caballería —le informó a su padre.

—¡Oh! —soltó el hombre—. Un militar... Me gusta, demuestra mucha hombría por su parte. Y un hombre varonil no puede ser mal marido.

La señora Schneider soltó una carcajada.

—Querido, ese muchacho tiembla como un chucho todo el rato y es militar porque eso es lo que hacen los muertos de hambre. Hasta Anita es más varonil que él.

—¡Madre! —chilló ella.

—Ah, cielo mío, mi niña. Siempre has sido una chiquilla tan romántica... Me da cierta ternura —la consoló su padre.

Anita pidió que le sirviesen más café y volvió a centrarse en la conversación, sintiéndose cada vez más desesperada y con los nervios más crispados.

—Padre, juro por mi vida que soy la primera que quiere casarse bien, pero ¿pueden confiar estas cosas a mi propio juicio? Aunque sea solo una vez en toda mi vida. Sé lo que me hago.

—¡Para eso tendrías que haberte casado con el señor Spratt y no con ese pordiosero! —replicó su madre—. ¿En qué momento se te pasó por la cabeza rechazarlo? ¡Con lo enamorado que estaba!

—¡Fue usted quien me dijo que lo hiciera!

La mujer la miró, indignada, con los ojos bien abiertos, y el señor Schneider pidió silencio en la mesa para poder hablar y, sobre todo, ser escuchado:

—¡Calma! Estáis montando un espectáculo.

—Heinrich —dijo la señora Schneider, más calmada y con un tono tan agresivo como el de un conejo—. Prométeme que le darás una patada a ese coronel si viene aquí a pedir la mano de tu hija.

El hombre soltó un suspiro disconforme.

A los pocos días, sin embargo, ya con la temporada fría y moribunda, los Schneider viajaron a Derbyshire con lady Newton en su persecución de las últimas diversiones del año.

—No me parece mala chica —dijo Anita.

—¿Qué clase de mujer piensa bien de la fulana que le quiere quitar el pretendiente?

Anita suspiró.

—Pero a mí no me han robado ningún pretendiente —replicó—. Más bien me lo quité yo a mí misma. Tu cuñada será una buena compañera para lord Somerbridge.

—La señorita Turner es una esnob.

—¿Acaso no lo es él también?

Lady Newton soltó una carcajada y sirvió más té a la mesa. A pesar de los oídos indiscretos de Ernest, a Anita no le importó que escuchase su conversación; poco podían decir ahí que pudiese sorprenderlo.

—Los invitados tienen que estar a punto de llegar. ¿No hay nadie que le haga temblar las manos esta tarde? —le preguntó.

Anita puso los ojos en blanco y dejó la taza de té sobre la mesa.

—Mi padre fue muy claro, lady Newton. El coronel está completamente vetado para mí. Esta tarde y para el resto de mi vida.

—¡Qué desgracia! —se lamentó la baronesa. Entonces miró a Ernest y lo observó durante unos

instantes—. ¿No se le ocurre nada a usted, señor Schneider? ¿Va a dejar que su hermana se vea forzada a alejarse de un matrimonio feliz?

—¿Y qué puedo hacer yo? —replicó él.

—Si no recuerdo mal, Anita siempre ha apoyado su perspectiva de matrimonio con una tal Rose Folch. —Ernest miró a su hermana con la cara roja por el bochorno—. ¿Cómo puede usted, aun sabiendo eso, ignorar las súplicas de ayuda de la pobre Anita?

—Qué talante tienes para salirte con la tuya...

—¿Me ayudarás? —preguntó ella con los ojos brillantes de ilusión y amor—. ¡Qué hermano más dulce tengo! Rosita es muy afortunada de que quieras casarte con ella.

—Y él también tiene que querer casarse contigo, Ana. No diré ni haré nada hasta que el coronel venga a mí pidiendo ser tu esposo. Quiero ayudarte, pero no quiero arriesgarme a que padre me dé un bofetón por una hermana que sigue soltera.

Anita dejó la mirada perdida.

—¿Podemos hablar un momento a solas? —le pidió él de repente.

Mientras se levantaban para retirarse a un lugar más privado, lady Newton miró de reojo a la muchacha. Entonces los hermanos salieron al jardín y Anita se sentó y se quedó pacientemente en silencio, esperando su sermón.

—Ana —comenzó Ernest—, ¿te acuerdas de esa noche en el Ritz, cuando rechazaste al señor Spratt? Esa noche, en el balcón, mientras te reías de él y te fumabas todos mis cigarrillos, me dijiste que él no era suficiente.

Anita siguió sin decir nada. Al cabo de un rato, apenas un par de segundos, en los que miles de pensamientos cruzaron su cabeza, finalmente habló:

—Sé lo que dije. Sé que lo sabes. Si aun así no confías en mí ni en mi decisión, entonces no tengo nada más que añadir.

—¡Pero el coronel no tiene dinero! —exclamó. Al darse cuenta de la escandalosa escena, Ernest bajó la voz—. Ana, estás cometiendo un gran error. Has tenido un encaprichamiento tonto, como tuviste con Leonard Spratt. Y, cuando ese hombre se ponga de rodillas y tú te des cuenta de que no es lo que quieres de verdad, Madre te obligará a aceptar para no arruinar tu nombre y te verás el resto de tu vida en un matrimonio infeliz con un hombre sin futuro.

Anita cerró los ojos y respiró profundamente. Entonces abrió los ojos, vio a su hermano abriendo la boca —seguramente para hablarle del hijo de los Edwards, o de algún barón— y soltó:

—¡Quiero al coronel! ¡Sé perfectamente a lo que me enfrento y seré yo quien acarree con las consecuencias! ¡Y no se hablará más de este tema!

Ernest no la pudo detener y acabó viéndola entrar en la casa. Un par de minutos después, en los que podría o no haber buscado consuelo en las venenosas palabras de lady Newton, se decidió por levantarse y volver.

El lacayo le abrió la puerta del salón.

—Ana —dijo al entrar—. Hablemos, por favor.

Se quedó callado al ver que ahí no solo estaba Anita, sino que también estaba el coronel Musgrove. Y no estaba haciendo algo en general, sino que se encontraba al pie del diván con las manos apoyadas dramáticamente sobre sus propios muslos.

—Iré a buscar a lady Newton —susurró él.

Se despidió con prisas sin mirar a nadie a la cara y salió disparado del salón. Todo en la habitación se mantuvo el silencio mientras Ernest avanzaba para sentarse a su lado.

—A veces pienso que podrías tener éxito como diablo. Jamás he conocido a nadie que

embauque con tanta facilidad como tú.

—Y ya me has visto. Si no te hubieses entrometido, el coronel se habría confesado —dijo Anita con fanfarronería.

—Se le veía un poco tímido, de todas maneras.

—¡Oh, Ernest! Cállate, por favor. Cada vez que me hablas me echas diez maldiciones perversas.

Ernest se acomodó en el diván.

—¿Ya han llegado todos los invitados? Apenas están listas las carpas del jardín —comentó.

Con una mirada, Anita le dio a entender que no le apetecía hablar con él, pero aun así le respondió, aunque con mucho empeño en mostrar su indignación:

—Todavía falta gente por venir —dijo—. Solo han llegado lord Somerbridge y su hermano por, creo recordar, una petición personal de la baronesa.

Al cabo de un rato, Ernest se levantó del sofá.

—Espero que sepas lo que estás haciendo, Ana. Aunque no se pueda decir lo mismo de ti, jamás te he deseado ningún mal.

Anita lo vio desaparecer por el arco del salón y se tumbó sobre el diván, exhausta y con el corazón muy pesado y hundido en su pecho. Le costaba respirar y las palabras de Ernest aún estremecían en sus oídos como un tronido.

Iracunda, la chica cogió un cojín cualquiera y lo tiró al suelo.

—¡Asqueroso Ernest! ¡Asquerosos Schneider, y asquerosos todos! —chilló.

Cuando logró calmarse un poco, Anita se levantó y salió al silencioso pasillo. Entonces pensó que, vacía, la mansión de los Newton parecía interminable y gigantesca, como un laberinto.

Tenía que avisarla de que en un rato comenzarían a llegar los invitados, para asegurarse de que el jardín estaba listo y que no había lacayos holgazaneando con pérgolas aún por abrir.

Entonces Anita escuchó unos ruidos venir de una de las salas de estar. Al asomarse, pensando que se encontraría con lady Newton, se sorprendió al ver que eran el vizconde y el coronel quienes se encontraban hablando airadamente.

—¡Pero es que no entiendo por qué demonios quieres casarte con ella!

Anita decidió escuchar a hurtadillas.

—Porque quiero, y porque no hay ninguna razón lógica que me lo impida. La señorita Schneider es educada y agradable; en resumen, ¡una joven encantadora! —insistió.

La chica apretó una sonrisa entre sus labios.

—¡No puedes casarte con Anita Dólar!

—¡Me decepcionas! Jamás imaginé que te escucharía hablar así de una dama —protestó el coronel, cada vez más alterado—. Dime una sola razón por la que no deba, o no te volveré a dirigir la palabra por haber usado ese nombre.

El vizconde se sentó ruidosamente sobre uno de los sillones y se encogió, quizá por tozudez de su hermano.

—Hazme el favor y tráeme un vaso de leche.

El coronel salió del salón a paso ligero, con el ceño fruncido y una energía a su alrededor a la que Anita no estaba acostumbrada.

Entonces la joven decidió salir de las sombras y entró a la habitación con una mueca imparcial. El vizconde, al verla, soltó un suspiro y se recompuso.

—¿Ha venido a terminar de arruinarme? Aún me queda un primo en Bath con el que podría flirtear, aunque no creo que sea lo que usted busca —dijo al fin lord Somerbridge para romper el silencio.

—Anita Dólar nunca revela sus planes. Déjeme un cigarrillo; todavía me debe noventa y nueve. Y un mechero. No llevo uno encima.

Lord Somerbridge no pudo evitar sonreír con postración ante el tono altivo en las palabras de la joven. Obedientemente, él le tendió un cigarrillo y se lo prendió.

—Señorita Schneider.

El coronel se plantó frente a ella tras dejar el vaso de leche sobre la mesa. Su hermano se levantó para marcharse, pero antes decidió defenderse de los ataques de Anita Dólar:

—Si la rechacé fue por su conducta, por sus escándalos y porque, aun sabiendo de su propia indecencia, tuvo la poca consideración de hacerme cómplice de sus descaros coqueteando conmigo en público —dijo—. Y ahora tiene la poca vergüenza de envolver en sus telarañas a mi hermano, que no tiene una buena posición bajo la que refugiarse y al que sin duda arruinará.

—¡Váyase o juro que le mataré aquí mismo!

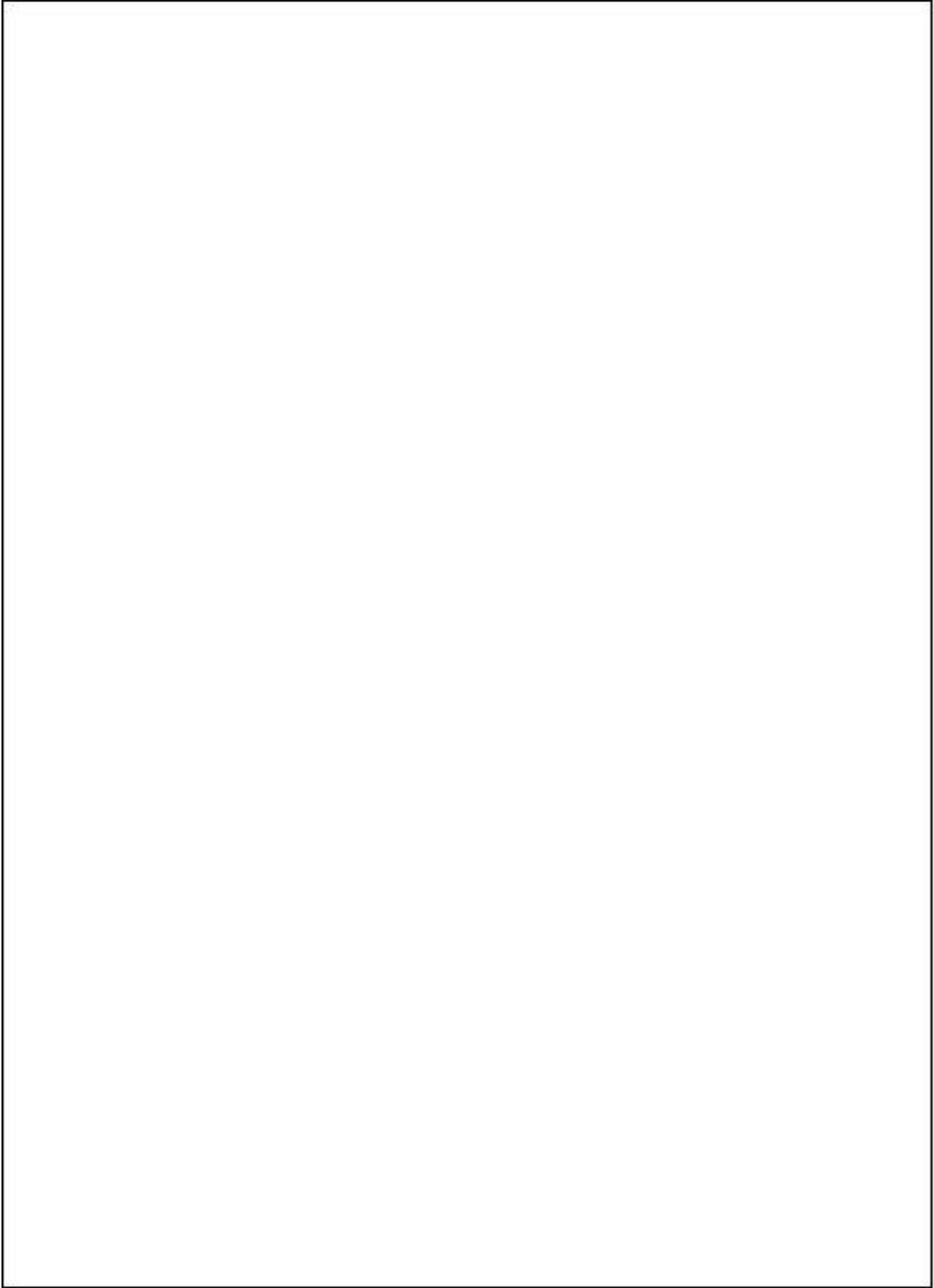
La habitación se quedó en silencio ante el grito de Anita y, después de que el vizconde se retirase en ese mismo silencio.

El coronel se dirigió a la joven para recoger sus manos con una tierna sonrisa considerada.

—Escuché sin malicia alguna su conversación con el señor Schneider y temí estar engañándome a mí mismo, pero ahora sé que no son falsas ilusiones. ¿Acepta, entonces? —le preguntó.

Anita sonrió, cansada, y acarició los nudillos de su querido Musgrove con devoción.

—Sí.



Parte III.  
Anita se casa  
y urde un plan

## CAPÍTULO 7

El disparo espantó a los pájaros y levantó una oleada de graznidos chirriantes.

—Buen tiro, lord Somerbridge.

El señor Schneider recargó el rifle mientras el futuro cuñado de su hija esperaba a que el perro le trajese el ave entre los dientes. Anita, al fondo, observó el espectáculo con un gesto de asco.

—Ernest —llamó—, dame un pañuelo, te lo ruego; apesta a sangre.

—Un pañuelo y un cigarrillo para la señorita.

Anita se acomodó sobre las rígidas sillas que habían hecho colocar sobre el césped bajo la atenta mirada de la señorita Turner.

—¿Y cómo van los planes de su boda, señorita Schneider? —preguntó la mujer con un tono algo altivo—. Tiene a todo Londres en vilo.

—Van tan bien como los suyos, señorita Turner.

—Me apena mucho que se casen antes que nosotros. Lord Somerbridge quería celebrar el enlace cuanto antes, pero pensé que lo más correcto sería esperar hasta marzo, como todo el mundo.

Anita respiró hondo.

—Esa decisión ha callado muchos rumores. Debe de ser un gran alivio para usted —añadió antes de levantarse.

Caminando de espaldas, aún podía escuchar el ruido ensordecedor de las sonrisas de la señorita Turner. Entonces se enganchó al brazo de lady Newton para forzarla a dar un paseo.

—Su cuñada es una esnob, tenía razón —gruñó.

—Como americana que soy, querida Anita, la entiendo; los ingleses se piensan reyes y soberanos de la finura, los modales y el decoro. Eso les crea una desagradable burbuja medieval a su alrededor que les impide ver la realidad.

—¿Y ha notado esa superioridad con la que me habla? —insistió Anita, muy ofendida—. Que yo sepa, a las dos nos anuncian como señoritas. Y, qué diablos, yo tengo más dinero. Debería ser ella la sufridora de mis agravios, y no al revés.

Lady Newton suspiró con lástima.

—Sí, querida, pero hace treinta años su padre era un barón y el de usted era un deshollinador.

—Pero he notado —replicó la joven sin escuchar una sola palabra de lo que la baronesa contaba— que su cuñada está verdaderamente preocupada por las prisas de Somerbridge. Quizá sea una costumbre inglesa eso de jactarse de algo que en realidad te atormenta.

—No le dé más vueltas, Anita. Va usted a casarse con un hombre de buen prestigio militar, y del dinero se ocupará el señor Schneider —dijo lady Newton para consolarla.

Otro disparo retumbó entre los árboles.

—¡Cielos! —aulló—. ¡No pueden pescar!

—Veo a su padre hablar con mucho entusiasmo con el vizconde, amiga —comentó la baronesa.

—Calle, calle. Me va a dar un ataque. A saber qué se estarán diciendo, lady Newton. ¿Y si nombra ese... terrible apodo?

La baronesa negó con energía.

—Somerbridge puede ser rígido —dijo—, pero jamás haría nada parecido. Es un hombre con clase.

Anita no se lo creyó y siguió caminando.

Ese mismo día, durante el almuerzo, la señorita Turner siguió atacándola y Anita pensó

seriamente si en algún momento la había ofendido de verdad o la muchacha era, simplemente, estúpida de nacimiento. La baronesa y su marido, además, no ayudaban mucho a defenderla de sus venenos.

Anita miró al coronel al otro lado de la mesa.

—Bueno, ¿qué harán después de las fiestas de Navidad? ¿Se quedarán en Derbyshire o irán a Londres? —dijo él para cambiar de tema.

—Iremos a Suiza, seguramente —respondió lord Newton—. ¿Y tú, Somerbridge? Supongo que te quedarás aquí cazando hasta que te quedes sin presas en el coto.

—Sí; no me gusta viajar en invierno.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Anita de repente—. Está usted algo pálido, y le tiembla el labio. ¿Quizá quiere que le traigan algo de leche?

El vizconde respiró profundamente.

—No hace falta, señorita Schneider... Gracias.

Tras la cena, todos se desperdigaron alrededor de la sala de estar y estuvieron allí, charlando, fumando y hablando sobre cientos de temas de los que jamás hablarían en público, hasta que decidieron volver a sus casas.

Los Schneider habían alquilado para la inminente boda una casa relativamente cercana a Waventon Park, la residencia del vizconde, donde el coronel se hospedaría hasta la luna de miel.

Para después de la boda, sin embargo, la pareja había elegido una coqueta casa en Sussex, donde residiría el regimiento del coronel durante un par de meses, y donde podrían quedarse de no ser necesaria otra movilización de tropas.

—Me he divertido mucho hoy —dijo Anita.

Musgrove sonrió y le desdobló el cuello del abrigo, que se había retorcido al abrocharlo.

—Sí... Siento mucho la actitud de la señorita Turner, de verdad, Ana. No sé por qué actúa de semejante manera... Normalmente es una mujer de lo más correcta y agradable.

—Si no lo fuera, tu hermano ni pensaría en casarse con ella.

El coronel soltó una risa, observando a su prometida en silencio. Unos instantes después, se decidió a preguntar:

—¿Qué ocurre?

—No es nada, no te preocupes.

Los señores Schneider salieron del recibidor y él decidió bajar la voz para envalentonar a Anita y que le dijese lo que de verdad se le pasaba por la cabeza.

—Ana, algo te inquieta —dijo—. Dímelo, te lo veo en los ojos. ¿Qué ocurre?

—Si aún no estamos casados y ya me puedes descifrar de esa manera, este matrimonio no va a llegar a buen puerto —rio Anita.

—¡Anita! Despidete del coronel, ¡nos vamos!

La chica le pidió a su madre unos segundos más. Bajó un poco la voz y decidió sincerarse con él:

—Bueno, Bertie, en realidad es por tu hermano. Está muy raro últimamente y sé que tú también te has dado cuenta. ¿Crees que aún sigue molesto conmigo? Por lo que pasó en verano.

—¡Anita!

La chica resopló y aseguró el calor del abrigo apretando la piel contra su pecho. El vapor de su aliento le humedecía los labios y la insistencia de su madre le crispaba los nervios.

—¡Voy! —exclamó con impaciencia—. Qué mujer más fatigosa... Bueno, coronel, disfrute de las Navidades y deléitese con sus últimos meses de soltería —gorjeó mientras le mostraba el anillo.



—La impaciencia me mata —contestó él.

—¡Cómo eres! —rio la chica.

La señora Schneider insistió en que el coche ya estaba listo, así que Anita se despidió de una vez por todas y se sentó junto a su hermano.

—¿Dónde pasaréis la luna de miel? —preguntó su madre con apenas interés.

—Madre, eso solo lo puede saber el testigo del novio. Así que, cuando llegue el momento, se lo diremos a Ernest.

—¿A mí?

El joven la miró como si estuviese loca.

—¡A quién va a ser si no! No pretenderás que el padrino sea Lord Somerbridge... —replicó ella.

—De acuerdo... Pero no puedes negarle una invitación a la boda de su propio hermano. Eso estaría muy mal y sería de muy mal gusto, Anita. Al fin y al cabo, tendrás que pasar los veranos allí.

—No tienes que recordármelo —bufó ella.

Al llegar a casa, Ernest la convenció de pasar el resto de la tarde en el comedor. Le pidieron a la cocinera una cena ligera y se sentaron a la mesa.

Anita no tenía mucho apetito y prefirió centrar su atención en el café y en su cigarrillo.

—¿Qué ocurre? —preguntó al fin—. No me habrás invitado para comer en silencio... Para eso no me necesitas; tú ya tienes un alma muy profunda y sabes reflexionar por tu cuenta perfectamente.

—Te quería preguntar sobre tu prometido.

—¿Qué ocurre con él?

Ernest masticó su tortilla con tranquilidad.

—He visto al doctor Tilney en Waventon hoy. Cuando me encontré con él, buscaba a Musgrove con mucha prisa —dijo—, ¡casi con urgencia! Además, apenas se separa de su hermano, como si necesitase el cuidado de alguien. ¿Te ha contado de algún problema de salud suyo?

—¡Está sano como un roble! —contestó ella.

—¿Pero...?

Anita se tragó el orgullo y continuó:

—Pero es cierto que se comporta de manera algo extraña. Y no te voy a mentir: veo a Tilney en esa casa muy a menudo, y siempre que no pregunta por el coronel es porque ya se está yendo.

Frunciendo el ceño, su hermano sacó otro cigarrillo y se lo encendió.

—¿Crees que es por Somerbridge? —preguntó.

—No, no —negó Anita, muy segura—. Cuando el coronel se enteró de que, en un pasado, tuve intenciones de casarme con su hermano, ni se inmutó... Parece que, aunque todo apunte a él, no hay manera de averiguarlo.

—Pero, si de verdad tuviese algún problema de salud, te lo habría dicho, ¿verdad? ¿Es sincero contigo? —preguntó Ernest, algo preocupado.

La joven asintió con energía.

—¡Claro que sí! Soy su prometida, y eso significa que dentro de poco seré su esposa. Y si hay algo que honre a Albert es que no tiene ninguna razón para mentirme. Ni a mí, ni a nadie.

Entonces su hermano se levantó de la mesa y recogió su chaqueta, cansado. Aceptó las respuestas de Anita, pues se veían sinceras, y se despidió de ella para acostarse.

Una mañana cualquiera, cuando la familia ya estaba despierta y desayunando, Anita bajó la última al comedor. Allí vio que su madre no se había quedado en su dormitorio, y adivinó que

tendrían algo de lo que hablar.

—Como sea este otro sermón sobre lo infeliz que seré casada con el coronel Musgrove, me tomaré el café de un sorbo y me iré.

El señor Schneider cerró el periódico.

—¡Anita, escucha a tu madre! —le pidió.

—¿Y qué puedo hacer yo? —preguntó la joven, desesperada—. ¿Digo que he cambiado de opinión? ¡Anita Dólar: rechazante, rechazada y rompedora de compromisos! ¿Así es como va a ser?

—¡Dime entonces por qué comenzaste a coquetear con él! ¡Y por qué aceptaste cuando te pidió matrimonio! —insistió su madre.

A la pobre Anita le tembló el pecho al hablar:

—¡Porque no tengo más tiempo! —dijo al borde de las lágrimas. Entonces se levantó ruidosamente de la silla—. ¡Y ahora Ernest me emponzoña con dudas e intrigas, y vosotros me ponéis una soga en el cuello!

—Pero Anita, hija mía, no llores...

—Disculpad que despotrique... No tengo apetito —dijo antes de retirarse de la habitación.

Al salir, pudo escuchar la voz de Ernest hablando con dureza y seriedad, pero no entendió muy bien lo que decía.

En la entrada de Coldon Lodge, la casa que habían alquilado los Schneider, había un pequeño banco en el que uno podía sentarse a admirar la verde hierba, que en ese momento estaba floja y mustia por el frío, con una relajante taza de té y buena compañía.

O, al menos, eso les había dicho el casero.

—¡Señorita Schneider!

Anita recuperó la compostura e irguió la espalda, esperando a ver quién era el misterioso visitante que acababa de llegar.

—¡Señorita Turner! —saludó la chica—. Lady Edwards, señorita Amelia. Buenos días.

—Buenos días a usted también... Venimos a ver a sus padres, señorita Schneider. Esperamos no interrumpir —dijo lady Edwards.

—No se preocupen, no, no. Pasen. Estará cada uno haciendo lo suyo. ¿Les apetece un té o alguna otra cosa? Lady Newton nos trajo ayer unos panecillos de manteca y creo que aún quedan. Señorita Amelia, ¿ha probado alguna vez los dulces que hacen en París?

Anita pensaba que, cuanto más hablase ella, menos tiempo tendría la señorita Turner para decir iniquidades. Y al parecer su plan había resultado ser más que efectivo, porque, con cada palabra que Anita soltaba, los labios de su enemiga se frustraban al abrirse y no poder decir nada.

—¿Cómo se encuentra su marido, lady Edwards? Me comentaron ayer sobre su catarro. ¡Qué época más mala para pescar un refriado!

—¡Oh, chiquilla! —se lamentó la pobre anciana—. Lleva ya en cama tres días y no para de estornudar. Me va a dar un ataque.

Se quedaron en silencio mientras se sentaban a la mesa de la sala de estar y Anita se dio cuenta demasiado tarde de que había bajado la guardia.

—¿No está nerviosa por la inminente boda, señorita Schneider? Aún no me creo que se vayan a casar en enero. Es un mes horrible para hacerlo, con tanto frío y tanta lluvia... ¿Cómo es que sus padres están de acuerdo con la fecha? —dijo al fin la señorita Turner con una mueca.

—En efecto —murmuró lady Edwards—. El otro día vimos al doctor Tilney salir de Waventon mientras hablaba con el coronel. ¿No tendrá el pobre algún catarro, como sir Thomas?

—No que yo sepa —respondió Anita.

La señorita Turner hizo un ruido extraño con la garganta, como si quisiera ahogar una risa pero su intención fuera, al contrario, reírse.

—¡Cielos! —soltó—. Si a estas alturas, con la boda aún como promesa y no como hecho, le oculta cosas, ¿no se ha parado a pensar si a ese matrimonio le espera un buen futuro?

Con un tono calmado, lady Edwards se resintió por semejante conversación y defendió a Anita:

—Oh, señorita Turner, todos los maridos deben ocultar algo a sus esposas. Yo no me fiaría de un hombre que no esconde nada. Además, quizá es una tontería y no le ha dicho nada para no preocuparla sin necesidad, ¿no cree usted?

Anita la miró a los ojos y sonrió.

—Pero una mujer puede fiarse de sus piadosos consejos, desde luego. Una prometida tan sensata como usted —comenzó a decir—, que está dispuesta a alargar su compromiso para no levantar rumores desagradables, debe de confiar mucho en su futuro marido.

—Por supuesto que confío en el vizconde, perdónenme ustedes. —La señorita Turner se esperó a que el lacayo dejase la tetera sobre la mesa para continuar—. Sí, lord Somerbridge es un hombre muy sensato. Todo lo que hace, ya sea tomar decisiones o dar consejos, lo examina antes muy a conciencia y siempre con decencia y refinamiento. Aunque haya algunos hombres, no tan sensatos, que no hagan caso a sus palabras y se busquen la ruina.

## CAPÍTULO 8

El horror los esperaba al salir de la iglesia: millones de granos de arroz, gritos y ruido los persiguieron hasta la seguridad del carro, donde Ernest los despidió. Pero el coronel, que encontraba todo aquello muy divertido y entrañable, no paró de sonreír hasta estuvieron bien lejos de la capilla.

—Bueno, señora Musgrove —rio él—, espero no tener ningún grano de arroz en el cabello. Sería una lástima que ese fuera el primer vistazo que me echa como su marido.

—¡Señora Musgrove, Cielos! No, tranquilo, tienes el cabello despejado... ¿No te encuentras mal, querido? —preguntó Anita de repente—. ¿Ninguna jaqueca? ¿Algún dolor en el pecho?

Musgrove se acomodó en el asiento del carruaje.

—Estoy bien. De hecho, ¡estoy eufórico!

—Me alegro... —La chica se levantó para sentarse junto a él y apoyar la cabeza en su hombro—. ¿Cuándo saldremos para Chicago?

El coronel la miró, confundido.

—¿Chicago? Pensé que habíamos acordado en ir Nueva York una semana. Al menos, eso es lo que le dije a tu hermano.

—¡A Nueva York! —chilló Anita—. No hay sitio que odie más en este mundo. Fría, apestosa ciudad de Nueva York... Allí me perdí una vez siendo una niña, cuando estudiaba en una escuela de señoritas. Tardaron un par de días en encontrarme.

—Siento mucho escuchar eso, amor. Puedo cambiarlo y pedir una habitación en un hotel de Chicago si tanto te disgusta. Solo dímelo.

Anita le acarició el cabello y le quitó un grano de arroz con disimulo mientras sonreía.

—No pasa nada —dijo—. Quizá he exagerado demasiado. No detesto Nueva York; no en invierno, al menos. Es un placer ver tanta nieve.

—Eres un ángel —respondió él.

El coronel le dio un pequeño beso en los labios y disfrutaron del resto del paseo en coche hasta Waventon Park.

Ese mismo día, tras recoger su equipaje, zarparon hacia la ciudad Nueva York.

El viaje fue bastante largo, y la pareja, que había decido celebrar su primera noche juntos en la ciudad y no en el barco, disfrutó de una semana de tranquilidad. Muchos de los posibles pasajeros aún llevaban la tragedia del transatlántico hundido en el corazón y temían correr la misma suerte.

Al llegar a Murray Hill, el hotel donde se iban a alojar los próximos días, Anita no podía quitarse esa extraña sensación del cuerpo. Para ella, volver a la ciudad que la había hecho embarcarse en esa desventura era un símbolo de mal agüero.

—¡Tenías razón! —comentó Albert mientras miraba por la ventana de la suite—. Sobre los techos de Nueva York la nieve tiene un sentimiento distinto. ¿Los edificios parecen más... elegantes?

—Están hechos de nieve, dinero y humo...

—¿No vas a cambiarte antes de acostarte? —le preguntó el coronel—. ¿Dónde está Louise? Deben de ser ya más de las ocho.

Anita se guardó una risa.

—¡Qué prisas, querido! ¿No puedes esperar hasta después de la cena? —bromeó.

—Oh, Cielos, la cena. Se me había olvidado. Reservé en un restaurante llamado... dominó, o demonio. No me acuerdo muy bien, si te soy sincero.

—¡El Delmonico's! Un restaurante espléndido, de hecho. Allí sirven la mejor langosta de todo Nueva York —dijo ella con alegría mientras sacaba abrigos y sombreros de la maleta.

Entonces se acercó a su marido y le dio un beso en la mejilla.

—Louise está esperándome en mi vestidor. Me cambiaré en un santiamén y saldremos a cenar, ¿de acuerdo? Y recuerda abrigarte bien, ¡hace un frío...!

Al poco rato bajaron a la entrada del hotel para pedir un coche para ir al restaurante. Nada más llegar, se quitaron los abrigos y siguieron al metre hasta su mesa bajo las miradas curiosas. Cuando estaban a punto de sentarse, alguien los llamó:

—Señorita Schneider, no esperaba verla aquí.

Anita se giró.

—¡Señor Folch! —le saludó con una sonrisa forzada—. Es una sorpresa, desde luego. Aunque ahora soy la señora Musgrove.

—Mis disculpas, entonces. Felicidades por el enlace, señora Musgrove.

—Querido, te presento al señor Folch, un conocido de mi familia. ¿No ha ido este invierno a Roma, señor? —le preguntó.

El hombre sacudió la cabeza.

—No; muchos asuntos me atan a esta ciudad...

Anita asintió sin saber qué más decir.

—Siéntanse libres de visitarnos en cualquier momento. Desde que sabemos que están en la ciudad, Rose está ansiosa por verla. Y perdónenme, no quiero entretenerlos más; supongo que habrán venido a cenar —dijo antes de despedirse e ir a su propia mesa, donde le esperaba un hombre trajeado.

—Es el señor Folch, el padre de la señorita Rose —le explicó la joven al coronel—, la amiga de Ernest. Creo que ya te hablé de ella.

Pidieron una cena pequeña y Anita insistió mucho en que les trajeran vino. Se terminaron una botella de Merlot, pero ella pidió otra, y otra más después de esa.

Para cuando volvieron a la suite, el coronel había tenido que ayudar a su esposa a subir los escalones. Anita no paraba de reírse y en cuanto el coronel fue a cambiarse pidió que le subieran un par de botellas más a la habitación.

Una vez en la cama, de tanto vino, los dos se habían olvidado de que era su noche de bodas hasta que la muchacha vio a Musgrove desplomarse sobre la cama. Sin saber muy bien qué hacer, le dio un último trago a la botella y lo observó en silencio para reflexionar.

—Albert —dijo en voz baja al cabo de unos minutos, mientras le sacudía el hombro—. Albert, cielo mío, no te duermas.

El pobre coronel respiró hondo, aún medio dormido, y agarró la mano de Anita con cariño.

—Perdóname, querida. Es el vino...

Anita soltó una risa y le dio otro beso.

El sol amaneció al día siguiente y el matrimonio se despertó con el cuerpo agotado y la cabeza hecha un tambor. Al levantarse de la cama, Anita sintió que le temblaban los muslos.

Se sirvió un vaso de agua para los dos. Albert, su marido, que aún descansaba en la cama, parecía ignorar el paso del tiempo. Anita, sin embargo, se sentó a su lado y le llamó la atención.

—Son más de las doce —le comentó al coronel, que aún se estaba desperezando—. ¿Prefieres comer algo abajo o quieres que nos suban el desayuno?

—No, quiero desayunar abajo. Y luego, si quieres, podríamos dar un paseo —murmuró él.

—Voy a cambiarme, entonces.

El joven la detuvo cogiéndola del brazo.

—Buenos días, señora Musgrove —murmuró entonces con una sonrisa tan brillante y cálida, como el sol, que terminó por contagiársela a su mujer—. ¿Sabías acaso que las mañanas te sientan estupendamente?

Anita se dirigió a su vestidor entre risas.

De camino al comedor se sorprendió al ver a Rose Folch en uno de los salones, charlando con un par de hombres trajeados. Al verla, la jovencita se levantó y la saludó de inmediato.

—¿Señorita Folch? ¡Buenos días! No pensé que fuéramos a vernos por aquí.

—He venido a desayunar —respondió Rose mientras ellos se quitaban los sombreros—. Señora Musgrove, ¿no es así? Y este caballero, supongo, es su marido. Un placer, señor.

—¡Cómo vuelan las noticias aquí! Sí, estoy casada. Déjeme presentarle a mi marido, el coronel Musgrove. ¿Quiere desayunar con nosotros?

Rose Folch aceptó la invitación y eligieron una mesa cercana a la ventana. Al coronel parecían gustarle mucho las vistas nevadas de la ciudad, y no sería Anita quien le fastidiase esa alegría.

—¿Por qué la miran tanto? —le susurró la señorita Folch mientras se terminaba su café.

—Hablan de mí.

—¿De usted?

Anita movió la tostada de un lado para otro con el tenedor, intentando buscar las palabras adecuadas para no espantarla.

—Sí, de mí —explicó—. Fui, como muchas chicas en mi situación, una niña rica americana que viajó a Inglaterra para casarse con un lord. Pero, como ves, he vuelto sin título, aunque estoy segura de que más feliz que muchas otras.

El coronel sonrió.

—¿Acaso cuchichean sobre su felicidad?

—Se podría decir que sí... —Anita se calló una risa incrédula—. Quizá no entienden, porque va más allá de sus cabezas aglutinadas, que Anita Dólar puede encontrar la felicidad sin dinero.

Rosita, que había escuchado la historia con atención, no le recriminó nada y creyó todas sus palabras. En parte, porque Anita no tenía ninguna razón para mentirle.

—Creo que debería mancharme ya. Mi padre me espera en Orchard Street para dar un paseo. Ha sido un placer; espero que nos veamos pronto —dijo para despedirse.

El matrimonio terminó de desayunar a solas.

—¿Quieres ir a Central Park? Podemos dar un paseo hasta la hora del almuerzo —comentó Anita mientras subían en ascensor a su habitación del hotel—. Después podríamos visitar a los Folch. La chica es un amor, ya lo has visto.

—Te noté algo incómoda con el padre anoche.

La chica le quitó importancia con un gesto de la mano y se enganchó a su brazo.

—Eso es un asunto menor —rezongó.

Durante la caminata, Anita aprovechó para pasearse por el parque ante la vista de todos, que la miraban con interés y con envidia, porque parecía estar lo suficientemente dichosa como para querer mostrarse frente a la sociedad neoyorkina.

—¡Señorita Schneider!

El coronel pidió que parasen el carruaje para ver quién llamaba a su esposa con tanto entusiasmo.

—Ahora soy la señora Musgrove —le corrigió al caballero con orgullo—. ¿Nos conocemos, señor?

—Thomas Carter. Nos presentaron hace algún tiempo, creo. ¿Conoce su familia a la señora Harrington? Con quien sí tengo una buena amistad es con su hermano, coronel. Conocí al vizconde

en la casa de Viena de la señora Harrington —le contó.

Anita soltó una risa y le susurró a su marido:

—¡Para que luego ese insulso vizconducho eche sapos y culebras sobre este país...!

—A usted lo recuerdo —contestó su marido para cambiar de tema, temeroso de que Anita soltase otra de sus bromas—. Nos presentaron en la casa de los Harrington, sí, en la calle de Carintia.

—Me encontré una vez a la señorita Harrington con su madre en la Quinta Avenida, pero no me devolvieron el saludo. ¿Por qué cree que fue eso?

El señor Carter rio nerviosamente.

—No la verían, señora Musgrove —se excusó.

—Bueno, bueno. Nos despedimos, señor Carter. Aún queda mucho parque por el que pasear.

—¡Antes de que se vayan! —exclamó el hombre—. ¿Puedo invitarlos a tomar el té? Vendrán los Harrington y los Janssen. Será un buen reencuentro tras casi un año fuera. Esta tarde, en el 67 de Riverside Drive. ¡Denle recuerdos a lord Somerbridge!

Anita le prometió que se pasarían un rato y, antes de que el caballero pudiese decir nada más, mandó al cochero a retomar el paseo. Carter, por lo tanto, no tuvo más opción que despedirse.

Comentaron la conversación durante un rato hasta que se acercó la hora del almuerzo.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó la chica.

Iban de camino a la casa de los Folch, donde habían acordado almorzar a escondidas de los Schneider. Orchard Street era una calle por la que la mataría su madre si la veían pasear.

—Nada... —Pero el pensativo coronel tenía el ceño fruncido y tenía la mirada perdida—. Solo me preguntaba sobre el té de esta tarde. ¿Estás segura de que te apetece pasar el día con gente así?

—¿Con quienes antes no me dirigían la palabra? En eso tienes razón, querido, pero ahora soy la esposa del hijo de un vizconde y, más importante, soy la esposa de un apuesto coronel. Tendré que presumir de marido mientras esté en la ciudad.

El almuerzo con los Folch fue agradable hasta que llegó el padre de familia, que implantó un lúgubre silencio con su presencia y calló a las dos mujeres de su familia con una mirada.

Albert no entendió nada y siguió comiendo su plato de atún como si nada. Pero de una cosa sí se dio cuenta, y es que el señor Folch observó el comedor en cuanto entró, como si quisiese asegurar la presencia de Anita.

—¿Y hasta cuándo se quedarán ustedes aquí, en América? —preguntó el hombre de repente.

—Hasta el miércoles —le respondió el coronel, viendo que nadie más iba a hacerlo por él—. Por la mañana zarparemos e iremos a Southampton.

—¿Y después se unirán a su regimiento?

—Sí; iremos a Brighton y nos quedaremos allí hasta que nos trasladen a otro lugar.

Rosita se hizo un hueco en la conversación:

—Fue una tragedia lo del Titánico, ¿no lo creen ustedes? Afortunadamente no perdimos a nadie en ese barco, pero escuché que el señor McQuadie estuvo a punto de subir.

—Al hijo de uno de nuestros amigos lo siguen buscando, y la hermana de otro murió de un ataque de frío —dijo Anita—. Es terrible, ciertamente.

La señora Folch pidió que dejasen el tema para otro momento, pues la desgracia le estaba cerrando el estómago, y continuaron comiendo en silencio.

A eso de las cuatro y media, el matrimonio se dirigió en taxi a Riverside Drive. Llegaron más tarde de lo indicado, así que todos estaban sentados y charlando cuando anunciaron sus nombres.

Anita consiguió de alguna manera intercambiar menos de cuatro palabras con el señor Carter,

de quien no sabía nada, y saludó a la señora Harrington y a su hija, la señora Koch. Le devolvieron el saludo y le pidieron que, por favor, mandase recuerdos a lord Somerbridge. Anita aceptó con gusto.

—No, por favor —dijo la joven al ver que le servían una taza de té y un bizcocho—. Solo hemos pasado a saludar. Nos esperan en otro sitio.



## CAPÍTULO 9

La luna de miel llegó a su aterrador fin y el matrimonio tuvo que volver para que el coronel se reuniese con su regimiento.

Para sorpresa de Anita, que se esperaba un día a día cansado y sin rumbo, la vida como coronela no era nada desgraciada; los soldados la admiraban allá por donde iba y muchos otros oficiales estaban casados, así que tendría compañía para rato.

Brighton era una ciudad con un encanto ciertamente mágico, o, al menos, eso era lo que Anita pensaba; las casas, las calles adosadas, las personas que paseaban por la mañana... Desde la ventana del salón, todo parecía ser mucho más encantador de lo que seguramente era en realidad.

Una mañana, pocas semanas tras su llegada, Anita había invitado a unas amigas suyas a tomar el té. Esa misma mañana, a las diez y cuarto, recibió un telegrama de lady Newton, quien la avisaba de que recibiría su visita de manera inminente para echar un vistazo al nuevo hogar de los Musgrove.

La baronesa, tal y como había prometido, llegó por sorpresa cuando las esposas del regimiento aún no habían abandonado la residencia. Saludó a todas y cada una de las mujeres con gran entusiasmo y guardó la mayor sonrisa para cuando vio a Anita:

—¡Señora Musgrove! Siempre supe que el sur le haría mucho bien... A los hechos me remito, querida, está estupenda. ¿O quizá le noto la piel más tersa por el coronel? —dijo al verla.

Anita despachó a las visitas con brío e invitó a la baronesa a pasar a la sala de estar.

La casa de los Musgrove no era magnífica como la residencia del vizconde, pero era una propiedad lo suficientemente digna como para que la mayoría de las personas viesan a sus dueños con buenos ojos. Tenía tres plantas y cinco habitaciones, lo suficiente como para complacer a Anita.

—¡Oh...! —le respondió la joven—. No podría soñar con otra cosa. Esta ciudad nunca me aburre y el regimiento me provee de entretenimientos con personas de lo más agradables.

—Derbyshire está algo vacío sin usted.

Anita rio, pero le faltaba brillo en la mirada.

—No todo el mundo se quejará de eso.

—La señorita Turner desde luego que no lo hace, en eso le doy la razón, Anita —murmuró lady Newton—. Eso me recuerda que, aparte de para ver su nueva casa antes de que vuelva su querido coronel, he de... Me sorprende no verle aquí ahora. Pero ahora le diré la verdad, y se la diré ya porque me temo que Musgrove defenderá sus intereses...

—Hable ya o pensaré que va a pedirme dinero.

Lady Newton arregló su postura en el sofá y miró a Anita fijamente a los ojos, como si le estuviese pidiendo la luna.

—La semana que viene se celebrará la fiesta de cumpleaños de mi cuñada en Waventon. Estoy muy segura de que les invitarán, al coronel y a usted, y quiero asegurarme de que no tienen la oportunidad de inventar una excusa para no asistir —le dijo.

Anita se levantó del sofá con brusquedad.

—¡Viajar hasta tan lejos para ver a la diabólica señorita Turner! —exclamó entonces—. Cree usted que estoy loca. ¡Ni hablar! He pasado este último mes tan felizmente que ahora sé que Waventon es un infierno. Lo siento, lady Newton, pero voy a tener que rechazarla.

—¡Anita, no puede dejarme sola!

—Esa mujer es abominable y su prometido también lo es. ¡No voy a permitir que se me falte de

nuevo el respeto de la manera en la que me lo han faltado allí! Esa es mi última palabra.

El coronel entró entonces a la habitación y observó a las dos mujeres que discutían tan acaloradamente en su sala de estar.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó.

—¡Oh, coronel! Espero que le haya llegado una carta invitándolo al cumpleaños de nuestra adorada señorita Turner —le dijo la baronesa.

—Sí, así es. Pensaba responder esta misma tarde. Para aceptar, por supuesto. Sus maneras no son las más deseables, pero es la prometida de mi hermano y no tengo más opción.

—¡Albert! —le recriminó su mujer—. ¿Cuándo pensabas decírmelo? ¿La mañana antes de partir?

El joven, arrinconado, intentó ganar tiempo pidiendo el té, pero la baronesa anunció que se despediría en cuanto el asunto estuviese resuelto.

—Ana, amor mío, ¿podemos discutirlo cuando lady Newton se marche, por favor? —le susurró el coronel a Anita.

—No soporto a la señorita Turner, lo sabes bien. Y ese desprecio no es culpa mía, Albert. Nadie me ha tratado tan repulsivamente como lo hizo ella el verano pasado.

Musgrove se dirigió a la baronesa:

—Hoy mismo escribiré a la baronesa viuda, lady Newton. Estaremos allí.

Lady Newton, satisfecha, se levantó del sofá y se despidió de Anita y de su marido.

A él le confesó que su hermano estaba ansioso por verlo y a ella le aseguró que se encargaría personalmente de que la señorita Turner no le dirigiese una sola palabra mezquina.

—Me están haciendo un gran favor.

—¡Espere! —la llamó el coronel—. Vendrán a cenar esta noche algunos oficiales del regimiento. Está usted invitada a venir si lo desea.

—Estoy ansiosa por conocer a las nuevas amigas de la señora Musgrove —respondió.

La baronesa salió de Milford cuando aún no había anochecido y volvió diligentemente para la hora de cenar.

La mujer tuvo que admitir que, a pesar de todos los rumores y escándalos que habían perseguido a Anita Dólar durante sus aventuras por la rígida sociedad inglesa, había logrado hacerse un hueco en la sociedad de Brighton.

Ver a la muchacha rodeada de amigos, yendo de una conversación a otra y parando de vez en cuando junto a su marido simplemente para sonreírle le retorció el corazón, aunque no dejó saber si lo causaba el afecto, el chasco o la envidia.

—¡Coronela! Siga diciendo esas cosas y el pobre hombre no dormirá esta noche de la vergüenza —rio una de las invitadas.

—Señora Foster —dijo Anita entre carcajadas—, ¡tengo razón! Jamás había visto a un caballero que juegue tan mal. ¡Humbert, por favor! ¡Ya le dije que para ganar tiene que quedarse sin cartas, no al revés!

El grupo estalló en risas, pero la baronesa no movió la cara.

—¿Ocurre algo, lady Newton? —le preguntó la señora Foster, preocupada—. ¿Se siente mal? Espero que no sea el humo de mi marido. Ya le he dicho que no fume más...

—No se preocupe. He tenido un viaje muy largo esta mañana y estoy algo cansada, eso es todo.

La velada transcurrió con alegría y en lo que a Anita se le hizo un instante ya estaba despidiendo a los últimos invitados. Le habían ofrecido a lady Newton quedarse a dormir, pero la baronesa insistió en quedarse en el bonito hostel que había reservado, pues no pensaba quedarse allí más de un par de días.

—Menudo día —resopló Anita mientras entraban de nuevo a la sala de estar. El coronel se apretó el puente de la nariz y se sentó —. ¿Te apetece una última copa antes de dormir? ¿Acaso te encuentras mal?

—No, querida, estoy bien. Solo algo cansado... Quería decirte... Sobre el asunto de la señorita Turner, siento mucho forzarte a ir, de verdad, Ana... Pero ¿tengo otra opción? Ella es la prometida de mi hermano y pronto será familia nuestra.

—Te comprendo, aunque aún no perdono que no me dijese nada. Una debe marchar preparada a la batalla —bromeó Anita, besándole la coronilla.

—Creo que aceptaré una taza de té.

Su mujer le cogió las manos con cariño para quitarle la expresión de preocupación y le sonrió.

—Encontraré la forma —dijo besándole los nudillos— de que todo salga bien.

Unos días después de que lady Newton abandonase Brighton, los Musgrove viajaron a Derbyshire para el cumpleaños de la señorita Turner.

Lord Somerbridge los había invitado a quedarse en Waventon unas semanas más sin dar ninguna explicación.

Por esa misma razón se encontraban cenando con toda la comitiva en silencio: todos notaban incómoda la velada y nadie hacía nada para acabar con ese mutismo que había invadido la habitación.

—Vayamos a por una copa.

Los caballeros se retiraron a la biblioteca para fumar tranquilamente, y las damas se dirigieron a la sala de estar para tomar el té y charlar.

Pero Anita, que aún no quería dirigirle la palabra a lady Newton —y sabiendo que eso le dejaba a la *diabólica* señorita Turner como única compañía—, se excusó para buscar una habitación en la que fumar por su cuenta.

Se encontró con lord Somerbridge al abrir la puerta: estaba sentado en un sillón con la mirada perdida en el suelo y el ceño fruncido, pero al verla se levantó inmediatamente y la increpó con la mirada, esperando que explicase a qué había venido.

—Perdóneme, buscaba... Le seré sincera, buscaba una habitación en la que fumar, y no veía necesario unirme a los caballeros —explicó Anita.

El vizconde no dijo nada y se dirigió como pudo a la puerta.

—¡Espere! —exclamó la joven—. No querría echarle de su propia casa. Quédese.

—Desde que está casada, coronela, su humor parece haber mejorado —masculló él con fastidio.

—Sí, y espero que le ocurra lo mismo a usted. Se me había olvidado lo desagradable que es tener que hablar con usted. ¿Quiere que me vaya, entonces? No pondré ninguna pega.

—No, quédese. Me da igual. Aunque no la veo desde el pasado invierno, creo que sigo siendo inmune a sus sandeces —murmuró mientras volvía a sentarse—. ¿Quiere un cigarrillo?

—¡Bueno! Ya lo sabía de antes, pero confirmo que es usted un hombre de tradiciones.

Anita se sentó a su lado y aceptó el cigarrillo.

—Yo sigo como siempre. Usted, sin embargo, parece más que feliz. Quién diría que una mujer de mente tan retorcida como la suya lo sería con un hombre tan bobalicón como mi hermano.

—Mente retorcida... —masculló ella.

—No me dirá ahora que Anita Dólar se ha enamorado de la humildad —rio lord Somerbridge mientras se encendía su cigarrillo—. Eso me dejaría bastante estupefacto.

—¡Otra vez con ese dichoso mote! Casi se me había olvidado lo que era entrar a una habitación sin que un puñado de infelices lo murmuran despreocupados por que los escuche.

El vizconde la miró a los ojos.

—¿Qué más le da lo que digan o dejen de decir?

—¡No habrá ni un solo día en el que se me permita ser feliz! —chilló Anita—. No sé por qué he aceptado quedarme... Siempre que hablo con usted, me empiezan a picar los nudillos y los labios me tiemblan con rabia.

—¿Le tiemblan ahora?

Para su sorpresa, lord Somerbridge se irguió sobre los brazos del sillón y agarró el hombro de Anita para besarla con fuerza, casi con ira. Ella, que no se esperaba semejante ataque, se quedó inmóvil, esperando a que se alejase.

—¿Qué le hizo a Leonard Spratt para tenerlo de rodillas en pocas semanas? —le preguntó mientras le daba besos cortos en la boca—. ¿Qué indecencias le hizo? ¿Qué le dijo, qué le prometió hacer? ¿Acaso no era yo lo suficientemente respetable para que usted deseara corromperme?

—¡Suélteme! —gruñó la joven, que no podía moverse.

El vizconde la abrazó para recuperar el aliento, hundiendo el rostro en su cuello, enrojecido del bochorno. Lamentó no haberla visto vestida de blanco; aquel color que le hacía la piel más oscura y descarada.

—Ese idiota de mi hermano, que se cree que su esposa es un ángel. No soporto verla con él... Es un estúpido por ignorar las obscenidades que habrá hecho a sus espaldas...

—Lord Somerbridge —dijo entonces ella con mucho menos nervio del que le pedía el corazón y el cuerpo—, suélteme. Por favor.

—Pero le persigue a usted la suerte, Anita, y he de admitir que es una astuta lagarta que al final va a conseguir con artimañas y perversiones todos sus deseos —susurró el hombre.

Antes de que ella le pidiese una vez más que la dejase en paz, el vizconde la volvió a besar, con más furia y más desprecio. Sin embargo, el sonido de la bofetada les llegó desde tan cerca a los oídos que ninguno de los dos escuchó la puerta abriéndose.

El coronel tiró a su hermano al suelo y, para sorpresa de todos, simplemente lo dejó ahí.

—Apesta a alcohol —masculló—, pero no estás borracho. Ana, levántate, por favor. Lady Newton, llame a Burns y pídale que preparen un vaso de leche y que lo acuesten cuanto antes.

Cuando Anita procesó los últimos segundos, intentó alcanzar al vizconde entre gritos y amenazas, llamándole de todo. Le comenzaron a doler los dientes de apretarlos.

—¡Déjame! ¡Lo mataré, te juro que lo mataré! ¡Cerdo! Desgraciado, ¡cuentista pedante!

Sin embargo, la señorita Turner, que se había quedado observando la escena en silencio, rompió en llanto y salió tan deprisa como había entrado.

Anita escuchó las risas de lady Newton y sintió que no le daban los brazos para arrancarles la cabeza a los dos.

—No creerás que lo incité, ¿no? —le preguntó a su marido una vez se encontraron a solas.

—Veo que estás bien.

Ella lo miró en silencio unos segundos para ver si tenía algo más razonable que decir. En vista de que ese sería su único comentario, Anita recogió el cigarrillo del suelo y lo aplastó.

—Me retiro —anunció con calma—. Si vas a venir más tarde, intenta no despertarme, por favor.

El coronel la detuvo para darle un beso de buenas noches, avergonzado por su falta de palabras, pero se quedó frente a ella en silencio y acabó besándola en la frente.

—Buenas noches, Ana.

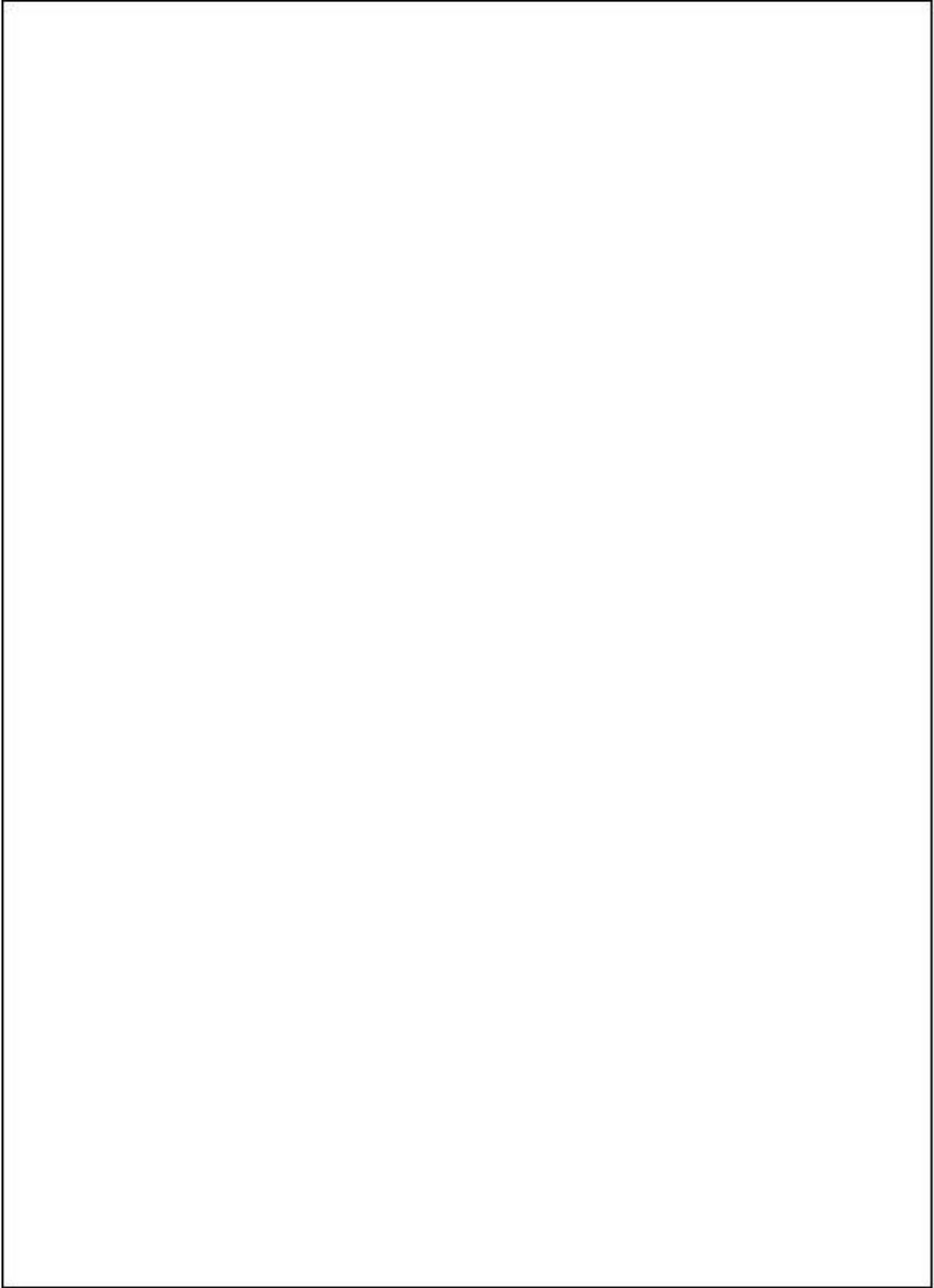
Cuando subió, Louisa la ayudó a desvestirse y a cambiarse, y en poco rato se encontró entre las

cómodas sábanas de su cama.

En medio del silencio se podían escuchar perfectamente las risas de lady Newton, que seguramente contaba, de nuevo, la repulsiva escena que había provocado el vizconde.

Acunada por esos ingratos pensamientos, Anita acabó quedándose dormida.





Parte IV.  
Anita y el vizconde



## CAPÍTULO 10

Aquel suceso, que tan indiscretamente había entretenido a los barones, hizo que la señorita Turner aplazase aún más la fecha de la boda.

Sin embargo, nadie se había molestado en hablar del tema, ni delante de Anita ni a sus espaldas. Celebraron el cumpleaños de la señorita Turner y disfrutaron del inicio del verano en Waventon Park como si no hubiese ocurrido.

Poco después de la fiesta, Somerbridge invitó a cenar a toda la comitiva como último encuentro antes de que los Musgrove volviesen a Brighton. Con qué propósito, nadie lo sabía, pero Anita estaba feliz de que el vizconde aún no se resolviese a dirigirle la palabra más allá del saludo matutino.

—Buenos días, señora Musgrove.

Anita saludó al doctor Tilney.

—Buenos días —le dijo—. ¿Qué le trae por Waventon Park, doctor? Nada grave, espero.

—Oh, no se preocupe, señora. Solo la rutinaria examinación médica que tanto temen todos. Pero no se preocupe por nada; en esta casa se rebosa salud.

Se despidieron y Anita caminó por delante de uno de los salones. Su marido se encontraba sentado con lord Somerbridge, quien, al verla al otro lado de la puerta, apartó la mirada rápidamente. La chica decidió pasar de largo.

Antes de la cena, que quedaría marcada en la vida de Anita como el teatro más espantoso de la historia, todos los encuentros que había mantenido con él se habían solucionado de manera incómoda y cordial: Anita le murmuraba un saludo, el vizconde se lo devolvía, humillado por su propia conciencia, y cada uno seguía su camino.

Pero esa cena, como bien diría la joven después, fue especial.

—¿Irán a la ciudad este año? —preguntó lady Newton para romper el silencio.

—No —respondió Musgrove, nervioso, mientras miraba a su mujer—. Tenemos pensado quedarnos en Brighton hasta que termine el mes y viajar a Oxfordshire en julio para asistir a las regatas.

—¡Estupendo! Al menos disfrutarán de los últimos meses de la temporada. Han estado tan ocupados con el regimiento que apenas se les ha visto el pelo este año, coronel.

Se escuchó entonces por todo el comedor a la señorita Turner, que comentó con disgusto:

—Anita Dólar volverá a pavonearse por ahí.

El coronel se atragantó con su saliva y tosió un par de veces, pero logró aguantar el carraspeo para no empeorar el ambiente. Nadie dijo nada por no arruinar sus esfuerzos.

—Con pavonearse —dijo de repente Anita— se referirá usted a algo tan simple como salir a la calle, ¿no, señorita Turner?

—¿Algo tan simple? Lo dice como si pudiese hacerlo sin meterse a un par de hombres debajo de la falda en el camino.

La joven detuvo el movimiento de sus manos, haciendo que los cubiertos chirriaran entre ellos y contra la porcelana del plato, y el sonido tronó por el comedor como el sonido de alguien que abandona de sopetón las teclas de un piano.

—¡Y se atreverá a culparme por su lujuria!

—¡Señora Musgrove! —vociferó Somerbridge, con el rostro rojo por el bochorno de escuchar en voz alta semejante verdad—. Le ruego que se abstenga de hacer esos comentarios.

—¡Si no quiere escuchar mis comentarios entonces no actúe de tal manera que los provoque!

La señorita Turner miró la joven de reojo antes de imitarla y levantarse de la mesa, indignada.

—¿Quién es la señora Musgrove? Yo solo conozco a Anita Dólar.

Anita tiró la servilleta a la mesa para irse. Lady Newton y su marido, que observaban la escena con todo regocijo, estallaron en carcajadas mientras el vizconde parecía cada vez más nervioso.

—¡Anita! ¡Haga el favor y quédese donde está! ¡No haga este espectáculo más bochornoso de lo que ya es! —exclamó.

—¿Y no podría haber pensado usted así ayer?

—¡Le echa usted la culpa como si no hubiera sido una de sus maquinaciones repulsivas! —chilló la señorita Turner.

La joven miró a su marido en busca de ayuda.

—¡Albert! ¿Acaso no vas a decir nada?

—Haz el favor de calmarte, por favor —le pidió el coronel sin esperanzas—. Vas a...

Indignada, la joven decidió dar media vuelta para marcharse de una vez por todas, pero lord Somerbridge la siguió hasta detenerla en la salida del comedor y la agarró fuertemente del brazo.

—Usted no se irá de aquí hasta que resolvamos este denigrante asunto. ¡Por su culpa he tenido que retrasar mi boda sabe Dios cuántos meses más!

—¡La culpa es suya! —replicó ella.

El vizconde intentó responder, pero comenzó a toser con una asquerosa insistencia que incitó a Anita a deshacerse de su agarre. Cuando finalmente lo logró, se quedó quieta al ver que Somerbridge vomitaba un mar de sangre encima suya.

—¡Santo Cielo! —chilló lady Newton, quien había decidido, finalmente, dejar de reír.

El coronel se levantó de golpe para socorrer a su esposa, que estaba sujetando el cuerpo de su cuñado con las pocas fuerzas que tenía.

—Burns, haga el favor de llamar al doctor Tilney —le dijo al mayordomo— y decirle que venga en seguida. La úlcera de lord Somerbridge se ha desgarrado.

Cuando el mayordomo se retiró, mucho más deprisa de lo que nadie se podía esperar de un hombre tan elegante y paciente, la habitación se quedó en silencio.

Pronto vinieron dos lacayos que llevaron al vizconde a su habitación, pero, aun entonces, nadie dijo nada, pues nadie tenía muy claro qué decir.

—Como lo haya matado, víbora —escupió la señorita Turner al pasar junto a ella—, la perseguiré por lo que le queda de vida. Usted y solo usted lo habrá matado.

—Y yo la mataré a usted si se atreve.

Anita se retiró del comedor.

Sentía la sangre candente sobre su pecho y sus mejillas, pegada a la piel como salazón reseca. Aún no se había parado a pensar sobre la salud del vizconde, ni lo haría, no hasta que se quitase esa repulsiva linfa de encima.

—¡Louise! —exclamó, impaciente.

—Sí, señora, permíname —sollozó la doncella al entrar a la habitación—. ¡Dios mío, señora! ¡Está cubierta de sangre de los pies a la cabeza! ¿Se encuentra bien lord Somerbridge?

Tras desvestirse, la joven se metió en la tina y vio cómo su cuerpo se desteñía, como si fuese un vestido barato. Alzó el brazo para que Louise lo frotase y dijo:

—Si encuentro al vizconde respirando mañana, seré yo quien no se encuentre nada bien, Louise. Qué desgraciado, ese caballero. Bueno, caballero... No debería llamarlo así. Y su prometida, la señorita Turner, esa sí que es una víbora. Desde que puse un pie en esta casa se me ha despreciado de la manera más vil. Podría entender su disgusto si me alborozase coqueteando

con su prometido, quien, resulta, no es tan fino y prudente como se esforzaba en parecer... ¡Pero no, Louise! Dejé ir en paz al vizconde mucho antes de que se prometiese con la señorita Turner, y por ello lo declaro único culpable de todo esto.

—Señora, respire. Le tiemblan las manos.

Jadeó y notó finalmente que todo su cuerpo tiritaba de rabia.

—¡Hijo de puta! —rugió entonces Anita—. Lo mataré yo misma si esa bendita úlcera no se me adelanta, lo juro.

Ya lavada y más tranquila, Anita se quedó reposando en el agua caliente de la tina hasta que alguien llamó a la puerta un tiempo después.

Cuando la joven preguntó quién era, el coronel se anunció y pidió hablar con esposa cuanto antes.

A Louise le horrorizaba la idea de dejarle entrar, pero la joven insistió en que, siendo su marido, la había visto en situaciones así más de una vez.

Musgrove se sentó en una banqueta de madera al lado de la tina de fina porcelana y esperó a que la doncella se marchase.

—Estoy de los nervios y una sola palabra de escarnio me volverá loca —dijo Anita.

—Mi hermano ha fallecido.

La muchacha cerró los ojos.

—Ayúdame a salir... —El coronel le tomó la mano y le cubrió el desnudo con un batín de algodón—. Bertie, mi cielo...

—No digas que lo sientes porque sabré que es mentira. Aunque no te culpo, Ana. Somerbridge fue para ti una desgracia más que un miembro de la familia. Y sabiendo qué hizo y cómo reaccioné yo...

—No te culpes más. ¿Llorarás a tu hermano de corazón o solo te lamentas por la manera en la que se ha ido de este mundo? —preguntó Anita mientras le acariciaba las orejas.

—Créeme, querida, que no me verás llorando por él. Jamás fue un buen hermano ni fue un buen hombre. Pienso en la manera en la que te besó esa noche y se me revuelven las tripas —susurró el coronel—. Si tan solo te hubiese estrechado entre mis brazos para consolarte...

Anita decidió callar su tético discurso con un beso en los labios y volvió a besarle tras la oreja antes de llamar a Louise para que la ayudase a secarse y acicalarse.

—¿Sabrá mi coronel lo que esto significa para nuestros días venideros? —se preguntó en voz alta.

Lady Newton les había prometido volver con ropa negra para que se ahorrasen las molestias de tener que aventurarse a comprarse el luto en semejante estado de lamentación.

Esa noche, Anita no supo decir si el coronel había dormido con ella: su lado de la cama estaba vacío cuando se acostó, y al despertar se encontraba de la misma manera, frío y con las sábanas buenamente arregladas en el lateral.

Tras desayunar en su dormitorio —lo suficiente como para no tener que preocuparse por desfallecer a mitad del día—, Anita salió a pasear al jardín. La bruma de la mañana se cernía húmeda sobre Waventon Park y se llevó la luz del sol.

Encontró un banco donde sentarse a descansar y se encendió un cigarrillo mientras pensaba que el vizconde se había llevado el resto de los cigarrillos prometidos a la tumba.

Según le había dado a entender su doncella, Musgrove le había pedido al administrador de la propiedad que dejase sus peroratas sobre la herencia para cuando el asunto del funeral estuviese resuelto.

—Quién me habría dicho —murmuró mientras se fumaba el cigarrillo— que una úlcera en la

tripa de un cerdo pudiese resolverme tantas desdichas.

El pésame a la familia fue íntimo y sucedió sin altercado alguno: lord Newton y su esposa se despidieron de quien ya no sería el esposo de su hermana, y no estuvieron dispuestos a perder su tiempo con Anita.

En silencio, la comitiva volvió a Waventon para disolverse.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó el coronel.

Acababan de despedir a los últimos asistentes y la casa ya estaba cerrada a cal y canto, preparada para hundirse en la bruma del luto, aunque sus residentes se lamentasen por ello.

—No lo sé —respondió Anita, insegura—. Me come la felicidad, pero también me devora una culpa que siento pero que no reconozco como mía.

—Ana, no te condenes...

Anita soltó una risa y pasó los dedos bajo las solapas de la chaqueta militar de su marido. Tenía un tono de delirio en los ojos.

—¡Y no lo hago! ¿Quién sabe por qué me sentiré así? Olvídalo, amor. No sé lo que digo. Quizá este dichoso silencio que me persigue por toda la casa me esté volviendo loca.

Le dio un pequeño beso sobre los labios y se fue, dejando a su atónito marido con la duda de si estaba enloqueciendo por la pena o si realmente era ahora la mujer más feliz del mundo.

—Una última cosa, Albert —exclamó Anita desde el otro lado del pasillo—. ¿Podríamos esperar un tiempo antes de hacer público todo este embrollo? Del asunto saben pocas personas, y me gustaría tener todo atado para cuando venga el enjambre.

—Por supuesto. Aún tengo algunas gestiones pendientes con el señor Purcell y quiero visitar las propiedades arrendadas. Eso me llevará, por lo menos, otra semana —respondió el coronel.

—¿Significa eso que seguiré sin poder disfrutar plenamente de mi marido medio mes más?

Musgrove sonrió, abochornado.

—No me digas eso —susurró—. Empeoras mi desgracia y la vuelves acerba.

Con una pequeña sonrisa, Anita se despidió de él y se dirigió a la sala de estar para recibir a lady Newton, que la esperaba con un enorme baúl de cuero y caoba.

—Santo Cielo, baronesa, le pedí un par de vestidos, no el armario de la emperatriz Sissi —le dijo la joven con asombro.

Lady Newton, que al parecer había pedido que le subieran el té a la salita, ordenó también que se abriera el baúl. Ante ella se desplegaron decenas de ajuares de color negro: telas, broches, sombreros, zapatos, plumas... Anita, aunque estaba de luto, y era uno que no sentía, se lamentó de que no hubiese nada de color.

—Mi querida vizcondesa... Si vamos a seguir siendo amigas, que lo seguiremos siendo, por supuesto, no puedo dejar que la vean por la iglesia vistiendo un par de harapos negros.

—No la veo entusiasmada —murmuró Anita mientras ojeaba uno de los vestidos. Era de muselina y seda suave, ideal para el verano que ya comenzaba a abandonar el país.

—¡Cómo no lo voy a estar! Qué cosas dice usted, lady Somerbridge —rio la baronesa—. Ahora seremos las mejores amigas, pues tendremos la misma posición social, aunque usted ya no tiene que cargar con la presencia de ningún infame cuñado... La señorita Turner se ha vestido de negro y lleva toda la semana sin salir del saloncito de té que tenemos en casa.

—¡Tremenda criatura! No sé cómo un corazón puede albergar tantos sentimientos de pena y odio.

—Si me permite el comentario, usted es muy niña, pero no he visto unos ojitos como los suyos que refuljan con tanto frío. Si se hubiese visto el día que el vizconde murió... —se lamentó lady Newton.

Anita se levantó con uno de los sombreros puestos y se paseó por la habitación arrastrando la silueta de uno de los vestidos de seda y terciopelo. Las telas se frotaban entre sí con alegría y hacían un frufrú de lo más encantador.

—Bendito luto —dijo la baronesa.

Anita rio más alto:

—¡Bendita muerte!

## CAPÍTULO 11

Durante las pocas semanas que los Musgrove se habían concedido para resolver todo el asunto de la muerte del vizconde, Anita casi se quedó sin uñas: nada deseaba más que escribir a los Schneider para fanfarronear sobre su nueva posición.

Pero la joven, muy consciente de que eso iría en contra de los deseos de su marido y, además, de que seguramente le ofendería, se limitó a escribirles una carta que, tal y como le había prometido al coronel, no enviaría hasta finales de agosto.

La noticia, sin embargo, ya se había propagado por todo el condado, y el descubrimiento por parte de sus padres sería cuestión de tiempo.

Anita no pudo negar más los hechos tras una mañana en la iglesia en la que, sin ningún tipo de delicadeza, uno de sus vecinos se acercó a los Somerbridge para darles su pésame frente al resto de presentes:

—*Milady* —se apresuró a decir—, no sabe cuánto lamento la pérdida. Lord Somerbridge era muy respetado y apreciado en la localidad.

—Se lo agradezco, señor...

El caballero pensó que la vizcondesa pretendía conocer quién era, pero, al ver que la mujer ya había vuelto la mirada al vicario para terminar de escuchar su sermón, entendió que solo había sido una particularidad en su manera de expresarse.

Por lo tanto, para cuando el periodo de luto terminó, el coronel a partir de entonces pasó a ser lord Somerbridge de manera oficial e imperativa.

Musgrove estaba muy agradecido de que su esposa le hubiese hecho el favor de pretender estar apenada ante la muerte de su cuñado esos pocos días; comprendía su desagrado, y sus escrúpulos, que le habían valido para fingir lamento, la honraban.

En ese momento, mientras el matrimonio se relajaba en el saloncito de té tras una ardua tarde de exilio —durante la cual Anita le había dejado claro que jamás volvería a dejar morir a ningún familiar suyo—, la joven comentaba con cierto desagrado que lady Newton parecía haberse olvidado de ella:

—No lo entiendo —decía con pena—. El mes pasado me comentaba con la mayor alegría que ahora tendríamos la misma posición social y ahora aquí me ves, cielo mío, con un título y ninguna amiga. ¿Quizá le desagrado por algo que he dicho?

—Lady Newton nunca me ha parecido una amistad fructuosa, tanto por su incapacidad de ofrecer el afecto de una amiga como por esa irritante manía suya de verte como una de sus operetas... De todas maneras, ¿por qué te inquieta tanto? No sabía que la estimases de esta manera.

—¡Y no lo hago! —aclaró—. Pero eso no quita que me moleste su repudio.

Anita se estiró sobre el sofá donde estaba echada, con una manta de algodón sobre el regazo y el cariñoso brazo de su marido bajo su cabeza.

Con curiosidad, echó un vistazo al periódico que Musgrove estaba leyendo, pero no vio nada interesante y volvió a recostarse sobre su pecho.

Como la casa de Brighton era mucho más pequeña y cálida que Waventon Park, Anita temía no sentirse cómoda en la que una vez fue el hogar del desgraciado lord Somerbridge, porque el caserón solo le recordaba a aquellas brisas heladas a través el corredor.

Sin embargo, al no estar demasiado concurrida, Anita descubrió con júbilo que solo necesitaba una chimenea y la libertad de echarse sobre un sofá con las piernas estiradas para acostumbrarse a

la casa.

—¡Bertie, escucha! —dijo Anita una mañana mientras bajaba al comedor para desayunar.

—Qué sorpresa verte aquí abajo, y tan temprano —comentó su marido al ver que se sentaba con él a la mesa—. ¿Qué ocurre? ¿Ha intentado lady Newton ponerse en contacto?

—Si propones algo así, lo que te tengo que contar no te va a provocar ningún asombro.

El vizconde sonrió para disculparse e insistió con su silencio a su mujer para que le contara de una vez cuál era el suceso que tanto la había conmovido y que él tendría que fingir apreciar.

—Todo lo que tengas que contarme me asombrará, me fascinará y me conmoverá —añadió.

—Bueno, si insistes, te lo contaré —dijo ella entre risas y con grandilocuencia—. No sé si te acordarás, pero mis padres no expresaron mucha alegría al saber que me casaría contigo. — Esperó a que su marido diese señas de entendimiento para continuar—. Te comunico que nos visitarán dentro de unas semanas, en septiembre, para familiarizarse con la nueva casa y el nuevo título.

—¡Vaya familia la tuya! —se asombró el vizconde—. Si me permites el comentario, no sé si querré sentarlos a mi mesa. Pero estoy dispuesto a hacerlo porque, si tú pudiste cenar con mi hermano, que hizo cosas mucho peores que querer casar a una hija por dinero, yo podré dar de comer a tus padres.

Anita se terminó su taza de café y dobló la carta, sabiendo que no volvería a leerla de nuevo; de todo lo que se decía en ella, dos líneas eran la fecha de llegada estimada, y el resto halagos y felicitaciones por su feliz matrimonio.

—Te concederé que tu hermano es muy agradable y muy sensato, aunque algo indiscreto.

—¡Ernest es otro tunante! Un hipócrita cabezón, nada más y nada menos —dijo ella.

—Por cierto, Burns me dijo que la señora Fletch te estaba buscando como una loca —recordó entonces su marido, que ya había terminado de desayunar—. Creo que quería comentarte algo de la cena. Bueno, más bien lo supongo. No sé de qué otra cosa podrías hablar con la cocinera... Yo tengo que irme ya, necesito hablar con el señor Scott, el de los cerdos.

Somerbridge le dio un beso en la frente a la joven y se retiró del comedor mientras ella se terminaba la tostada.

Como ya no tenía amigos, Anita se contentaba con pasar sus interminables ratos libres paseando por el enorme jardín de Waventon Park. Ya fuese leyendo o fumando un cigarrillo, siempre encontraba algo con lo que matar el tiempo.

Pero esa mañana, como bien le había dicho su marido, tuvo que pasarla encerrada en la cocina con el servicio: al parecer, uno de los arrendados que se encargaba de proporcionar cordero a la casa se encontraba en paradero desconocido y, cuando Anita preguntó por qué no estaba en su propiedad, la señora Fletch le respondió que sobre eso no sabían, pues nadie se había molestado en acercarse para asegurarse de que el pobre hombre no estaba metido en ningún apuro que le impidiese pasarse por Waventon para entregar la carne.

—No se preocupe, no lo necesitamos aún.

—¿Y para cuándo querrá el cordero, Su Señoría? Podría hablar con los Morland —insistió la cocinera, que paseaba, muy nerviosa, por la cocina.

—Olvídese de ese asunto hasta que vengan los Schneider a cenar. Se hospedarán aquí durante un par de semanas más, pero no pretendo consentirlos con manjares todo ese tiempo. Con una cena bastará.

Anita salió de la cocina, que olía a grasa y a humo, para poder respirar el aire limpio del pasillo.

Poco después de que el gong del almuerzo resonase por toda la casa y de que el matrimonio

almorzase tranquilamente, el vizconde se retirase por tener aún un par de asuntos que resolver con Purcell, el administrador de las propiedades de la familia, Anita fue a la biblioteca de la casa a leer.

El sofá más cómodo de la habitación se encontraba de cara a la única pared que no había sido conquistada por estantes y repisas de abedul: en esa pared colgaba una magnífica colección de pinturas que poco tenía que envidiar al repertorio de los Spratt.

Ante ese panorama, Anita no pudo concentrarse en su lectura y se quedó observando en silencio los trazos y las escenas de los cuadros que, desde su diminuto asiento en el sofá, se le hacían más bien como un centenar de teatros frente a ella.

Tras hacer cuentas, con unas perspectivas bastante buenas, se acomodó sobre el sofá y abrió el tomo encuerado que había dejado por la mitad la noche anterior.

Anita, sin embargo, no podía deshacerse de la odiosa sensación de que las reliquias de la casa la observaban: ya fueran los cuadros, los bustos o, simplemente, las viejas paredes de papel, sentía que podían leerle el alma.

—¡Su Señoría...!

La voz la sobresaltó tanto, pues no se esperaba que hubiese nadie compartiendo sus cavilaciones.

—Perdone, Burns, no le había visto. Estaba en mi mundo... ¿Ocurre algo? —le preguntó la joven.

—Lord Somerbridge quiere verla —dijo el mayordomo—. La espera en el salón del ala oeste. ¿Desea que les suban el té?

—Sí, desde luego, súbalo...

De camino al salón, Anita, junto al señor Burns, se encontró con unas doncellas del servicio que murmuraban y charlaban con mucho entusiasmo.

—Es una lástima... Tan joven y ya con el negro de los pies a la cabeza. Y además he escuchado que el señor le pide un heredero, ¡con lo pequeña que es la pobre! Pero es raro, sí. No me extraña que lord Somerbridge tenga sus dudas...

El señor Burns carraspeó lo suficientemente alto, ante la severidad que dormitaba en la mirada de lady Somerbridge, y las doncellas se disculparon y salieron disparadas.

Aunque Anita estaba muy ofendida por lo que había escuchado, tuvo que agradecerles aquella nueva información que le ayudaría a enfrentar a su marido con la guardia alta.

Al llegar, un lacayo le abrió la puerta.

—¡Bertie! —lo llamó ella—. Dime qué ocurre, querido. Nunca me citas con tanta ceremonia. ¿Qué quería decirte el señor Purcell?

El vizconde miró fijamente a Burns hasta que este comprendió y se sometió:

—Les subiré el té de inmediato, Su Señoría.

—Gracias... —murmuró Anita.

Siguieron con la mirada la salida del anciano y él le pidió con delicadeza que se sentase. Con la misma ceremonia con la que había hablado antes, lord Somerbridge la imitó y se sentó.

—Sí. De hecho, Purcell quería comentarme un asunto que, a sus ojos, es muy urgente, y que te concierne a ti. Y, por supuesto, también a mí.

Anita de repente echó un vistazo a la habitación.

—¿Por qué está la chimenea apagada? —se quejó, frotándose los brazos—. Hace un frío...

—Ana, por favor, escúchame —insistió él.

—Bien, dime.

El lacayo entró con una bandeja de plata y la dejó en la mesa mientras estudiaba la situación



con esmero, pero entonces cruzó miradas con su señora y se retiró de inmediato.

—Bueno, ¿cómo podría exponer esto sin ruborizar a ninguno de los dos...? —farfulló el vizconde—. Me gustaría saber si hay algún aspecto del matrimonio que no te... complazca.

—Comprendo a lo que te refieres, cielo, pero no entiendo por qué lo preguntas —respondió Anita entre pequeñas risas.

—Purcell está preocupado por la... falta de un hijo varón. Eso ya causó embrollo cuando murió mi hermano. Si yo no lo proporciono al linaje, el título irá a parar a algún familiar desconocido.

Anita sirvió el té con calma.

—¿Está casado el señor Purcell? En caso de que no lo esté, me gustaría comunicarle que estos temas conllevan tiempo —le dijo a Somerbridge tranquilamente—. La señora Schneider, de hecho, tardó más de un año en concebir a mi hermano.

—¡Pero, Ana, llevamos casi un año casados!

—Y supongo que por eso me has preguntado antes si estoy contenta con tus aptitudes como marido. Para tu tranquilidad, querido mío, estoy francamente satisfecha —comentó ella entre risas.

Al ver que el gesto del vizconde seguía tan rígido como cuando había entrado a la habitación, se calló las risas y le tendió la taza de té.

—¿Y por qué me preguntas sobre esto con tan poco tacto? Somos marido y mujer, ¿no? —insistió, aprovechando que él bebía—. ¿No crees que me has abordado con muy poca consideración, como si yo no me hubiese dado cuenta?

—¡Ana! Entiéndeme. Yo jamás crecí con la esperanza de ser vizconde ni me prepararon para ello. Estoy más que perdido, y tus asaltos no hacen más que empeorar mis nervios. Temo no estar a la altura de lo que se espera de mí.

Anita dejó la taza sobre la mesa de marfil y se dirigió a su marido muy seriamente, con los brazos cruzados y el rostro una expresión de severo afecto.

—A ti, en cierta forma, sí —continuó él.

Ella no dijo nada.

—He visto por tu parte un comportamiento extraño desde que mi hermano murió... ¡No por su muerte, desde luego! —se apresuró a explicar lord Somerbridge—. Pero temo que esta nueva vida me esté afectando. Te veo triste, y eso me duele de tal manera... Pero solo te pido un poco de esperanza.

—No sé cómo quieres que te responda, amor, aunque sé de algo que te resultará sorprendente y, ahora que me comentas estas preocupaciones tuyas, creo que debería decírtelo: desde hace unos meses sospecho que estoy embarazada.

De la sorpresa, el vizconde se levantó del sofá y se arrodilló frente a su vientre, que aún seguía llano como una pradera.

—¡Anita, cariño! ¿Cómo no me lo habías dicho antes? ¡Qué alegría tan grande me das! —le dijo él, eufórico, entre besos.

—No te apresures tanto. He dicho bien claro que es una simple sospecha. E, incluso si de verdad estoy encinta, creo que deberíamos esperar antes de anunciarlo. Podría pasar cualquier cosa —musitó la joven con cansancio.

—Con eso supondré que te refieres a tus padres. Ni una palabra a los Schneider, ¿he entendido bien?

—Has entendido de maravilla, mi amor. Ahora, si eres tan amable, ¿puedes pedir que enciendan el fuego? Me estoy congelando —pidió—. ¡Y que se lleven el té! Ahora necesito una manzanilla. Me has dado un dolor de cabeza...

El vizconde se apresuró a cumplir sus deseos entre disculpas por haberse comportado con tan poca consideración y, con el ruido haciéndole de orquesta, Anita se acarició la tripa y suspiró.  
—Y yo pensé que solo me traerías desgracias...

## CAPÍTULO 12

—Ni un minuto tarde —dijo Anita—. ¡Para que luego digan de la superioridad de los ingleses! Tal y como habían advertido en su última carta, los Schneider llegaron en la primera semana del mes a Waventon Park, y los Somerbridge los esperaban en la entrada del caserón para recibirlos.

—Mi padre se ha comprado un coche nuevo. No importa cuánto lo intente, nunca acierta con el modelo... ¡Madre, padre! ¡Están estupendos! Burns, haz que lleven el equipaje de los Schneider a la habitación de invitados... ¿Y Ernest?

La señora Schneider se acercó a darle un beso a su hija mientras lord Somerbridge le daba la mano a su padre con la mano temblando.

—Es un placer tenerlos en Waventon. Por favor, sigan al señor Burns hasta su habitación —les pidió el vizconde— y únense a nosotros en el salón antes de la cena. Si no saben dónde está, no duden en...

—¡Oh, querido! No se preocupe, ya sabemos cómo ir. ¿No se acuerda de cuando estuvimos aquí?

El grupo se quedó en silencio y, gracias a un carraspeo incómodo del mayordomo, los Schneider emprendieron su camino al ala de los invitados.

A lo largo del corredor, aunque ya separados, pudieron escuchar que decían:

—Es una casa magnífica, desde luego. No le presté mucha atención la primera vez que vinimos pero, claro, no es lo mismo...

—¿Dónde está tu hermano? —preguntó Albert una vez entraron en el salón. Miraron con sorpresa a una de las doncellas, que acababa de encender el fuego, y la observaron en su urgido recorrido hasta la salida—. Cielos, pasarán doscientos años antes de que me acostumbre a los apretones de tu padre. Aún me duelen los nudillos...

—No lo sé. Cuando me escribieron no me comentaron nada sobre él —asumió su esposa.

El señor Burns bajó para servir el vino, del que habló con mucha satisfacción, y se quedó quieto al lado de la mesa hasta que llegó el lacayo con el té.

—¿Cuándo piensas decirles a tus padres sobre el niño? —le preguntó su marido de repente, antes de acariciar la tripa de Anita con devoción.

—Ya te dije, Albert, que es solo una sospecha. No quiero que salgas herido si resulta que no estoy embarazada... Pero no dudes de que, en cuanto esté segura, haré que se sepa en todo el condado.

—¡Anita, hija mía!

Los Schneider entraron al salón e hicieron un corro alrededor del joven matrimonio, preparados para interpelarlos con todas las preguntas posibles.

—Anita, no te lo creerás, pero todos en Chicago, ¡e incluso en Nueva York! Hablan de ti como de una emperatriz —soltó su madre con regocijo.

—Sí —corroboró Schneider—. ¡Adivina quién nos invitó a tomar el té el mes pasado!

—¿La señora Harrington?

Su padre soltó una carcajada.

—¡Para nada! Los Harrington se han quedado muy por debajo de nosotros. ¡Nos invitó la señora Oelrichs! Y qué amable fue su hermana, lady Trevor Astor. ¿Y sabías que su marido tiene más de cinco coches? Vaya cosas, Anita, vaya cosas...

—Lord Trevor Astor... —musitó ella—. No lo había escuchado nunca. ¿Quién es su padre? —

dijo entonces, dirigiéndose a su marido.

—El hijo del duque de Glastonbury.

—¿Un duque? Creo que queda eso muy lejos de nuestro cerrado círculo de amigos.

Se quedaron charlando un rato más antes de la cena. Los Schneider habían subido a cambiarse de ropa hacía ya un buen rato y Anita, en su habitación, se observaba la tripa en el espejo, preguntándose si la vería hinchada en un par de meses o no.

—Su Señoría. ¡Su Señoría...!

La joven dio un respingo y miró a su doncella.

—¡Cielos! No alces así la voz, Louise —musitó.

—Alguien ha llamado a la puerta.

—¿Quién? —le preguntó mientras se ajustaba el collar de diamantes que colgaba de su cuello.

—¡Tu afortunado marido! —se escuchó desde el otro lazo de la puerta. El vizconde entró mientras la escuchaba reír, se sentó en el borde de la cama y admiró la figura de su esposa bajo la luz de las lámparas—. Hay un asunto del que me gustaría hablarte antes de bajar a cenar, amor mío.

Anita decidió al fin que usaría diamantes esa noche y, de espaldas, habiendo ya despachado a su doncella, le insistió para terminar de explicarse:

—Hace unos días recibí una carta de lord Newton. Me decía, con mucha lástima, que le angustiaba no saber de nosotros, ya que no nos vemos desde agosto, y que le encantaría invitarnos a su casa para pasar unas semanas.

—¿Y qué respondiste? —preguntó Anita con fingida frialdad.

Lord Somerbridge se levantó, curioso por saber cómo se tomaría su esposa las siguientes noticias.

—Que estábamos agradecidos por la invitación pero que, lamentablemente, mis suegros acaban de llegar de Chicago y el señor Schneider está ansioso desde que comenzó la temporada de caza, así que será imposible sacarlos de aquí hasta que haya matado, por lo menos, mil zorros.

—¡Y con lo inepto que es...! —se lamentó su mujer—. Pero continúa, Bertie. Tengo la terrible sensación de que aún tienes mucho que contarme.

—Terminé mi respuesta con una invitación. Los Newton cenarán hoy con nosotros, espero que no te importe. Quizá lady Newton tenga una buena excusa para sus desaires.

—¡Albert! —chilló la joven en protesta.

—¿Qué querías que le dijese, Ana? —farfulló el vizconde mientras se volvía a sentar—. No podía ser así de grosero con él; su familia conoce a la mía desde solo Dios sabe cuánto.

Anita se colocó el organdí en el pecho para que luciese acorde a como quería, ya que había tenido la desfachatez de echar a su doncella antes de sentirse satisfecha con su aspecto.

—Pues sí, espero que lady Newton tenga una buena razón por la cual no me dirige la palabra...

—Seguro que la tendrá —dijo él antes de darle un beso en la frente—. Creo que será mejor que baje. Me parece que tu padre está ya en la biblioteca y, si me descuido, Newton y él habrán planeado cien cacerías para cuando yo llegue.

—Dame un segundo y bajaré contigo.

Una vez Anita le dio el visto bueno a su aspecto, se dirigieron a la biblioteca. Aunque los caballeros se despidieron rápidamente para ir a beber, Anita se quedó a merced de su madre y lady Newton.

—¡Anita! —la llamó la señora Schneider al verla—. Ha venido la señorita Turner con nosotros. Se ha ausentado un momento, pero volverá en nada. La pobrecita va todo de negro... Y eso que han pasado ya tres meses.

—Quizá no es por luto sino por su malicia.

—No digas esas cosas —le reprochó su madre.

Lady Newton soltó una carcajada.

—Veo que a usted le ha durado poco el luto; y la tristeza, aún menos. De verdad que ha dado un golpe maestro.

—Qué cosas dice —rio la joven—. Cualquiera diría que lo tenía todo planeado desde el principio... Eso me quitaría mérito.

Sus palabras parecieron avivar algo en su amiga la baronesa, que sonrió con pillería a espaldas de la señora Schneider y respondió:

—Para nada; eso indica mayor merecimiento. Nadie habría esperado un final tan magnífico para Anita Dólar... —Pero entonces volvió a perder el brillo en la mirada—. Es una verdadera lástima que sus andanzas hayan terminado tan rápido.

—¿A qué se refiere con eso? —preguntó la señora Schneider, que no entendía la conversación.

Entonces la señorita Turner entró a la habitación con paso digno y se arregló el chal de cachemira antes de sentarse.

—¡A una cantidad ingente de cosas! —soltó.

—Bueno. Les propongo que nos relajemos... Anita ha vencido con un pasmoso triunfo, querida señorita Turner. Debemos aceptar que Inglaterra ha sido derrotada.

El gong fue como una tregua liberadora para Anita, que avisó al instante de que era la hora de cenar y acompañó al brazo de lord Newton hasta el comedor junto al resto de la comitiva.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos —dijo su padre—. Siento mucho lo de su prometido, señorita Turner.

—Seguro que lo siente... Tanto o más que su hija —escuchó que le decía la baronesa a su esposo con una cruel sonrisa lánguida.

Schneider prosiguió, inseguro, con su discurso:

—Nos encontramos en Bélgica con lady Mary Steward, su prima, si no me equivoco. Está deseosa de verla las próximas Navidades... También vimos a la princesa Pávlovna.

—La princesa Marya Alexandrovna es una niña encantadora. Tan rubia, ¡y pequeñita! Tiene esos ojitos de muñeca que pueden embelesar a todo un salón con un par de parpadeos —comentó el barón, fascinado por sus propias memorias.

Lady Newton lo miró de reojo mientras se sentaba a la mesa y esperó a servirse el pastel de jamón para continuar la charla.

—Bruselas es terrible en esta época del año. No sé por qué nadie querría quedarse allí pasado abril...

—También Londres —comentó entonces lord Somerbridge sin maldad alguna—. En primavera hay tanta gente que no se puede ni respirar, siempre de acá para allá con fiestas y paseos... Se me hace agotador.

La comitiva le rio el comentario al vizconde con una carcajada natural y lady Newton, que no reía con tanto entusiasmo como los demás, bebió de su copa de vino y respondió:

—¡Cómo cambian las perspectivas después del matrimonio!

Anita había estado atendiendo a las palabras de su amiga durante toda la velada, pues tenía un resquemor en el pecho que la mantenía alerta; la última vez que cenaron con ellos hubo trágicamente una víctima mortal.

—Y por a usted, lady Somerbridge —continuó la baronesa—. Qué atónitos se quedaron todos en Londres cuando escucharon la noticia de que, aunque se prometió con un coronel, había acabado casada con un vizconde.

—¡Bueno! ¿A cuento de qué dice usted eso? ¡Como si mi hija fuese una marginada! —farfulló de repente el señor Schneider, que se había sentido personalmente ofendido por el comentario.

—No se altere, señor. Comprenda que nadie se esperaba que a Anita le saliesen las cosas bien. Aunque habría sido más increíble si se hubiese casado con el difunto lord Somerbridge.

Anita dejó los cubiertos sobre la mesa con indignación.

—¿A qué ha venido usted hoy? —dijo—. ¿A cenar o a expresarme el enorme disgusto que le provoca verme tranquila y contenta?

Lady Newton se terminó la copa de vino con bastante nervio e instó agitando el cristal en silencio para a le sirvieran otra vez.

—¡Qué tontería! Me alegro mucho por usted.

Entonces a la señorita Turner se le escapó una carcajada ronca, aunque nadie en la mesa pudo asegurar que se hubiese esforzado por callarla.

—¡Esto es un pitorreo! —exclamó la señora Schneider—. Lady Newton está muerta de la envidia. A su padre ni siquiera lo aceptaban en Connecticut. ¡En Connecticut, Cielo Santo!

—Perdone, señora, pero yo jamás le he faltado al respeto. Ni a usted ni a su familia... Y mire usted que he tenido razones, ¡y ocasiones!

Lord Somerbridge se limpió con la servilleta, intentando no llamar mucho la atención, y dirigió a Anita una mirada de absoluta y avergonzada derrota.

—Olvidemos este tema, ¿no? Brindemos por... ¡por el arresto de ese chiflado indio!

—¿Qué chiflado indio? ¡Por Dios, céntrate!

El barón de Newton estiró aún más el brazo, como si quisiese que su copa llegase al techo de la gran habitación.

—¡Ese! —insistió—. ¡El indio de las togas y los pies descalzos!

Anita quiso llevarse las manos a la cabeza y brindó con él para cambiar de tema.

—¡Un brindis por Anita Dólar y su apasionada odisea por la alta sociedad de Londres! Que nadie diga que no me congratulo.

—¿Quién es esa Anita Dólar? —preguntó su padre, atónito—. Anita, no sé referiré a ti, ¿verdad? ¿Te aluden con esos apodos tan despreciables? ¡Y encima usted, lady Newton, paisana nuestra!

La señorita Turner vio que era el momento de aportar luz a la conversación:

—¿No sabía de ese nombrecito que tiene su hija, señor? Y tampoco sabrá que el difunto hermano del vizconde la rechazó por pelandrusca y escandalosa. ¡Cómo se reían en Londres con ella, señor! Su hija ha entretenido afanosamente a nuestros amigos estos últimos dos años. Comprenderá ahora que a lady Newton le apene todo este asunto.

Los Schneider estaban tan angustiados, ofendidos y abochornados que no se vieron capaces de protestar contra las palabras de la señorita Turner.

—Creo que todos coincidimos en que esta cena ha durado más de lo que debería —declaró entonces Somerbridge ante el desaliento de su esposa—. Les ruego, señores, que se retiren. Comprenderán que no haya sobremesa.

Lord Newton quiso explicarse ante su antiguo amigo y justificar la actitud de la baronesa y de su hermana, pero vio que nadie en Waventon Park estaba por la labor de escuchar sus tonterías y, derrotado, se dirigió al vestíbulo.

Tras un esfuerzo de sutileza, Anita consiguió convencer a sus padres para que se retirasen a su habitación bajo la promesa de que por la mañana hablarían largo y tendido.

—Cielos —soltó lord Somerbridge mientras cerraba la puerta a sus espaldas—, menuda noche. No se había visto una pelea así desde Waterloo.

—He perdido completamente mis esperanzas de forjar cualquier tipo de amistad en este país.  
El vizconde soltó una risa mientras se deshacía de su bata y Anita no tuvo otra que reír con él.

—Espero que este disgusto no te afecte, amor. Nada es más desagradable para un bebé que el enojo de su madre —dijo él.

—Primero me preocuparé por que este buen enojo no me lleve a prisión. ¿Acaso está Derbyshire poblado por majaderos o es que tengo muy mal ojo para las amistades?







Parte V.  
Anita, Rosita  
y Ernest

## CAPÍTULO 13

Somerbridge llevaba semanas observando que su esposa se pasaba las mañanas escribiendo y que saltaba de alegría cuando llegaba el correo; no se le ocurría con quién podía estar compartiendo tan apasionada correspondencia, pero le gustaba que ese misterioso confidente la mantuviese entretenida.

Los Schneider también parecían haberse dado cuenta, porque temían la llegada del correo cada mañana, como si ansiasen quemar los sobres.

Poco después, descubrió que era con Ernest con quien su mujer llevaba escribiéndose casi tres meses.

—El bueno de Ernest, claro. ¿Cómo no se me podía haber ocurrido? —dijo con fascinación en respuesta al descubrimiento.

—¿Insinúas que no tengo más amigos aparte de él...? Aunque no creo que nuestra fraternidad pueda inducir a nadie a pensar que nos escribimos con frecuencia.

El matrimonio se encontraba en uno de los saloncitos, donde había decidido reunirse para discutir sobre la repentina llegada de los Schneider a Waventon Park.

A pesar de que habían vuelto a América en octubre del año pasado, su repentina llegada, que ocurrió haría poco menos de una semana, hizo que los Somerbridge se vieran en una comprometida situación: la barriga de Anita difícilmente se podía disimular y ninguno de los dos quería tener a los Schneider pululando por ahí con el entusiasmo típico de los abuelos.

—No sé qué hacen aquí de nuevo —se lamentó, intentando reencauzar la conversación—. ¿Tanto se aburren en Nueva York? Pensé que tendrían cientos de amigos con los que entretenerse ahí.

—¿No acababan de volver de Cannes?

—Eso habían dicho, sí...

Anita se palpó la barriga con angustia.

—¿Y Ernest no habló en ningún momento de su visita repentina? Porque, que yo recuerde, tus padres llegaron aquí sin decir nada —comentó Somerbridge, confundido.

—¡Ya recuerdo lo que te iba a decir! —exclamó de repente Anita—. Ernest llegará en un par de semanas a Waventon. Su carta era muy escueta y no dijo mucho más, pero dudo mucho que llegue antes del mercadillo benéfico.

El vizconde se dejó caer con cansancio sobre el pequeño sofá del saloncito y soltó un suspiro que resonó por toda la habitación.

—A veces me arrepiento de ese afán aristócrata por tener caserones grandes. Si viviésemos en una casa pequeña, como la que teníamos en Brighton, daríamos tanta lástima que nadie se invitaría.

—¡Qué bonita era la casa de Brighton! —gimió su esposa con un puchero.

Se quedaron en silencio un rato, tranquilamente. Durante esos minutos, el mayordomo subió con el té de la tarde y los Schneider subieron para charlar un rato, pero acabaron retirándose, asustados por el fúnebre silencio en el que se mantenían los Somerbridge.

—¿No crees que traman algo? —preguntó de repente el vizconde—. Me parece que tus padres no saben nada de la visita de tu hermano. Puedo estar equivocándome pero, cuando se viaja tan lejos, lo normal es avisar a la familia.

—Ya has visto que mi familia subyace bajo los límites de la normalidad. Un día volverán de la casa en la Ribera de algún príncipe ruso con un ganso en la cabeza porque es la moda allí.

Anita calló y en la habitación se pudo escuchar las risas de los Schneider, que estaban

atravesando uno de los salones bajo su suelo.

Tal y como había prometido, Ernest llegó a Waventon Park a mediados de febrero; un día que, afortunadamente, les proveyó de una buena víspera para charlar tranquilamente.

Una vez se acomodó en su habitación y se cambió, no preguntó por sus padres, y se quedó pasmado cuando Anita le comentó que los Schneider habían salido a almorzar con unos amigos a un pueblo cercano:

—¿Están aquí? ¿En Inglaterra?

—¡En Waventon! —aclaró Anita, sorprendida por el desconocimiento de su hermano—. Llegaron hace unos meses y no se quieren ir de aquí. No sé por qué, la verdad; son dos personajes muy sociables y la vida en Derbyshire no es tan ajetreada como lo podría ser en Londres o en París.

—¿Qué horror! De haberlo sabido, me habría limitado a escribirte una felicitación por tu embarazo.

Anita le miró con recelo.

—Lo siento, pensé que sí. Pero ¿a qué viene ese pánico? Son tus padres, no los muscogui —le replicó.

Ernest, que se había quedado erizado como un gato callejero ante un callejón concurrido, cruzó las piernas y se tiró sobre el respaldo del sofá donde estaban sentados, quizá en un pobre intento de aparentar normalidad y así no ocasionar ninguna conjetura por parte de su hermana.

—¿Volverán para la cena? —preguntó—. Podría visitar a sir Thomas Edwards. Hace mucho que no nos vemos y el año pasado no paraba de hablarme de un club que había en...

—¡Ernest! Tú de aquí no te vas —chilló Anita con mucha fuerza— hasta que no me cuentes qué pasa. Padre y madre no parecen molestos, pero no te han nombrado en ningún momento, y rehúyen tu nombre cuando lo menciono.

—Es por la señorita Folch... —dijo él, resignado.

—¿Por Rosita? ¿Qué ocurre con ella?

—Se empeñan en que me olvide de ella. Sin embargo, no veo por qué debería hacerlo, aparte de por su familia, claro...

—Bueno, yo me casé con el coronel y el enfado se les pasó pronto. No veo por qué no debería sucederte lo mismo a ti. ¿Has probado a hacer una huelga de hambre? —bromeó Anita.

—¡Ana...! No ayudas.

Poco después, Somerbridge volvió al caserón después de resolver un par de asuntos en Clarenhill, un pueblo cercano, con el administrador de la finca.

—Señor Schneider, no sabía que había llegado. De ser así no habría salido hoy —dijo al verlo—. ¿Ha tenido un buen viaje? Aún queda un rato para la cena, pero puedo pedir que suban algo de té.

Ernest, azorado, se apresuró a responder:

—No, no es necesario, de verdad que no... No se preocupe. Tampoco creo que me quede a cenar. Ya he visto que tiene la casa muy ocupada; me alojaré en alguna posada...

—Ernest —soltó Anita con gravedad—, no hace falta. Te quedarás aquí. Madre y padre seguro que estarán encantados de verte y tú sacarás mucho provecho de conversar con ellos.

No hubo nada más que hablar; el tono de la joven había sido claro y firme, y ninguno de los caballeros tenía intención alguna de llevarle la contraria.

—Estás encinta... ¿Qué dirás? —dijo Ernest.

—¿A quién? —le preguntó ella, extrañada.

—¡A quién va a ser! A nuestros padres.

Anita se quedó pensativa mientras se acariciaba la panza y respondió que, a su juicio, lo mejor sería esperar a que los Schneider se fuesen de Waventon Park; Anita no quería tenerlos pululando

por su casa más de lo necesario bajo la pobre la excusa del bebé, y contándoselo no haría sino darles un pretexto para no volver jamás a Chicago.

—A mí tampoco me hace especial ilusión...

Los dos hermanos corearon las palabras de lord Somerbridge, resignados, con un compresivo y débil asentimiento de cabeza.

—Este sábado se celebra un mercadillo benéfico en la pequeña vicaría del señor Morland, ¿no te apetece acompañarnos? —preguntó Anita en medio del silencio—. No pretenderás quedarte una semana pegado a un sillón leyendo y fumando puros...

En ese momento el mayordomo anunció la llegada de los señores Schneider, quienes avanzaron por el salón hasta reparar en Ernest. Entonces se detuvieron y lo miraron boquiabiertos:

—¿Qué estás haciendo aquí? ¡Te dije que no quería volver a tenerte frente a mí! ¡Ingrato! ¡Hijo desagradecido...!

El joven no sabía qué responder y miró a su hermana para suplicar ayuda. Ella, que tampoco sabía muy bien bajo qué fango caminaba, se inventó que Ernest había venido a ayudarla con el mercadillo benéfico que iba a organizar el señor Morland.

—Será mejor que vayamos arriba —farfulló la señora Schneider—. Aquí perderemos los nervios, y no quiero perderlos. De verdad que no quiero...

Anita le pidió al señor Burns que atrasase un poco la hora de la cena. No más de diez minutos, lo suficiente para hablar con su familia sin la incómoda e innecesaria presencia de su marido.

—¡Dime por qué le has hablado con ese tono!

—Bueno... —El señor Schneider bajó los ojos, avergonzado, no solo por su propio comportamiento, sino por ser inmolado de los feos reproches de su propia hija—. ¡Este hijo mío, que ya no es mío, me ha mentido y me ha engañado!

—¿Cómo es eso? —insistió Anita.

—Les dije que pasaría un par de semanas en Roma... Pero, efectivamente, mentí. En realidad fui a Nueva York para visitar a Rose Folch —explicó su hermano, también abochornado.

La joven se cruzó de brazos en silencio y con la boca abierta, pensativa, pasmada por tal exhibición de rebeldía por parte de su antes dócil hermano. Tras reflexionar sobre lo que le habían contado, decidió hablar con sinceridad y explicó:

—Si bien es cierto que mentir está mal —dijo con un hilo de voz—, no puedo evitar pensar que no hay nada malo en que visite a Rosita. Es una niña muy maja y tampoco es que se tenga que rascar las pulgas para llevarse algo a la boca.

—¡Pero su padre! —chilló espantada la señora.

—¿Cómo puedes decir algo así, Anita? ¿Tanto odias tu sangre que quieres verla manchada con la de un prestador sefardí? ¡Jamás creí que escucharía algo así de ti, hija mía!

Ernest, ante tan sucia mención del padre de su enamorada, se levantó, indignado, para responder al señor Schneider:

—¡Por el amor de Dios! ¿Hasta dónde alcanzan vuestras petulantes pretensiones? —exclamó el muchacho con las mejillas enrojecidas y los ojos brillantes—. ¡Por lo que veo, hasta insultar al que un día saludasteis y sentasteis a vuestra mesa!

Le sorprendió tanto ver a su hermano alzando la voz que Anita se sujetó la abultada tripa del asombro. Entonces sonó el gong y se levantó de inmediato.

—Continuaremos con la conversación más tarde. Hoy tenemos más invitados aparte de vosotros y no tenemos tiempo para vuestras intrigas... —dijo.

—Perdona el espectáculo, pero comprenderás...

Anita esperó diligentemente a que todos saliesen del salón y su padre entendió que no era el

momento de hacerles entrar en razón. Como siempre le decía su madre, la santa Friedel Fischer, entendió uno debe tomar las cosas tal y como le vienen.

A pesar del ajetreo que se había montado en apenas un minuto —ajetreo del que, seguramente, ya se habría enterado el servicio—, la cena transcurrió con tranquilidad.

El vizconde era un conciliador nato, y Anita no estaba dispuesta a que sus dos estúpidos padres arruinasen una de las pocas veladas que había planeado para todo el invierno; dentro de poco su embarazo no sería un secreto y toda su vida social quedaría recluida a las paredes de Waventon.

Cuando llegó el día en el que se celebraba el mercadillo benéfico, Anita y su marido se aseguraron de que la conversación que ella tuvo la noche en la que Ernest llegó no quedase en agua de borrajas.

Para fortuna de los Somerbridge, la familia se comportó con tranquilidad durante el discurso del vicario y se mostró muy servicial tanto con quienes ojeaban los trastos en venta como con el resto de las personas a cargo del mercadillo.

—Te preocupas por nada —le dijo su marido en confidencia.

—Y me alegro de que tengas razón... Quédate tranquilo, sé que tienes asuntos de los que encargarte en Waventon. Ernest se ha ofrecido para ayudarme por el resto de la mañana.

Somerbridge se despidió de sus conocidos y ella, que se había quedado mirando la vicaría sin interés, se fijó en que uno de los estantes, que, se suponía, tenía que exhibir chales y abrigos, estaba vacío.

—¡Señora Crawley...! —exclamó al acercarse, agachándose para alcanzar una de las cajas que reposaba junto a la repisa—. Le pedí que estuviese atenta. Ninguna de las mesas debería quedarse vacía.

La señora Crawley se disculpó e hizo un amago para quitarle la caja de las manos, pero su hermano Ernest se adelantó con un reproche desafortunado:

—No deberías coger cosas en tu estado, Ana.

El señor Schneider, habiendo escuchado a su hijo, se les acercó con curiosidad.

—¿Qué estado? ¿Estás indisputa? —Entonces reflexionó un largo instante con el ceño fruncido, mirándola a los ojos—. ¡Estás encinta! —profirió, eufórico—. Pensé que solo habías ganado peso, y por eso no dije nada... ¡Cielos, Anita!

Afortunadamente, nadie más escuchó a su indiscreto padre, pero él no tardó en llamar a su esposa para comunicarle la feliz noticia.

—Hija mía, ¡qué feliz debes estar! Cuando yo quedé preñada de tu hermano, tu padre me trató como no me había tratado en décadas... ¡Qué lástima que el bebé resultase ser tan ingrato!

—¡Silencio! —bramó la joven.

Miró a su hermano con rencor y salió al pequeño jardín que lindaba con la vicaría del señor Morland para charlar en privado.

—¡Ernest, bocazas! Te pedí que no dijese nada.

—¡No me puedo creer que te confiaras a tu hermano antes que a nosotros! ¿Qué pensabas hacer cuando naciese? —masculló el señor Schneider, más para sí mismo que para el resto.

—¡Oh! No, no, ¡no! Por esto mismo no quería contárselo. No creo que pueda aguantar otro mes con vosotros aquí, en mi casa... La familia es un regalo que se aprecia desde la lejanía.

—¡Anita, no te creo! —sollozó su madre—. Qué cosas tan terribles dices. Solo queríamos salvarte de esta triste soledad con tu espantoso marido inglés.

Anita respiró hondo.

—Créeme, madre, que es gracias a él que aún no me he... Pero tú, Ernest, te confié mi secreto y tú me confiaste el tuyo, ¡y aun así no puedes callarte ni un solo comentario fuera de lugar! —le

reprochó.

Los Schneider se sentaron en un coqueto banco que había en medio del jardín.

—¿Qué secreto? —preguntaron.

Su hermano la miró con unos ojos que le suplicaban que no hablase, pero Anita, muerta por el resentimiento, alzó los brazos y dijo muy dignamente, casi con superioridad:

—¡Ernest se ha casado con Rosita Folch!

Se montó tal trifulca en el jardín de la vicaría que Morland tuvo que salir a pedirles explicaciones.

—¡Hablaemos en casa! —chilló Schneider.

—¡No! —bramó de repente Anita, harta de la vergüenza por la que estaba pasando—. Perdóneme, señor Morland. Han recibido una noticia un tanto escabrosa. Nos iremos de inmediato. Ya he visto que la vicaría se está empezando a despejar y, por la hora que es, no creo que venga nadie más. Muchas gracias por su tiempo y su dedicación. Si nos disculpa...

## CAPÍTULO 14

Una cosa que los orgullosos Schneider no habían terminado de aclarar, seguramente por la furia ciega que había invadido al padre y por la desesperada confianza que depositaba su esposa en él, era qué harían ahora que eran familiares de los Folch.

Anita no se consideraba una simpatizante de aquella familia, pero comprendía que su hermano había tomado una decisión y que eso era lo único que, según ella, debía importarles a todos.

Lord Somerbridge, como anfitrión, intentó que todo el mundo formase parte de la conversación durante la cena. Sus esfuerzos fueron en vano, de todas maneras; nadie aparte de él parecía estar por la labor de hablar sobre el asunto de la boda.

Tampoco habían olvidado el embarazo de Anita; la señora Schneider era una mujer muy maternal y su silencio le había sentado como la peor de las traiciones: “¿Cómo pudiste pretender robar a una abuela su mayor tesoro...!”, le había recriminado.

—Cielo Santo, Heinrich —escuchó que le decía en voz baja—. Somos familia. ¡Familia! ¿Qué dirán en Nueva York? Seremos la comidilla en las cenas de los Oelrichs.

—Volveremos a Alemania. Llevo décadas sin ir allí, nadie nos reconocerá...

El vizconde se acercó disimuladamente a Anita y se sentó junto a ella con la esperanza de que nadie más los escuchase:

—¿Por qué les desagrada tanto ese Folch? —le preguntó mientras miraba a sus suegros—. Cuando nos vimos en Nueva York fue un caballero de lo más amable... Algo frío, sí, pero muy atento.

Anita se pensó su respuesta.

—Es un hombre de negocios ilícitos.

Para refrescarse, los Schneider decidieron salir a dar una vuelta por Clarenhill. No volverían hasta la hora de la cena, e incluso podrían quedarse a cenar en casa de algún conocido.

Entonces Anita le pidió a su marido que la dejase a solas con su hermano. Se sentía tan culpable por haber desvelado el secreto de Ernest que le dolía la tripa y el pecho.

Había pagado con rencor lo que había sido un inocente error y, aunque esa equivocación había tenido consecuencias desagradables para ella, sabía que Ernest no lo había hecho con mala intención.

—Siento mucho haberme ido de la lengua —dijo la joven para romper el silencio. Esperaba escuchar alguna respuesta por su parte, y su mutismo la preocupó—. Estaba cansada y ellos me estresan mucho... Además, compréndeme, los embarazos son aterradores... Pero no intento excusarme, solo quiero que me vuelvas a dirigir la palabra.

Finalmente, su hermano le sonrió.

—No te preocupes, Ana. No estoy enfadado. En algún momento tendría que haberlo dicho... Aunque me hubiera gustado hacerlo en el momento adecuado.

Anita le devolvió la sonrisa y agarró su brazo cariñosamente.

—Pero espero que sepas que me molesta no haber sido invitada a la boda... ¡Esa Rosita, qué pícara! Cuando me la encontré en Nueva York no me habló ni una vez de ti —rio.

—Es una joven muy discreta. No como tú...

—¡Me dueles!

Ernest se sumió en un silencio reticente. Cuando un quejido incómodo salió de su garganta, Anita comprendió lo que ocurría y le sonrió.

—Entonces, ¿tengo tu bendición? No la necesito, lo sé, pero... Sé que padre y madre no querrán verme la cara por un tiempo y me duele que Rose no tenga más familia por mi parte...



—Rose es ahora mi hermana —le respondió Anita con firmeza—. Y no te preocupes por padre y madre, pasará. También tienes que comprenderlos; el señor Folch no es lo que se dice...

Ernest respiró hondo y asintió con comprensión.

—Lo sé, lo sé... Aunque no creo que sea un hombre tan terrible. Creo que todos exageran por miedo y que nadie sabe realmente si es un hombre de fiar o no. Tampoco se esfuerzan en saberlo.

—Pero Rosita es una joya —se apresuró a decir su hermana.

El mayordomo subió después para entregarle un telegrama que la informaba de que los Schneider cenarían en casa de los Grantley, los dueños de una de las casas más famosas del condado; al parecer, solo en la planta baja tenían más de treinta columnas hechas de mármol de Carrara.

Mientras leía con poco interés las tonterías de las que le hablaba su padre en el telegrama, lord Somerbridge charlaba con su hermano y le hablaba con la mayor de las ilusiones sobre los nombres que tenían pensado para el bebé.

—¿No es un poco anticuado? —replicó Ernest, trayendo a Anita al mundo real—. ¿Tú qué piensas?

La joven dejó con desgana el papel sobre la mesa.

—¿Sobre qué?

—¿Joan no es un nombre algo antiguo? Suena algo medieval... Yo elegiría Edith si es una niña y, si es un niño, Roger —añadió su hermano.

—Déjale, está empeñado en llamarla como una heroína de leyenda caballeresca. Y no tiene ni idea de qué nombre elegir si es niño —dijo Anita entre risas—. Es el primer hombre que conozco que se llevaría un chasco si su primer hijo resultase ser varón... ¡Con la murra que me diste con lo de los primogénitos herederos, Bertie!

El vizconde se sintió culpable por las cosas tan feas que le dijo a su mujer en otros tiempos y replicó, con mucha pena, para convencerla de la honestidad de su opinión:

—¡Nunca tuve hermanas! Y estoy seguro de que mi hermano habría tenido un carácter menos agrio de haber tenido una...

—Tu hermano era insalvable —murmuró Anita.

Poco después bajaron a cenar. Los Schneider volvieron tarde esa noche y esa fue la última vez que los vieron en mucho tiempo; al día siguiente desayunaron en silencio y a primera hora de la mañana se fueron de Waventon Park.

Ernest tampoco se tenía planeado quedarse en el país durante mucho tiempo, y a las pocas semanas terminó volviendo a Nueva York con su esposa, a la que echaba de menos cada segundo que no la veía.

Waventon volvió a la paz que tanto deseaban.

Allá por mediados de mayo, Anita dio a luz a una niña a la que terminaron por Mary Harriet. Tenía los ojos oscuros como su padre y la salud delicada, pero el doctor les dijo que con cuidados y cariños no tenían nada que temer.

Lord Somerbridge se pasaba los días con el bebé, hablándole como quien charla con un amigo; le contaba sobre lo que hacían durante el día y le aseguraba todas las noches que ningún monstruo vendría a por ella.

—No le digas esas cosas a la niña —le reprochó Anita—. No tiene edad todavía para entender lo que dices, pero las recordará cuando sea mayor.

—Tiene un mes, entiende todo lo que decimos.

La joven rio y cerró con cuidado la puerta de la habitación. Era ya muy tarde y no le gustaba la idea de que la niña se acostase a esas horas.

—El otro día me escribió la señora Oelrichs. Me preguntaba si pensábamos ir este año a Londres

—le comentó mientras subían las escaleras.

—¿Y qué haremos con Mary? No puede viajar siendo tan pequeña, pescaría uno de estos resfriados fatales que siempre cogía sir Thomas, y si recuerdas lo que dijo el doctor...

—¡Bertie! —sollozó Anita—. Necesito salir de este sitio. Necesito salir de Waventon, de Derbyshire, de Inglaterra... ¡Salir y respirar un aire diferente a este! ¡Me ahogo...! Y un día de estos me dará un ataque de nervios.

Lord Somerbridge la miró con pena.

—¡Mi amor...!

—Es tarde y quiero acostarme. Aún me cuesta subir escaleras sin quedarme sin aliento.

A la mañana siguiente, mientras el vizconde desayunaba, le trajeron el periódico y leyó la trágica noticia sobre el asesinato del archiduque de Austria en Sarajevo. Se lo contó a su esposa cuando la vio, antes de almorzar, y continuaron con el día.

—El correo ha llegado algo tarde, Su Señoría, pero ya está listo en su habitación —le dijo el señor Burns al verla.

—Lo leeré aquí, gracias.

Cuando le subió la correspondencia al saloncito veraniego, Anita lo leyó sin interés alguno; nadie importante le había escrito últimamente y solo recibía cartas de conversación banal e invitaciones que seguramente tendría que rechazar.

—¡Oh! —soltó—. Me ha escrito mi padre.

—¿Qué dice? ¿Ha ocurrido algo?

Anita se apresuró a abrir la carta y la leyó con tanta prisa que tuvo que repasar el mensaje más de una vez para enterarse bien de lo que le quería decir.

Las palabras, sin embargo, estaban pobremente elegidas y el señor Schneider había necesitado cuatro párrafos para llegar al motivo principal por el que le había escrito.

—¡Ha desheredado a Ernest! —exclamó.

—¡Cielos! —farfulló su marido—. ¿Y qué hará ahora tu hermano? No puede vivir del señor Folch para siempre...

—Es abogado, supongo que podrá buscar algún bufete en el que trabajar... Pero lo que me preocupa en realidad es... Bueno, no sé cómo se lo tomará la pobre Rosita. Es tan sensible...

El vizconde, que compartía la preocupación de Anita, descruzó los brazos y acarició su espalda con cariño.

—¿No hay nada más que te preocupe? —le preguntó con condescendencia—. Te conozco.

—¡Bendito día en el que me conociste! —rio ella.

—¿Entonces?

La joven se inclinó para alcanzar su taza de té y le dio un largo sorbo mientras ordenaba sus pensamientos.

—El señor Folch también es algo... delicado. Se toma las ofensas de manera personal. Y si han desheredado a Ernest, eso significa que yo... Bueno, más bien, tú recibirás el dinero de mi padre cuando fallezca. Algo que, recemos, sea dentro de mucho, mucho tiempo.

—Pero nunca lo pagaría contigo —replicó él.

Se quedaron en silencio y lord Somerbridge le dio vueltas al tema de la herencia. Cuando vio que sus reflexiones eran tan pesadas que casi hacían ruido, decidió compartirlas:

—¿Te molesta que, como tu marido, reciba el dinero de tu padre en tu lugar? No querría...

Anita se sorprendió tanto por la pregunta que tardó en responder, entre risas, que no le molestaba:

—Es incómodo, porque el dinero nunca es algo que sea agradable de perder —se sinceró—. Sin embargo, casarme era algo que tenía que pasar: si no me casaba, me desheredarían a mí también

por no cumplir con mi deber. Las mujeres, de una manera u otra, no estamos entrañadas para tener dinero.

—Lo podrás usar cuando a ti te apetezca, es tuyo. Por mi parte no encontrarás restricción alguna. Anita rio de nuevo.

—¿Si te pidiese un millón de dólares?

Lord Somerbridge comprendió la broma y rio con ella mientras le cogía de las manos.

—Siempre que jures no desaparecer después...

—No puedo prometerte nada —bromeó ella con los ojos brillantes, besándole los nudillos—. Quizá tenga que huir del señor Folch. ¡Entonces no podría dejar huella en este mundo!

El mayordomo tocó el gong para el almuerzo mientras ellos aún reían. Anita pasó el resto de la tarde junto a su hija, disfrutando de una agradable tarde en el jardín de Waventon.

—Cielos. Y, además, su padre es muy rico...

Anita levantó la mirada del césped.

—Sí —le respondió a la señora Morland—, eso creo. No se me permite saber mucho de su fortuna, porque no soy más que su hija, pero... Sí, me consta que tiene mucho dinero.

—Y todo sería... para lord Somerbridge.

La joven quiso explicarle que nadie tocaría ese dinero hasta que el señor Schneider falleciese, pero no quería desilusionar a la pobre mujer, que la había invitado a la vicaría precisamente para charlar sobre el tema.

—¿Pasaré el resto del verano aquí? —preguntó la señora Morland para romper el silencio.

—Sí... A lord Somerbridge no le gusta que la niña viaje siendo tan pequeña. Ya sabe usted que una tiene salud delicada...

—Pobrecita. ¡Y tiene unos ojitos tan bonitos...!

—Pero intentaremos disfrutar de la sociedad de Derbyshire cuanto podamos —se apresuró a añadir Anita—. Ya sabe usted: cenas, picnics, excursiones. De todas formas, ya casi no queda nadie en Londres.

De alguna manera, y también porque Anita estaba desesperada por ver nuevas caras —unas que no fueran las de su marido y las de la gente de Clarenhill—, aceptó la propuesta de celebrar una velada en Waventon para aquellos que no habían podido viajar a Oxfordshire para las regatas.

—¡Qué suplicio! —exclamó la joven al salir de la habitación.

Somerbridge se paró un momento para ver si su vozarrón había despertado a la niña y dijo:

—¿Qué te ocurre?

—Amor mío, ¿dónde has estado? No te he visto en todo el día —sollozó—. No sé cómo, la señora Morland me ha convencido de celebrar un picnic...

—Qué terrible. Es lo último que me apetece ...

Bajaron a uno de los pequeños saloncitos de la casa para charlar tranquilamente antes de cenar. El vizconde encendió la lámpara mientras su esposa se sentaba y cerró la puerta.

—Y, además, tengo que lidiar con el señor Folch, que seguramente vendrá una de estas noches para asfixiarme mientras duermo. “¡Te has quedado con el dinero de mi yerno!”, me gritará. Y eso será lo último que escuche antes de pasar a mejor vida.

—¡Ana! —exclamó él, divertido y asustado a la vez—. Cálmate. No sé de dónde sacas esas locuras, amor mío. ¡Folch no va a molestarse contigo por eso!

Anita levantó las cejas.

—Tienes razón, me preocupo por nada —musitó.

El silencio regresó a la habitación con un fingido aire de tranquilidad y remanso, pero Anita sabía, y pensó en ello con silencioso espanto, que las cosas no podrían volver a como habían sido hasta

entonces.

## CAPÍTULO 15

—¡Hace un día estupendo! No veo qué problema puede haber con que le dé un poco el aire. Muchos de nuestros amigos aún no la conocen y la pobre solo nos ve a nosotros, a la señora Murray y a Eliza.

—Podría caérsele de los brazos a la nana —dijo el vizconde, alarmado—, ¡o imagínate que a la niña le da un tabardillo!

—¡Qué exagerado!

Anita y su marido continuaron con la discusión mientras ella terminaba de prepararse para el picnic. De nuevo tenía que vestir de blanco, ese color que, desde hacía un par de años, había decido tachar para siempre, pero no podía usar otra cosa en pleno agosto.

—Alemania le ha declarado la guerra al imperio ruso... Y hace unas semanas Serbia hacía lo mismo. Acabaremos en las trincheras —se lamentó la joven.

—Sí, es terrible... Creo que Mary podría pasar un rato fuera, con nosotros, durante el aperitivo. Pero a la hora del almuerzo me gustaría que estuviese en su habitación para echarse una cabezadita.

Su esposa rio, descorazonada, y se sentó a su lado en la cama.

—Me alegra y me incordia que te preocupes así por la niña —dijo—. No le des más vueltas; la señora Murray es diligente y confiable. No pasará nada.

El vizconde le dio la razón para forzarse a sí mismo a creer lo que Anita le decía y se retiró de la habitación.

El aperitivo que habían mandado montar en el jardín para esa mañana era encantador: tiendas, tumbonas, mesas y butacas relucían sobre la hierba y el servicio iba de un lado a otro, ansioso y expectante de ver que todo estaba en su lugar y que no faltaba nada en ninguna mesa.

Cuando los invitados comenzaron a llegar, todo estaba listo y Anita y su marido ya esperaban en el recibidor para saludar.

—Han elegido un día estupendo —le felicitó el señor Morland, quien, junto a su mujer, se había acercado a los Somerbridge—. Es una lástima que seamos tan pocos.

—Queríamos una velada algo más íntima.

—¡Y la pequeña Mary! Ya la hemos visto antes con su nana. Es una niña monísima, será muy guapa cuando crezca. ¡Como su madre, desde luego!

Cuando los Morland se fueron al jardín, Anita le dirigió a su marido una mirada incrédula y cansada:

—Yo creía que los hombres de Dios predicaban la humildad y que sus esposas debían hacer lo mismo, pero ya veo que no —le dijo en confidencia.

—No arruinemos una mañana tan bonita con malos pensamientos, amor.

Desayunaron con sus amigos entre risas y charlas. Habían preparado, además, mesas para jugar a las cartas, palas y redes de tenis; y habían abierto el salón veraniego para los más susceptibles al calor.

Anita, de cierta forma, se sentía muy orgullosa. La velada no se había visto interrumpida por ningún incidente, solo por los constantes elogios de los invitados que se deshacían en halagos cuando veían a la bonita Mary.

—Puede que vayamos a París el próximo marzo y a Nueva York, en julio —le contaba una conocida a Anita mientras jugaban una partida de cartas.

La joven echó una carta a la mesa.

—A nosotros nos apetece ir a Londres —les dijo entonces ella—. Siento que no vamos desde hace una eternidad y lord Somerbridge tiene familiares allí a los que le gustaría visitar.

—Justo este domingo volvíamos de la ciudad. Lady Milport me comentó que hacía mucho que no se veían. ¡Parece que desde que nació su dulce Mary han desaparecido! ¿Cuánto tiene ya la criatura?

—Apenas dos meses —respondió ella.

—Discúlpenme un momento —murmuró lord Somerbridge, aunque nadie le prestó mucha atención.

Después de jugar algunas partidas más, Burns se acercó con gesto solemne y le dijo a Anita:

—Perdóneme por interrumpirla, pero Su Señoría desea hablar con usted... Dice que es urgente.

Anita se levantó torpemente y se excusó.

Encontró a su marido dentro de la biblioteca. Leía una y otra vez el periódico que tenía en las manos, pero daba la impresión de que comprendía muy bien lo que tenía escrito y que solo lo repasaba por desesperación.

—¡Bertie! —llamó—. ¿Qué pasa?

Somerbridge vaciló entre entregarle el telegrama y hablar por sí mismo, así que Anita, impaciente, acabó cogiendo el papel, que ya estaba arrugado como una pasa, y lo leyó:

—Dios mío... ¿Es cierto? —preguntó.

El vizconde asintió.

—Me lo ha enviado un amigo de confianza. No sé qué le diremos a los invitados...

Anita se desplomó sobre uno de los sillones.

—¡Inglaterra, en guerra! —Entonces miró a su marido—. ¡Y con los alemanes!

Cuando las noticias de la guerra se dieron a conocer por todo el país, pocas horas después, Anita se sorprendió por la agitación: la revelación causó no solo miedo, sino también entusiasmo.

En uno de los periódicos se informaba de que centenares de personas se habían agolpado frente al palacio de Buckingham para saludar a los reyes.

Había escuchado de conocidos —o al menos de aquellos que no tenían aún un pie en la tumba— se habían presentado voluntarios con mucha pasión para participar en la guerra.

La señora Morland no tardó demasiado en presentarse en su casa para tomar el té e insistirle en montar alguna cena o concierto benéfico con el que recaudar fondos para los soldados.

Cuando se fue, Anita se retiró al saloncito para hablar con lord Somerbridge:

—¿Qué más dicen? —le preguntó, preocupada.

—Nadie será llamado a filas a la fuerza...

Anita se agarró a su brazo.

—Jamás te he hecho tan infeliz como para que pienses en hacerlo, ¿verdad? —bromeó ella aunque, al verlo serio, dejó de sonreír—. Siempre podemos ayudar consiguiendo fondos para el regimiento. No pongas esa cara, amor...

El vizconde se esforzó en sonreír y le cogió la mano con dulzura mientras acariciaba sus nudillos, perdido en sus pensamientos.

—Es solo preocupación... Creo que estoy en mi derecho a hacerlo si mi país está en guerra.

—¡Tienes toda la razón!

En cuanto el silencio se adueñó de ellos, Anita observó a su marido con gran interés y pesadumbre: le temblaba el labio, como si la habitación estuviese helada y recubierta de hielo; y sus ojos titilaban con la fúnebre luz de las lámparas.

—No nos pasará nada —le susurró mientras le arreglaba las solapas de la chaqueta—. Tengo sangre alemana en las venas y me dice que no ganarán. Mary crecerá y los jóvenes se pegarán en

tu puerta para pedirte su mano. Ya verás que no nos pasará nada.

Él le cogió las manos para besar sus nudillos.

—Tengo cosas que hacer, amor.

Anita asintió y le vio marchar.

A los pocos meses les llegaron noticias de Francia; habían muerto en Marne mil hombres y las tropas comenzaban a dirigirse a la costa.

Había escuchado que el hijo del vicario, el joven Henry Morland, había tenido que partir, aunque muy gustosamente, a la batalla, y se paró a pensar por un momento si aquel niño habría muerto allí.

También comenzaban a tener problemas con el servicio, ya que la mayoría de los lacayos que trabajaban en Waventon Park no tendrían más de treinta y pocos y ninguno estaba casado.

Aunque consiguieron eximir a algunos de la batalla, no todos estuvieron por la labor de huir de sus obligaciones como hombres.

Un día, Anita recibió una carta de Rosita Schneider. América aún se mantenía neutral.

Sin embargo, su familia comenzaba a ver menguar sus amistades, pues la sangre alemana se podía difuminar, pero no borrar.

“Pero me alegra mucho comunicar,” continuaba la carta, “que Ernest y yo viajaremos a Manchester en cuanto nos sea posible. Creemos que será dentro de un par de semanas. La esposa de un familiar de mi padre ha tenido que despedirse de su hijo y verlo marchar a la guerra, y la pobre mujer no tiene a nadie en quien apoyarse. Esperamos tener noticias tuyas pronto. Nosotros te informaremos de cualquier cosa.”

Tal y como habían dicho, a las pocas semanas Ernest llamó por teléfono desde una oficina.

—Me encantaría pasarme a veros —respondió mientras echaba un vistazo a su alrededor—, pero no puedes imaginarte cómo de preocupada estoy por Bertie... Cada día lo veo más raro.

—*Creo que cualquier hombre estaría nervioso si su país estuviese en guerra...*

—¡Y yo también pienso así, te lo juro! Aunque no me reprocharás que me preocupe... Apenas come, apenas me habla, apenas visita la habitación de la niña... Y cada vez que me mira a los ojos no veo más que culpa y arrepentimiento.

—*No intentarás decir —le escuchó gruñir— que, después de toda la tragedia, se arrepiente de casarse contigo. Si me dices que así piensas, iré a Waventon y le patearé el trasero.*

Anita rio.

—No te apresures... No sé si podremos hablar durante mucho rato, este aparatoso chisme aún se me hace imposible de controlar, ¡y tengo miedo de que explote! —exclamó.

—*Dudo que eso ocurra. De todas maneras, intentaré ver si podemos ir a Derbyshire.*

Aunque sabía que sería bastante complicado hacer un hueco para viajar a Manchester, la joven le pidió la dirección de la tal señora Long.

—*Espero que puedas acercarte tú algún día. Aunque no vaya a estallar, preferiría hablar contigo en persona. Además, aún no hemos visto a tu hija. Rezo por que tenga el ingenio de su madre y pueda salvar la bondad de su padre.*

—Tiene la nariz de madre —le comentó ella con bastante alegría—. Me daba pesadillas imaginarme a mi pobre bebé con la nariz de los Somerbridge.

—*No recuerdo que tu marido tuviese una nariz tan horrible.*

Hizo un puchero e intentó hacer memoria.

—No lo sé, pero la mía, cambiando de tema, huele los problemas. Algo le ocurre a Bertie.

—*Mantenme informado* —se despidió él.

Colgó después de echar un último vistazo al salón que, vacío, hacía resonar el eco de sus últimas

entre las paredes. Entonces guardó el papelucho debajo de su sostén y se dirigió escaleras arriba.

—Señor Burns —le llamó. El mayordomo, que causalmente recorría los pasillos de Waventon, se paró—, seguramente tengamos visita las próximas semanas. O quizá sea yo la que me vaya. Aún no estoy muy segura...

El anciano la miró, inseguro de qué era lo que debía hacer.

—Déjelo... Le avisaré cuando sepa algo. Pero, por ahora, no le diga nada a lord Somerbridge.

—Como desee, Su Señoría...

El comportamiento de Somerbridge no cambió los siguientes meses: seguía esquivo al hablar y al mirarla a los ojos, y Anita no podía sino sospechar que algo terrible le ocurría.

—¡Cielos!

Se encontraban desayunando en el comedor principal de la hacienda.

Anita no solía bajar hasta después de haberse tomado un café en su habitación, pero ese día había decidido compartir la mañana con su esposo.

Albert levantó la vista de su propio té.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

La joven había tomado el periódico que el señor Burns siempre dejaba en la mesa para el vizconde, aunque su patrón llevase meses sin abrirlo y echarle un vistazo a las noticias.

—Los alemanes y los austriacos han dividido Polonia en dos, como si fuese una tarta. —El hombre la escuchaba atentamente, y ella bajó la voz con un nudo en la garganta—. Varsovia está ahora bajo el control alemán...

Como notó que Somerbridge leía con mucho interés las páginas de atrás, le ofreció entregárselo mientras ella revisaba la correspondencia, pero él rechazó su ofrecimiento con la excusa de que solo preguntaba por curiosidad y no por sincero interés.

—He escuchado que Rose y tu hermano están en Manchester. ¿Planeas visitarlos o serán ellos los que vengan a Waventon? —preguntó de repente para cambiar de tema.

—No lo sé —contestó Anita sin darle mucha importancia—, pero aún no tienen fecha de regreso.

—Quien sí nos va a visitar, y es algo bastante seguro, es la señorita Turner. —Anita abrió la boca para replicar, pero él se adelantó—. ¡Sé que no es agradable y que tú no le diriges la palabra a lady Newton! Pero su marido es un buen amigo mío y hay cosas en la vida que no se pueden rehuir.

—Está bien. Aunque espero que dejes bien claro que no toleraré ni una ofensa más bajo mi techo, o dormiré con los cerdos del señor Russel.

Entonces Albert se levantó de la mesa y se despidió. Anita, ajena, continuó tranquilamente con su rutina mañanera.

Mientras leía la correspondencia del día, sentada en el saloncito y bebiendo té, vio que había una carta del general Weston que no iba dirigida a ella sino a su marido.

El general Richard Martin Weston era una de las amistades más gratas que habían hecho en Brighton: de buen porte y elegantes maneras, Weston siempre tenía un buen consejo para todos los problemas y, pese a su estricta disciplina militar —que, al parecer, le venía de familia—, siempre era agradable tenerlo sentado en la mesa.

La joven le habló de la carta a Somerbridge y él, muy preocupado, le preguntó si la había leído:

—¡Por supuesto que no! ¿Por quién me tomas?

Después de que la leyera cuidadosamente en la intimidad, el vizconde le contó a Anita que Weston estaría un par de días por Ashbourne y, como la ciudad quedaba cerca de Waventon Park, había pensado en pasarse por la casa.

—¡Por supuesto! —exclamó ella—. El general es un hombre encantador y será un placer

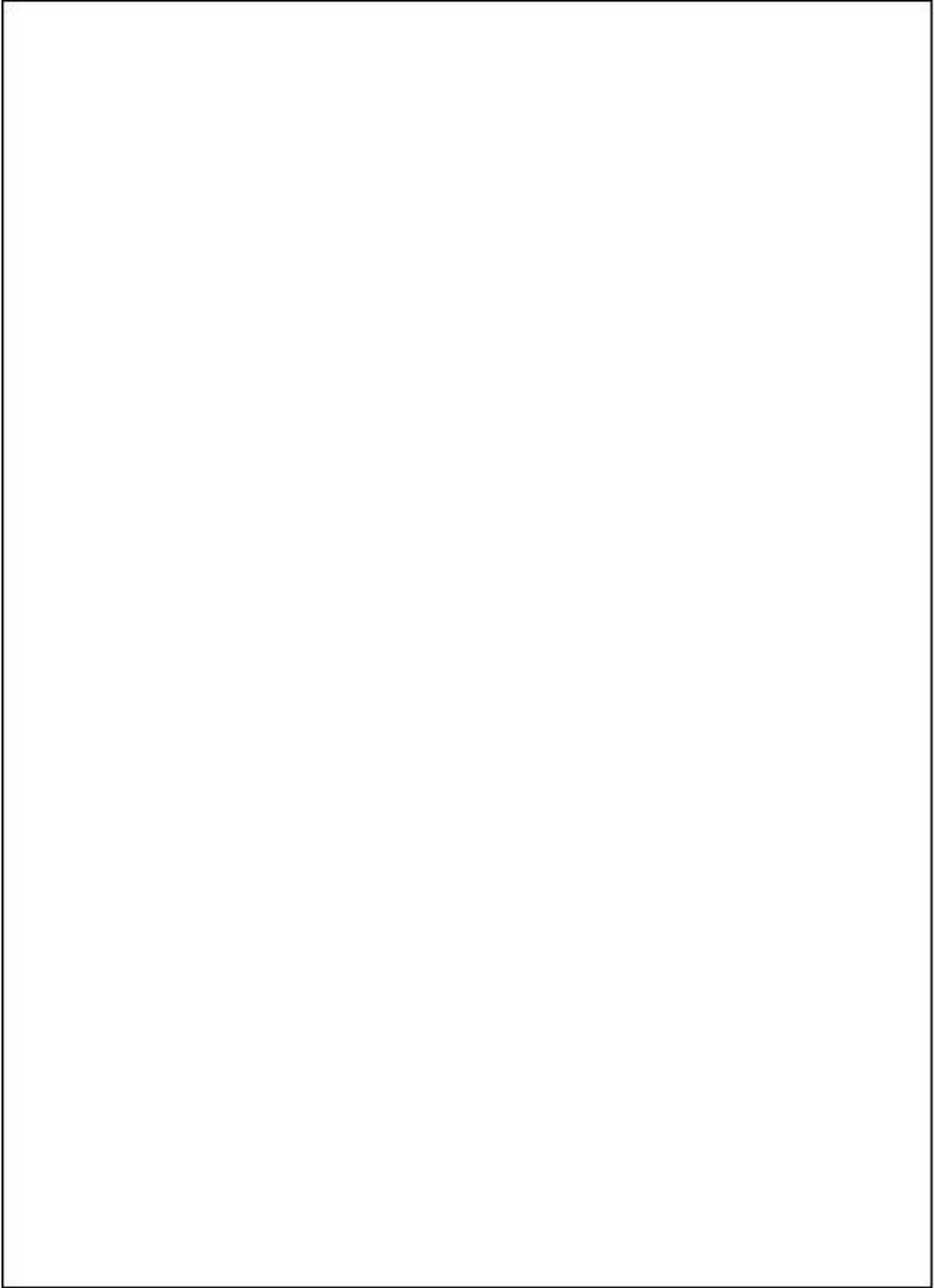


hospedarlo aquí. ¿Por qué no celebramos una cena? El joven Morland está de permiso y se quedará en Clarenhill un par de días; no le vendría mal hablar con un oficial de tan buena posición.

—No sé... Creo que Weston me ha escrito por educación. Estará demasiado ocupado como para que acaparemos una noche entera de su tiempo —replicó su marido, incómodo.

—¡Tonterías! Le escribiré hoy mismo.





Parte VI.  
Anita vive la guerra

## CAPÍTULO 16

El general Weston llegó con su esposa antes de la hora de cenar, puntual como un reloj. Sin embargo, aunque vino lleno de sonrisas y cálidos apretones de mano, Anita tuvo la sensación de que no se comportaba con ella como solía hacerlo en Brighton.

Después de charlar durante un rato en la sala de estar, Anita llevó a sus invitados al comedor.

Los Morland no pudieron asistir —seguramente estarían disfrutando de los pocos días de permiso que le quedaban a su hijo—, pero aun así habían insistido en llevarles un cordero.

—Estoy asombrado; mi país ha demostrado un talante admirable ante la guerra. Un soldado de verdad no se acobarda ante esos ridículos alemanes.

Anita carraspeó y continuó comiendo, pero el general notó sus hombros tensos:

—Me extraña que, siendo gran aliada suya, no le guste hablar de alemanes, milady; ha desprovisto a su enemigo de su más valioso coronel —bromeó.

Los Somerbridge se pensaron que era un simple chascarrillo para ocultar un cumplido amable hacia el vizconde, así que continuaron con la conversación tras una carcajada.

—Como le contaba a la generala —continuó diciendo la joven—, habíamos pensado en abrir la casa al público para recaudar fondos. Tan solo de pensar en esos jóvenes en las trincheras... se me hace un nudo en la garganta.

—Su país se lo podría haber pensado dos veces antes de apoyar la invasión a Serbia —respondió el general con un tono sardónico en la voz.

Anita se apoyó en la mesa.

—Recuerde, por favor, que soy americana.

—¿Y sus padres? El señor Schneider la crio a usted y le dio de comer y, si no recuerdo mal, es un hombre nacido en las entrañas de Alemania. ¿Quién alimenta a un país sino su aliado?

Mientras miraba al general Weston y temiendo otra guerra dentro de su comedor, el vizconde intentó reencauzar la conversación por un riachuelo menos violento.

—¿Cómo se encuentra el regimiento del joven King últimamente? —le preguntó—. Cuando me fui no era más que un muchacho sentado en una mesa de veteranos, pero he oído lo ascendieron a coronel.

—Es un hombre algo inútil, e inepto como líder, pero fiel a su país. Esa es una cualidad envidiable, como usted bien sabe. No es el arma lo que hace al soldado, sino la lealtad a su patria. Como esposa, a Anita no le gustaba nada que el general soltase comentarios de tan mal gusto, sobre todo sabiendo que lord Somerbridge había sido un militar muy leal que, por causas del destino, tuvo que renunciar a la casaca.

Sin embargo, al ver su sonrisa y su buen humor, la joven le observó, muy confundida, esperando ver alguna muestra de forzada simpatía en su cara, pero no obtuvo lo que quería.

—¿Es usted muy estricto con aquellos que abandonan el ejército? —le preguntó tranquilamente.

—Sí, pero lo soy aún más con los que se enlistan por pereza. No sé creerá usted la cantidad de muertos de hambre que se enlistan para hacer el vago.

—Pero insisto en los antiguos militares —dijo Anita—. ¿Es usted muy severo con ellos? ¿No siente ni una pizca de empatía por los que se retiran por razones ajenas a ellos mismos?

El general le dio un largo trago a su copa de vino.

—Entiendo que me pregunta por su marido.

La joven sonrió y le imitó, bebiéndose casi toda su copa de un gran sorbo. Un fino hilo carmesí resbaló por su mejilla y se apresuró a limpiarlo.

—No, para nada. Solo tengo curiosidad por los hombres que abandonan el ejército, y siento que es demasiado ofensivo preguntarle por esos vagos que se enlistan sin razón alguna.

—Todos nos alegramos por Musgrove cuando heredó el título de su difunto hermano, que en paz descansa —dijo el general—. Un hombre de verdad jamás recrimina a otro por cumplir con su deber.

La generala por fin se dignó a participar en la conversación con la mejor de las intenciones:

—Tal y como usted no le reprocha a su marido haberse ofrecido voluntario para ir a la guerra. Es su deber como patriota y como antiguo oficial.

Los Weston comenzaron una ronda de aplausos para homenajear a lord Somerbridge, pero Anita, que había dejado bruscamente los cubiertos sobre la mesa, se giró hacia él.

—¿Te has enlistado? —sollozó.

—Anita, ahora no —le rogó su marido—. No encontraba el momento para decírtelo. Y la niña...

—¿Ahora no? ¿Cómo puedes ser tan descarado? ¡Mírate, hablando como si fuese yo quien se va a la guerra, y no a la que han engañado! —murmuró entre lágrimas y gritos de rabia.

Cuando lord Somerbridge vio que la joven se levantaba de la mesa, tirando la servilleta al suelo como última demostración de impotencia, se levantó de inmediato.

—Disculpenme, ella no sabía... —dijo antes de seguir a su esposa hasta el recibidor—. ¡Ana, detente!

—¡No me quieres! ¡Ya lo sé! ¡Tú no me quieres!

Esa fue la última vez que hablaron en mucho tiempo. El general y su mujer comprendieron que la situación no era la adecuada y se retiraron, sintiendo mucho haber invadido la privacidad de sus asuntos matrimoniales.

Las siguientes noches, Somerbridge durmió en su vestidor, donde tenía una pequeña cama que jamás había pensado tener que usar, pues se había casado con Ana tan ilusionado y tan enamorado que para él las discusiones eran un imposible.

Anita ya no bajaba a desayunar con él, ni le acompañaba mientras leía el periódico, ni le hablaba sobre qué conocido les había llamado o escrito.

Llegó un momento en el que Albert veía a Anita apenas diez minutos al día, de tan ocupada que estaba su esposa últimamente, y él comenzaba a sentir el pavor de las trincheras en la garganta.

Esa misma noche había trasnochado mientras resolvía algunos problemas con uno de los afincados.

Caminando por el pasillo, se dio cuenta de que estaba tan enfrascado en sus propios pensamientos que había acabado por hábito en el dormitorio.

—¿Estás despierta? —preguntó al abrir la puerta.

Aunque las luces estaban apagadas, le respondió:

—Sí.

Somerbridge rodeó la cama y se fijó en el cuerpo menudo que yacía, con los ojos cerrados y los miembros fríos como el metal, sobre las sábanas.

—Hablemos —susurró él—. ¿No ves que me muero si tú ya no me hablas?

—Pero no hay nada que hablar. Eres hombre y como tal tienes todo el derecho de hacer lo que quieras... Coge todo nuestro dinero: puedes usarlo para comprar caballos, monturas y cuchillos. Yo solo soy tu esposa y esta es tu casa.

La voz de Anita cogió carrerilla pero murió con las últimas palabras como un dolorido susurro.

—¿Nunca has sentido que no puedes avanzar? ¿Que no hay escapatoria? ¿Que el mundo va a seguir igual por más que te despiertes cada mañana en un nuevo día? —susurró él.

Anita se abrazó a la almohada y comenzó a sollozar. Cada lágrima era un espasmo que recorría

sus piernas y sus labios con terror, pánico y pena.

Lleno de lástima, se arrodilló ante ella.

—Siento que estoy fallando —continuó— y que los días me alejan de lo que solía ser. No elegí ser soldado por despecho, sino porque no hay nada que me enorgullezca más que servir a mi país. Porque sé que hay familias como la nuestra a la que hay que proteger, niños como el nuestro que crecerán en un país hundido en la miseria si no pongo toda mi alma en defenderlos... Esposas como la mía que no tendrán ningún hombre que las cuide en un país avasallado.

A oscuras, la joven se alejó del almohadón y encaró a Somerbridge. Podía reconocer sus ojos brillantes y la expresión de pena en su rostro.

—¿Y qué será de nosotras si no hay nadie para protegernos? ¿Qué será de tu hija, que crecerá sin padre? —preguntó Anita con el corazón sollozando en su puño—. ¿Qué será de tu esposa, que habrá perdido a un marido mentiroso en la guerra? ¿Es ese tu sueño? ¿Así es como quieres avanzar y henchir tu alma? A mi parecer, cambiar al vizconde por el coronel no es la mejor manera de crear un paraíso. Y, aunque puede que ocurra, espero que no tengas la poca vergüenza de volver con un pelotón de muertos a la espalda y decir que lo hiciste por la paz.

Entonces a lord Somerbridge se le escapó una lágrima que dio paso a una tormenta de llantos llenos de remordimientos.

—¡Perdóname! —lloró—. ¡No me odies más de lo que ya yo me odio a mí mismo...!

A los ojos de Anita le invadieron las lágrimas.

—¡Cómo te voy a perdonar si puedes ver cómo me sangra el corazón! ¡Y tú aquí, heroico y altivo, mientras yo tiemblo! ¿Es que no me ves? ¿No me ves desde tu alta gloria? No me ves...

La joven cogió su mano con amor y le besó los nudillos con dedicación mientras se le empapaban las pestañas y las mejillas.

—El mundo seguirá siendo el mismo cada día, amor mío. Será el mismo sol que te alumbró ayer y la misma agua en la que te bañas cada día —dijo después—. Será así porque tú serás el mismo cuerpo que fuiste ayer y no hay manera de escapar de él.

A la mañana siguiente, mientras amanecía, el vizconde se despertó de rodillas frente al cuerpo dormido de su esposa. Sintió sus ojos hinchados, los párpados le pesaban y su boca estaba seca.

Las cortinas blancas de la habitación se habían teñido de ámbar y manchaban las paredes de oro con el color del cielo.

Aunque el matrimonio ya volvía a conversar como si nada hubiese ocurrido, Somerbridge aún tenía la sombra de la guerra suspirando un aliento gélido sobre su nuca. De vez en cuando le daba un escalofrío de la nada y los pasillos se le hacían estrechos.

Ese día llegaba la señorita Turner con la expectativa de quedarse en Waventon durante, al menos, una semana. Tal y como descubrió después Anita, la mujer sabía que su marido se había enlistado para ir a la guerra y, como siempre, tenía una opinión al respecto que no tardó en dar a conocer.

Lord Somerbridge salió poco antes de la hora del almuerzo diciendo que comería con el señor Purcell y otro amigo suyo en Clarenhill mientras discutían unos asuntos.

—¿Dónde está la pequeña Mary? —preguntó de repente la señorita Turner—. Quiero verla. ¡Cuánto habrá crecido ya! Sobre todo si ha heredado las piernas de su abuelo...

Anita la llevó rápidamente a la habitación de su hija y le permitió jugar con ella un rato, hasta que tocaron el gong para el almuerzo.

Entonces la señorita Turner le devolvió el bebé a la niñera y acompañó a la vizcondesa escaleras abajo.

—Aunque me parece increíble.

Como no se habían dirigido la palabra desde que sentaron a la mesa, la joven se sorprendió al

escuchar hablar a la señorita Turner tan de repente.

—¿Qué es increíble? —preguntó, nerviosa.

La mujer se limpió la boca con la servilleta.

—Que siga usted casada —respondió—. Antes quedaban hombres de honor, como el difunto lord Somerbridge. Y aunque la tentación extranjera habita en todas partes...

Antes de que pudiese continuar, la vizcondesa dio un golpe en la mesa para acallarla del todo.

—¡Pare! Ya sé que va a decir y se lo prohíbo.

—Por más que calle no hará que sea mentira...

Anita, muy frustrada, se cruzó de brazos y miró a su invitada.

—¿Puedo saber qué diablos quiere de mí? —dijo finalmente, ya cansada de ese teatro—. Desde que la conozco no ha parado usted jamás de burlarse y criticarme, y siempre deja muy claro que mi presencia la desagrada. Pero, aun así, se invita sola a mi casa a cenar y a dormir. ¡Dígame de una vez qué quiere de mí!

La señorita Turner levantó las cejas en un gesto comprensivo, como si le estuviese dando la razón.

—Le tengo mucho aprecio a esta casa. Durante mucho tiempo fue la propiedad de unos viejos amigos míos y por algunos meses pensé que acabaría siendo mía. ¿Sabe usted la alegría que me entró cuando pensé que por fin podría cambiar esas feas cortinas de la biblioteca? La pobre lady Somerbridge no tenía ni una pizca de buen gusto...

—Eso no excusa que se comporte como una pordiosera —replicó Anita, cruzándose de brazos.

—Pero no se preocupe, querida, no es personal. No le voy a negar que me repulsa —continuó la mujer—. Sin embargo, ha de entender que, a veces, odiamos a algunas personas sin razón. Aparte de por su actitud desvergonzada, que, comprenderá, nadie que la conozca podría pasar por alto, nuestra relación está podrida por las inquinas de la casualidad.

Anita no supo si aquello era tranquilizador, pero le alegraba saber que no había ninguna razón más allá de la más común de todas, que era su supuesto comportamiento fresco y atrevido, por la que la señorita Turner la despreciaba.

—De todas formas, le rogaría que dejase usted de hacerme la vida imposible. Es malo para mi salud.

—Eso ya se verá.

Se escuchó entonces un tumulto venir del corredor de la casa y lord Somerbridge entró a zancadas en el comedor, respirando como un búfalo y con los ojos abiertos como los de un sapo.

—¡Cielos! ¿Qué ocurre? —le preguntó Anita.

Su marido balbuceó y, frustrado por su repentino mutismo, le dio el telegrama que había estado guardando en la mano.

Ella lo leyó con pánico y ahogó un sollozo:

—¿Ahora mismo? ¡No puede ser!

—Sí... Me están esperando fuera —respondió él—. Burns está terminando de coger mis cosas, no tengo mucho tiempo. Acabo de bajar de la habitación de la niña.

Anita lo sacó del comedor bajo la estremecida mirada de la señorita Turner.

—Amor... —sollozó el vizconde—. Temía tanto partir enfadados que casi no he podido dormir estas últimas semanas. Te quiero tanto, mi vida. Tanto...

Besar a sus esposas en el cuello es lo que hacían los soldados antes de partir. Lo hacían todos, sin excepción, como si tener los labios pegados a una mujer fuera a protegerlos de las trincheras.

La bocina tronó, muy desagradable, en sus oídos.

—Venga, vete. Te están llamando —dijo Anita mientras le temblaba el pecho.

Bertie le apretó la mano con tanto devoción que a ella se le quedaría el sofocante recuerdo de sus



yemas grabado en su memoria para siempre.

Cuando Anita lo vio entrar en el coche, supo que no le volvería a ver jamás; puede que un día regresara a casa alguien con un rostro parecido, o con una voz similar, al menos, pero aquel no sería su marido, ni sería el mismo hombre.

## CAPÍTULO 17

Quizá, si su marido no se hubiese ido, a Anita no le hubiese costado tanto acostumbrarse a aguantar a la señorita Turner todos los días.

Aun así, era innegable que Waventon Park se oscurecía con cada hora que pasaba y el vizconde no volvía. Ni una carta, ni un telegrama, ni una palabra que dijese que la guerra había terminado o que Albert estaba de permiso.

—¡Me tiene harta! —chilló de repente—. Que si el té, que si una revista. ¡No tengo mayordomo para que esté usted pidiéndome cosas todo el día!

La señorita Turner la miró como si estuviese loca.

—Solo le he pedido que encienda una lámpara porque está empezando a hacerse de noche... Si hay algún momento en el que le hablo mal, este no es. ¡Qué irritable está desde que Somerbridge se marchó!

—¡Y yo le digo que esas lámparas dan mucho calor! Y atraen a los mosquitos. Si quiere leer, váyase a otra parte —replicó Anita.

—Malaventurado el día que se fue su marido...

De alguna manera, y por más que le molestase decir eso, sabía que la única razón por la que Waventon no se le echaba encima era la señorita Turner. La mujer le mantenía la guardia alta y eso impedía que Anita se ahogase en su propia tristeza.

—Mañana viajaré a Manchester —comentó mientras encendía la lámpara a regañadientes—. No sé por cuánto tiempo me quedaré, pero no creo que sea más de una semana.

—¿Y qué se le ha perdido a usted en Manchester?

—Mi hermano fue a cuidar a una vieja amiga suya que estaba enferma y se irán dentro de poco. Es una señora que ha perdido al hijo, ya sabe... Él es tan bueno que no podía irse sin más, pero ya era hora...

La señorita Turner soltó un carraspeo socarrón.

—Se habrá quedado con toda la bondad de la familia al nacer —rio.

—Fingiré que no he oído nada. Bueno, lo que le quería comentar era que, aunque sé que Somerbridge le pidió que se quedase aquí conmigo por si ocurría algo grave, está en su total libertad de volver con los Newton durante mi ausencia, ¡e incluso podría quedarse con ellos de manera definitiva! —Anita le sonrió con educación y aplastó su cigarrillo contra el cenicero—. ¿Y bien? ¿Qué me dice? Seguro que está deseando volver a casa.

—Le prometí a su marido que no dejaría Waventon abandonada a los vicios de la soledad y cumpliré con mi palabra. Además, alguien deberá quedarse cuidando de la niña, porque no creo que quiera usted llevársela a Manchester.

—Me retiro por hoy. Acostaré a Mary y después me iré a dormir yo misma. No sé si la veré mañana antes de partir, así que... buenas noches —dijo antes de salir de la habitación.

A la mañana siguiente, Anita cogió el coche a la estación con un nudo en la garganta y el miedo de volver a Waventon y encontrarla repleta de trampas.

—¡Ana! ¡Ana, aquí!

—¡Ernest! —Anita bajó los escalones del vagón a zancadas y se tiró a sus brazos—. Mírate, estás en los huesos. ¿Dónde está Rose? Cielos, qué calor.

Salieron tosiendo de la estación.

—Está en casa con la señora Long. Aún no han terminado de preparar tu habitación, pero estará lista para la cena. ¿No has venido con mi preciosa sobrina?

Anita se sentó en la parada de bus y Ernest se quedó de pie a su lado. El silencio era denso.

—¿Tienes noticias de Somerbridge? —preguntó.

—Me temo que no —murmuró la joven. Al notar su propio tono triston y apagado, y sabiendo que era la primera vez que veía a su hermano en más de dos años, forzó una sonrisa—. Pero el otro día, mientras hablaba con la señora Morland, escuché que a su hijo le dieron unos días de permiso, así que Bertie no tardará en escribirme para decirme lo mismo.

—Seguro que sí... Ah, por cierto. Quería decirte que no podrás quedarte más de una semana. El lunes que viene volvemos a Nueva York; el señor Folch ha encontrado un trabajo en un bufete para mí —le dijo Ernest con alegría.

—¿Vas a trabajar para el señor Folch?

—No exactamente —se excusó el joven—. La firma es de un socio suyo, así que técnicamente no trabajaría para él. ¿Por? ¿Te parece mal? No tienes nada por lo que preocuparte...

Anita volvió a sonreír.

—¡No, no, qué va! Estoy muy contenta por ti, y no hay nada más bonito que trabajar para tu suegro; refuerza el vínculo familiar. ¡Anda, ahí viene el bus!

Tras un trayecto de casi media hora lleno de socavones y griteríos, Anita y su hermano llegaron a la casa de la señora Long.

No era muy grande: era, incluso, demasiado pequeña para haber visto crecer a tres generaciones de una familia que, por tradición, siempre tenía más de tres bocas a las que alimentar.

—La señora Long tiene una hija, Emily, que se fue a Londres a buscar trabajo y que llegará el jueves. Se quedará en buenas manos —dijo Ernest antes de llamar a la puerta.

Rosita les abrió con una gran sonrisa. Abrazó a su cuñada y le dio un beso en la mejilla a su marido.

—La cena todavía no está lista y tengo que llevar a la señora Long a ver al doctor —soltó la chica casi sin aliento—. Su Señoría, buenas tardes, con todo mi cariño. Bueno, esperad... ¿Y si vas tú con ella, Ernie? Mientras, yo ayudo a tu hermana a acomodarse y termino de preparar la cena.

—Cariño, respira. Te va a dar un síncope...

Ernest aceptó la misión y dejó a las dos jovencitas en casa. Anita, mientras, avanzó por la casa tras quitarse los guantes y el sombrero, sin saber muy bien por dónde pisar o qué baldosa se hundiría bajo sus pies.

—Sé que no es una *suite* del Savoy —se disculpó Rosita con cara de pena—, pero tiene su encanto. Es una lástima que casi todas las casas de ciudad sean así de estrechas y oscuras. De todas formas, siéntete como en casa, Ana. Podemos tutearnos, ¿no? Si no es así, discúlpeme, Su Señoría.

Anita soltó una risa mientras colgaba el abrigo.

—Sí, puedes tutearme, Rosita. ¿Dónde está mi habitación? Sé que no está lista, pero me gustaría cambiarme; Manchester huele un poco a tierra mojada y parece que el olor me ha calado la ropa.

Rosita soltó un chasquido de lamento.

—En verano a la ciudad la invade el bochorno. Hubiera sido mejor volver antes de que comenzase el calor, pero entre una cosa y la otra, aquí seguimos.

—¿Por qué no os habéis ido antes?

Con un suspiro, Rose se tiró sobre una de las sillas de la cocina. Tenía la mirada lánguida y le brillaba, desesperada.

—Porque Ernest piensa, con toda su bondad, que me muero por quedarme aquí. Se está sacrificando por mí, y por algo que no es verdad. ¡Yo no me quiero quedar aquí, Ana! —lloró entonces la chiquilla—. Y yo se lo digo, todos los días, ¡pero él salta con que no le tengo que

mentir! Que a él no le importa quedarse en esta ciudad que huele a pescado y... ¡y a mierda!  
¡Huele a mierda por todos lados!

Anita le apretó el brazo, sin saber si debía poner un gesto de compungida comprensión o, por el contrario, reír tras escuchar a Rosita decir blasfemar por primera vez.

—Hablaré con él si quieres —la consoló.

—Ay, Anita. ¡Si supiese ser como tú me hubiera ahorrado tantos problemas...! Sabes alzar tu voz y no escondes nada, Anita. Cualquiera que te mire, con tu endereza y tu orgullo... Qué envidia me das.

Anita entonces empezó a llorar. Le brillaban los ojos y se los tuvo que frotar del picor.

—Rosita Dólar... Suena bien, pero verás que no es muy agradable. Ser como yo no es la solución, nunca lo es... Yo misma, si supiese cómo dejar de serlo, me cambiaría de piel... —murmuró.

—¿De qué hablas? —replicó Rose entre risas, con las mejillas aún empapadas.

—De nada, Rosita, no hablo de nada... Bueno, ¿por dónde empezamos? ¿La cena y la habitación? ¡Estoy hambrienta!

Rose se levantó para ocuparse del estofado que reposaba, aburrido y frío, sobre la mesa. Aunque tenía los hombros rígidos y los brazos tensos y seguros, Anita podía decir que la chica todavía no era muy hábil en la cocina.

—¿Tu padre no... comenta nunca nada sobre la situación económica de Ernest? —le preguntó la joven—. No es por nada. Solo que... Bueno, los tres hemos estado acostumbrados siempre a una vida más cómoda, y jamás pensé que vería a una amiga mía encargándose de cocinar la cena.

—Bueno, es un gran cambio. Pero no vivimos así en América. Si tan solo pudiésemos volver...

Las dos compartieron una risa cómplice. Anita, mientras su cuñada se ponía manos a la obra, se sirvió una copa de licor.

—Supongo que sí. Todavía tengo que ver la casa.

—No tiene mucha luz y el barrio no es el mejor. De hecho, hemos tenido que hacer algún que otro sacrificio para no irnos fuera de Manhattan, pero... Ana, ¿te encuentras bien? Cielos, ¡estás blanca como una sábana! Espera, te traigo unas sales.

La joven intentó levantarse de la silla, pero las piernas le temblaron y tuvo que sentarse de nuevo. Cuando Rosita llegó con un vaso de agua, se lo bebió de un trago.

Trágicamente, Anita no se recuperó y se quedó en la cama por el resto de su visita. No quería cenar por unos retortijones de tripa, a pesar de que Ernest le insistía cada par de horas en que comiese algo.

—Que no, Ernie, calla —le decía Rose—. Si no quiere comer, que no coma. Lo acabará vomitando.

—Pero lleva sin probar bocado casi cuatro días.

Se sentó al lado de su hermana y le tomó la mano.

—Mi Ana, pobrecita... ¿Aún te duele la cabeza? ¿Quieres que te traiga un paño o una pastilla? —le preguntó con pesar.

—Temo haber enfermado de pena, Ernie... Y Bertie no me escribe, y seguro que la señorita Turner ya está llenando mi casa de trampas y cruces, y le dirá patrañas a mi hija —sollozó Anita mientras le apretaba la mano—. ¡Y yo aquí, tendida en una cama llena de mugre! Me duele mucho la cabeza...

—Está delirando.

Un par de días después, en un momento de lucidez que auguró una recuperación, Anita avisó que tenía que volver a casa.

La angustia de tener a la odiosa señorita Turner pululando por ahí había resultado ser fatal para su

salud y, según el doctor, que no había puesto mucho empeño en averiguar qué le ocurría, volver a casa le sentaría bien y resolvería sus jaquecas y sus náuseas.

—De verdad, Ernie, estoy mejor —dijo la joven mientras cogía su sombrero—. Además, la señorita Turner estará ahí para procurar que no me muera. Si yo muero no tendrá nadie con quien meterse, y eso la mataría a ella de aburrimiento.

—No me gusta esa mujer —farfulló su hermano.

—Ni a mí, pero es lo que hay.

Rose llegó con la maleta y la dejó a un lado.

—¿Seguro que no quieres que te acompañemos a la estación? No has traído a nadie de tu servicio, ¿cómo es que no ha venido contigo Louise? —le preguntó entonces la chica con mucha curiosidad. Anita cogió la maleta entre risas y esfuerzos.

—La traidora de Louise se casó a principios de año —respondió—. Ahora tengo a una inglesa que es muy eficaz, sí, ¡y profesional! Pero no es lo mismo. Echo mucho de menos a mi Louise y la inglesa no se acerca ni un poquito a lo bien que me peinaba ella...

Después de despedirse con muchos besos y cariños, Anita pidió un taxi para llegar a la estación; jamás volvería a tomar un autobús y estaba tan perdida por las calles de esa ciudad que de ir andando acabaría en Irlanda.

—Perdone, ¿en qué andén está el tren a Derby?

El caballero que tenía delante se giró.

—¡Señor Spratt! ¡Menuda coincidencia! ¿Qué tal se encuentra usted? —preguntó ella con interés.

—Muy a gusto, gracias. ¿Y usted?

Anita le ofreció la mano para que se la besara y él cumplió.

—Vuelvo de visitar a mi hermano, Ernest. No sé si se acordará de él... Veo que va de uniforme, señor. ¿Está de permiso? ¿En qué regimiento se ha alistado?

El hombre acicaló la solapa de su chaqueta.

—Segunda brigada médica —respondió—. Bueno, ya no. —Levantó su brazo vendado—. Por ahora me han retirado; estoy viviendo en Liverpool. ¿Quiere que le ayude con su maleta...? Cielos, ¿qué se ha traído con usted? ¿Plumas?

En contra de su voluntad y de sus escrúpulos, Anita acabó tendiéndole el bolso de cuero.

—Es una lástima, pensé que estaría usted en el mismo regimiento que mi marido... Louise se casó hace unos meses, así que tuve que contratar a otra doncella, pero no me fio nada de ella. Quizá es por haber perdido a mi Louise, que llevaba conmigo desde que era una niña... ¿Y cómo es que ya no vive en Londres? ¿Dejó de trabajar con la electricidad?

Se detuvieron una vez llegaron al tren, donde sus caminos se separaban: Anita tenía que volver a su casa en Derbyshire y Leonard Spratt parecía tener asuntos de los que ocuparse en la suya.

—Esta es mi dirección. Puede llamarme. Será una decepción después de vivir en la mansión del vizconde, pero la recibiremos con nostalgia y cariño.

Tomó la tarjeta y se despidió al entrar al vagón.

—Sí, mándeme un coche. ¿Cómo está la señorita Musgrove? ¿Come todos los días? ¿Ha crecido? A la puerta de la estación, sí. Rápido, hace un calor terrible —farfulló Anita antes de colgar el teléfono.

Poco después llegó el chófer para llevarla a casa.

—Benditos estos días que ha pasado usted fuera.

—Buenas tardes —saludó la joven.

El señor Burns entró con el té mientras ella se sentaba y le puso al tanto de lo que había ocurrido durante esos días que Waventon se había quedado sin su guardián de repuesto.

—Ya sabe que, si no quiere verme, puede irse. Nosotras nos quedaremos en nuestra querida casa tan tranquilamente, ya ve usted.

—Sería mi casa si usted no hubiese matado a mi marido de un disgusto —murmuró la señorita Turner con pocas ganas mientras pasaba la páginas—. ¡Pero le ha salido bien la jugada, desde luego! Primero intenta embrujar a mi prometido para quedarse con su fortuna y, cuando vio que su pérfido plan no dio resultado, porque mi prometido era un hombre de valores firmes, aunque débil a la carne, como todos los hombres, ¡lo intentó con su hermano! Porque usted sabía de su enfermedad, claro que lo sabía. Y después de decirle que no fuese a la guerra, aunque usted sabía que eso le convertiría en el hazmerreír de todos nuestros amigos, ¡lo manda a las trincheras tranquilamente! Y ahora, ¡hala, a esperar, a ver cuándo le llega un telegrama que le diga que se ha muerto y que ahora le toca a usted heredar su fortuna!

## CAPÍTULO 18

Como todas las mañanas, Anita se frotó los ojos, tocó la campanilla y esperó a que su doncella subiese a la habitación con su desayuno y su café.

Hill le entregó la bandeja y se puso a ordenar la ropa que usaría ese día; presentía que su señora estaría de muy buen humor, así que, para ganarse el afecto que tan difícil se le estaba haciendo, se esforzó por tenerlo todo listo.

—Tiene la correspondencia lista para que la vea, Su Señoría. Hay un telegrama urgente y una carta de lord Somerbridge. Las he apartado de las demás para que las lea primero...

Ante el brinco que pegó Anita, la señorita Hill dio un sobresalto y se las entregó de inmediato, temiendo que le arrancase la mano.

—¡Mi Bertie! —sollozó la joven mientras abría el sobre a trompicones.

*Mi querida Ana*

*He recibido todas tus cartas, y todas las he leído con lágrimas en los ojos de lo mucho que te quiero.*

*Aún no sé cuándo podré regresar para ver a mi esposa y a mi hija, ambas queridas con todas mis ganas: el general no dice nada sobre los días de permiso y yo me muero de ganas de besar esa carita tuya de ángel, vida mía.*

—¡Hill! Traígame papel y pluma ahora mismo, quiero responder la carta de inmediato. ¿Dónde la tengo que enviar? El hijo del carnicero también está en Francia, seguro que él lo sabe... Deje la bandeja por ahí, luego desayunaré.

La doncella la observó, preocupada, brincar por la habitación.

—¿Y el telegrama? —insistió al ver que su señora parecía haber viajado a otro mundo—. Vino por correo urgente.

Anita no dijo nada y continuó leyendo la carta; las historias que le contaba no eran para nada lo que se había esperado de la vida de un soldado en plena guerra, pero supuso que había censurado los horrores para no inquietarla.

*La guerra no tiene ojos tan fieros cuando recuerdo los tuyos.*

*Tu amor verdadero,*

*Bertie*

—Aún no sabe cuándo podrá venir. ¡Cielos, Hill! ¿Cómo es que han tardado tanto en hacérmela llegar? La carta está firmada en mayo. ¡A saber por cuántas cosas ha pasado el pobre desde entonces...!

—¿Quiere que le haga llevar los periódicos al comedor? Así podrá leerlos tranquilamente y responder a Su Señoría mientras se toma un té. Aunque el repartidor llega algo tarde hoy... —dijo la doncella, más para sí misma.

—Sí, haga eso —respondió Ana—. Gracias, Hill.

—¡A sus órdenes!

Terminó de desayunar mientras la muchacha se ocupaba de su ropa y la ayudó a vestirse cuando terminó. Al bajar no tuvo noticia de la señorita Turner, pero el señor Burns ya había terminado de planchar los periódicos.

—Buenos días, Su Señoría. Los boletines de hoy están listos. ¿Quiere que le sirva el té?

—Desde luego. Gracias, Burns, ¡qué velocidad! Pretendía leer un telegrama mientras terminaba de prepararlos porque Hill me había dicho que el chico de los recados llegaba tarde hoy, pero veo que no hay contrariedad que pueda detenerlo a usted.

El mayordomo sonrió, orgulloso.

*El gran avance, leía el titular. "Todo va bien para Inglaterra y Francia."*

Terminó de leer el periódico y se dispuso a escribir una respuesta para Bertie, pero entonces vio el telegrama y, ansiosa por comunicarle lo mucho que le quería, le pidió al señor Burns que la leyese en voz alta mientras ella escribía.

—¿Está segura, Su Señoría?

—Sí —insistió Anita.

El mayordomo desdobló el telegrama con sumo cuidado y ceremonia, y carraspeó para que su voz estuviese a la altura:

—Me veo en el doloroso deber de comunicarle que se ha recibido un informe de la Oficina de Guerra para notificar la muerte del número 16930, de rango coronel, de nombre Albert Musgrove, del regimiento Real, que acaeció al norte del río Somme en la fecha del primero de julio de 1916. Anita observó las dulces palabras que acababa de escribir, con las que había expresado lo mucho que deseaba volver a verle.

—Le expreso toda la simpatía y el lamento del Consejo Militar por su pérdida. La causa de la muerte fue... muerto en combate.

Con los brazos temblorosos, se estiró para dejar la pluma y volcó la taza de té. Intentó limpiar la mancha con una servilleta antes de que se extendiese por el vestido, pero era demasiado té para una tela tan fina y, de la angustia y la impotencia, se puso a llorar.

—¡Thomas! —llamó Burns—. Sírvale una copa de coñac a Su Señoría y trae a una de las doncellas para que limpie este desastre...

Anita seguía sollozando en la mesa con los papeles empapados y arrugados entre sus dedos mientras se deshacían en una triste masa sucia.

—Mi Bertie... Albert, mi vida.

El lacayo, inseguro por no saber cómo actuar ni si le desagradaba su presencia, recogió los pedazos mojados, mirando de reojo a la vizcondesa en su recién estrenada viudedad.

—He... —dijo al fin Anita con voz ronca—. He de hacer unas llamadas. Señor Burns, haga el favor de decirle a la señorita Hill que suba a mi habitación.

—Desde luego, Su Señoría.

Anita se dirigió al recibidor de la casa para descolgar el teléfono y pedirle a la telefonista que le pusiese con el teléfono de la señora Long.

—¿Señora Long...? Rosita, dile a Ernest que se ponga al teléfono, hazme el favor. Te lo pido, pásame con él primero, y luego te contaré —murmuró.

—¿Ana? Estamos haciendo las maletas.

—He recibido una carta de Bertie. Todo iba bien; me echaba de menos, claro; a mí y a la niña. Y estaba tan contenta, Ernie, de veras que lo estaba —dijo, riéndose, antes de romper a llorar.

Se sentía estúpida como la que más, le temblaba el pecho y un zumbido constante le atravesaba la cabeza y le impedía aclararse las ideas.

—¿Le ha pasado algo a lord Somerbridge en Francia? —insistió su hermano—. ¿Sabes algo de él?

—Y, estando tan contenta, no leí el telegrama que me habían enviado esta misma mañana, Ernie... ¡No lo leí! ¡Porque, de haberlo hecho, no le habría escrito una respuesta! ¡Y ha sido todo para nada, Ernie, porque está muerto...!

Anita estaba sorda por su propia respiración.

—Respira, Ana... No te prometo nada, porque llevamos aquí casi un año, y yo necesito volver a casa y poner en orden todo el asunto del nuevo bufete... Y no estoy yo solo... Te daré una



*respuesta; cuidate mucho* —dijo Ernest antes de colgar.

Al colgar, Anita se dio cuenta de que estaba extasiada: el corazón le latía rápido y le dolían las costillas. No importaba cuánto intentase hincharse los pulmones, porque nada le parecía suficiente.

Con paso lento y accidentado, la joven subió al estudio del mayordomo y entró tras llamar a la puerta.

—Señor Burns —murmuró—, busque la agenda de Somerbridge y déjela en su estudio. Y también... Dígale a la señorita Hill que guarde toda la ropa que sea de color. Que la casa se vista de negro de los pies a la cabeza. Estaré en la vicaría.

El mayordomo le dijo que lo haría con la mayor rapidez posible. Anita entonces se retiró y fue a por su sombrero para salir a buscar al señor Morland.

—¿Adónde va?

La señorita Turner cerró la puerta tras de sí.

—A la vicaría de Morland —respondió Anita sin interés—. Quiero resolver todo el asunto del funeral antes de que me vengan el resto de los problemas... Vigile a la señorita Musgrove, hágame el favor.

—Está blanca como una sábana —dijo la mujer.

Anita se apoyó en el marco de la puerta.

—No me encuentro muy bien... Me voy ya. Le he pedido al señor Burns que ponga a las doncellas en marcha para sacar las ropas del luto. Ponga de su parte mientras estoy fuera...

Fueron juntas a la entrada de la casa y la señorita Turner la despidió ahí con una mirada indulgente.

Los Morland recibieron la noticia con aflicción y el señor Morland se puso a su total disposición para resolver el funeral con la mayor discreción posible.

La señora Morland, que había perdido a un hijo en la guerra, y que había estado a punto de perder a un marido de no haber sido por su problema de los pulmones, insistió en darle unas pastas para evitar que el estómago se le cerrase del todo, porque ella, por experiencia propia, sabía que no tenía remedio.

—Se lo agradezco, pero ahora mismo tengo unos asuntos de los que ocuparme en casa y cualquier cosa me sentará fatal... —se excusó la joven.

—Sepa que tiene mi más sincero pésame, Su Señoría —le dijo el vicario mientras la acompañaba hasta el coche— y que me encargaré del funeral, no debe preocuparse por nada. Avisaré al señor Burns cuando tenga que ultimar los detalles para no molestarla con las trivialidades del papeleo.

—Muchas gracias, señor Morland...

El coche arrancó y la mujer se acercó a su marido.

—Pobre niña... Y como no esté embarazada el próximo vizconde la echará en menos de lo que canta un gallo. ¿Crees que Purcell respetará su luto?

El vicario se metió las manos en el bolsillo del chaleco con gesto fatalista e hizo una mueca.

—Sería de mal cristiano no hacerlo —respondió.

Anita no quería pensar más en que aquella había sido la vicaría donde se casó, ni que allí había bautizado a su hija; esos recuerdos, que generalmente se le hacían entrañables, en esos momentos no eran sino recordatorios de la vida que había perdido.

Se deshizo del sombrero al entrar y se lo dio con brusquedad al lacayo que atendía la entrada para dirigirse a la biblioteca.

—Su Señoría —la llamó el mayordomo—, he dejado la agenda de lord Somerbridge en el escritorio, tal y como me pidió... El señor Purcell ha llamado para avisar de que vendrá pronto

para hablar de la propiedad, pues... como ya sabrá...

En los ojos de la señorita Turner, quizá por la hora de la que había dispuesto para reflexionar, ya no había ni rastro de misericordia, y por eso la escuchó hablar con esa voz tan irritante:

—¿Hará una fiesta ahora que la fortuna de la familia es suya?

Entonces Anita se giró; no había nombre para la ofensa, ni para la rabia ni el enfado. Se le hinchó el pecho de rencor y de dolor y gritó con toda la fuerza de sus diminutas costillas:

—¡Hágame un diablo, ya no soy humana! ¡Para ninguno de ustedes! —Anita miró a su alrededor con gesto delirante mientras le temblaba el labio—. ¿Qué digo? ¡Jamás lo he sido! Ahora, ¡cállense y entierren esta casa en el luto más desgarrador o yo misma la quemaré para teñirla de negro!

La señorita Turner se levantó con la intención de decir algo y aquietar a la vizcondesa, pero la joven la detuvo con un gesto de la mano y una mirada llorosa.

—No, aún estoy henchida de rabia y se me calientan las manos si pienso en ello. Hablaremos cuando deje de desear arrancarle la cabeza —declaró antes de retirarse.

Pocos días después Anita recibió una llamada de su hermano para informarle de que, aunque no podría ser por mucho tiempo, se quedarían en Waventon para asegurarse de que estaba bien.

Para cuando el señor Schneider hijo y su esposa llegaron, la casa, tal y como había ordenado la vizcondesa, estaba sumida en el más profundo luto.

Era tradición vestirse de negro cuando se perdía a un ser querido, pero Anita había decidido expresar su duelo con el legado que le había dejado su marido.

—¿Por qué sigue aquí esa insoportable mujer? ¿No tiene una casa a la que volver ni una familia propia a la que sacar de quicio?

—¡Ernie! —soltó Rosita, escandalizada—. ¡No te reconozco! Creo que ha sido muy honrado por su parte quedarse a cuidar de ella mientras el vizconde estaba en la guerra.

—Tú no la conoces, Rose. La señorita Turner siempre ha puesto de los nervios a Anita, y creo que ahora mismo lo último que necesita mi hermana es que la enojen —respondió el joven.

—Me dijo Hill que hoy tampoco ha comido...

Ernest dejó la taza de café sobre la mesa.

—Lo primero que debo hacer para asegurar su bienestar es echar a esa matona —afirmó más bien para sí mismo—. Ha vivido demasiado tiempo en esta casa y ya es hora de que deje en paz a Ana.

La señorita Turner cerró la puerta con fuerza para avisar de que acababa de entrar a la biblioteca y evitar así toparse con conversaciones incómodas.

—Buenos días —saludó.

—He visto que la vicaría va a abrir un mercadillo benéfico. Como es verano, es una manera perfecta de pasar la tarde y de recaudar fondos para los soldados.

Nadie reaccionaba a lo que decía, así que Rosita decidió dejar de hablar y mantenerse en silencio. Entonces Anita entró dando tumbos.

Estaba esquelética, además de que el negro la hacía ver todavía más delgada, y tenía la piel tan blanca que, de no ser porque se movía —mal y a trompicones, pero se movía, y aún no se había visto cadáver que pudiese—, la habrían dado por muerta.

—¿Qué hace aquí? ¿No le da vergüenza? —le soltó a la señorita Turner a soplos—. El espectáculo ha acabado para Londres, ahora es un momento de duelo familiar... Pídales que no se rían más; no hasta que pueda salir yo misma a atacarlos.

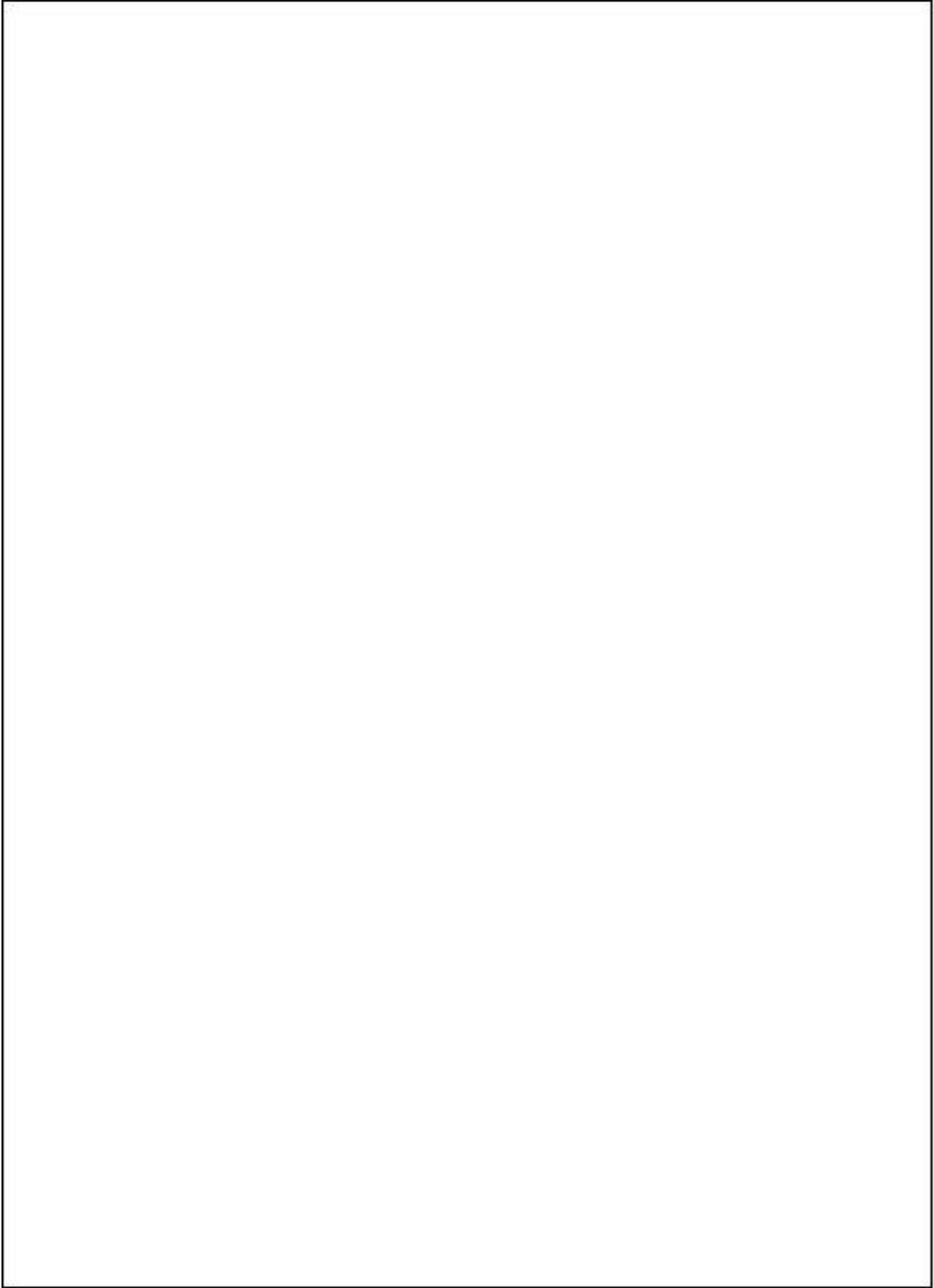
Ernest la miró con consternación.

—¿Qué dices, Ana...? ¿Te encuentras bien?

—No —sollozó entonces Anita—. Me encuentro muy mal... No sé por qué he salido de la cama.

Ese día, la señorita Turner, viendo que su papel en Waventon ya lo desempeñaban otros, le pidió a su doncella que hiciese sus maletas y volvió a su casa.





Parte VII.  
Anita es madre

## CAPÍTULO 19

Waventon Park se había sumido en un silencio atronador desde hacía días, y parecía que Anita era la única que no estaba continuamente al borde de un ataque de nervios.

Era cierto que aquel mutismo perpetuo atentaba contra la cordura de los habitantes de aquella casa, y que la conquista que el luto había hecho sobre el casón era de lo más desmoralizadora.

Sin embargo, la vizcondesa insistía en mantener las cortinas corridas y las puertas cerradas a cal y canto, como si cualquier rayo de luz que entrase por el resquicio de una ventana fuese a prender el papel de las paredes.

—¿No cenas? —Anita negó—. ¿Hoy tampoco?

Rosita dejó la revista sobre la mesita de café y miró a su marido con preocupación.

—La señora Morland nos ha traído unos quesos que hace una tía lejana suya de Berkswell. Al parecer llevan siglos dedicándose a ello, es una maravilla...

Viendo que su hermana no decía nada, Ernest, derrotado, acabó perdiendo el afán por hablar y terminó por callarse.

La habitación volvió a sumergirse en un tétrico silencio: solo se oía la respiración pesada de lady Somerbridge, que hacía bajar y subir su pecho al ritmo del reloj de la pared.

—¿Podrías bajar, al menos? Para estar juntos.

Anita observó al joven.

—De acuerdo —dijo—, pero no voy a comer. No tengo hambre ni estómago.

—¿Ni siquiera un poquito? —insistió Rose, que calló cuando su marido la miró con desaprobación.

Afortunadamente, Anita cumplió con su palabra, aunque con reticencia, y bajó a las siete para almorzar; el gong acababa de sonar cuando terminó de bajar las escaleras. Se dirigió al comedor con la ligereza de un fantasma, arrastrando las suelas de los zapatos por el suelo de madera.

—¿Qué es?

—Cordero —le respondió su hermano, viendo cómo Anita despedazaba la carne con los cubiertos.

—Pero este no es el del señor Draper —insistió ella—. Está seco como una mojada, y mira lo que me está costando cortarlo. ¿Por qué no se lo han comprado a él? Este cordero no me gusta...

—Ernest y Rosita se miraron—. ¿Qué ocurre? ¿Le ha pasado algo al señor Draper?

Ernest se aclaró la voz.

—Como sabes, el pobre está muy enfermo. Y, ahora que ya no tiene a nadie, porque sus dos hijos murieron el año pasado y su esposa lleva fallecida una buena década, ha decidido irse a Londres con su hija, que ha encontrado trabajo como secretaria.

Anita soltó los cubiertos.

—¿Cuándo? ¿Por qué no lo sabía? —preguntó.

Su hermano intentó explicarle que no estaba en condiciones de preocuparse por ese tipo de cosas tan insignificantes, pero no le dio tiempo: en seguida Anita se tapó la boca y se desplomó sobre la mesa, con la piel blanca y los ojos enrojecidos.

—Señor Burns, llame al doctor —le pidió Ernest mientras se levantaba para erguirla.

Para cuando Tilney llegó a Waventon Park, Anita había perdido el conocimiento casi por completo: solo reaccionaba a la luz y a la voz de su hermano, pero su piel la empapaban sudores fríos.

—Señor —lo llamó el doctor—, ¿cuánto llevan usted y su esposa junto a lady Somerbridge?

—Apenas un mes, ¿por qué?

Tilney se paró a pensar un momento.

Entonces le indicó al joven que se apartase de la cama para hablar en confidencia y, mientras se limpiaba las manos, dijo:

—Está encinta. Estimo que de apenas tres o cuatro meses porque, a pesar de que el desarrollo de su vientre es del de un embarazo de apenas cinco semanas, su estado de desnutrición es muy grave y ha afectado al desarrollo del bebé.

—Apenas tiene tripa —se lamentó Rosita.

Seguramente había hablado demasiado alto, porque Anita se enderezó de inmediato con el pánico pintado en el rostro y tiró las sábanas para poder levantarse el camisón y ver su vientre.

—¿Te encuentras mejor? ¿Quieres beber algo? ¿Un vaso agua? —le preguntó Ernest, tapándola de nuevo con las mantas—. Avísame si tienes frío. Voy a hablar con el doctor Tilney afuera para que puedas descansar mejor.

La joven asintió, enjuagándose las lágrimas con las palmas, y se recostó.

Con la música del gramófono de fondo, Ernest salió al pasillo y cerró la puerta silenciosamente para charlar con el doctor Tilney sin molestias.

—Gracias por venir tan rápido —le dijo—. Ana llevaba bastante tiempo con una salud muy mala y ahora sabemos por qué...

—Es comprensible... Pero Lady Somerbridge está famélica. Asegúrese de que coma, al menos, dos veces al día. Podría poner al bebé en riesgo —musitó el doctor.

Caminaron juntos por el corredor del caserón; Tilney conocía bien aquellos pasillos y pensó por un momento que la enfermedad acechaba a aquellas paredes como un fantasma.

—Hablaré con la cocinera.

Se detuvieron en el recibidor y Ernest se acercó a él mientras el mayordomo le entregaba su sombrero y le colocaba el abrigo.

—Una última cosa, señor Tilney...

Se giró para hacerle saber que le escuchaba.

—Sé que le supondrá una molestia, pero me gustaría pedirle un favor —musitó el joven—. He escuchado que el administrador del difunto lord Somerbridge se llama Purcell, y también sé que mi sobrina no podrá heredar ni el título ni la propiedad. Sin embargo, este embarazo cambia las cosas, ¿no?

—Sí, desde luego. Pero, con todo el respeto, no veo qué relación puedo tener yo con eso —replicó él.

Salieron al jardín, donde el chófer de la familia esperaba con el coche encendido para llevar al doctor al hospital. La hierba comenzaba a enfriarse con los últimos días de verano y crujía bajo sus pies.

—Ya ha visto que mi hermana no está en buen estado. Ahora lo que necesita es descansar y superar, poco a poco, la muerte del vizconde. ¿Me haría usted el favor de explicar esta situación al señor Purcell? No me veo en la potestad para discutir las posesiones de su marido, ni como abogado ni como familiar.

—Ah, se trata de eso... —El doctor Tilney se paró para despedirse definitivamente—. Por eso no ha de preocuparse; yo hablaré con él. En caso de que lady Somerbridge dé a luz a un varón, no creo que haya ningún problema con la herencia ni con el título.

—Muchas gracias. Que tenga un buen viaje.

Mientras, Rose se había quedado al lado de Ana.

Había estado cambiando el vinilo sin parar, incierta sobre qué música prefería su cuñada o qué



canciones la incordiaban. La conocía desde hacía años pero nunca se había parado a pensar en qué tipo de melodías se le hacían irresistibles.

—Rosita —musitó la joven—, tráeme un vaso de agua, por favor. Y uno de los cojines del salón de arriba, la espalda me duele... ¿Dónde está Louise?

—¿Louise...? ¡Ah!

La señorita Hill acababa de entrar a la habitación con el mayor de los sigilos y se erizó cuando vio que la miraban fijamente.

—Traiga agua y un cojín, por favor —le pidió.

—Sí, por supuesto.

—Ana... —dijo la chica cuando se fue.

Anita no respondió, pero abrió los ojos y le dio a entender que la estaba escuchando con toda la atención que le permitía el constante y extenuante zumbido en su cabeza.

—¿No quieres que sea niño? —le preguntó sin maldad—. Mary estará tan contenta de tener un hermano pequeño... Siempre he pensado que es mejor cuando la primera es una chica. Tú mejor que nadie sabrás que un hermano mayor no es más que un segundo padre.

—Por mucho que detesten serlo... —respondió.

—Un varón sería una muy buena noticia...

Se quedaron en silencio mientras Hill cerraba la puerta y dejaba el vaso de agua en la pequeña mesita de madera. Entonces Rosita la ayudó a incorporar a la vizcondesa para encajar el cojín.

Rosita decidió volver a romper el silencio:

—Anita, creo que este tema, aunque no te lo parezca, te será de lo más reconfortante... Cuida muy bien a ese niño que te está creciendo en el vientre porque, si es varón, heredará todo esto y tú como su madre te asegurarás un futuro —le dijo.

La chica se dio cuenta en ese momento que Anita no había reparado en ello; en ningún momento, o eso pensó Rose, se había parado a pensar que ese también sería hijo de un vizconde, aunque fuese a salir de las tripas de Ana y su padre no fuese más que la sombra de un hombre que en su día vivió y la hizo feliz.

—No —sollozó, agarrándose la tripa—, no. ¡No me pueden atrapar aquí! ¡No podría...! ¡No puedo! No puedo quedarme aquí para siempre...

—Relájate. Bebe agua. Poco a poco, a sorbitos.

Anita se revolvió, incómoda, entre el mar de almohadones y cojines que la muchacha había mandado colocar bajo su espalda.

—Sabes que todo el mayorazgo está intitulado a la línea masculina —insistió Rosita—, nos lo dijiste tú misma. ¿Qué harás cuando algún primo lejano de, no sé, Newcastle venga a reclamar el título? Y más importante, la propiedad. Tienes una hija, Anita, que heredará una fruslería, y la pensión de viudedad no te durará para siempre.

—Están mis padres... De alguna manera tendrán que pagar por la eternidad que han pasado aquí.

Su cuñada no estaba de acuerdo, porque no pensaba que aquel fuese un buen planteamiento.

Dependería de los Schneider, que estaban algo locos, y tendría que someterse a las locuras de las que había logrado huir con el matrimonio.

—Bueno, no es algo que se pueda evitar si ese niño resulta ser varón. Perdón por haberte insistido a pensar tanto cuando tienes que descansar —resolvió finalmente la chiquilla.

Al rato, Ernest regresó a la habitación y se encontró a su hermana dormitando en la cama.

—¿Qué tal está? —le preguntó a Rose.

—Mejor, pero sigue preocupada... —murmuró, insegura—. Creo que, aunque el bebé ha venido en el mejor momento, no está muy contenta... Pero no lo entiendo, Ernie. Es el último recuerdo

que le queda de su marido y, si es varón, le asegurará un futuro.

—¿Y Tilney? —preguntó Anita de repente.

—Se ha ido ya —respondió su hermano—, ¿por? ¿Te encuentras mal? ¿Te duele algo?

Anita le miró con ojos de sapo.

—El doctor es un hombre retraído y se sabe los pasillos de esta casa como la palma de su mano. Y tú... tampoco eres conversador, pero no los conoces tan bien como él.

—¿A qué te refieres? —replicó Ernest.

La joven soltó una carcajada punzante que, por el tono y por la manera en la que movía las pupilas, rozaba lo maniaco.

—¿Qué le has dicho que no puedo enterarme?

—De nada trascendental. No te ofusques por una tontería así, Anita...

Anita se agarró la tripa con las uñas y gimió de dolor, pero aquel dolor no lo provocaron ni sus garras ni la sangre espesa que circulaba ahora más rápido por su sangre.

—¿Dónde está Hill? —preguntó para cambiar de tema—. No me encuentro bien y me quiero tomar un poco el aire... Pero veo que es casi la hora de la cena. Bajad vosotros. No creo que me pase nada... Podéis dejarme cuando llegue Hill.

La doncella subió a la habitación y la despejó para dejar descansar a lady Somerbridge, pero la joven le pidió que bajase a la cocina a pedirle un vaso de leche.

—Tenga más cuidado con la temperatura —le aclaró—. Más caliente que la que uso con el café, pero no tanto como la que uso con el té. Y échele algo de miel si puede.

Anita no tardó ni un segundo en levantarse en cuanto la doncella salió por la puerta: no esperaba que caminar se le hiciese tan complicado ni que le exigiese tal esfuerzo, pero logró arrastrarse — como una babosa o un bicho o, al menos, con la misma humillación— hasta las escaleras.

—¡Señor Burns! —gritó con poca voz.

La joven recorría el pasillo con confianza.

No había nada preocupante en la manera en la que caminaba Anita; ya no se movía con la presencia de un fantasma ni se levantaban vientos helados bajo las plantas de sus pies.

Se apoyó en la pared cuando llegó al rellano de las escaleras que daban al recibidor para recuperar el aliento y buscar al mayordomo, que, al parecer, había desaparecido.

Fue un primer aviso inocente: se detuvo en el primer escalón con la mirada inquieta, la sangre le lamía las venas y, sintiéndola ondear como en un mar, se vio por un momento en mitad de una isla mientras olas titánicas se abalanzaban sobre ella.

—¡Señor Burns! —repitió, desesperada—. ¿Hill? Señor Burns, ¿dónde se ha metido usted? ¡Hill!

Anita agarró su tripa con inseguridad, respiró profundamente y pisó el primer escalón mientras le temblaban las rodillas. Le palpitaba el pecho y cada latido la volvía más sorda y la alejaba del juicio raso.

Entonces su tobillo dio un giro que resultó ser fatal: quizá pareció una elegante voltereta de ballet para los espectadores fantasmales de aquella casa, pero la caída le rompió el alma y la dejó inmóvil al pie de las escaleras.

Ernest se levantó de la silla del comedor al oír un estruendo que provenía de las escaleras.

—¿Ana? Ana, ¿dónde estás? ¡Ana!

## CAPÍTULO 20

El doctor Tilney llegó a su casa después de hacer un par de recados para la clínica del pueblo y se encontró con uno de los mozos que, sabía ya por costumbre, trabajaba en Waventon Park.

—Es la vizcondesa—respondió el muchacho en cuanto Tilney le interpeló—, que se ha caído por las escaleras del caserón y me han mandado a por usted.

—¡Una caída! —se horrorizó el anciano.

—Sí, señor. He escuchado el coche llegar.

Cuando se presentó en Waventon Park, el mayordomo lo llevó a la habitación de la vizcondesa. Se podía escuchar la tragedia a través de las paredes.

Las sábanas, antaño blancas, parecían ahora un ramo de rosas rojas; de un escarlata brillante, se retorcían entre de sus piernas blancas como pétalos.

Mientras, Anita gritaba como si le estuviesen desgarrando el cuerpo.

Rosita y su hermano se encontraban a los pies de la cama: su cuñada rezaba entre sollozos con una pasión demente y Ernest rondaba a la vizcondesa con los ojos hinchados.

—¡Señor Tilney! —clamó al verlo entrar—. Me voy a volver loco, doctor. ¡Majareta! ¿Se encuentra bien? ¿Se va a morir? ¡Está sangrando tanto...!

Tilney dejó su bolso en el suelo y examinó la terrible escena.

—Me ha dicho el mozo que se cayó por las escaleras. ¿Ha ocurrido algo grave desde ayer por la noche? Lady Somerbridge, por favor, levante las piernas. —Tilney quitó las sábanas ensangrentadas y cogió otras del montón blanco que había dejado una de las doncellas—. Que no falten; está sangrando mucho y habrá que cambiarlas a menudo para evitar infecciones. Señora Schneider, por favor, ayúdeme limpiándole los muslos.

—Estaba muy nerviosa —respondió su hermano.

—¿Ha comido algo esta mañana?

—¡Apenas ha bebido agua!

Anita volvió a soltar un alarido y clavó las uñas en sus mejillas mientras la sangre se derramaba por sus piernas y salpicaba las sábanas blancas.

—La caída ha provocado un desprendimiento de la placenta. En la mayoría de los casos se necesitaría de un impacto más fuerte pero, debido a su estado de desnutrición, el saco amniótico no ha sido capaz de proteger al bebé.

Era fascinante, o al menos así pensaban Ernest y Rosita mientras lo escuchaban hablar, cómo alguien podía enunciarse con tanta claridad y calma cuando a su lado había una mujer que estaba llorando de dolor en un mar de sangre.

—¿Va a salir de esta? —gimió Rosita.

Tilney se levantó para lavarse las manos.

—Si el sangrado no empeora —dijo—. Pero el bebé no. Pídale a alguien que traiga agua hirviendo.

Anita lo miró con sus ojos de sapo y se hinchó el pecho con aire, girando la cabeza hacia el techo.

—¡Pero por qué sangra tanto! —soltó de repente Ernest, tirándose de los cabellos—. ¡Lleva así casi una hora, y no para! Dios mío, se va a morir, lo sé...

—No se preocupe, señor. Está expulsando el tejido fetal a buen ritmo y no tiene fiebre —murmuró Tilney mientras rebuscaba en su bolsón.

Hill subió al poco rato con una cacerola de agua hirviendo y el doctor sumergió unas pinzas en ella durante unos minutos. Rosita, espantada por la idea, intentó detenerle, pero su marido se lo

impidió:

—Así evitará que se infecte —le explicó—. Pero, doctor, ¿qué demonios piensa hacer con eso?

—Con un par de contracciones más debería haber expulsado todo el tejido que le queda dentro del útero. Sin embargo, debido a que el feto se ha desarrollado por debajo del tamaño normal, no puedo calcularlo con demasiada exactitud.

—¿Y va a usar esas pinzas?

—En cuanto se enfríen. —La señorita Hill le ayudó a reemplazar las sábanas y le tendió las tenazas—. Lady Somerbridge, ¿me oye? Abra las piernas y cuente conmigo hasta tres. Cuanto más rígido tenga el cuerpo, más le dolerá.

Anita asintió y se agarró de nuevo al cabecero de la cama. Ninguno de los dos —y, si se encontraba con ellos, el alma del coronel, también— pudieron mirar la escabrosa escena que duró casi una hora.

—El sangrado ha disminuido, pero continuará por un par de días. Ahora báñenla y déjenla descansar. Acuérdense de cambiar las sábanas cada poco.

Se despidieron del doctor Tilney tras pagarle sus honorarios y volvieron enseguida junto a Anita.

Tenía la piel translúcida y gris y parecía un fantasma; los mechones empapados se le habían pegado a la frente y sus ojos volvían a hundirse en el vacío como los de un sapo, inundados por un brillo febril que provocaba escalofríos.

—Su Señoría, el baño está listo —dijo Hill.

Abrió los ojos lentamente mientras reaccionaba a todo lo que existía a su alrededor, de lo que no había sido consciente hasta entonces, y soltó un chillido de pánico mientras daba manotazos al aire. Se le había erizado el vello de la piel.

—¡Ana, para! ¡Le vas a hacer daño!

Rosita intentó calmarla, pero tampoco soportaba su tacto, así que llamó a su marido.

—Relájate —dijo Ernest con voz suave—. Has que bañarte, lo ha dicho el doctor. ¿Crees que puedes levantarte? Venga, bebe algo de agua y nos vamos.

Anita cedió poco a poco a lo que su hermano le decía y le siguió hasta la bañera. Cuando se desnudó y se metió dentro de la tina, soltó un soplo de aliento.

—Así, poco a poco.

Los vapores del agua la ayudaron a relajarse y a aclararse la cabeza. Un par de minutos después al fin podía respirar sin quedarse sin aliento.

—¿Qué fue lo primero que pensaste cuando padre te desheredó? —preguntó con la boca seca.

—La verdad —dijo Ernest mientras se sentaba junto al borde de la tina—, pensé que era injusto; yo seguía siendo hijo suyo. Pero con el tiempo me di cuenta de que lo que me preocupaba era no saber cómo mantendría a mi mujer y a...

—Es aterrador el papel que tienen los esposos. Yo pienso que un hombre demuestra su verdadera naturaleza cuando se casa. Y Bertie era tan bueno conmigo, Ernest, tan bueno...

—Tendría sus cosas —bromeó el joven.

Anita sumergió la cabeza en el agua y la sacó.

—Como todo el mundo, por supuesto...

Mientras, Ernest le frotó los brazos con un paño mojado, con cuidado y cariño, prestando atención para evitar abrir las heridas que su hermana se había hecho con las uñas.

Entonces Anita soltó un lamento.

—No sé si voy a poder seguir así más tiempo...

—¡Y no tienes por qué...! —Ernest bajó la voz, avergonzado—. Búscate un buen hombre que sepa cuidarte. No tiene por qué ser de una gran familia o tener una fortuna; eso no es lo que necesitas.

—No es tan fácil... Aunque lo digas con esas palabras que suenan tan bonitas... No tienes ni idea, tú no lo entiendes —masculló ella, masticando su frustración con los dientes.

—Estoy casi tan desesperado como tú. Nuestros padres nos han abandonado y no se molestarán en mirarnos si sus amigos no nos saludan primero...

—La vida no echa raíces en mi vientre y yo no echo raíces en el mundo. Una condena —murmuró Anita—. Y, sin embargo —añadió entonces con amargura—, muchos han echado raíces gracias a mí.

Ernest enjuagó el trapo en un cubo mientras la miraba como si estuviese demente.

—¡Tener una familia es tan conmovedor! —se lamentó la joven con una risilla—. Ahora ya no hay niño, Ernie. Ya no me querréis. ¡Este vientre no ha cumplido con lo único que tenía que hacer!

—¿Qué dices, Ana? ¿Por qué íbamos a dejar de quererte ahora que... que no hay niño? Eso es algo que dirían nuestros frívolos padres, no yo.

Anita le dio un manotazo al agua ensangrentada.

—Recuéstate y cierra los ojos.

Con cuidado, le frotó la cabeza con jabón y Anita, poco a poco, cayó dormida.

Se despertó como lo hacían los niños, sin saber cómo había llegado a su cama ni cuándo habían cambiado las finas sábanas de verano por las de pelo.

Y así eran los días: Anita se despertaba sintiendo que el mundo le pesaba sobre el cuerpo y le daba un sorbo al vaso de agua que descansaba, aburrido junto a la jarra de cristal, sobre su mesita.

Después hablaba con su hermano o con su cuñada —las palabras necesarias para no terminar perdiendo la cabeza— y así el tiempo pasaba hasta que volvía a ser de noche y era la hora de dormir.

Rosita estaba a su lado, sentada en un butacón mientras leía una novela muy gruesa.

—¿Qué hora es? —le preguntó.

—Apenas las diez —dijo ella—. Aún queda un rato para la hora de comer. Has dormido mucho... ¿Quieres que te suban algo? Ernest les dijo a las de la cocina que podían comerse las tortas que habían sobrado de esta mañana, pero...

—No tengo hambre... Quiero leer el periódico.

—Sí, claro. —Rose tocó la campanilla que había al lado de la cama—. Hill —llamó cuando la doncella se presentó—, ¿puede subirnos los periódicos de hoy?

La señorita Hill volvió de inmediato con un par de gacetas y un noticiero y los dejó sobre la cama.

—Cielos... —soltó Anita sin mucho entusiasmo.

—¿Qué ocurre?

La joven pasó de página.

—Los rusos han tomado Petrogrado para echar al zar, y resulta que los soldados están de su parte...

—¿Qué atrocidad...! —se lamentó Rosita.

—También es bastante atroz matar a tu pueblo de hambre, ¿no crees? —replicó ella mientras seguía leyendo—. Pero sí, es atroz, sin duda...

Se quedaron en silencio mientras Anita leía las últimas páginas del periódico. Al cabo de un rato, en el que su cuñada había terminado de leer, cerró las páginas y se dirigió a ella:

—Puedes irte si quieres —dijo de repente—. Te veo bastante aburrida y estos días no te puedo dar la conversación que mereces... Ni a ti, ni a nadie. Me quedaré leyendo y después intentaré dormir un poco.

—¿Estás segura? ¿Y si ocurre algo?

Anita se frotó los ojos, adormilada.

—Si tanto te preocupa, dile a la señorita Hill que se mantenga cerca... ¿Podrías, también, y si no es mucha molestia, pedir en la cocina que me traigan algo de comer?

Rosita aceptó encantada, recogió su libro y salió de las escaleras con paso animado. Entonces la joven se recostó sobre la cama con los ojos cerrados.

Se encontró con su marido de camino a la cocina.

Ernest inspeccionaba los retratos que estaban colgados de la pared del recibidor: de entre todos los desconocidos que pendían de la madera, solo había podido reconocer a los dos hermanos, que en nada se asemejaban —quizá, como mucho, en la forma de los labios—, tanto en aspecto como en actitud.

—¡Ernie!

—Dime —la saludó—. ¿Y mi hermana?

—Quiere que le suban algo de comer.

El joven sonrió, satisfecho, y encontrándose a uno de los lacayos de camino al saloncito, le pidió que preparasen unos huevos escalfados para Anita.

—Ya he perdido la cuenta de cuánto llevamos en este país... ¿De verdad que no se enfadará tu padre si nos quedamos algo más de tiempo? Hasta que Ana se recupere, al menos.

—No —dijo ella para tranquilizarle—, ya sabes que os tiene mucho aprecio. Tanto a ti como a Anita, por supuesto. Pero, si aun así te preocupa, le escribiré hoy mismo para informarle.

—No hace falta...

—¿Qué vamos a hacer con tus padres? En algún momento tendremos que contarles lo de Anita —le dijo la joven.

Se sentaron en los butacones del salón, alrededor de la mesa, y esperaron a que el mayordomo les subiese la bandeja con el té.

—Me niego —farfulló Ernest— a dejarles entrar a esta casa. Ni con el permiso de Ana ni sin él. ¿Qué harían aquí si no es reprenderla e increparla? Ahora necesita descansar. Primero fue el vizconde y ahora, el bebé... No puedo preocuparla con más cosas.

—Pero en algún momento habrá que hablar con el señor Purcell. No hay heredero varón y Anita no podrá quedarse aquí cuando llegue el nuevo titular.

Los dos soltaron un resoplido.

—¡Pero es tan frustrante...! —insistió.

—¿A qué te refieres?

—Fueron unos padres nefastos. La arrastraban a todos los bailes y todas las cenas de Chicago para ver si acababa encandilando al hijo de una buena familia aristócrata —murmuró—. Era una hija que, más que hija, era su puerta hacia una nueva vida. Toda ella ha girado siempre en torno a darles una posición social que no les compete.

—Pero tú tampoco tienes derecho a enfadarte tanto con ellos —le reprochó Rosita con voz suave.

Ernest la miró sin comprender a qué se refería.

—Tú sabías que, si Anita no se casaba bien en este país, tendrías que encontrar a alguna lady. ¿Qué hubiera sido de nosotros entonces? Es gracias a ella que, de una forma u otra, y fueses consciente o no, pudimos casarnos. No creo que sea justo censurar a tus padres cuando, de no haber sido así, tú y yo no estaríamos aquí, juntos —dijo la joven, tranquila.

Ernest se levantó de la butaca y miró la puerta.

—Anita Dólar, es sus múltiples facetas, no es más que una mujer que lleva el dinero por apellido.

## CAPÍTULO 21

Apenas un mes después, Ernest había informado de que, por petición de su suegro, debían regresar lo antes posible a Nueva York. Anita se había mostrado serena al escuchar las noticias, pero no podía negar que, en realidad, le aterrorizaba.

Fue el lacayos que había hecho de ayuda de cámara de Ernest quien le avisó de que las chaquetas del señor Schneider se habían quedado grandes.

—Será que ha adelgazado... —farfulló Burns con molestia—. ¿Y qué es del sastre del pueblo? Si se lo pedimos como favor no creo que diga que no.

—Murió hace ya un año o dos, y su hija se fue en diciembre a Londres para trabajar de costurera.

—¿Y ninguna de nuestras doncellas sabe coser?

—Sí, pero para arreglar esta chaqueta hace falta saber algo más que coser, zurcir y remendar...

Anita les dejó para que continuasen discutiendo y subió a las habitaciones. Se paró, entonces, en seco delante del vestidor del difunto lord Somerbridge.

Abrió la puerta y el chirrido le heló la sangre.

Respiró profundamente mientras giraba el pomo y entró: el cuarto estaba polvoriento y la cama continuaba deshecha, tal y como esperaba tras ordenar que nadie tocara ni una lámpara, ni una pata de la cama, ni el suelo que ella ahora pisaba.

Anita se fijó en el armario y abrió las puertas para observar las elegantes chaquetas que colgaban, intactas y, quizá, esperando el regreso de su dueño.

Ella, de algún modo, aunque pensaba que eran estúpidas por aguardar a algo que no sucedería, también le esperaba. Eso pensó mientras tomaba la que el coronel usó en la cena en la que se conocieron.

Todavía olían a la fragancia que él solía usar. ¿Olerían también así las trincheras o solo a su sangre?

—Ana, te estaba buscando. ¿Qué haces aquí?

Se giró con el vello erizado y vio a su hermano.

—Estaba pensando que podrías usar algo de la ropa de Bertie. Era algo más delgado que tú, así que te irán bien sus chaquetas —le dijo.

Ernest se cruzó de brazos.

—¿Estás segura? Puedo usar mi ropa, no me importa. De todas formas solo serán unas horas en tren hasta Southampton; me compraré algo allí.

—No te preocupes —le insistió ella—. Además, no puedo dejar que vean a mi hermano vistiendo como un pordiosero. Anita Dólar sigue teniendo una fama por la que responder.

Ese mismo día, por la tarde, Anita los acompañó a la estación de tren junto a la señorita Hill.

El humo y el ruido se le hacían ya tan familiares que le provocó un cierto sentimiento íntimo pasear entre los viajeros que cargaban sus baúles y los que hablaban a voces.

Ese ruido sordo le tranquilizaba el corazón.

Quienes no gritaban ni caminaban como huyendo del infierno se quedaban mirando a la viuda. Quizá, porque estaban en tiempos de guerra, la miraban con lástima, o quizá la reconocían como la vizcondesa que traía el escándalo bajo los zapatos.

—Vuestro tren tendría que llegar en poco más de diez minutos, creo... Esperaré con vosotros. A saber cuánto estaré sin veros —dijo Anita bajando los ojos.

—Nos veremos pronto, eso tenlo por seguro, Anita —respondió su hermano—. Ven a vernos una vez nos hayamos acomodado en Nueva York.

—¡Eso será dentro de una eternidad!

Se quedaron un momento en silencio.

—Muchas gracias —continuó la joven en voz baja— por todo lo que has hecho. Por todo lo que habéis hecho, los dos. No... no tenías razón alguna. Pero no quiero tornar melancólica esta conversación.

El tren tronó a lo largo de la estación y, poco a poco, se detuvo en el andén, arrastrando la despedida hasta el último vagón.

Ernest cogió la bolsa que había en el suelo.

—Recuerda que, si ocurre algo, por estúpido que te parezca o por mucho que creas que nos va a hacer perder el tiempo, mándanos un telegrama.

—Ernest —le llamó—, no dejes que la culpa te siga carcomiendo más.

El joven la miró con ojos de sorpresa una última vez antes de subir al vagón y el tren desapareció entre una humareda blanca.

De camino a casa, Ana recorrió la estación junto a su doncella; aunque todos se paraban a mirarla, solo unos pocos hombres se bajaban el sombrero.

Pero ella continuó caminando con la cabeza alta porque, si hundía la barbilla, podría desmoronarse todo aquello que había construido en su corazón.

Anita tardó en acostumbrarse al silencio que reinaría desde entonces la casa. Las tardes parecían infinitas, como la forja de una roca frente al mar, y se le hacía ficticio conciliar el sueño sin alguien que, íntima y familiarmente, leyese un libro a su lado.

—Déjelo, Hill. Hoy desayunaré abajo.

La noche había traído lluvia a la ciudad.

La doncella, que ya se había puesto a marear los vestidos de un lado a otro, se paró para asegurarse de que había oído bien.

—Sí, en el comedor —insistió Anita—. Que me lleven los periódicos de hoy, también, y el correo. Si no es mucha molestia, me gustaría ver a la institutriz de Mary, para saber cómo ha avanzado estos días en los que no... en los que no he estado tan presente.

—Por supuesto, Su Señoría. Enseguida.

Hill salió de la habitación a trompicones y la joven miró por la ventana para ver la lluvia.

Su reunión con la señorita Fielding le dio a conocer que Mary era, al parecer, un prodigio del arte.

Anita felicitó su hija por tan grato talento y le agradeció a la institutriz el magnífico trabajo que estaba haciendo con ella antes de despacharla.

Como la vizcondesa se había despertado más pronto de lo habitual, el periódico llegó cuando ella casi se había terminado de beber el café, pero lo leyó de todas maneras.

—¡Burns! —exclamó. Tiró la taza sobre la mesa. A Anita le temblaban tanto las rodillas que tuvo que sostenerse con los brazos—. ¡Señor Burns!

Con la tinta corrida, el titular del diario leía a duras penas: América declara la guerra.

—Escriba un telegrama urgentemente —sollozó.

—¿A quién, Su señoría?

—¡Dios! No sé ni dónde viven, ni si están ahí.

Anita se echó a llorar.

El mayordomo, rápido, pidió que trajesen unas sales y se aseguró de que el comedor estaba desierto para que nadie observase la histeria de la vizcondesa.

—Estoy bien —dijo ella entre jadeos—. Me habrían escrito en caso de que hubiese ocurrido algo grave. Sí, seguro que sí...

Rechazó el tarro de sales con la excusa de que solo había sido un ataque y continuó leyendo el



correo del día. Un rato después, antes de la hora del almuerzo, Anita subió a las habitaciones.

—Mary, mi niña —llamó.

Mary sonrió.

—Mami, quiero salir.

Anita la cogió en brazos y se despidió de la niñera antes de salir de la habitación.

Mientras bajaban las escaleras, la niña le contó que cada día escribía mejor y que su institutriz la felicitaba por su excelente caligrafía.

Se preguntó, por un momento, de dónde habría podido sacar Mary todo ese ingenio, pues ella misma, que recordase, no era demasiado brillante, así como tampoco lo fue su padre.

De camino al jardín, Anita se encontró con el señor Burns y le avisó de que estarían allí hasta la hora del almuerzo.

—Mami está muy cansada, flor, pero tú puedes saltar y brincar todo lo que quieras. Solamente ten cuidado de no caerte, ¿de acuerdo?

—Siempre estás cansada...

Mary no tardó mucho en agotarse de tanto trotar y jugar. Sonriente, se sentó junto a su madre en la banqueta de piedra y apoyó la cabeza sobre su regazo.

—¿Papá se ha ido para siempre? —le preguntó.

—Sí, flor —se lamentó Anita mientras jugaba con las hebras de su pelo—. Pero papá te quería muchísimo, y te echa de menos tanto como tú a él.

—¿Tú también echas de menos a papá?

Anita se tragó un suspiro.

—Sí, mami echa mucho de menos a papá, cariño. Todos los días le echa de menos. Pero sabe que él era un hombre muy valiente y por eso comprende que tuviese que irse de casa. Sí, flor, sí. Tu papá era un hombre muy valiente...

Mary, con la voz tan dulce como la tenía, y tan llena de amor, le dijo que no estuviese triste:

—No llores, mami.

Anita se secó las lágrimas con vergüenza.

—No lloro... solo echo de menos —replicó.

Estaba preocupada, por supuesto: le preocupaba su futuro y le preocupaba qué sería de su hija, quien, huérfana y sin una fortuna infinita, solo podría protegerse bajo el nombre de Anita Dólar.

—¿Te has cansado de jugar? —le preguntó.

—Sí, ya no quiero... ¿Tengo que seguir jugando?

—No juegues si te has cansado. Si sigues, no será tan divertido y no querrás volver a jugar.

Mary soltó una risilla

—Juega solo cuando tú quieras, amor —insistió Anita—, y no dejes que nadie te diga cuándo puedes o no hacerlo. Nadie tendrá derecho jamás, por más que se lo permitas, a decirte a qué jugar, tampoco. Tú tienes que ser feliz, ¿de acuerdo? Solo si tú eres feliz yo podré serlo.

—¿Eres feliz? —le preguntó la pequeña Mary.

Anita suspiró profundamente mientras se secaba las lágrimas que había derramado antes.

—Lo intento, y eso es lo que cuenta.

Entonces se dio cuenta de que había estado hablando sobre cosas bastante siniestras con una niña que, a pesar de ser su hija y contar con todo su amor, tardaría años en llegar a comprender el dolor por el que pasaban las personas, y en especial el esquivo dolor por el que pasaba Anita.

La niña se quedó callada durante tanto tiempo que Anita pensó que se había quedado dormida, pero habló al cabo del rato:

—¿Dónde viven los abuelos?

—Muy lejos —respondió Anita—. En Chicago, donde yo crecí. No querrías vivir con ellos, Mary, no son nada agradables.

—¿Y el tío Ernest? —insistió la niña.

—Se ha tenido que volver a Nueva York, que es una ciudad que también está muy, muy lejos... No te apures; puede que pronto tengamos que ir a América a ver a los abuelos.

Pero era Anita a quien más le apuraba eso.

Tocaron el gong para el almuerzo y un lacayo salió al jardín para avisarla.

—Por la noche subiré a leerte un cuento, ¿de acuerdo? —le dijo a la niña—. Cuando termines tus lecciones de francés.

—¿Pero me lo leerás en francés?

Anita dejó a la niña en el suelo y, sonriente, le hizo una carantoña en la nariz y respondió:

—Solo si te portas mal y no haces caso.

Mary subió a su habitación y la joven se dirigió al comedor para almorzar, pero se dio cuenta de que le entraban escalofríos cada vez que entraba en aquella estancia.

Así, ordenó al mayordomo que, a partir de ese momento, comería siempre en el saloncito de arriba.

El tiempo continuó pasando entre sus dedos como arena y a la vez pesados sobre los solitarios hombros de Anita. El negro finalmente abandonó la casa y en su ropa comenzaban a verse tenues violetas y grises borrascosos.

Recibió visitas de gente a la que hacía, según ella, siglos que no veía: lady Newton se acercó un día a saludarla en son de paz; la señorita Turner también quiso presentarse en su casa y le dijo, nada más verla, tan desagradable como era ella:

—Tenía una oportunidad de oro para asegurarse un futuro y una posición para toda la eternidad pero, como siempre, ha acabado arruinándolo todo.

—Con suerte, el nuevo vizconde estará soltero y podrá prometerse con él —había replicado Anita sin ganas—. Sedúzcalo a base de puritanismo anglicano y caerá rendido a sus pies.

Con mal gusto, la mujer le respondió:

—Si no se me adelanta usted, claro.

Se le hizo terrible pensar que las injurias de la señorita Turner evitaban que se ahogase en la corriente de la desdicha, pero Anita no podía negar una realidad tan férrea.

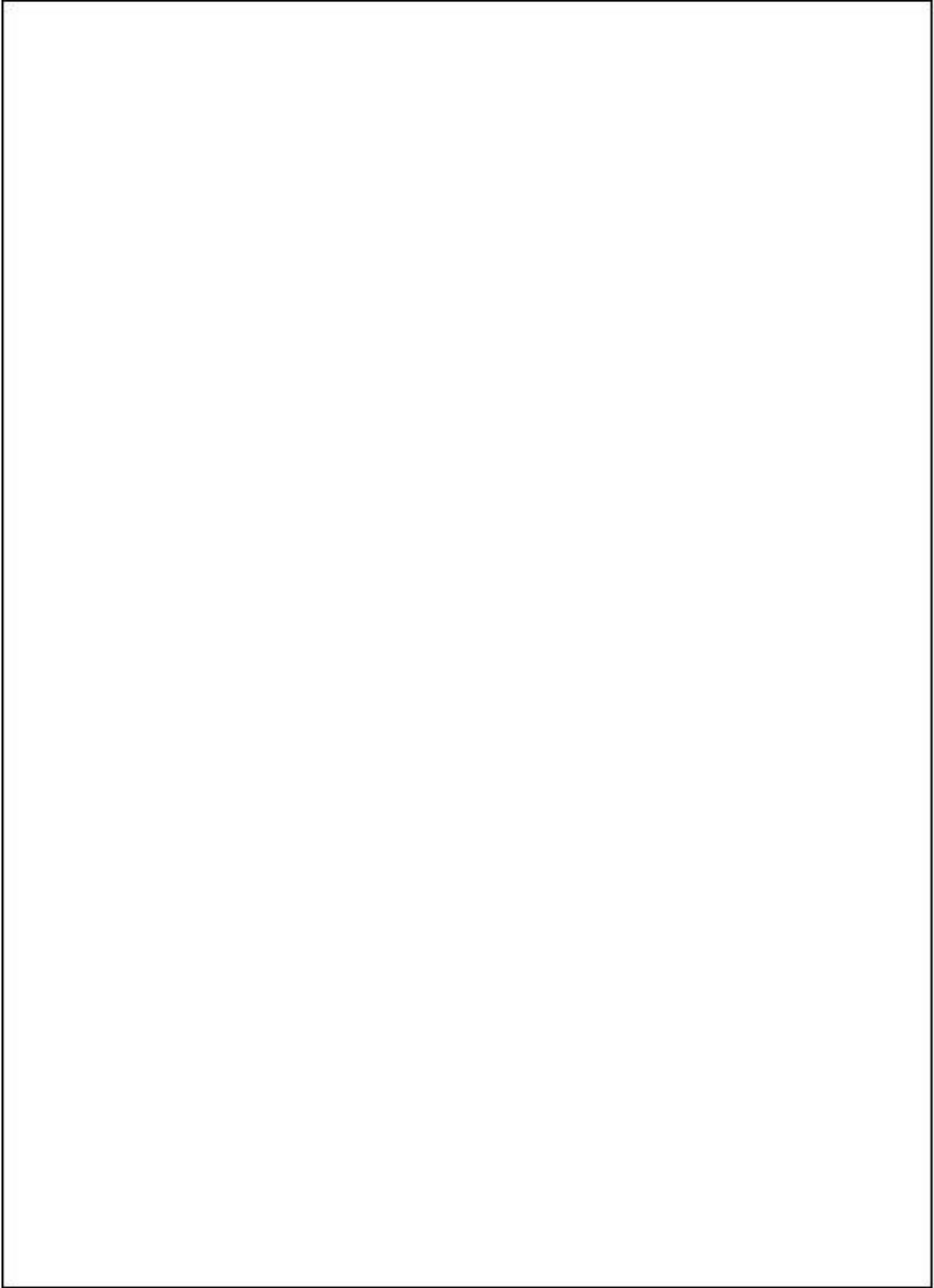
El señor Purcell por fin hizo acto de presencia y le informó de que había comenzado a investigar las raíces de la familia para encontrar al que ya era vizconde y, por lo tanto, propietario de Waventon Park y de toda la fortuna que estaba vinculada a ella.

—Sé que es una terrible noticia, pero comprenda que el heredero debe ser varón, y su hija Mary... no lo es —le decía, como si aquello fuese a terminar con su gran preocupación.

Anita quiso despacharlo enseguida.

—Tan solo avíseme cuando lo haya encontrado.





Parte VIII.  
Anita sufre la  
venganza de Inglaterra

## CAPÍTULO 22

Ese día era el primero que Anita iba a la iglesia; a pesar de no ser una religiosa devota, tenía la necesidad de mostrar los nuevos colores con los que adornaba su ropa, a pesar de que sus atuendos aún eran lúgubres como un cuervo.

El señor Morland la saludó cordialmente y le agradeció haber venido tras una ausencia tan larga.

—Siéntese al fondo. Empezaré la misa dentro de un rato y quiero que tenga usted el mejor asiento.

—Muy amable, señor Morland —dijo Anita.

Aunque no era ningún suceso sorprendente, se asombró al ver a la señorita Turner junto a lady Newton apenas a unos bancos del hueco que el vicario había guardado para ella.

Se fijó entonces en que había muchas caras conocidas a su alrededor, pero nadie se acercó a saludarla, por lo que Anita se sentó dócilmente en la banqueta y esperó a que el señor Morland comenzase con la lectura de su sermón.

Al poco rato se escuchó el tronido de los religiosos sentándose a la vez y Morland se aclaró la voz frente al altar.

—Salmo treinta y ocho: el pecador contrito.

El vicario pasó la página mientras se hacía el silencio en la iglesia y la señorita Turner tornó la cabeza para observarla con atención.

—Señor, no me reproches con furia ni me flageles cuando estés colérico. Me lanzas tus flechas y con tu mano me aplastas. Debido a tu ira obrando en mi cuerpo, no me siento bien. Por causa de mi pecado, mis huesos ya no están sanos, mi culpa pesa sobre mi cabeza como una enorme carga, me estoy hundiendo.

Las cabezas se giraban como un coro de telas frotándose contra sus cuellos. El silencio, opacado solo por la tenue voz del vicario, dejaba escuchar cómo la madera de los bancos crepitaba.

Una voz, tan olvidada que era en la práctica desconocida, se hizo escuchar en un susurro:

—Y viene a escuchar la palabra de Dios... No es más que una adúltera inflamada por la desdicha. Así de sinvergüenza hay que ser para venir a lavar su ropa negra de pecado.

Anita estudió la habitación para ver quién había hablado. Al no ver nada, pues todos habían vuelto a prestar atención a la lectura Morland, volvió a bajar la mirada hacia sus manos apretadas que, enfundadas en guantes, hacían crujir la tela.

—Dicen que abortó porque el hijo no era de Somerbridge y que temía que, cuando volviese de la guerra, lo vería y le pediría el divorcio...

—¡Cielos! Perdona... Se me ha ido el tono.

—¿Y no se acuerdan —dijo entonces otra voz que en sus sonaba como un estruendoso pitido— de la aventura que tuvo con su hermano? Para aquel entonces él ya estaba prometido y ella, casada. Pero parece ser que no le importó...

El vicario volvió a pasar bruscamente la página y se hizo el silencio en la sala, por lo que se escuchó retumbar su voz:

—Mas yo, como el sordo, no oigo; soy como el mudo que no abre la boca. Sí, soy como el hombre que no oye, y en cuya boca no hay réplica. Porque en ti confío, oh, Señor; tú responderás, Señor, Dios mío, pues dije: que no se alegren de mí los que, cuando mi pie resbala, se fanfarronean. Porque yo estoy a punto de caer, y mi dolor está continuamente delante de mí.

Anita se levantó con furia una vez concluyó la lectura y pasaron el cepillo de los donativos y la caridad. Cogió su parasol, se arrojó el sombrero y se fue a zancadas.

—Váyase primero —le dijo al chófer—, volveré andando. Necesito un paseo refrescante.

Volvió al frente de la iglesia para despedirse del señor Morland y se lo encontró charlando con lady Newton. La saludaron antes de invitarla a unirse a la conversación.

—Solo venía a despedirme; vuelvo a casa...

—No sea así —dijo la baronesa—, quédese.

Un matrimonio pasó por su lado y la miraron con fuego en los ojos, como si Anita estuviese cubierta de barro y sangre. Al verlos, lady Newton insistió.

—Quédese y no haga caso a los chismosos; son solo unos muertos de envidia. Seguirán hablando por mucho que se quede dentro de casa, así que usted es la única que pierde en ese juego.

—Espero verla por aquí más a menudo —añadió Morland—. ¿Ayudará para la feria de ganado del próximo mes? Siempre se espera que la vizcondesa de Somerbridge entregase el premio. Es una tradición de generaciones, Su Señoría.

—Me lo pensaré. Ahora sí que debo irme. Señor Morland, Lady Newton...

—¡Una última cosa! —exclamó la baronesa.

—¿Sí?

Anita se quedó en silencio.

—La próxima semana celebraremos una cena. Vendrán muchas amistades nuestras, mucha gente a la que ya conoce. Ahora que ya no viste de negro de pies a cabeza, he pensado que le vendrá bien cambiar de aires y cenar con nosotros.

Nerviosa, Anita apretó los nudillos bajo la dura tela de cuero de sus guantes.

—Claro —respondió—. Tendré que asegurarme de que no hay ningún asunto que me impida ir... Le escribiré en cuanto lo sepa, lady Newton.

—Tenga cuidado al volver a casa.

Anita recorrió el camino que subía a Waventon a paso ligero. Aún le dolía el cuerpo, casi tanto como le dolía el alma, pero ninguna zancada ni ningún salto mitigaba su calvario.

—Su Señoría —dijo la señorita Hill en cuanto subió a su habitación. Cerró la puerta en silencio y se acercó a ella con pánico en los ojos—, me ha dicho el señor Burns que ha venido a verla el señor Purcell para hablar de la propiedad.

—No puedo estar tranquila ni en mi casa...

Se tragó cualquier comentario áspero y bajó a trompicones la escalera para que el ruido de sus zapatos avisase de su llegada.

—Lady Somerbridge —la saludó el anciano.

—Qué pronto nos volvemos a ver... ¿Tiene noticias de algún primo perdido en los Alpes suizos o sigue sin tener ni idea de quién se va a quedar con mi casa, señor Purcell?

El pobre hombre arrugó el sombrero que había enganchado entre sus dedos y, ante la falta de una invitación, le preguntó a la vizcondesa si podía sentarse. Ella le dijo que sí con mala gana.

—Venía a hablar de la economía de la propiedad, en realidad... Me consta que usted ahora vive de la pensión que está dando el gobierno a las viudas de guerra —comenzó a relatar el administrador—, así como de las ganancias de Waventon. Por eso mismo quería comentarle esto... —Sacó unos papeles de su maletín—. No dije nada porque pensé que lo sabría, pero hace poco comencé a sospechar que no... La mitad de la fortuna del difunto lord Somerbridge, de la cual su asignación forma parte, está vinculada a la propiedad y, por lo tanto, también formará parte de lo que herede el futuro titular. Por ello, para ahorrarle trabajo a usted, he hecho cuentas y...

—¿Perdón? —le interrumpió Anita.

—Sí, perdóneme... Hay mucho que entender y a veces peco de hablar muy rápido... ¿Qué parte no ha comprendido exactamente?

—Comprender lo he comprendido todo la mar de bien —soltó ella—, pero ¡otra cosa muy diferente es que vaya a aceptarlo! ¡Es mi dinero, Purcell! ¿Y se lo va a quedar un paleta cualquiera?

—¿No sabía usted esto cuando se casaron? —le preguntó el anciano, asombrado.

—¡No tenía ni idea! Menudo país de chiflados...

Purcell se removió en la butaca y sacó todavía más papeles de su caótico maletín. Parecía una lluvia de malas noticias.

—Si no le importa, Su Señoría, proseguiré... Como ya sabe, estoy en medio de mi investigación del linaje familiar... —Cogió dos papeles y los ojeó para asegurarse de que eran los correctos—. Sí, bien, continúo... Del dinero no vinculado, veinticuatro mil libras pertenecerán a la persona de Mary Musgrove. Quedarán a cargo de usted como tutora suya y, por lo tanto, suya será la potestad de administrarlo como crea conveniente. En cuanto a la viuda del titular, de la proporción del matrimonio le corresponden trece mil ochocientas libras que se le facilitarán en una cuantía completa mediante cobro único.

Anita apretó los párpados y soltó un jadeo tembloroso. Hizo cuentas con los dedos, pero parecía muy disgustada con el resultado, pues arrugó el gesto.

—¿Es esto todo lo que me separa de nunca haber pertenecido a la historia de esta casa? —le preguntó.

—Bueno, no. Recuerde que más de la mitad de su dote permanecerá como parte de la propiedad... Si bien es un dato desagradable, podrá verlo como un último vestigio suyo.

—Muchas gracias por su esfuerzo, señor Purcell. Puede irse ya. Como comprenderá, ahora que tengo que recortar gastos, no me puedo permitir invitarle a un té. Váyase, le digo.

Purcell abandonó la casa con el sentimiento de que le habían echado a patadas y Anita, al borde de las lágrimas, se arrojó a uno de los divanes.

—Por más que sume y reste, no funciona. No va a funcionar... —se lamentó—. Tengo que comer, y la niña también, y tendrá que recibir una educación y comprarse ropa... Quizás, si le compro un sombrero bonito, un príncipe ruso se enamore de ella...

Entonces escuchó lo que estaba diciendo en sus delirios y deseó darse una bofetada en la mejilla.

Pocos días después, como si el pueblo entero hubiese acordado martirizar a la pobre Anita Dólar, el vicario Morland se acercó una tarde cualquiera con su mujer a tomar el té.

—¿Y qué les trae a mi casa? —preguntó Anita.

Quizás querían verla una última vez antes de que se la arrebatasen. Lo contarían como una leyenda: «¡el viejo caserón donde habitaba Anita Dólar!»

El mayordomo subió con una elegante bandeja y ella les sirvió el té para cubrir el silencio.

—Como ya sabrá, lady Somerbridge —dijo al fin la señora Morland—, muchos de los jóvenes del pueblo se presentaron voluntarios para defender el país. Y, después del año pasado, los pocos que se habían quedado aquí fueron llamados a filas...

Anita guardó silencio, pues ella no era la única que se había dejado un cadáver en Francia.

—La mayoría, entre los que se encuentran, como bien sabe, tanto nuestro hijo como su marido, no volvieron a casa... Y el pueblo les quiere agradecer su heroico sacrificio. La guerra no ha acabado y los hombres seguirán marchando, pero nuestra gratitud continúa aquí y queremos demostrarla.

Con un quejido, la señora Morland se derrumbó y comenzó a llorar sobre el hombro de su marido.

—Perdón, perdón. Me he... emocionado.

El vicario se irguió.

—Queríamos proponerle dar un discurso en el homenaje de mañana en nombre de las familias. No



durará más de un par de horas, lady Somerbridge. Solo tendrá que hablar en honor a los muchachos y después podrá irse a casa. No se preocupe, yo mismo me haré responsables de los preparativos.

—¿Un discurso en la vicaría? —preguntó Anita.

—Y si usted pudiese patrocinar el monumento, estaríamos muy agradecidos, Su Señoría — continuó Morland—. Como párroco, comprenderá usted que eso está fuera de mis capacidades económicas.

—¿Y quiere que lo pague yo?

El matrimonio se echó hacia atrás con vergüenza.

—Si nos hiciese usted el favor, Su Señoría...

Anita no tenía elección: de tan raída y maltrecha que estaba ya su reputación en el despreciable pueblo de Clarenhill, no tendría que importarle rechazar la petición de pagar un monumento que repercutiría tan fatalmente en su economía.

—¿Es usted consciente de lo que está usted pidiéndome, señor? —sollozó la vizcondesa—. Sabe muy bien que, en cuanto el señor Purcell me diga que ha encontrado al heredero, yo no tendré adónde ir y el dinero será para mí la única salvación.

—Perdóneme ... Comprendo que se niegue.

—¡Pero es que no me niego!

Su chillido acalló a toda la habitación y retumbó entre las paredes.

—Si se hace voz de que, aunque se me hizo el ofrecimiento, no pagué por él, ¿cuánto cree usted que tardarán mis vecinos en llegar a Waventon Park para exigir mi cabeza? —explicó con angustia—. ¡Anita Dólar, la descarada fulana que no quiso pagar por el monumento en honor al pelele de su marido!

Anita tragó saliva, disgustada.

El señor vicario y su esposa se fueron igual de descontentos por cómo se había desarrollado la tan poco próspera charla.

La vizcondesa, sin embargo, acudió al solemne acto vestida de negro de los pies a la cabeza, con un espeso y discreto velo que, aunque no competía, la mantendría apartada y fuera del alcance de bisbiseos.

Lady Newton se acercó prudentemente.

—Se acordará de que está usted invitada a mi casa. Reflexione y, cuando le llegue una invitación, responda cuanto antes.

Los fúnebres asistentes se acercaron cada uno a las tumbas de aquellos a los que habían perdido y Anita, con paso lento, fue hacia el pilón donde descansaba una alegre foto de Albert.

Quizá fue por los llantos de las madres, que resonaban por el jardín como un peso en los hombros, o quizá fuese por las cintas negras que la rodeaban, decorando árboles y piedras como si la muerte fuese una fiesta, pero Anita rompió a llorar y se derrumbó frente a la foto.

El señor Morland se apresuró a levantarla del suelo para evitar que se montase un corro alrededor de la vizcondesa.

—Quédese, lady Somerbridge, quédese... Si no tiene una en casa y tanto la ansía...

Anita aceptó la foto entre lágrimas, le dio las gracias al vicario con apenas un hilo de voz y se cubrió con el parasol de las miradas de los demás en su camino de retirada.

## CAPÍTULO 23

Los habitantes de Waventon se alegraban de ver que el negro comenzaba a terminar su reinado: desde las cortinas hasta los cada vez menos tristes gestos de la vizcondesa, el agorero pájaro del luto parecía estar abriendo las alas para volar a otro lugar.

El día en el que a Hill le habían mandado guardar el velo negro que lady Somerbridge vigilaba casi con recelo se levantó con tanta alegría que casi despertó a la otra criada que dormía con ella. Anita había descubierto que el método más efectivo para desayunar por las mañanas, aunque el olor a comida se le hiciese nauseabundo y no hubiese, según ella, espacio alguno en su tripa, era beber una taza de coñac. Le devolvía la vitalidad al paladar.

—¿Entonces quiere desayunar? —le preguntó.

—No, gracias ... En realidad tengo poco apetito y muchas cosas que hacer. Estaré en la biblioteca.

Anita salió de su habitación tras acariciar el marco que encuadraba la fotografía de Somerbridge. Mató el tiempo leyendo la correspondencia, que al fin llegaba a Waventon tras el terrorífico luto, y se ocupó de algunos asuntos de la propiedad que requerían su atención.

—Milady. —Burns apareció de repente—. Hay un hombre que desea hablar con usted.

—¿Quién? —preguntó ella, distraída, mientras terminaba de escribir.

—Se ha presentado como el capitán Bennet.

Anita le miró de inmediato, extrañada por la identidad de su repentino visitante.

—¿Le ha dicho en calidad de qué quiere verme?

El mayordomo negó con la cabeza, ignorante de qué podría haber traído a aquel hombre a su casa. Anita no quiso terminar de escribir la carta al señor Purcell y bajó de inmediato al saloncito, donde el señor Burns le había informado que se encontraba aquel extraño esperándola.

—¿Capitán! —llamó—. Soy lady Somerbridge, un placer... ¿Acaso nos conocemos? Lo siento si es así; me avergüenza admitir que soy terrible con los nombres. ¿Quiere sentarse?

Él hizo lo que le pedía y Anita se sentó en frente.

—No nos conocemos, *milady*...

Ella se dio cuenta en ese momento de su mano: estaba vendada pero reluciente, como si fuese solo una manera de ocultarla, y un vacío en el vendaje le hizo darse cuenta de que le faltaban dos de los dedos.

—¿Qué le ocurrió...?

—Ah, ¿esto? —Bennet soltó una risa—. Una herida que me hice en Francia... La que me nombró capitán, además, y la que me trajo de vuelta a casa. Una lástima que no haya nada a lo que volver. Este país sigue en guerra, ¿y cómo volver de un lugar sin salir de él?

—¿Luchó en Francia? —preguntó Anita.

El capitán asintió con nostalgia.

—Y por eso estoy aquí, *milady*... Luché con su marido en el Somme.

Anita respiró profundamente. Le temblaba el pecho y sus labios tiritaban de pánico.

—Me pidió que un día, si él no regresaba a casa, viniese aquí y le diese esto —continuó. Se levantó con torpeza y le entregó un collar de plata—. Espero que esté usted bien... ¿Y la niña, Mary? También me habló mucho de ella.

Tomó el obsequio cuidadosamente, estudiándola con ojos cristalinos.

—Muy bien, capitán Bennet... Las dos estamos bien. Gracias. Está impecable, como si no hubiese estado ahí. ¿Cómo supo dónde encontrarme?

—El coronel no paraba de hablar de usted —dijo.

La joven dejó el colgante en la mesa.

—Cielos, le juro que no paraba jamás... A veces, durante las noches en las que no estábamos en las trincheras, le dábamos licor. Pensábamos que quizá así pararía de hablar de su preciosa mujer.

—Bertie era un charlatán, desde luego que lo era... —respondió ella con una risa melancólica.

Al quedarse callados, el capitán miró al suelo y movió la mandíbula, sonriente.

—Todos echábamos de menos a nuestras novias. Algunos pensábamos que seguirían aquí para nuestro regreso —dijo con nostalgia—. La cosa es, y no se sorprenderá, que el alcohol, lejos de hacerle callar, lo empeoraba, y el coronel se ponía a hablarnos de usted todavía más. Podía pasarse así horas.

Anita se calló una voz que le nació de la garganta y se levantó de sorpresa. Entonces, el capitán, que no quería dar por terminada la conversación, apaciguó sus nervios con un gesto de la mano y añadió:

—Ahora la veo, milady, y entiendo mejor al coronel. Quién, sin un gran amor por el rey y la patria, querría ir a la guerra sabiendo que una mujer como usted lo esperaba en casa.

La joven lo miró y recobró sus ojos de hielo.

—Pero aun así se fue.

—¡No le culpe! —exclamó el capitán. Anita se sobresaltó y él se levantó del sillón—. Milady, el coronel hizo todo lo que estaba en su mano para mantenerse fiel a sí mismo.

—Eso lo sé muy bien, capitán —dijo ella.

—Mi propósito al venir aquí era expresarle lo mucho que la quería a usted... Y disipar el rencor que, él sabía, usted aún siente.

Anita agarró el colgante de plata y lo tiró con fuerza al suelo, a los pies del capitán.

—¿Y de qué me sirven esos tiernos recuerdos de las trincheras? ¡Son inútiles! Solo están cubiertos de pólvora y sangre. ¿Acaso eso me dará de comer, capitán? —preguntó—. ¿Me devolverá a mi marido, entonces? ¿O traerá de vuelta al padre de mi hija? Me alegra ver que se llevó esa culpa pestilente a la tumba; no le preocupó cuando le nació en el pecho.

Vio una botella de licor en uno de los carritos de madera y se sirvió una copa. Entonces, aunque no lo había hecho casi en años, sacó un cigarro de la pitillera y lo prendió con los ojos húmedos.

—Era un gran hombre, señora. Cuando pensaba en regresar, el coronel se preguntaba a menudo si, al volver, encontraría a su mujer con otro bebé en brazos; un pequeño Bertie al que querer y consentir. Pero por lo que he oído...

Anita dejó el vaso en la mesa con un golpe seco.

—Perdí al bebé —le interrumpió.

—Entonces no podrá vivir siempre con la culpa de no haber perdonado a su marido.

—¿Y va usted a cambiar eso? —dijo ella con una carcajada, incrédula de escuchar sus palabras

—. ¿Es que va a pintar un círculo y a traerlo del infierno?

—No sea irrespetuosa; estamos hablando de un soldado caído en combate.

—Si no se va usted de mi casa, hablaremos de un capitán caído en mi salón. Le pegaré un tiro, morirá y yo iré a prisión. Quizá no sea tan mala idea; eso me quitaría muchos problemas. Usted, que tiene experiencia, dígame: ¿dónde duelen más las balas?

El capitán la miró con terror. Entonces recogió el colgante, pensando que la vizcondesa no merecía guardar el último recuerdo que su marido había conseguido preservar más allá del horror y la guerra, y se dirigió a la puerta.

—Si de camino ve usted al mayordomo —le dijo mientras apagaba el cigarrillo—, hágame el favor de preguntarle qué whisky era el que ha subido a la biblioteca y si tenemos más en la

bodega.

El hombre cogió su sombrero, indignado.

—Y pensar que un hombre tan bueno como el coronel se enamoró de semejante arpía... Sé cómo la llaman quienes conviven con usted. Me repugna imaginar que alguien tan respetable como su marido acabase en las garras de la perversa Anita Dólar.

—¿Con qué expectativas viene entonces a mi casa si ya sabe de mis aventuras? —le preguntó ella, sirviéndose lo que quedaba de licor.

Anita después le dio la espalda y él se fue.

Aunque no era esa su intención, decidió esperar hasta la hora del almuerzo en la biblioteca; allí no llegaba el ruido del servicio ni de las propiedades de alrededor, y Anita necesitaba silencio.

Poco después, para su decepción, recibió una invitación formal: lady Newton, la baronesa a la que tanto le había confesado en el pasado, la invitaba a su casa para una velada íntima.

Anita sentía que era una gigantesca mentira y temía que, al salir de Waventon Park, toda ella se desplomaría sobre sus hombros.

Lo que no sabía, o más bien lo que temía que fuera así, era estar a punto de caer en una trampa; pero esa casa, por más que avivara el color de sus cortinas, o el de su propia ropa, que ya florecía con grises tristes y púrpuras tímidos, la encerraba.

Repulsivas, las paredes parecían caérsele encima como pesados muros de piedra, con aterradora lentitud y levantando un polvo que hacía de presagio.

Una especie de fantasma la perseguía por los pasillos. Ella no lo veía, pero podía escuchar el aliento de su presencia y el estruendoso silencio que se encontraba con ese espíritu allá por donde iba.

Era algo más profundo que la nada o que la sensación de soledad; era un fantasma que no veían los ojos de los demás, que no se olía y al que tampoco se podía tocar, pero que ella veía, olía y sentía a todas horas como arena húmeda sobre la piel.

Aceptó de todas maneras la invitación y se presentó la noche indicada en la casa de lady Newton, por muchos que fuesen los recuerdos que le trajesen aquel horrible caserón.

Se encontró de camino a la salida con el señor Burns, quien traía consigo entre las manos un enorme candelabro de plata.

—Me voy a casa de los Newton. Supongo que me quedaré a cenar, así que no volveré hasta la noche. Asegúrese de que la señorita Musgrove se acuesta a la hora que debe —le dijo.

Poco después, el chófer le dejó en la residencia.

El ajetreado recibidor brillaba en la lejanía y los recuerdos —marchitos por el tiempo y las traiciones— volvieron a su cabeza como un pájaro.

—Mi querida amiga, Anita, hacía siglos que no la veíamos... ¿Se encuentra mejor? —le preguntó la baronesa al recibirla. En su mirada se reflejaba un sentimiento de lástima que, en cierta forma, la reconfortó—. Pase al salón con los demás.

De camino se encontró con su hostil antagonista.

—Señorita Turner, qué sorpresa verla aquí; me imaginé que habría escalado por las enredaderas para huir cuando se enteró de que vendría.

—¡Ah! —se quejó la mujer—. Cada día estoy más mayor y tengo menos energía para luchar contra usted. Que esta velada sea una tregua para las dos. ¿No le parece una idea de lo más relajante?

Anita le apretó la mano, sus dedos se enredaron con los de su enemiga como gesto amistoso, y la siguió hasta el saloncito donde se encontraban el resto de los invitados.

Llegó a tiempo para escuchar el dramático soliloquio de lady Edwards, a quien le apenaba —y así de claro lo dio a conocer mediante su compungido rostro, arrugado como una pasa— la sangrienta

guerra que estaba sucediendo en Francia.

Si bien era cierto que la exageración de la anciana era ridícula y le arrebató a su discurso todo deje de credibilidad, Anita debía aceptar que aquella detestable guerra no había dejado indiferente a nadie.

El país no volvería a ser el mismo que era antes de la contienda, como tampoco lo sería la vida de todos los que se encontraban allí reunidos.

Anita sintió la necesidad de compartir con ellos una de las últimas palabras que le había dedicado su marido, el vizconde:

«No elegí ser soldado por despecho, sino porque no hay nada que me enorgullezca más que servir a mi país». La joven murmuró la frase con un patético hilo de voz y la audiencia la miró con la misma lástima con la que se observa el trágico final de una ópera.

—Si me disculpan —dijo de repente—, he de...

El bochorno se acumulaba en su cara, sofocante e inmóvil, así que se disculpó de los invitados y se dirigió a un aseo para refrescarse la cara. Al volver, escuchó que alguien decía:

—Hay que ser caradura... Se presentó al homenaje de los soldados y besó la foto de su marido como si no hubiese sido la primera en prohibir al coronel marcharse para salvar sus intrigas.

Anita avanzó por el salón hasta llegar al corro de gente y se sentó con tranquilidad, esperando a que el hombre terminase de hablar. Cuando comprendió que pretendía callar, le insistió amablemente para que continuase.

—¡No! —soltó ella con una sonrisa—. ¿Por qué no nos dice a todos lo que piensa?

El señor Knight la miró fijamente, incómodo.

—No creo que las opiniones que deseo expresar sean adecuadas para los oídos de una dama...

El corro a su alrededor rio suavemente y en privado, dentro de sus cabezas, continuaron con la broma. Anita, a sabiendas, insistió:

—Si no es propio del oído de una dama tampoco debería serlo para la boca de un caballero —replicó con simpleza.

Lady Newton soltó una carcajada para aligerar la conversación, a pesar de que la única persona involucrada que estaba viendo su humor seriamente afectado era la propia Anita.

Ante su gesto tétrico, la baronesa hizo un gesto con la mano para que se volviera a sentar con ella.

Era bastante ofensiva la manera en la que lady Newton había expresado su falta de interés respecto a los insultos que había recibido su supuesta amiga, así que Anita se levantó con falsa calma del sillón.

—¡Pero no se vaya! —rio la baronesa—. ¿Le ha molestado lo que ha dicho el señor Knight? ¡Cielos, señor! Pídale disculpas a esta niña inmediatamente.

Anita la miró mientras se levantaba.

El mayordomo de lady Newton se apresuró a traerle su chaqueta. Al volver, intentó desenredar la maraña de mangas y botones.

—¡Déjelo, lo haré yo! —soltó con impaciencia.

Le quitó la chaqueta de las manos bruscamente y no se molestó en usarla para poder salir de allí lo antes posible; lady Newton y los demás invitados la observaban, encantados con aquel espectáculo, y de haber tenido la oportunidad habrían traído a alguien para que pintara la cómica escena.

## CAPÍTULO 24

Anita tuvo éxito al llegar a Waventon Park: su semblante se asemejaba tanto al acero que ninguno de los sirvientes con los que se cruzó sospechó del desgarrador llanto que pronto resonaría por todo el caserón.

Sabía que, a pesar de no ser muy juiciosos, los sirvientes estaban al tanto de la cuenta atrás que perseguía a su patrona. Pronto tendría que abandonar aquella casa —y no tenía muy claro si aquello era una desgracia o, al contrario, un indicio de prosperidad y optimismo— y todos los que la conocían lo sabían.

Se encerró en la habitación con un portazo y al fin pudo romper en llanto tranquilamente.

Le costaba respirar, pero no por falta de aire, sino porque, según ella, sus propios pulmones veían más factible ahogarse que continuar trabajando.

Entonces, cuando Anita levantó la mirada, vio la fotografía que el señor Morland le había dado tras aquel fatídico homenaje.

Anita había roto todo reflejo del rostro de su marido tras enterarse mediante los Weston de que se había enlistado voluntariamente para ir a la guerra; recordaba el sentimiento de furia y traición latiendo en sus muñecas que le llevó a despedazar cualquier cosa que le hiciese pensar en él.

Por supuesto que se arrepintió —el vizconde era, al fin y al cabo, el hombre con el que había decidido casarse por propia voluntad—, y por ello aceptó el regalo del vicario entre lágrimas.

Cogió la fotografía y la observó detenidamente durante unos instantes, silenciosa y pensativa.

—Quiero perdonarte —dijo—, pero no puedo... Porque pienso en lo mucho que te quería y olvido lo que hiciste a mis espaldas, pero entonces esa noche me vuelve a la memoria, ¡y me inundan las ganas de tenerte aquí delante y matarte yo misma! ¿Por qué no pudiste irte en paz? —sollozó.

Tiró el marco al suelo para romper el cristal en mil pedazos. Entonces aplastó la fotografía con la suela del zapato, temblando, y pisó el papel con tanta fuerza que el suelo tembló.

Su cabeza flotaba en un mar de bruma que no le dejaba diferenciar lo que estaba ocurriendo.

Apenas consciente, solo estaba segura de que era el rostro del vizconde bajo sus pies, sonriente y tranquilo, ignorante de la tragedia por la que estaba pasando su viuda.

Anita comenzó a vagar por la habitación como un fantasma y el cristal crujió bajo sus pies.

Miró la fotografía con horror.

¿Cómo podía haberle hecho tal barbaridad a su marido? ¿Tanto era el rencor que le guardaba al hombre que había sido la única persona a la que pudo agarrarse cuando los demás veían a Anita Dólar?

Anita se preguntó dónde yacía el amor que le había profesado todos esos años y llegó a la conclusión de que murió el día en el que la engañó.

Pero entonces se dio cuenta de que ese hombre jamás la había conocido. Que, quizás, era ese engaño de lo que ella se había enamorado.

Anita comenzó a reír y al fin pudo comprender qué era ese desagradable y satisfactorio sentimiento que rezumaba de su corazón.

¿Cómo podría una seguir hablando de amor tras semejante descubrimiento?

—¡No me quería! —exclamó, eufórica—. ¡No podía! ¡No me quería a mí, a Anita Dólar! Jamás la quiso. ¿Cómo podría respetarme alguien que no me reconoce? No me veía en ninguna parte —continuó entre risas—: ni en los murmullos, ni en los secretos, ni en mi propia imagen frente a él. No podía verme porque jamás se lo permití, ¡y es que no tenía otra opción! Me engañé a mí misma

y me obligué a creer esta repugnante patraña que yo misma he inventado. ¡Pobre de mí! En realidad, si te soy sincera, Bertie, yo misma me he buscado este ruinoso final...

Por esa misma razón, Anita se agachó y recogió los pedazos de cristal; dejó el papel intacto en el suelo, pues ya no había nada que pudiese hacer para salvarlo —roto y desgarrado, lo dejó yaciendo sobre la madera del suelo—, pero recogió con cuidado los vidrios y los dejó a un lado para evitar cortarse con ellos en un futuro.

Si siquiera era capaz de reconstruir aquello, quizá no merecía la pena. Estaba sufriendo para nada. Era toda una vida; una existencia que no se esfumaría hasta que ella dejase de respirar.

Era una lástima, pues dejaba muchas cosas atrás y aún más asuntos sin resolver, pero ¿qué podía hacer ella? ¡No era más que Anita Dólar! Sin recursos, ese nombre estaba tan vacío como ella.

—Burns —le dijo al mayordomo—, voy a salir. Dígale al chófer que no hace falta que me espere... Asegúrese de que la señorita Musgrove está dormida, ¿de acuerdo? Ah, apenas son las seis... Bueno, usted haga lo que le digo.

—¿Cenará aquí?

Anita soltó una risa y no respondió, y cuando cogió el coche a la estación todavía estaba sonriendo.

Compró un billete al llegar —uno cualquiera; le daba igual adónde, como le dijo al taquillero— y se dirigió al andén.

La campana resonó a lo largo de la estación y el ruido pesado de la locomotora no tardó en avisar de que se acercaba el tren. Parecía llegar con extrema lentitud y notaba cierto vacilación en la maquinaria.

Sabía dónde estaba, qué hacía; sabía por qué lo hacía, y aquello hacía de su realidad aún más acerba, porque el raciocinio que siempre luchaba por la vida parecía haber abandonado tras sus pasos arrastrados toda fuerza e intención de ganar.

Así, Anita caminó con seguridad hacia el tren.

Pasó tan rápido por delante de ella que su suspiro levantó el velo negro que llevaba, desvelando el mar de lágrimas que le inundaban las mejillas.

¿Era aquel el momento indicado? Seguramente.

Sin embargo, sus rodillas estaban rígidas. ¿A qué jugaba su cuerpo titubeante? Pero se encontraba en tal estado de obnubilación que una voz le decía en silencio que jamás se lo permitiría.

Los pasajeros salieron sin cuidado del vagón y Anita, en medio de la marea de cuerpos, dejó que la empujaran de un lado a otro; de todas formas, aún no se había despertado de su sueño.

—¡Señores, tengan cuidado! —exclamó alguien mientras la sacaba de aquel jaleo asfixiante—.

¿Se encuentra bien, señorita? ¡Casi se cae a los raíles!

Anita, sintiendo que un rayo le partía el cuerpo en dos, de repente comenzó a llorar, pegada al pecho del desconocido y murmurando locuras.

Estaba temblando como si la hubieran bañado en agua helada. Entonces se tiró al suelo, ignorante de quienes la observaban con curiosidad. Continuaba llorando a mares, pensando con espanto en lo que había estado a punto de hacer.

—¡Señor! —sollozó—. Perdóname, ¡perdóname!

¿Cómo es que aquella monstruosidad había llegado a cobrar coherencia en su cabeza? ¿Era tal el punto al que había llegado? ¿Tan profundo era el abismo que la observaba de vuelta?

El caballero desconocido le ayudó a levantarse y la alejó con cuidado del andén. Después le preguntó si se encontraba bien, pero ante su silencio decidió echar un vistazo alrededor por si alguien la buscaba.

—No se preocupe —le dijo con un hilo de voz.

—¿No quiere que la acompañe a algún sitio, señorita? —insistió aquel caballero—. ¿Dónde vive? Está temblando. ¿Seguro que se encuentra usted bien?

Anita al fin respiró profundamente. ¡Maldito raciocinio enfermo que la había engañado!

Pero existía en este mundo, ahí, ahora, por más deseos que tuviese sobre lo que podía llegar a ser. Había dejado una hija y un marido difunto. Eso jamás se borraría. Ana, Anita. Ella existía, respiraba.

Si pisaba la arena, sus pies dejaban huellas.

—No. —Se detuvo un momento a recuperar el aliento y miró al cielo—. Puedo apañármelas sola, gracias. Es usted muy amable, de todas formas... No es de por aquí, ¿verdad?

El hombre negó con la cabeza, asombrado por su aguda pregunta.

—No, estoy aquí para coger un tren a Cumbria. Es la primera vez que estoy en Derbyshire y aun así no pasaré aquí más de media hora de mi vida.

La joven le agradeció una última vez por su amabilidad y volvió andando a Waventon Park.

La noche veraniega, silenciosa, le ayudó a aclararse las ideas y a quitarle de sueño todas las malas decisiones que había estado a punto de tomar; ¿con qué gesto miraría a la cara a su hija?

¿Cómo le diría a sus sirvientes —o, mejor dicho con qué condenada tranquilidad— que, al contrario de lo que había planeado, sí cenaría allí esa noche?

Oh, a Anita Dólar le perseguían hasta aquellas sentencias que terminaba por no dar.

Al llegar a Waventon, el mayordomo se acercó para decirle algo, pero la vio tan pálida y ojerosa que decidió esperar hasta que se cambiase de ropa y se refrescase la cara.

Sin embargo, subió primero a la habitación de su hija y la encontró durmiendo en su cama.

Anita echó un vistazo a los pasillos de la casa.

—Lo he intentado, Dios lo sabe bien... —se dijo a sí misma—. Pero a pesar de que te prometí que todo saldría bien, ¿o acaso me lo prometí a mí misma? No he sido capaz de cumplir con mi palabra.

La niña soltó un quejido al escuchar en su sueño el sonido sordo de la puerta que se cerraba.

—¿Mamá...?

Anita respiró profundamente y volvió a abrir.

—¿Sí, cielo? —le preguntó en voz baja.

—Tata dijo... —Mary balbuceó un poco antes de encontrar las palabras—. Dijo que no ibas a volver.

Para aguantarse un sollozo, la joven avanzó cuidadosamente por la habitación y se arrodilló frente a su cama.

—No, cielo, no... ¿Cómo no iba a volver? Te prometo que yo siempre volveré... Mami no se va a ninguna parte —le dijo antes de apretar los labios.

La niña sonrió, pero la mueca se transformó en un gigantesco bostezo y su madre le dijo entre risas que era demasiado tarde como para andar despierta.

—Buenas noches —le dijo antes de apagar la luz.

Tras ir a su habitación para cambiarse, bajó al saloncito. Se encontró de camino con su mayordomo, quien parecía aún muy interesado en eso tan importante que le tenía que contar:

—Su Señoría, el señor Purcell ha venido a hablar con usted. Yo mismo le he dicho que era demasiado tarde para una visita, pero insiste en que es un asunto de mucha urgencia.

—Sí... —respondió Anita—. ¿Dónde está?

—En la biblioteca, Su Señoría.

La joven sonrió.

—Gracias, Burns. Dígale al resto del servicio que pueden retirarse por hoy.



Anita se dirigió a la biblioteca con paso relajado. No porque no se imaginase la tremebunda noticia que la esperaba allí, sino porque a estas alturas no se le hacía tan terrible.

Con o sin heredero, no podía quedarse, porque de no hacerlo se arrancarían los dientes y caería en un pozo del cual no creía poder salir.

—Lady Somerbridge, ¿se encuentra bien?

Anita sonrió con cansancio al ver a su secretario y le indicó que se sentase.

—Estoy hecha polvo, ha sido un día demasiado largo. ¿Qué digo? ¡Larguísimo! Pero no es nada que yo no pueda superar, no se preocupe —respondió.

—Siento ser portador de malas noticias...

—Ya sé a qué ha venido —le interrumpió ella.

—¿Sí?

—¡Claro! Pero veo que le hace ilusión: hable.

Anita se levantó para servirle una copa y después le entregó el vaso de whisky. Al recibirlo, el señor Purcell la miró con tanta lástima que quiso quitarle los de un sopapo.

—Bueno... He encontrado al que sería heredero del difunto vizconde... Les escribí sin decirle nada a usted porque pensé que sería una noticia difícil de afrontar... ¿Cuánto lleva viviendo aquí? ¿Cinco años?

—Creo recordar —dijo Anita— que el tiempo en el infierno pasa más rápido, así que no hay razón alguna para que sienta lástima: ¡en mi mundo habrán pasado apenas tres segundos!

—¿Infierno? No todo han sido desgracias, ¿no? Lord Somerbridge y usted se querían tanto... Y han tenido una preciosidad de hija —dijo el secretario, olisqueando la copa.

—Sí, eso no se lo voy a negar. Sin embargo, una a veces tiene sus epifanías... ¿Cree acaso que intento envenenarle? ¿Por qué no se bebe la bendita copa de una vez y deja de removerla como si fuese una simple aspirina? —farfulló la joven—. Como decía, a veces una tiene sus epifanías y se da cuenta de cosas.

—¿Y qué ha causado esa... revelación?

Anita se volvió a sentar frente a él una vez se sirvió su copa y con tranquilidad —pues aún tenían toda la noche para discutir el tema— se encendió un cigarrillo y lo observó con nostalgia.

—Un momento de bajeza —dijo, ensimismada en el humo del tabaco—. Todos tenemos uno alguna vez, ¿no? Solo que algunos se recuperan y otros, por casualidades del destino, se quedan ahí.

—Espero que usted hay conseguido salir.

Anita sonrió.

—Estoy en ello. —Tomó una bocanada de aire y se preparó para hablar del asunto por el que se habían reunido—. ¿Y bien? ¿Cuál es el veredicto?

—Como es normal, me respondieron tras unas semanas: no tienen teléfono en la casa, así que la comunicación fue lenta y aparatosa... Musgrove es un hombre de clase media de Bath que gana apenas quinientas libras al año.

—Pobre. ¿Cree que se espera la caza de brujas a la que le someterán aquí? —le preguntó Anita.

El señor Purcell se encogió de brazos, aunque estaba claramente preocupado por el asunto.

—He visto tres vizcondes pasar por esta casa y dentro de poco asesoraré al cuarto... Aun así, por más bancarrotas, accidentes, peleas y arrendatarios endeudados a los que me enfrente... Aun así, lady Somerbridge, ese es el enemigo al que no he logrado vencer jamás.

El hombre también le contó, con menos tacto del que pretendía en un primer momento, que al señor Musgrove le habían detectado un inofensivo pero trascendental problema cardíaco, así que no debían preocuparse por otra muerte súbita en las trincheras.

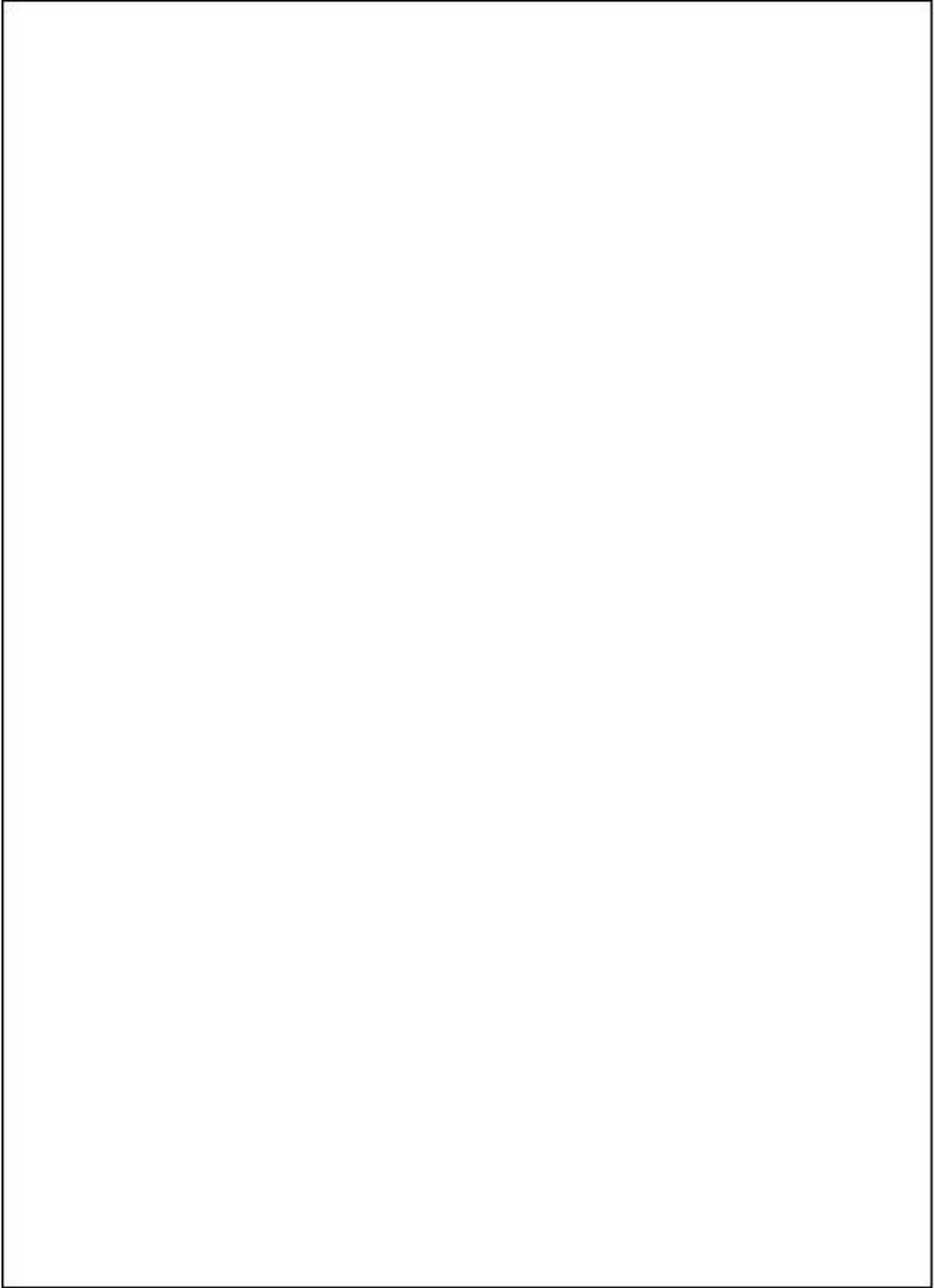
Tras esa conversación, Purcell anunció que era tarde y que tenía que irse; recomendó a Anita

dormir tranquilamente esa noche y le prometió a todos los que no escuchaban que no permitiría que su retirada se convirtiese en un espectáculo de feria.

Se preguntó mientras deshacía las sábanas de la cama si aquel terror de decirse a sí misma la verdad se originó en su infancia o si, al contrario, no comenzó hasta que temió que los demás pudiesen escuchar sus pensamientos.

Efectivamente, esa noche Anita durmió en paz. Gracias a su epifanía, quizá, o gracias a que había comenzado a ser sincera consigo misma.

Fuera cual fuese la razón, Anita sintió, mientras se recostaba y cerraba los ojos, que había comenzado a reconocer una parte de sí misma que siempre había creído estar fingiendo y que a veces la traía y la llevaba y la arrastraba con la promesa de sueños aún por cumplir.



Parte IX.  
Anita se refugia  
en la ciudad

## CAPÍTULO 25

Mientras bajaba las escaleras de la mano de su madre, Mary observó el caserón sin comprender muy bien qué estaba ocurriendo.

Anita se había levantado temprano a la mañana siguiente, había mandado hacer sus maletas, se había despedido del servicio y les había avisado de que la llegada de los vizcondes era inminente pero no estaba marcada con exactitud.

—¡Su Señoría! —había llorado—. ¿No me lleva con usted a América?

Aunque le respondió con lástima, la joven no tuvo escrúpulos en su respuesta. Le puso las manos sobre los hombros y dijo:

—Tengo entendido que la futura señora de la casa no tiene doncella. Si aprende a tiempo lo que se le viene encima, necesitará una. Esté atenta.

El viaje a Chicago era largo y costoso, y a Anita no le quedaba casi dinero de su parte del matrimonio. Se negaba a tocar lo que su hija Mary había recibido tras la muerte de su padre, por lo que tendría que apañárselas hasta llegar allí.

El trayecto en tren a Londres fue extenuante.

El recorrido en barco —en segunda clase, por supuesto— fue tedioso y angustiante, pero a Anita le tranquilizaba saber que allí nadie podría reconocerla.

Por último, la ruta a Chicago, la ciudad donde había crecido, se le hizo como un soplo de aire fresco.

Pidió un taxi al salir de la estación y rezó por que sus padres no hubiesen decidido mudarse; luego pensó que, en ese caso, se lo habrían dicho.

Aquella casa se le hacía extraña, a pesar de haber pasado allí sus primeros dieciocho años de vida, a pesar de haber correteado por esos pasillos mientras intentaba evitar sus tediosas clases de piano con Madeimoselle Allard; las paredes ya no se le hacían familiares como antaño y no le infundían seguridad.

Luego pensó, resignada, que la razón era que ese sitio jamás había sido un hogar para ella.

—¡Señor Wilson! —exclamó al entrar al recibidor—. Vaya, usted no envejece. Soy Anita. ¿Está alguno de mis padres en casa?

Asombrado, el mayordomo la observó.

—¡Señorita! Santo Cielo, ¡qué mayor está! Cielos, discúlpeme, señorita, discúlpeme... Ha sido la alegría de verla de nuevo. Los señores están en el salón de arriba y no tienen visita. ¿Desea que les suba un poco de té?

Mary salió de las sombras de su madre para mostrarse ante el hombre extraño que la trataba con tanto cariño.

—Esta es mi hija, Mary Musgrove. Mary, saluda al señor Wilson. Él me conoce desde que yo era tan pequeñita como tú.

Al anciano se le empañaron los ojos de lágrimas; era tan enternecedor ver que quien habías ayudado a criar se había vuelto madre y señora de un caserón.

El mayordomo se llevó a la niña a tomar un aperitivo mientras Anita subía las escaleras al salón. Estaba —no creía que en algún momento de su vida diría semejante barbaridad— ansiosa por verlos y en tal estado de desesperación que hasta ellos podrían convertirse en el consuelo que buscaba.

Sorprendidos, sus padres se levantaron al verla entrar en el salón, y se quedaron aún más perplejos cuando su hija les expuso su terrible situación.

—¿Quedarte aquí? ¿Con nosotros? —balbuceó Schneider—. ¡Estás delirando! ¿Cómo miraríamos a nuestros vecinos a la cara con la fama que tienes?

—¡Soy su hija!

—Ya no, Anita. ¡Yo ya no tengo hijos!

Su madre se unió al corrillo para reforzar el argumento que tan inaudito le parecía a Anita.

—¿Sabes la vergüenza que pasamos cuando estuvimos en los Hamptons? La gente se acercó para contarnos tus patéticas aventuras en Derbyshire —le dijo, como si esperase que aquello fuese a hacerla entrar en razón.

Anita los miró con asombro.

—¿Mis patéticas aventuras? —repitió—. ¿Es que no son conscientes de que ustedes mismos me han llevado a la más absoluta de las desgracias con sus estúpidas aspiraciones?

Su padre soltó una risa incrédula.

—¿Estúpidas? ¡Gracias a ellas tienes un futuro!

—¡Y una tumba! —respondió ella—. ¡Ustedes la cavaron y con sus propias manos me van a tirar dentro! ¡Y les da igual que yo siga respirando! ¿Qué digo? ¡Ese es un detalle que aprecian!

—Nosotros solo hicimos lo que era mejor para ti. Aunque nos lo pagases con ese matrimonio nefasto, ¡que en realidad es lo único que te ha salido bien! ¡Y tardando años en engendrarle un hijo y matando de un golpe a lo que podría haber sido tu última esperanza! Por no hablar de la vergüenza que nos hiciste pasar con todo el tema del joven Spratt...

Anita avanzó por el salón a zancadas y tiró al suelo sin querer uno de los elegantes jarrones de porcelana. Entonces, en silencio, respiró.

—¡Mírense a un espejo! Son dos seres patéticos. ¡Como si trabar amistad con la duquesa de sus condenados muertos fuese a convertirles en mejores personas! Pero no... ¡Usted, padre, es un ridículo fracasado que lo único que ha sabido hacer bien en la vida es regir una familia que no le respeta ni un poco! ¿No ve a Ernest casado felizmente con la hija de Folch? ¡Eso debería haber hecho yo hace mucho tiempo! ¿Qué habrían hecho en ese caso? ¿Cómo podrían haber soportado una vida sin grandes amistades ni elegantes cenas en la costa?

—Anita, no le hables así a tu padre...

—¡Cállese! —bramó—. ¡Usted es mucho peor! Un esperpento con pretensiones de payaso. ¿Yo me pongo en evidencia allá por donde voy? ¿Acaso no ha intentado pararse un día a comprender lo patético que es ir por Londres mendigando amigos? Hay que ser desgraciado para que no le quieran ni con dinero y que haya que casar a una hija con un lord para conseguir que le miren a uno dos veces por la calle.

Su madre le agarró del hombro para detener su avance por el salón, pero ella se deshizo de su mano sin preocuparse en absoluto por lo indecente que resultaba aquella agresividad.

—¡Cállate, Ana! —chilló su madre con el rostro enrojecido y los nudillos blancos—. ¡Cierra la boca! ¡Niña ingrata! Yo te lo he dado todo, ¿entiendes? ¡Te lo he dado todo! ¿Pensabas que no tendrías que pagar nada a cambio? ¿Que esos vestidos, esas fiestas y esas joyas que tanto has disfrutado saldrían gratis?

—¿Vestidos? Jamás los pedí. ¿Fiestas? ¡Eran un infierno! ¿Joyas? ¡Pesaban tanto que me deformaron el cuello! —Anita soltó una carcajada—. ¿Recuerda usted, padre, el momento en el que yo le pedí todo eso? ¿Lo recuerda acaso?

El señor Schneider abrió la boca para replicar, ofendido por aquella marea de acusaciones que, según él, no venían a cuento, pero su hija se adelantó para evitar escuchar más tonterías:

—Jamás podrá nadie confiar en ustedes porque son unos inútiles interesados, y eso lo sabe todo el mundo. Por eso todos sus amigos les retiran el saludo con el tiempo. ¡Van de exquisitos pero se

arrastrarían por el barro de la calle por conseguir cenar en el Savoy con cualquier príncipe ruso! El silencio que reinó entonces en la habitación le hizo darse cuenta de que esa era la única oportunidad que tendría de retirarse sin causar más estragos ni poner en duda la honra de nadie.

—Si eso es todo lo que tienen que decir —dijo Anita—, de acuerdo. Cogeré a Mary y no les volveré a molestar jamás. De todas formas, como ustedes han dicho, ya no soy su hija.

La señora Schneider dio un paso adelante.

—¿Está mi nieta aquí? ¿En la casa?

Anita pensó seriamente en mentirles y contarles alguna patraña para que no les dieran más la vara, pues tenía muy claro que esas ingratas criaturas ya no querían ser sus padres, pero un oscuro sentimiento, perverso y depravado, le salió del pecho.

—Sí, Wilson se la ha llevado para darle algo de merendar. Si eso les parece mal, no se preocupen; les pagaré por la leche que haya tomado.

—¡No, no! ¡No hace falta, por el amor de Dios! ¿Podemos verla, hija mía? ¡Por favor! —le suplicó su vieja madre—. Hace muchísimo que no la veo... ¿Cuánto ha crecido? ¡Muchísimo, imagino!

La anciana miró los ojos de su hija y vio una gélida capa de escarcha impenetrable.

—¡Por supuesto! Podrán verla en mi funeral, porque tendrán que pasar por encima de mi cadáver. Ahora, si me disculpan...

Anita escuchó con una sonrisa los pasos torpes de sus padres mientras la seguían escaleras abajo. La niña no tardó más de unos segundos en llegar al recibidor después de oír que su madre la estaba llamando. Al ver a los Schneider, miró con dudas a su madre y se agarró a su mano.

—¡Mary! Soy yo, ¡soy tu abuela! ¿Te acuerdas de mí, cielito? ¡Tu abuela! —sollozó la anciana.

—No les hagas caso. Estos señores están muy mayores y no saben lo que dicen. ¿Cómo van a ser abuelos si ni siquiera tienen hijos?

La niña sonrió, entretenida por la escena y mirando a su madre. Entonces salieron de la casa. Tal y como Anita deseaba, aquella fue la última vez que los Schneider vieron a su nieta.

A su hija, sin embargo, la volverían a ver unos años después, y en sus ojos continuarían viendo esa melancólica capa de escarcha que siempre los había acompañado.

Si contaba el dinero que le quedaba y hacía cuentas, lo más sensato era contactar con alguien que pudiese acogerla en Chicago.

Sin embargo, sabía que todos sus conocidos eran también amigos de sus padres, y no estaba dispuesta a pasar ni un solo día en terreno enemigo, donde todo lo que decía podía ser usado en su contra.

Al menos, se dijo en un intento de animarse a sí misma, tenía dinero suficiente para el tren.

Se dirigieron a la estación y cogieron el primer tren que se dirigía a la ciudad de Nueva York. Mary, agotada por tanto ajetreo, acabó cayendo rendida en el asiento, junto a su madre.

Una mujer muy amable le preguntó por el padre y Anita solo le respondió que era un oficial que había perecido en el Somme.

La desconocida, también viuda por la guerra, le dio ánimos antes de dirigirse a su propio asiento.

El viaje se le hizo cómodo: los compañeros de vagón se interesaron por la niña y entabló con ellos varias charlas, todas muy interesantes y agradables.

Aquel pensamiento, el de estar tan hambrienta por un poco de cordialidad que cualquier palabra amable se le hacía un festín, se le hizo inmensamente triste.

La terminal de Nueva York olía a humo y a gente. Anita, asegurándose cada segundo de que su hija aún estaba agarrada a su mano, avanzó por el andén en busca de la salida.

—¿Lady Somerbridge?

Al girarse y ver al señor Folch, la joven escondió por instinto a su hija tras su falda. Por un momento temió haberle ofendido, pero las carcajadas de Folch le mostraron que no.

—¿Qué hace usted aquí con la niña? —Ante su silencio, Folch comprendió—. Venga, la salida esta por aquí, en caso de que no se acuerde. Además, no es seguro para una mujer viajar sola con su hija.

Recorrieron juntos el abarrotado andén hasta lograr ponerse a buen recaudo, lejos del alboroto y el embrollo de pasajeros, revisores y visitantes.

Al salir a la calle le ofreció llevarla en su coche y Anita aceptó a regañadientes la oferta.

El coche continuó rodando por la calle mientras ellos se inundaban en un denso silencio. Pensaban con fuerza y se miraban intensamente, incómodos, y no fue hasta que Folch abrió la boca para decir algo que ella le detuvo sin miramientos:

—¡Silencio...! Se lo ruego.

Anita apartó la mirada.

—¿Qué tal está? —le preguntó él, inmune a sus miradas de desprecio—. Espero que bien. ¡No ponga esa cara! Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos; comprenda que tenga curiosidad.

Anita le respondió rápidamente que su situación iba bien —no como la seda, desde luego, pero no era tampoco una tragedia— y volvió a sumirse en su austero silencio.

Su acompañante comenzó a reír.

—¡Vamos, lady Somerbridge! Le ruego que deje de ponerme muecas. ¿Acaso no estoy siendo todo galanteos y modales? Hoy creo que tengo derecho a librarme de sus letales miradas.

Siguieron subiendo por Manhattan hasta que entraron a Orchard Street; la joven pudo reconocer el color de las calles.

Folch le pidió al chófer con una seña que se detuviera frente a un rústico portal de madera y le indicó a Anita que ya había llegado a su destino.

—¡Pero ni siquiera le he dicho adónde quería ir!

El hombre rio mientras abrían la puerta.

—La he traído al único lugar al que podría ir ahora mismo, Anita.

La joven tomó la mano de su hija y avanzaron por el caminito que llevaba a la entrada. Pocos segundos tras llamar a la puerta, le abrieron y Rosita la recibió con un gesto de sorpresa.

—¡Ana! ¿Cómo...?

Se giró para probarle que su padre la había traído hasta allí, pero el coche había desaparecido en cuanto Anita tomó su niña y su equipaje.

—Pasa —le insistió—. Ernie está trabajando en el bufete, pero llegará justo para la hora de comer. Supongo que planeas quedarte un par de días.

Anita se sentó en la cocina, exhausta.

—Como poco, sí...

Rose le apretó el hombro con cariño y le dijo que, afortunadamente, tenían una habitación que solían usar como estudio de Ernest.

Cuando su cuñada volvió de la cocina con una taza de té y la instó a que le contase cómo había sucedido todo.

—¿Y qué ocurre con la pensión de viudedad?

—Me la quitaron. No preguntes por qué, yo tampoco lo sé. Por escandalosa, quizás. ¿Es eso legal? Eso tampoco lo sé. Y mira, Rose, estoy muy cansada como para llevarle la contraria al mundo —farfulló.

De repente se escuchó un estruendo en el piso de arriba y el desagradable llanto de un bebé



comenzó a timbrarle en los oídos.

—¡Oh, casi se me había olvidado! —exclamó de repente Anita—. ¡El niño! ¿Tiene ya nombre?

—Se llama Albert.

La joven miró a su cuñada en silencio; habiendo decidido no comentar sobre aquella decisión, la siguió escaleras arriba mientras escuchaba sus quejas:

—Es un llorón, ¡me pone de los nervios! Se queja casi tanto como el padre ¿Te lo puedes creer? A ver si va a ser eso hereditario...

## CAPÍTULO 26

Al igual que había hecho su mujer, Ernest se sorprendió mucho al ver a Anita en su casa. Los Schneider vivían humildemente en Orchard Street; si bien su hermano ganaba una suma decente de dinero trabajando para el socio de su suegro, eran una familia frugal y no necesitaban de muchos lujos para vivir confortablemente.

De alguna manera, ese era un núcleo que se contentaba con convivir armoniosamente los unos con los otros. Le hacía gracia pensar que casi no parecía que el país estuviese en guerra.

Durante los primeros días, Anita se levantaba temprano para ayudar a Rosita y a la doncella con la cocina. Eran pocas las cosas que sabía hacer como limpiadora o pinche, pero al menos lo intentaba.

Con el tiempo consiguió verle el encanto a aquella rutina; veía a su hermano tan feliz al llegar a casa, recibido con inmenso cariño por su esposa y su escandaloso bebé. Anita no estaba familiarizada con ese cuadro de costumbres de clase media.

Mary, que tenía una edad considerable, al menos respecto a su primo, le había cogido cariño con una rapidez fascinante y lo llevaba de un lado para otro cuando la criatura no dejaba de llorar.

—¡Mary —gritó Rose—, no corras! Cielos, un día de estos se va a caer y se va a torcer un tobillo...

Anita y su cuñada estaban sentadas en la mesa de la cocina, tomándose una última copa antes de ponerse manos a la obra para preparar el almuerzo.

La joven le tomó la mano con una risa incrédula.

—Respira, Rosita, te va a dar un soponcio como sigas tan alterada. ¡Mírate! Te tiembla el cuerpo, pareces una hoja. ¿Hace cuánto que no te da el aire?

—Una eternidad, ahora que lo dices.

Las dos acordaron que, en cuanto llegase, le propondrían a Ernest dar un paseo por Central Park; ellas podrían respirar algo de aire puro y los niños podrían salir también de casa.

Había un aire distinto cuando salieron al parque; Anita no sentía ese aire de pomposidad y vanidad que siempre sentía cuando paseaba por esa ciudad.

Su hija, fascinada por todo lo que veía —desde las elegantes carretelas que algunos habían elegido para pasear hasta los gansos que correteaban por las orillas del lago—, iba de un lado a otro dando brincos y señalando lo que llamaba su atención.

—¡Mary, ten cuidado! —exclamó su tío.

El joven le regaló a su hermana una sonrisa cariñosa pero preocupada, incluso algo melancólica. Anita le devolvió la mirada con un gesto interrogante.

—Me alegra verte reír y caminar —dijo Ernest al fin—. Temía encontrarte en la misma situación catastrófica en la que estabas cuando nos fuimos...

—Me ofende mucho que creas que un pequeño contratiempo como ese pueda conmigo. Estoy hecha de un material duro —replicó ella.

—¿Un pequeño contratiempo? Anita...

Despreocupada, tiró a su hermano del brazo.

—Todo lo que me ocurra será siempre un pequeño contratiempo, Ernie. No hay nada en este mundo que me inquiete tanto como lo han hecho los asuntos que, a pesar de que me quitasen el sueño, al final he logrado desembrollar. Quizá aún tenga que resolverlos, pero en este momento sé, mediante estos trágicos contratiempos, en qué situación me ponen y qué cartas puedo jugar.

—No entiendo —farfulló Ernest.

Anita le miró con una sonrisa socarrona.

—Anita Dólar puede pasar turno, pero no pierde la partida jamás. Sería estúpido.

Ernest bufó con angustia, intentando deshacerse la mirada inquisitiva de su hermana, quien reía con cínica satisfacción ante su propio comentario.

Ciertamente detestaba ese apodo.

No por ninguna santa razón ni, por supuesto, debido a la angustia que este, según él, le provocaba a su hermana.

Quizás esa era la explicación que se daba a sí mismo, pero era falsa, y tampoco era mentira porque Ernest la creía cierta en todo su corazón.

La razón era que, siempre que oía ese dichoso apodo —y sobre todo cuando era la propia Anita quien lo nombraba—, una inmensa culpabilidad le invadía el pecho. Entonces recordaba esos momentos en los que le había deseado a su hermana una siniestra vida junto a un noble para que él pudiese vivir feliz con Rosita, y la culpa se volvía tan grande que le ahogaba.

Por lo tanto, si Ernest reprendía a Anita por referirse a sí misma con ese monstruoso nombre, no lo hacía en realidad por ella sino por sí mismo. Era una postura que, de tan extrema, se asemejaba a la que había tenido en su juventud; quizá esa misma era la razón por la que no quería aceptarla.

—Deja de pensar por mí —dijo Anita—. Deja de pensar en mi lugar, Ernie.

Continuaron su paseo tranquilamente, aunque los dos hermanos continuaban pensando, aunque con diferentes posturas, en aquel eterno asunto.

—Tengo un asunto del que ocuparme —anunció la joven al llegar al final del parque.

—¿Irás andando?

—En autobús —corrigió—; está un poco lejos. Confío en que llevéis a Mary a casa sana y salva. No creo que esté de vuelta más tarde de las nueve.

Anita bajó después la calle del parque para coger el autobús que, según los recuerdos de su infancia, era el buscaba. Esperaba de veras no equivocarse.

El andrajoso estudio de su amigo se encontraba en Brooklyn, así que el trayecto duraría un poco más de lo que había calculado en un primer momento.

Al llegar, Anita llamó a la puerta y esperó un rato hasta que unos ojos oscuros se asomaron por la mirilla abierta. Se escuchó un estruendo dentro de la casa, un grave silencio y, al fin, la puerta se abrió.

—¡Señorita Schneider! —escuchó—. Oh, no, no. ¿Señora Musgrove? ¡No! ¡Lady Somerbridge!

—Frank Washington, estás más viejo... ¿O eso es porque hace siglos que no te veo? —saludó Anita.

—Pasa, pasa. No te quedes ahí parada.

Siguió a Frank al interior del estudio, que olía a pintura y aguarrás; las paredes estaban manchadas de colores y uno se podía orientar en la oscuridad con la peste a polvo y barniz que la habitación emanaba.

—¿Qué te trae por aquí, condesa?

—Vizcondesa —le corrigió Anita mientras él le servía una copa de coñac—. Solo venía a saludarte, de hecho, y a decirte que me quedaré durante un tiempo en la ciudad... Washington, ¿estás seguro de que esto es coñac?

—Del mejor que he podido encontrar... Temo que no esté a su altura, milady —se disculpó el pintor entre sucias carcajadas.

—No estaría a la altura ni del niño que limpia la chimenea de mi casa... Aunque bueno, tú estás tan borracho que podría darte lejía y no te darías cuenta.

Frank Washington se echó en uno de los viejos sofás que había en el centro del estudio.

—¿Quieres echar un vistazo al nuevo material? No tengo que entregarlo hasta mañana, así que... Anita se levantó para observar las pinturas que colgaban descuidadamente de la pared mientras él la observaba, intrigado por saber cuál sería su veredicto.

Su trabajo estaba pobremente hecho, aunque ella, como amiga y experta, jamás se lo diría.

Las obras eran réplicas sin alma, como muñecas de cerámica, pero hacía falta concentrarse mucho en cada trazo para notar las diferencias; concienzudos y exactos, estudiados con detalle. Pero era esa misma conciencia lo que le arrebatava aquella vibración tan especial que yacía en los artistas.

—Me temo que no tengo dinero. Hoy no puedo llevarme nada... Es una lástima, desde luego, porque sabes que detesto irme de aquí con las manos vacías.

—Ya volverás —replicó el pintor—. Sabes que no recomiendo hacer algo por lo que no puedas pagar.

Anita le miró de reojo.

—Pero ¿cómo es eso, milady? ¿Cómo has podido tú quedarte sin dinero? ¡Qué gafe eres!

—¡Bueno, por dónde empezar! —bufó la joven.

—Eso ya lo sé —replicó Frank, sonriente—. Lo que quiero saber es cómo acabará.

Con una risa le hizo saber que no tenía ni idea.

—¿Sabes una cosa? He escuchado un apodo tuyo que ahora mismo te hará mucha gracia: ¡Anita Dólar! Como yo, que soy Washington pero vivo en Nueva York. ¡Qué cínica e irónica es la vida a veces, señorita Dólar!

La joven se giró de golpe y le enseñó los dientes, cansada de tanta risa a su costa.

—Volveré a tener dinero, ya lo veréis. Y cuando eso suceda te compraré todos tus cuadros y haré que te los tragues.

—Mientras los compres...

—Además, esta visita ha durado ya mucho. Vives lejísimos, Frank. No sé por qué te sorprende que solo venga a verte cada mil años —replicó ella mientras recogía su sombrero.

Frank Washington la acompañó hasta la salida del estudio con el ánimo íntegro y se despidió de ella.

—¡Adiós! Ven a verme cuando tengas dinero.

De camino a la casa, la joven decidió pasar por una de las calles comerciales; quizá allí podría algo dulce para Mary.

Estaba comenzando a anochecer, así que la luz comenzó a desaparecer lentamente de las avenidas hasta que se encendieron las farolas. Quizá por ello Anita no se daba cuenta de que una sombra la seguía, escondida tras las esquinas.

Anita se paraba de vez en cuando a saludar a algunos conocidos y charlaba con ellos de tonterías.

Cuando el atardecer terminó muriendo en el cielo de la ciudad y las calles se despejaron, comenzó a escuchar unos pasos que se asemejaban a los suyos. Sin embargo, por más que se detuviese a mirar atrás, siempre le recibía el asfalto vacío.

Lo más terrorífico de aquella persecución fue cuando apenas quedaban unos pasos hasta la puerta.

—¡Espere! —Un pie se coló en la rendija y Anita se calló un alarido de pánico—. ¡Espere, por Dios...!

—¿A qué ha venido? No quiero saber nada de usted ni de lo que me tenga que decir.

La joven intentó un forcejeo inútil para cerrar la puerta, pero una mano logró llegar hasta ella y le agarró el brazo para detener su resistencia.

—Anita, sabe muy bien que tiene mucho que contar. He visto que ha ido hoy a ver a Frank Washington...

—¡Para saludar, nada más! ¡Váyase!

La mujer se acercó siniestramente a su rostro y Anita comenzó a llorar de la impotencia.

—Pensaba que no volveríamos a verla por la ciudad, Anita. Después de todo lo que pasó... ¿Cómo es que pensó que podría huir de la catástrofe que ha provocado? ¡Y refugiándose en su hermano, además! Que, como puedo observar, no podría decirse que es la mejor elección...

—¡Todos saben que estoy aquí! —susurró Anita con fuerza—. No es difícil enterarse.

La desconocida comenzó a canturrear:

—¡Anita Dólar, niña de ojos verdes...! Aquello que deseas es aquello que no tienes.

—¡Váyase! ¡Fuera, fuera, váyase! —gritó ella.

Cuando al fin logró deshacerse del afilado agarre, la apartó de un manotazo y cerró el portón con tanta fuerza que la casa tembló, haciendo tiritar la lámpara que colgaba del techo.

Anita respiró profundamente antes de limpiarse las mejillas y pensó en lo que su hermano le había dicho aquella tarde.

Entonces escuchó a Rosita bajar las escaleras corriendo, espantada por el estruendo de la puerta y espantada también por la posibilidad de que alguien se hubiese colado en la casa.

Respiró de alivio al verla, consolada por ver que era ella y no un vil ladrón, pero se percató del sudor que le empañaba la frente, de su respiración desbocada, del pánico que pintaba sus ojos aterrados.

—¿Ocurre algo? —preguntó al llegar al rellano.

Anita negó con la cabeza mientras se apoyaba en el aparador.

—No te preocupes, Rosita, no ha pasado nada. He cerrado la puerta con demasiada fuerza. Es que hay un vendaval fuera —murmuró con indiferencia.

—¡Cielos, perdona! No debería preocuparme, lo sé. ¡Tú podrías hasta con un gigante!

El corte hendido en la palma de su mano palpitaba como un corazón y se había ensuciado por la brusquedad del golpe.

Observó a Rose en silencio y le sorprendió el sentimiento de desapego y aborrecimiento que tanto temor le había provocado de joven; quería arrancarle el cuello y quería, sobre todo, que dejase de hablar de ella con tanto homenaje.

—¡Menos mal que estás tú!

Aquel hielo impasible que tanto odiaba —que siempre había temido y que acompañaba Anita Dólar a todas partes— volvió como una sombra a su mirada.

Y a pesar del dolor, dio un fuerte golpe al mueble donde se apoyaba que resonó por los pasillos y le provocó un escalofrío, pero el dolor se le hizo, de cierta forma, placentero y eléctrico.

—¡No soy una santa ni merezco que pinten mi cara en una estampa! —bramó Anita de repente con el cuello rojo—. Soy una mujer que sufre, ríe y llora. ¡No merezco veneración ni censura! ¿Es que no lo ves? —Le enseñó su mano ensangrentada—. ¡Mira cómo sangro! ¡Mira!

## CAPÍTULO 27

Los puertos siempre llevaban a cuevas ese aire a novedad y reforma, que, junto al sonido de las olas y de las charlas de los futuros pasajeros, tenían unas cualidades rejuvenecedoras envidiables.

—Escribeme si necesitas algo... No creo que, después de lo que ha pasado, nuestros padres nos vuelvan a dirigir la palabra, pero ¿acaso importa? Nunca han sido de mucha ayuda.

Ernest esperó con una sonrisa de lamento a que su hermana dijese algo.

—Cada vez que pienso en todo —farfulló— se me retuercen las tripas y me entra un cansancio tan grande que solo me apetece echarme a dormir.

—Tómalo con calma. Acabarás encontrando tu lugar, Ana, ya verás —le respondió él.

—Te he dicho que no quiero hablar más del tema. Además, me quedaré ahí solo unos días. Aprovechad este tiempo sin mí; llevo meses invadiendo tu casa.

Continuaron el camino al puerto en silencio, disfrutando del fresco ambiente que les brindaba los primeros días de primavera.

—Siempre tendrás la opción de empezar de nuevo. Y considero que a lo que tienes que renunciar es una minucia...

—Solo intento sentir que soy una persona de verdad —dijo ella, deteniéndose frente a la puerta de embarque—. La gente se esfuerza tanto en pretender que no lo soy que a veces hasta yo lo olvido.

Rose se acercó a ellas para despedirse con un gran gesto de lamento y los ojos llorosos; por mucho que le fastidiase toda aquella desmerecida bondad, Anita no podía negar que la jovencita era una de las pocas cosas buenas en su vida.

Mary dio un salto y su tío la cogió en brazos. La niña, que había disfrutado, ajena a las desgracias de su madre, esos pocos meses en Nueva York —tal y como debía ser—, lo abrazó fuertemente.

—Sé buena, Mary, ¿de acuerdo? Y trátalos bien. Son tu familia... en cierta forma —le dijo Ernest. Volver a Londres no era una perspectiva ni una idea placentera para Anita, eso ya lo sabía en el momento en el que subió al barco con su hija.

Aquella ciudad —y aquel país, sobre todo— le traía recuerdos amargos.

La razón por la que volvía a Waventon Park era una muy sencilla: durante sus meses en Nueva York, Anita se había dado cuenta de que la mayoría de sus cosas aún permanecían en Waventon, olvidadas en, seguramente, su apresurada partida.

Le dolió mucho en el alma tener que escribir un telegrama a los Somerbridge —que, sabía, llevaban en Waventon meses—, pero en aquella situación era impensable dejar todas sus cosas en esa casa.

Lord Somerbridge, que era un primo lejano de su marido, había respondido casi de inmediato para decirle que “por supuesto se puede acercar usted cuando quiera”.

Tras avisarle de que iría en marzo, Anita hizo las maletas y compró un billete de barco.

Según había escuchado del señor Purcell, con quien seguía manteniéndose en contacto debido a la herencia de su hija Mary, los Somerbridge eran un matrimonio que, hasta hace poco, había pertenecido a clase media; el señor Musgrove trabajaba para un periódico de Bath y la señora Musgrove se quedaba en casa cuidando de sus dos hijos, Arnold y Robert.

El trayecto de Southampton a Derbyshire no era demasiado largo, o al menos no lo parecía tras esa semana enlatada en el trasatlántico; el tren que las llevaba a Derby estaba, afortunadamente, más vacío de lo normal.

Anita agarró fuerte la mano de su hija, temiendo que se perdiese en ese jaleo de pasajeros que tan

ruidosa y dejadamente salían de los vagones del tren.

Las estaciones, al contrario que los puertos, le provocaban un sentimiento desagradable en el pecho; traían de vuelta momentos trágicos que Anita no estaba dispuesta a recordar.

El resto de los pasajeros, los que se habían levantado de antemano para salir los primeros del vagón, bajaron a zancadas del tren, arrastrando a todos aquellos que se encontraban en el medio.

Aquel olor a humo, el terrorífico sonido del silbato, los gritos y los encuentros; todo le comenzó a dar vueltas en la cabeza y Anita tuvo que pararse un momento para no caerse.

—Venga, Mary. —Tiró suavemente de su mano para que se apresurase—. Vamos a perder el autobús.

Mientras salían de la estación, Anita vio a un hombre que paraba a todas las mujeres que salían de los vagones, aunque ellas, asustadas, se apartaban al oírle hablar.

Ella hizo lo mismo al ver que se acercaba.

—¡Espere, señora! ¿Es usted...? ¡Espere un momento! ¿Es usted lady Somerbridge? Bueno, la vizcondesa viuda —insistió el desconocido.

Anita se paró a recuperar el aliento.

—Sí. ¿Qué quiere? Tengo prisa —farfulló.

—¡Qué buena noticia! Ya me estaba empezando a abochornar eso de parar a todas las mujeres que veía... Soy... Bueno, soy Somerbridge. El nuevo Somerbridge, claro. Un placer.

Se saludaron en medio de la confusión.

—¿Y qué hace usted aquí? —le preguntó Anita mientras se dirigían a la salida de la estación.

—Bueno, vengo a recogerla, por supuesto. No esperará que permita que una mujer y una niña caminen a mi casa por sí solas, ¿verdad? ¡Cielos! Aquí le podrían ocurrir un millón de cosas.

Anita decidió no contestar, abrumada ante aquel hombre que rebosaba simpatía.

—Señor Foster —le dijo al chófer—, haga hueco para la niña, si me hace el favor. Siéntese allí, lady Somerbridge...

Cuando cruzó miradas con el conductor, la joven inclinó la cabeza para hacerle saber que quería saludarle, y se agarró a la mano del vizconde para subir al coche.

—No les causaré molestia, lord Somerbridge. Tardaré poco más que un par de horas en recogerlo todo —se apresuró a decir Anita.

—¿Qué dice? No molesta. Además, esta casa es tan suya como nuestra. Quédese a cenar; los niños quieren conocer a su prima. Y ustedes pueden dormir en Waventon, por supuesto.

Continuaron el trayecto en silencio.

—Ya me ha dicho el señor Purcell que casi todo el dinero ha quedado atado a la propiedad —soltó lord Somerbridge de repente, llamando su atención—. ¿Qué tiene pensado hacer?

Anita lo miró con las cejas fruncidas.

No tenía ni la más mínima idea, y el vizconde captó la idea de inmediato, apartando la mirada con una mueca lastimera.

Al llegar a la casa, el mayordomo también le dio la bienvenida con aquel gesto extraño —incómodo, desde luego, y quizá nostálgico, pues hacía mucho tiempo que Anita no iba a aquella casa como invitada— y le retiró la chaqueta.

—Mi esposa estará en el salón de... Esta casa incómodamente grande —farfulló el vizconde para sí mismo mientras recorrían los pasillos.

—¿Se refiere al salón con el globo de madera?

—¡Sí! Ese mismo.

Anita se calló una risa.

—Es por ahí —dijo—. Tenga cuidado cuando gire el pomo, se cae a menudo...

El pomo, en efecto, cayó al suelo en cuanto lord Somerbridge lo giró. Después soltó un alarido de sorpresa y lo intentó colocar de nuevo.

—Déjelo, lleva así años.

El vizconde le sonrió, un poco abochornado, antes de abrirle la puerta y la siguió al saloncito.

Allí se encontraron con una mujer que tendría algunos años más que Anita. Al verlos entrar, dejó sobre la mesa el libro que estaba leyendo y se levantó de inmediato para saludar.

—Usted debe de ser lady Somerbridge, ¿no? Es un placer, soy... —La mujer se quedó un momento en silencio—. Lady Somerbridge, también. Bueno, es un poco confuso...

Anita no se pudo aguantar la risa y le dio la mano.

—Llámeme señora Musgrove si lo prefiere.

—Es como si nos hubiésemos cambiado los papeles, ¿no cree, señora? —bromeó la vizcondesa. Ante el denso silencio que reinó tras sus palabras, continuó—. ¡Bueno! Y esta debe de ser su hija Mary.

La niña la saludó con mucha elegancia.

—Arnold y Robert estarán en la biblioteca, terminando sus lecciones de hoy. El señor Purcell nos dijo que sería mejor que comenzasen a estudiar cuanto antes, pero me sigue pareciendo demasiado para unos niños... Bueno, suba, si quiere, a recoger sus cosas —le ofreció lord Somerbridge.

Anita les agradeció el favor y se dirigió a su antigua habitación.

Tal y como se esperaba, continuaba intacta; por allí las generaciones pasaban sin frenos, ya fuese como fantasmas o como exiliados. Los cachivaches se mantenían en su sitio como símbolo de su legado.

Vio sobre el tocador una pequeña caja de marfil que se le hacía muy familiar. Al abrirla vio todas sus joyas, desde el broche de su madre —que no tardó en inspeccionar para asegurarse de que era plata— hasta la gargantilla de jade que el coronel le había regalado en una romántica cena en Brighton.

Todos aquellos recuerdos le provocaron un desagradable nudo de nostalgia en el estómago. El paso del tiempo, siempre implacable, se le hizo realidad de golpe y tomó aquellas joyas como cuerpo.

—¿Señora Musgrove?

La joven cerró la caja de inmediato, incapaz de seguir aguantándolas frente a ella.

—¿Sí?

Amparada bajo el viejo marco de la puerta, la vizcondesa le concedió una mirada de misericordia.

—¿Se queda a cenar? —preguntó—. Aún no ha conocido a los niños y ya es tarde para coger un tren. Quédese también a dormir.

Se le hacía incómoda la idea de pasar la noche en aquella casa; el que un día había sido su cómodo hogar, cálido y familiar, se le hacía ahora como una caverna peligrosa.

Esas paredes la habían atormentado hasta quitarle el sueño, y jamás podría pisar ese suelo de la misma manera en la que lo había pisado por primera vez años atrás, cuando su esposo no era más que un coronel y sus padres no la repudiaban.

—No se apure, señora, ni se atreva a pensar que su presencia es inconveniente —insistió la mujer. Tenía otra razón para no desear quedarse con ellos: deseaba dejarles su propio espacio y no le gustaba saber que ella allí era, en cierto modo, un estorbo.

Con los ojos de lady Somerbridge clavados en sus pupilas, Anita dejó su sombrero sobre la mesa:

—De acuerdo —dijo—, cenaremos y pasaremos la noche aquí, pero mañana a primera hora iremos a la estación para volver a... Cogemos un tren.



A las ocho menos cuarto de la noche el gong resonó por los pasillos del caserón.

La idea de dormir allí era terrible y cada día en esa casa eran mil años sufriendo los castigos del infierno, pero volver a Nueva York para aguantar de nuevo los sermones redentores lo era aún más.

De camino al comedor, Anita pasó por delante de uno de los salones, donde vio a Mary sentada en el suelo. A su lado, escuchándola atentamente con las bocas abiertas, se encontraban los hijos de los Somerbridge.

Al parecer, Mary les estaba relatando su infancia en el caserón y les contaba con mucha simpleza narrativa cómo lograba escabullirse de su tutora.

Con una sonrisa de melancolía, Anita pasó por delante de la puerta en silencio y bajó las escaleras.

—Aún nos estamos acostumbrando a vivir en esta casa —dijo Somerbridge en medio del silencio, cuando ya se habían sentado a la mesa—. Tantos pasillos y tantas habitaciones son una locura.

—¿Hay mucha diferencia? —preguntó la joven.

—¡Muchísima!

Lady Somerbridge se calló al ver que su invitada daba un respingo ante su exclamación.

—Y no solo es la casa. Las formas, el servicio, los vecinos... En Bath solo teníamos una cocinera y una doncella, no necesitábamos nada más. Aquí es como si viviésemos en otro planeta —farfulló.

—¿Ocurre algo con los vecinos?

—Son distantes —respondió la mujer.

—Hace medio año éramos una familia de clase media de Bath, es comprensible. No sabemos cómo dirigirnos a las personas con título y no estamos acostumbrados a vivir rodeados de lacayos y sirvientes, y mucho menos a dirigirlos.

Anita soltó una risa accidental.

—No creo que la culpa sea de ustedes —dijo entonces—. Este sitio está lleno de morbosos y listillos, pero no dudarían en echarse a los cuellos de unos u otros. Porque, en efecto, lo hacen a menudo. Yo misma, cuando vivía aquí con mi marido, no era muy popular entre ellos.

—¡Con lo maja que es! —exclamó la vizcondesa mientras miraba a su marido.

Anita alzó las cejas y continuó comiendo.

—Irse de Waventon Park debió de ser terrible para usted —se lamentó lord Somerbridge—. Y nos hace sentir tan mal, señora Musgrove... No se hace una idea. ¿Qué está haciendo ahora?

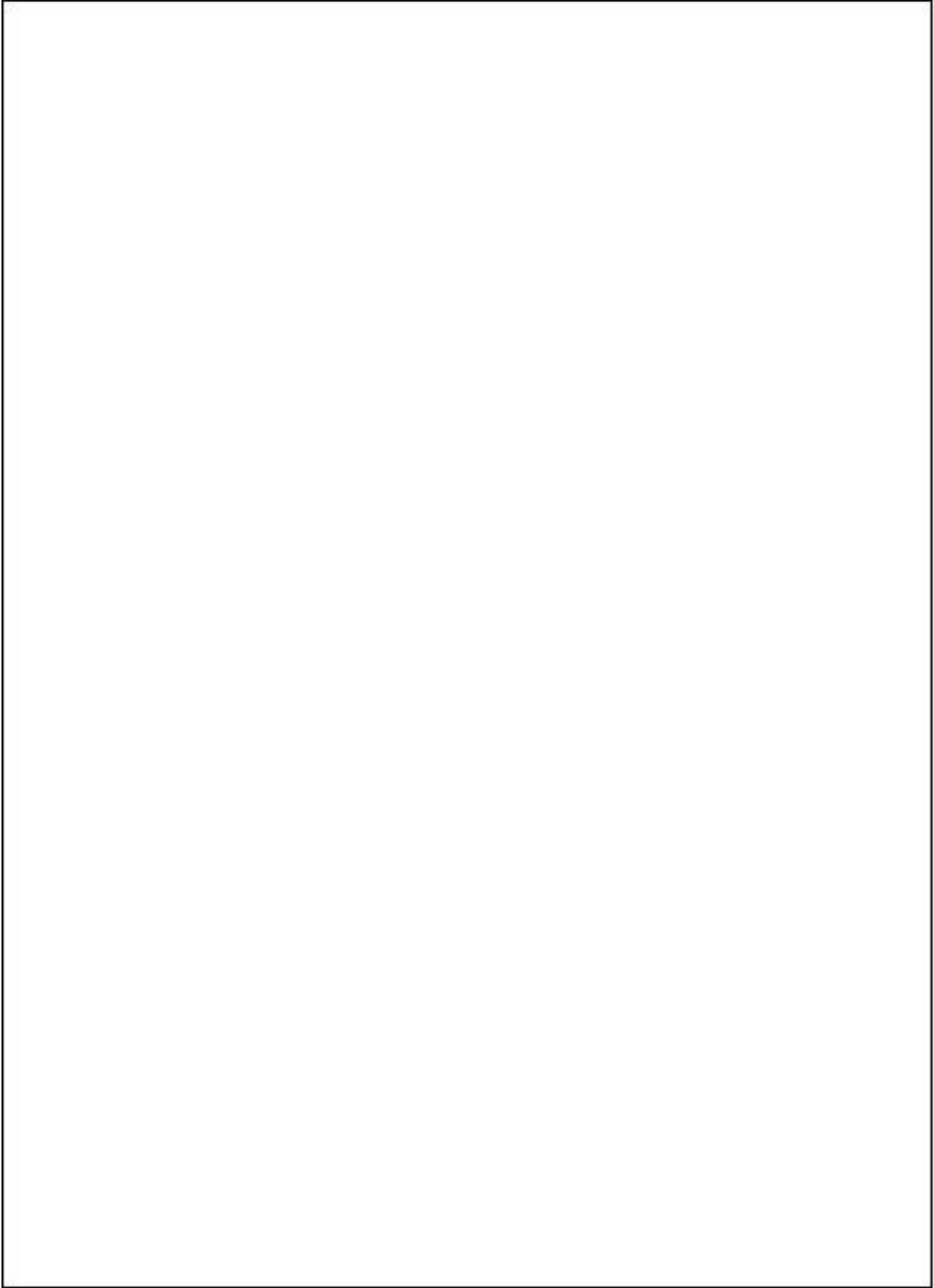
—He pasado un par de meses con mi hermano y su mujer en América. No era lo ideal, pero tampoco ha sido una tortura.

El matrimonio se miró con un gesto de alivio.

—Siempre se puede contar con la familia.

—Bueno, no crean —replicó ella, suspicaz—. A Anita Dólar no le apenan las desgracias. Hay cosas mucho peores en el mundo que vivir en Nueva York. Pocas, pero las hay, desde luego.

Los vizcondes, que no terminaron de entender esa oscura referencia; pensaron que solo estaba tomándoles el pelo y continuaron cenando.



Parte X.  
Anita lucha  
por su honor

## CAPÍTULO 28

Lady Somerbridge resultó estar muy interesada en los asuntos de Anita.

No de la manera páfida a la que ella estaba acostumbrada, desde luego; al contrario que lady Newton, o incluso que Ernest o Rosita, la vizcondesa escuchaba sus miserias con interés y con una buena propuesta en la punta de la lengua.

Anita había encontrado en aquella familia una alianza formidable, desde luego, pues, aunque no traían un pasado tan lleno de calamidades y escándalos, sí compartían una desgracia: no eran suficientes para la sociedad.

Recelosos por su antigua situación, los vecinos de más categoría de Clarenhill se habían tomado su tiempo para venir a visitar a los nuevos habitantes de la localidad.

—Y si algún día se digna a pasarse por aquí, porque, según ella, “esta casa debía ser suya”, ¡no se fíen! Los insultará, insinuará que tienen unos antecedentes tan largos como las sagradas escrituras y después se reirá como si de verdad hubiese dicho algo tremendamente ocurrente —dijo Anita.

Lady Somerbridge se calló una carcajada.

—Cielo Santo, esa señorita Turner parece un monstruo. ¡No sé qué cualidades puede tener que compensen semejante actitud!

Se sirvieron otra taza de té y, aun conscientes de que se arrepentirían, cogieron otros dos panecillos de mermelada.

Lady Somerbridge sabía bien de la práctica de tomar el té pero, tal y como se lo había dicho a su invitada, apenas había cabida para el té del mediodía en la vida de la señora Musgrove.

—¿Entonces sus padres la echaron de su casa?

—¡Sí! —sollozó Anita—. Después de todo lo que hice por ellos... Bueno, es cierto que me casé con el coronel, y eso no les hizo mucha gracia, pero ¡el tiempo me dio la razón! Su desagradable hermano murió y él lo heredó todo.

—Pero su marido se fue a la guerra sin decirle nada... ¡Sin decirle nada! Hay que querer mucho a un hombre para perdonarle semejante cosa, no hay duda —le contestó con una mirada drástica.

Entonces le volvió a preguntar sobre sus planes.

—Tengo joyas —murmuró, pensativa—. Podría venderlas y comprar una casa con el dinero para alquilarla, o incluso invertir en algo.

—Pero ¿para qué quiere usted tanto dinero? No es necesario para llevar una buena vida, ¡créame! Anita dejó la mirada perdida.

—No es... parte de mi naturaleza. Soy Anita Dólar, ¿no lo había oído? Si no lo sabía, ahora sí. No me puedo permitir menos que eso, entiéndalo. No es que no quiera; es que no puedo.

Lady Somerbridge se mantuvo silencio por respeto a aquel nombre.

De repente, un estruendo les llegó desde el pasillo y vieron de soslayo a los niños corriendo frente a la puerta del saloncito entre risas y gritos.

—Su hija es una niña encantadora —le dijo lady Somerbridge— y los tres se llevan muy bien. Arnie es un poco más mayor que ella, pero ¡se comporta como un bebé! —Después de una pequeña reflexión, la mujer continuó—. ¿Por qué no se queda un tiempo aquí, en Waventon Park?

Sintió un escalofrío al pensar en vivir en aquella casa, pues la recordaba fría, vacía y llena de fantasmas. Pero tras un vistazo renovado —en el que escuchó el jaleo de los niños, que habían salido al jardín trasero— aquellos fantasmas comenzaron a convertirse en lo que siempre habían sido: frustraciones.

—Preferiría no volver a Nueva York. No en este momento... Bueno, si a ustedes no les importa.

¿Está segura? Si lo ha dicho por cortesía... —balbuceó.

La vizcondesa le tendió la mano amistosamente.

—Es una propuesta que le hago con toda la confianza y la bondad del mundo.

Anita aceptó el delicado apretón de manos y respiró profundamente, temiendo que el temblor de su pecho se volviera demasiado obvio.

Lady Somerbridge le dijo que tenía que discutir la cena con la señora Fletch y le prometió que discutirían sobre los detalles de su estancia después de la cena.

Tras un rato dormitando en el salón, Anita decidió levantarse para hacer algo; dar un paseo, leer, jugar a las cartas.

En la casa de su hermano se había acostumbrado a hacer tantas cosas durante el día que le comenzaba a parecer absurdo estar sentada todo el rato.

De camino al jardín, se encontró con Mary y los niños, que entraban a la biblioteca a zancadas y a trompicones, sin mirar por dónde pisaban ni si tenían manchados los zapatos.

—¡Mary! —exclamó la joven con dolor después de que su hija se estampase contra ella—. Ten más cuidado, cielo, o te vas a hacer daño.

El mayor de los Somerbridge, Arnold, se paró frente a ellas con mucha ceremonia y dijo:

—¡Señorita Musgrove! Nuestro tutor nos busca para continuar con las lecciones de francés.

El pobre, sin embargo, no pudo aguantarse las carcajadas; quizás toda esa parafernalia aristócrata se le hacía tan disparatada que aún no había terminado de comprender que no era broma.

—*D'accord, Arnaud, à ce soir!* —le respondió la niña, sorprendiendo gratamente a su madre.

El pequeño Arnold la miró estupefacto y se le encendieron las mejillas de repente. Entonces, sin decir una sola palabra, se dio la vuelta y desapareció.

—Mary, mi niña —dijo Anita—, si te enamoras del mayor, asegúrate de que no esté enfermo. Sería frustrante ver cómo la inofensiva esposa de tu cuñado se queda con todo lo que habías planeado para ti.

Mary no comprendió a qué se refería su madre y le preguntó si podía ayudarla con una partitura.

Anita, que adoraba tocar el piano —y que, tras abandonar Waventon Park, se había convertido en la tutora de su hija— la llevó de la mano al salón donde la señorita Fielding solía impartir sus lecciones.

Al llegar la noche, mientras cenaban con una agradable conversación, la joven decidió proponer aquello a lo que llevaba horas dándole vueltas:

—¿Por qué no celebran un concierto?

Los Somerbridge la miraron, sorprendidos por lo que había dicho.

—¿Un concierto? —repitió él—. ¿De música?

—Sí, un concierto benéfico para huérfanos y hospitales. Con una cena, claro; y podríamos bailar después. ¿No dicen siempre que quieren relacionarse más con los vecinos? —insistió Anita al no verlos tan convencidos como ella se había esperado.

—¿Y cómo va a conseguir eso un concierto?

Anita se calló un carraspeo de risa.

—Con la excusa adecuada es fácil escaquearse de ir a sitios a los que no apetece. Ya saben, una cena o incluso un simple té —continuó—. Pero ¿una gala benéfica? ¿En plena guerra? Todo el mundo sabe que ausentarse de algo así significaría quedar peor que un demonio, y cuentan ustedes con la ventaja de que aquí mueven más las apariencias que el dinero.

Lord Somerbridge miró a su esposa mientras decía, convenciéndose a sí mismo lentamente:

—He oído que la banda del regimiento que está en el pueblo es bastante buena y, si es para la beneficencia... Podríamos invitar a los arrendados, claro. Que cada uno aporte lo que buenamente

pueda.

Tal y como Anita había vaticinado, gran parte de los afincados de la localidad —los de buena crianza y situaciones prestigiosas— no pudieron encontrar excusa alguna para ausentarse del concierto.

Muy nerviosa, pues era su primera batalla contra los vecinos de Clarenhill, lady Somerbridge se encontraba en la puerta de la residencia, saludando a los recién llegados junto a su marido.

Anita se acercó disimuladamente al vizconde.

—¿Ve a la mujer de la nariz grande? —le dijo en confidencia—. Es la señorita Turner, la hermana de lord Newton, el barón.

—Una lástima de nariz, porque tiene un cuello de lo más elegante, la verdad.

—Sí, perfecto para ahorcarla...

No habló lo suficientemente alto y, por lo tanto, lord Somerbridge no la escuchó y continuó hablando sobre cómo acercarse a ella.

Al final se decidió por saludarla con simpleza para después agradecerle haber venido.

—Lord Somerbridge —masculló ella—, gracias por la invitación. Es muy altruista de su parte, desde luego... Y veo que tienen un invitado muy especial. ¿Quizá se le hace difícil decirle adiós a esta casa?

—Ella nos dijo lo mismo de usted —respondió Somerbridge con la mejor intención del mundo.

La mujer, que no se esperaba para nada esa respuesta, le dio la razón a regañadientes y se dirigió al salón donde habían preparado los asientos.

Allí vio a Anita hablando con el director, explicándole, seguramente, los últimos detalles antes de la función. Cuando la señorita Turner pasó por delante, se saludaron silenciosamente con un movimiento de cabeza.

—Esto se pone vez más interesante —murmuró la baronesa de Newton, quien acababa de aparecer, mientras observaba la implacable reverencia—. Es un acto muy bonito, lord Somerbridge. Gracias por la invitación...

Una vez llegó el resto de los invitados, el aire se volvió más familiar y semejante a lo que Anita estaba acostumbrada: todos cuchicheaban, hablaban de sus asuntos, charlaban sobre la libra o de cómo la guerra había afectado al sistema de arrendamiento.

Frente a ella, silenciándose poco a poco mientras la banda se preparaba, se encontraba la sociedad para la que se había criado, su única esperanza y su única salida. No había otra forma; tenía que ser esa.

—Muchas gracias a todos por venir —dijo lord Somerbridge, de pie frente a la masa sentada—, y gracias también a la banda del regimiento, que se ha prestado desinteresadamente a tocar hoy para la recaudación de fondos del hospital.

Finalmente la banda comenzó a tocar, y lo hizo durante horas. Si se prestaba un poco de atención, uno podía darse perfecta cuenta de que todos tenían en mente un lugar más interesante en el que estar en ese mismo momento.

Anita no pudo aguantarse la sonrisa.

Al final del concierto, los invitados aplaudieron y se dirigieron ordenadamente al comedor para cenar. Mientras el resto formaban pequeñas conversaciones, lady Newton se acercó a Anita.

—Una jugada maestra, Anita Dólar. ¿Le parece bien que invite a los Somerbridge la próxima semana? ¿Cree que sabrán cómo usar los cubiertos o en qué orden se debe entrar a una habitación?

—Si no lo saben —respondió ella—, terminarán aprendiendo. Como aprendieron mis padres y como aprendieron los suyos.

La baronesa se alejó de ella, pensativa.

—¿No se ríe? Hace mucho que no la oigo, y sé que es su pasatiempo favorito —insistió Anita.

—Deme tiempo. Pero acabaremos volviendo a nuestras viejas costumbres, Anita, no lo dude; usted no ha cambiado ni un poquito y yo, tampoco...

Finalmente se sentaron a la mesa.

Esa misma noche, después de la cena, cuando los invitados se hubieron ido a sus casas, el doctor Tilney se acercó a Waventon para revisar, muy agradecido, todo lo que habían recaudado.

Anita estaba tan distraída que no lo vio entrar a la biblioteca junto al vizconde.

—¡Doctor! —exclamó, sorprendida—. ¿Cómo es que está aquí a estas horas? Lady Somerbridge y yo teníamos pensado acercarnos al hospital mañana a primera hora.

El doctor la saludó con una sonrisa mal colocada.

—¿Se encuentra bien de salud? ¿Todo le va bien?

La joven soltó una risa hueca.

—Mejor que hace dos años, sí —murmuró, moviendo las cejas hacia arriba.

Después de hacer cuentas, Somerbridge ofreció a Tilney acompañarle hasta la salida y pidió que le preparasen el coche.

Al subir de nuevo a la biblioteca, se encontró a Anita leyendo un par de papeles.

—¿Son estas las cuentas de Waventon?

—¿Ese desastre? Sí, lo son. —Somerbridge se sentó junto a ella en el sofá y los leyó por encima de su hombro—. ¿Ha trabajado alguna vez de secretaria?

—No, tuvo muchos problemas con este asunto pero cuando el coronel heredó la propiedad, así que le pedí a mi hermano que me enseñara a manejar las cuentas. ¿Dónde están los papeles de sus inversiones?

—¿Inversiones?

Anita lo observó unos instantes en silencio, intentando comprender la situación.

—¡No tiene inversiones! —exclamó—. ¿Cómo piensa salvar su dinero de la inflación? ¿Y si estalla una crisis? Sus libras perderán cualquier tipo de valor.

—Pero ¿qué quiere usted que sepa yo de hacer cuentas e inversiones? Le recuerdo que antes era el editor de un periódico.

La joven se mantuvo pensativa unos instantes y entonces volvió a coger los papeles de los balances para examinarlos a conciencia.

—Déjemelo a mí —le dijo a mala gana—. Cielos, ahora entiendo por qué nadie en Clarenhill quiere saber de ustedes. ¡Son un desastre como gran familia! Le presentaré a algunos caballeros de negocios muy fiables y Purcell le aconsejará sobre las inversiones.

—Es usted un ángel —le agradeció con una risa.

El vizconde le informó entonces de que se iba a dormir y Anita se quedó sola frente a la imponente colección de cuadros que había expuestos ante ella con el aplomo de un titán.

## CAPÍTULO 29

Liverpool siempre le había parecido una ciudad angosta y demasiado ajetreada, incluso tanto como la gran Londres. Quizá era parte de esa magia de la que carecía América; aquella vida cotidiana y sin glamur.

El puerto junto al que pasó apestaba a tabaco; no solo por los buques que descargaban docenas de cigarrillos, sino también por los soldados y oficiales que, esparcidos por las tascas, fumaban y jugaban a las cartas tranquilamente.

Anita se paró frente a una tiendecilla de arreglos florales. Habían colgado junto a la ventana varias ofertas de trabajo, desde doncellas hasta enfermeras.

Entonces se fijó en el hombre tras el cristal y entró a la tienda.

—Perdone, caballero, ¿tiene un momento? —le preguntó—. Busco el número noventa y tres de Bold Street. ¿Sabría indicarme cómo llegar hasta allí?

El anciano se quedó pensando un buen rato, haciendo señas para sí mismo y refutando sus propias sugerencias en silencio.

—Bueno, tardará un rato, pero solo tiene que seguir esa calle, todo recto, hasta que vea una avenida grande, y seguirla hasta llegar a Bold Street.

—Muchas gracias, señor... ¿Cuánto cuestan los jacintos? Me llevaré uno púrpura. Y unas hortensias. Gracias por la ayuda, y por las flores.

Efectivamente, el camino que el florista le había indicado la llevó hasta el portal número noventa y tres de Bold Street.

La calle era grande y estaba repleta de tiendas, tenía una atmósfera mucho más familiar que el húmedo, incómodo campo británico. Era menos bucólico, por supuesto, pero más penetrante.

Un mayordomo entrado en años le abrió la puerta y le pidió que esperase mientras avisaba al señor de la casa.

—¿Ana Schneider? —escuchó que decía alguien a través del pasillo—. ¿Qué hace aquí?

Leonard Spratt apareció por la puerta, le saludó y la llevó hasta uno de los salones de la casa.

—Me dijo que aquí sería recibida con nostalgia y cariño, y esa promesa se me hace increíblemente tentadora ahora mismo. Perdone que haya venido sin avisar, de todas formas.

—Escuché lo de su marido y... Mi más sentido pésame, señora. Le sorprenderá, pero sí que conocí al vizconde. En un restaurante de Bruselas, cuando él aún era coronel —le contó Spratt.

Al parecer, aquello que no había tenido tiempo de decirle en la estación dos años atrás era que su padre había fallecido y que se había mudado a Liverpool por comodidad.

—La señora Spratt todavía no puede escuchar el nombre de los Schneider —bromeó— sin insultarlos. ¡Qué catastrófico fue todo aquel asunto!

—Tampoco es que haya mejorado mucho desde entonces. No le mentiré, Spratt: sí que fui feliz con el coronel. Pero recientemente he descubierto que me he mentido a mí misma muchas más veces de las que creía recordar. Y yo odio mentirme a mí misma.

—¿No se le hace agotador? —le preguntó él.

—A veces.

Spratt suspiró fuertemente, como si le frustrase aquella respuesta.

—Si es así, ¿por qué no para? Sus padres están muy lejos y no tiene que hacer nada por ellos. Ha cumplido con su parte del trato —dijo—. Deténgase un momento, respire y observe la situación.

Anita también suspiró.

—Porque no puedo.



La joven, de todas maneras, no había viajado hasta la pestilente Liverpool para contar batallitas ni para llorar a su esposo fallecido.

—No he venido solo a visitarle... No sé si sabe que lord Somerbridge me ha acogido amablemente en su casa hasta que... resuelva unos asuntos que tengo pendientes —comenzó a narrarle, bastante preocupada—. Su situación social, sin embargo, es lamentable. Logré acercar el vecindario a la familia con un concierto benéfico; ya sabe usted que es una táctica infalible. Pero tengo la sensación de que el dinero aún supone un peligro.

—¿Y en qué puedo ayudarles yo? —preguntó él.

Anita aceptó la taza de té que le tendía el lacayo y observó a su viejo amigo en silencio.

Entonces le contó cuál era su intención: invitarle a él y algunos conocidos más a Waventon Park para, en caso de que surgiese algún interés, animar al vizconde a invertir su dinero en ellos.

—Es un favor algo extraño, si le digo la verdad. Además, he oído que lord Somerbridge era antes periodista, o algo parecido. ¿Por qué iba yo a hacer negocios con alguien que no tiene ni idea?

—En la necesidad se demuestra la amistad, ¿no?

—No recuerdo que hubiese ninguna amistad entre nosotros cuando usted me rechazó delante de todos nuestros amigos —replicó Leonard Spratt con seriedad. Tras un momento de silencio, se le escapó una mueca descarada—. ¿No le enseñaron que hay que sonreír cuando se piden favores así, Anita?

Ella le complació y sonrió.

—Sabe que si le pido ayuda es porque tenemos una cuenta pendiente, Spratt —le dijo con voz clara.

El hombre se detuvo a pensar en qué decir. Entonces le sirvió otra taza a su invitada al ver que había terminado de beber y, unos instantes después, chasqueó la lengua.

—¿Y qué negocios le interesan a Somerbridge? ¿Transporte, electricidad, petróleo, ingeniería? —le preguntó mientras descruzaba los brazos—. Aún tengo un par de contactos en Londres que le podrían ser de ayuda... Pero ¿por qué le interesa mantener a salvo ese dinero? ¿Acaso está pensando en casar a su hija con el primogénito?

—¡No! Me niego a usar a Mary —respondió ella.

—¿Entonces?

—Creo que... —murmuró, no muy segura de qué contestar y aún intentando descifrar sus propios sentimientos mientras hablaba—. Tengo la sensación de que creen estar en deuda conmigo por, supongo, haber heredado todo lo que le pertenecía a mi marido.

Leonard Spratt se mantuvo en silencio para no interrumpir su alegato, mucho más interesado en él de lo que había pensado en un primer momento.

—Y a pesar de que —continuó—, en mi opinión, ese es un sentimiento muy genuino y conmovedor, pienso que podría sacar partido de ello y participar en la familia, ya que todo lo que tienen debería ser propiedad de mi hija... Es la única forma que tengo de volver adonde debo estar.

—Hasta Anita Dólar tiene compromisos.

Poco después, Leonard Spratt le avisó de que tenía que salir a hacer algunas cosas y la acompañó hasta la estación.

Cuando finalmente tuvieron que separarse, le ayudó con su equipaje y aprovechó para despedirse:

—No se preocupe; hablaré con mis amigos y me podré en contacto con usted en cuanto saque algo en claro de este asunto —le dijo.

Entonces Anita se metió al vagón y el tren partió.

Pasaron tres semanas hasta que los Somerbridge recibieron una llamada de Leonard Spratt.

Tal y como le había pedido Anita, él y algunos de sus socios se acercarían a Waventon Park por la mañana para discutir con el vizconde sobre asuntos de negocios.

Los hombres se habían metido en la biblioteca poco después de su llegada y lady Somerbridge, bastante emocionada por tener en su casa a unos caballeros de tal prestigio social, tuvo que pedirle a Anita que la acompañara a uno de los salones.

—¡Es tan extraño! —soltó la vizcondesa. La tetera, rígida en su agarre, tiritó mientras le servía el té—. Hace un año era la esposa de un editor, ¡y míreme ahora! Mi marido ha subido a la biblioteca para hablar de negocios.

—Sí, tiene razón; eso le quita el atractivo a cualquier hombre —replicó Anita con indiferencia.

—¿En qué cree que invertirá?

La joven soltó una carcajada incrédula.

—Es su marido, ¿cómo lo voy a saber? Aunque espero que invierta en la construcción... Siempre ha sido un negocio redondo y ahora lo es más que nunca, con Francia hecha una piltrafa...

—¿En qué invirtió su padre, señora Musgrove?

—Mi padre ganó dinero ensuciándose las manos, como todos —contestó con simpleza—. Comenzó a subir escalones, hizo los amigos que debía y aceptó trabajos que, sabía, le volverían imprescindible. Que no la engañen, lady Somerbridge: los millonarios no se forjan con astucia y trabajo duro. Eso son solo triquiñuelas que se inventan para montar un teatro que el resto cree ser verdad, del que sacan esperanzas y con el que excusan sus maldades.

La puerta se abrió de repente y Leonard Spratt se presentó ante las dos mujeres apestando a puro.

—Señora Musgrove, nos preguntábamos si le gustaría subir para jugar a las cartas —le dijo.

—Si a lady Somerbridge no le importa...

La vizcondesa le mostró con un cálido gesto que podía bajar a la biblioteca sin preocupación alguna, pues había pensado en ir a ver a los niños mientras terminaban sus clases y acompañar a su tutor a la puerta para pedirle un coche.

Le abrieron la puerta y recorrieron el pasillo.

—Somerbridge es un hombre bastante agradable, la verdad. Más de lo que esperaba —comentó Spratt de la nada—. Quizá todo el asunto de la herencia desviada me haya hecho crear una maligna imagen de él que no se acerca nada a la realidad.

—Y también es muy bueno con Mary.

Al entrar en la biblioteca les recibieron un olor a tabaco y una suave ola de humo gris que acunaban las risas de los invitados.

Anita saludó a los caballeros antes de sentarse.

Le sirvieron una copa y charlaron durante unas horas hasta que el cielo comenzó a tornarse azulado, despejando los colores de las primeras horas del día.

Spratt tiró su mano una vez más, apenas capaz de mantenerla agarrada debido a las heridas que le habían atrofiado la mano.

—¿Quiere que le sujete las cartas? —le preguntó.

—¡Ah! No, no se preocupe...

—Le prometo que no miraré qué tiene —bromeó ella mientras le servía otro café—. Venga, ¿cómo va a beber con todas las manos ocupadas?

A mitad de la partida, Burns, el mayordomo, entró a la habitación con prisas y con un telegrama arrugado entre los dedos. Entonces se acercó a Anita, la miró unos instantes con la mente en blanco y dijo, girándose de repente:

—Perdone, Su Señoría. —Entonces se acercó a Somerbridge—. Ha llegado un telegrama de urgencia.

El vizconde lo cogió con prisas al ver que había sido enviado por la Oficina de Guerra. Lo leyó una y otra vez, atónito, hasta que se le nubló la mente por la noticia, y exclamó:

—Se ha firmado el armisticio, caballeros. ¡Se ha firmado el armisticio!

Todas las miradas se posaron sobre él.

—¿La guerra ha terminado? —le preguntó uno.

Entonces el salón estalló en vítores apasionados que habían olvidado, quizá, el precio de aquella paz.

Pronto el jaleo se extendió al servicio y lord Somerbridge se enteró de que en Clarenhill habían preparado una verbena para celebrar el armisticio.

Tras un minuto de silencio, por respeto a los caídos, el vizconde permitió a todo el mundo asistir.

—Cielos, la paz —le dijo Leonard Spratt a Anita mientras bajaban la colina al pueblo.

Se podía escuchar a la banda tocar en la plaza.

—La guerra ha sido tan larga que pensé que no terminaría nunca —respondió ella—. Pero, ahora que ha acabado todo en victoria, las pérdidas apenas un poco menos.

—¿Era el coronel un militar apasionado?

Algunos alegres se habían juntado en la plaza de Clarenhill, justo frente a la vicaría, para bailar en parejas, contentos de haber vivido para ver a los alemanes rendirse tras aquella gran guerra.

—Solo un deseo disciplinado podría haberle llevado a abandonar a su familia. A abandonar su casa. No, no fue un abandono, sino una feliz renuncia. Se que el título no le hacía feliz —respondió Anita.

—Y, sin embargo, ¿a usted sí?

La joven aceptó la mano que le tendía el señor Spratt y bailó con él. Había visto a lady Newton entre la muchedumbre, riéndose a carcajadas, dichosa y entretenida.

—Yo no busco la felicidad —respondió—. Solo quiero que todo esté en su lugar para poder encontrar un poco de paz.

—Y hoy es mejor día para expresar ese deseo.

Anita sonrió con tristeza.

—No crea. Cada día todo está más desordenado, no sé dónde cómo mover ficha y la paz parece tan lejana que no puedo siquiera soñar con ella.

Continuaron bailando en silencio. Sin embargo, los dos tenían muchas cosas que decir y sabían que en algún momento u otro acabarían hablando.

Anita se adelantó:

—Perdón por cómo lo rechacé en el Ritz.

—No se disculpe —farfulló Spratt—. La pillé por sorpresa, y no nunca podemos dar por seguro cómo reacciona la gente ante... que le pidan la mano.

—¿De verdad pensó que le diría que sí?

—Era joven y estúpido, así que sí, me esperaba que aceptase. Aunque debí de haber comenzado a sospechar cuando dijo que no podíamos estar a solas.

Ninguno de los dos se pudo aguantar la risa, pero Spratt la observó fijamente mientras la carcajada se iba deshaciendo: la bella Anita no había envejecido, para nada. Era, al contrario, la nubilidad que poseía cuando la conoció la había desaparecido, y el paso del tiempo no parecía ser el único culpable.

—Pero ¿qué diría si se lo pregunto ahora? —dijo el hombre con la voz débil y cobarde.

Ella lo miró fijamente a los ojos durante unos segundos para averiguar si lo había dicho como algún tipo de broma, y la seriedad con la que se encontró fue dura como el acero.

—Me gustaría decir que sí. —Y en ese momento supo que lo rechazando de nuevo—. Pero debe

saber, Spratt, que me arrepentiría.

—¿Se arrepentiría de casarse conmigo?

—Pero no lo digo por vanidad —se apresuró a explicar Anita—, sino porque sé que usted también se arrepentiría. No soy lo que quiere y, si me quiere, es porque no sabe lo que soy. Y le agradezco mucho que me lo pida. De ser otras las circunstancias, me habría solucionado la vida. Sin embargo... ¡No sé cómo explicarlo! Es un buen hombre, siempre lo ha sido; encontrará a una buena mujer que le convenga. Pero ahora que hay paz en Europa, tenemos la cabeza en otro lado, estamos desorientados y no pensamos con claridad...

## CAPÍTULO 30

La carta llegó a Waventon Park apenas dos días después de que Ernest le escribiera desde Chicago.

Había sido enviada por correo urgente, así que, cuando Anita la cogió, pensaba, mientras la abría, que tenía que ser una nefasta noticia.

—¡Señora! —exclamó la vizcondesa—. Está blanca como una sábana, ¿se encuentra usted bien?

Anita, sin embargo, no oyó lo que le decía.

Su hermano le informaba en aquella carta de que la señora Schneider había caído enferma por la fiebre española y que no le auguraban un futuro optimista.

Debía, además, viajar a Chicago lo antes posible si deseaba ver a su madre viva por última vez.

—La señora Schneider —respondió la joven con voz trémula—, sufre de fiebre española. Mi hermano me ha escrito para que vuelva a casa cuanto antes.

Lady Somerbridge la miró con lástima.

—Lo siento muchísimo, es una noticia terrible. Lady Newton también está enferma, ¿sabía? Y media Inglaterra. ¿Quiere...? ¿Quiere sentarse? ¿Le pido una copa de vino? ¿Un café? ¿Algo de comer?

—No, gracias, estoy bien. Un poco sorprendida, sí, pero bien. No se preocupe —contestó Anita con los ojos pegados a la carta de su hermano.

—¿Y qué hará?

Anita alzó las cejas, desconcertada por sus propios sentimientos y, sin saber muy bien qué sentir en ese momento, dejó la carta sobre la mesa de la biblioteca de un golpe.

—Ir a Chicago, supongo... No lo sé. A veces me debato entre las cosas que hago por miedo y las que hago por seguir la prudente línea de la inercia.

Mientras ella pensaba y cavilaba, la vizcondesa se acercó a la ventana de la habitación para ver a los niños jugar en el jardín.

La hija de Anita había celebrado su quinto cumpleaños hacía ya unos días, pero el joven Arnold pensaba que la fiesta debía continuar a lo largo de toda la semana.

—La pobre perderá a su abuela—se lamentó.

—No la conocía mucho —respondió Anita mientras rebuscaba en uno de los cajones en busca de papel y pluma—. Era complicado viviendo tan lejos, ¡aunque a veces era como si se pasasen la vida aquí, en Waventon! Pero era lo mejor para Mary; a pesar de que consiguieron poner sus zarpas sobre mí, tendrán que pasar por encima de mi cadáver para...

La joven se calló de repente y soltó un suspiro.

—¿Me haría el favor de cuidar a la señorita Musgrove mientras estoy en América? Mi padre estará destrozado y no quiero que esa sea la última imagen que tenga de mi familia...

—Por supuesto. Al fin y al cabo, esta casa es tan suya como nuestra. Me dijo lord Somerbridge que si somos los dueños de esta casa es solo porque es nuestro turno de custodiarla —respondió su amiga.

—¡Custodiar! —se mofó—. Bueno, será mejor que arregle mi equipaje y coja un tren de inmediato. Bajaré a despedirme en cuanto esté todo listo. —Se paró un momento en el marco de la puerta—. Muchas gracias, lady Somerbridge.

La mujer le sonrió con toda la bondad que tenía y a vio marchar escaleras arriba.

El trayecto a Chicago concluyó a los cinco días; tras recorrer el océano, subió al tren y después salió de la estación, donde Ernest la esperaba con el rostro compungido.

—Ernie, qué mal aspecto tienes. ¿Ha muerto ya la señora Schneider?

Su hermano sacudió la cabeza.

—No, Ana, no... Qué manera más desagradable tienes de decir las cosas. Solo estoy preocupado y apenas duermo de la angustia —le dijo—. ¿Y tu hija?

—En Waventon. Ya le dije a nuestra madre que la próxima vez que viese a Mary sería por encima de mi cadáver... ¡Calla! Sé lo que vas a decir; pero si nos repudió a las dos cuando no teníamos techo, no le permitiré que nos busque ahora con la pena de la muerte a las espaldas —soltó, acelerada por la rabia, para interrumpir a Ernest.

—¿No podías hacer una excepción? —preguntó.

Cruzaron la salida de la estación hasta la calle y pidieron un taxi para llegar a la casa de los Schneider en la avenida Hoyne.

Cuando llegaron, el señor Wilson les abrió la puerta con tal gesto de lobreguez que Anita, del susto, dio un respingo. Entonces le preguntó por la señora Schneider mientras avanzaban por el recibidor.

—La señora... ha fallecido. Señorito Ernest, la señora se fue mientras usted iba a buscar a la señorita Ana. Y el señor sigue arriba con ella —lloriqueó el mayordomo.

Anita apoyó su mano sobre el hombro de Ernest para darle ánimos antes de subir a la habitación.

Allí, efectivamente, estaba su padre: arrodillado frente a la cama como un gusano infeliz, cogía férreamente la mano de su esposa, como si aquel gesto fuese a traerla de vuelta,

—Padre —le llamó su hermano con voz suave.

—¡Ernest, hijo mío! —Se quedó un momento callado y se llevó un dedo a los labios—. ¡Chist! Vuestra madre está durmiendo, vais a despertarla.

Ernest y Anita se miraron de reojo.

Mientras el señor Schneider les pedía una y otra vez que se callaran, los dos hermanos salieron de la habitación en un estado de conmoción.

—Es como si renegase de la realidad —farfulló Ernest. Las cejas se le habían hundido en la frente y no paraba de dar vueltas—. Te seré sincero, Ana: no te he contado todo...

—Cielos, ¿qué otra cosa puede haber peor que una madre muerta y un padre trastornado?

Su hermano relajó la frente y suspiró.

—Nuestro padre está peligrosamente cerca de la bancarrota. Ha perdido casi todas sus inversiones por la guerra; la mayoría de los raíles que construyó en Francia están destruidos... —Se sentó en uno solios del pasillo—. Esta guerra se ha llevado tantas cosas por delante... ¿Y para qué?

—¡Todo por la paz! —exclamó Anita, solemne.

—Pero creo que ha sido demasiado para él: la ruina de la empresa y la enfermedad nuestra madre...

Anita se cruzó de brazos.

—¿Y qué hay de ti, joven Schneider?

Su hermano, que la miraba sin color en los ojos, metió una mano en el bolsillo de su chaleco y echó un vistazo por la ventana.

—Los socios de este sistema caerán pronto y yo no estaré entre ellos cuando se hunda como un barco putrefacto. Eso, sin embargo, no significa que haya dejado de preocuparme como hijo; se ha vuelto loco, Ana. Y con madre muerta y su fortuna casi perdida, le será difícil salir de este duro bache.

—Pues yo me alegro. Se merecen todo lo malo que les ocurra. No intentaré mentirme a mí misma, ni a ti ni a nadie, y pretender que no les deseo lo peor. Padre nos ha traicionado —concluyó la

joven.

—¡Ana, tienes que entenderlo! No hay nada más importante para ellos que la altura social; la buscaron por años e hicieron todos los sacrificios posibles para conseguirla. Cometieron errores, sí, pero jamás hubo malicia tras ellos.

—Sé que nunca vas a comprenderlo, a pesar de toda la bondad que hay detrás de todo lo que haces, Ernest —insistió la joven Anita con una sonrisa melancólica—. Sin embargo, ahora que sé de la situación en la que se encuentra la familia, asume que tenemos asuntos más graves de los que ocuparnos.

Después de un breve silencio, nacido de la incapacidad que tuvo su hermano de responder a aquellos crudos sentimientos de rencor, Anita añadió:

—No cuentes conmigo, Ernest.

La joven lo observó bajar al recibidor y se quedó sola en el descansillo. Entonces, con la imagen de la puerta grabada en las retinas, entró a ver a su padre.

El señor Schneider se había sentado sobre el colchón junto al cadáver pálido e hinchado de su esposa. Parecía no querer soltar su mano, como si eso significase de manera definitiva que había muerto.

Anita quiso decirle que en algún momento tendrían que llevarse el cadáver, que no podían dejar que se pudriese sobre la cama, pero se mantuvo en silencio y le permitió llorarla en paz.

—¿Está Anita Dólar en aquí —se preguntó con voz llorosa— o soy solo yo sosteniendo mi corazón en un puño?

Pero de repente su padre, gimoteando como un niño en su delirio, le tomó las manos bajo su propia palma y Anita vio por un instante —juró que lo vio, aunque solo durante un fútil y breve momento— un brillo de lucidez en sus ojos cuando le dijo:

—Perdona a tu mamá, Anita. Perdónala.

Entonces la locura volvió a su mirada y el señor Schneider continuó pidiéndole silencio.

Wilson llamó a la puerta suavemente. Observaba a Anita con súplica y desasosiego bajo el marco de madera, pidiéndole en silencio que le dejase al fin custodiar el cadáver de su señora.

—Vamos con Ernest —susurró—, deja a mamá descansar.

Tras echar un último vistazo al cadáver de su madre, le llevó de la mano escaleras abajo hasta el recibidor, donde su hermano se encontraba hablando por teléfono.

Al verlos se despidió con prisas y colgó.

—Wilson nos ha preparado algo de comer en el salón. Pobre hombre... Está perdiendo el poco pelo que le queda por el agobio. ¿Ha subido ya para...?

Anita asintió, silenciosa.

—Rose está embarazada de nuevo.

Anita sonrió, genuinamente feliz por la noticia, y le dio una palmada en la espalda para darle ánimos.

—¿No te entristece que ninguno de tus hijos vaya a conocer a su abuela? Aunque al joven Albert siempre le tendrá a los Folch... Qué horror —farfulló.

El señor Schneider, meditabundo, admiraba las fotografías que colgaban de la pared; era un viaje en el tiempo por el cual podía admirar a su mujer y los rostros extintos de sus jóvenes hijos.

—¿Te quedas a dormir? Acabo de decirle a Rose que pasaré la noche aquí —le contó Ernest durante el trance de su padre.

—No me apetece, pero me angustia dejarte a ti y a Wilson al frente de semejante embrollo...

La casa de los Schneider sobrevivió a aquella trágica noche, pero Anita se mantuvo firme en su decisión de partir para Inglaterra a primera hora.

Su hermano la acompañó a la estación y viajó con ella a Nueva York, donde separaron caminos. Al llegar a Waventon Park, poco más de una semana después, los vizcondes le preguntaron, ya que no habían podido contactarla durante su ausencia, sobre la salud de su madre, y lamentaron mucho escuchar las noticias sobre su muerte.

—Hay mucho correo para usted —le dijo lady Somerbridge a la mañana siguiente—. No se lo conté ayer porque llegó tarde y muy cansada. Uno es un telegrama urgente de Nueva York y el otro viene de Bootle. También nos ha escrito Leonard Spratt, que vendrá a Waventon este fin de semana para verse con lord Somerbridge.

—Cuántas cosas han pasado en mi ausencia, vaya. ¿Sigue mi hija dormida? Ya estaba acostada para cuando llegué.

La vizcondesa la acompañó a la biblioteca.

—Se despertó hace un rato y ahora creo que está con los niños en el salón. —La mujer rebuscó en uno de los cajones—. Tome, aquí están. El señor Spratt llegará mañana por la tarde, según nos ha dicho, así que mi marido pasará casi todo el día en las fincas.

—Gracias.

Anita decidió leer la carta de Bootle después y abrió el telegrama que le había mandado su hermano, que era, tal y como se esperaba, un relato de las últimas andanzas económicas del señor Schneider: la bancarrota había sido confirmada por su secretario y eran oficialmente una familia arruinada.

—¿Malas noticias, señora Musgrove?

Con una mueca, la joven dejó el telegrama sobre la mesa y se sentó en uno de los divanes.

—¿Piensa usted que las malas noticias siempre llegan envueltas en sorpresa? —le preguntó—. Si una sabe qué tragedia le van a contar, ¿siguen siendo malas o son solo inoportunas?

Lady Somerbridge no supo qué responder.

—El señor Schneider se ha declarado en quiebra.

—Terribles, entonces —añadió la vizcondesa.

Ernest había podido hacer un par de triquiñuelas, gracias a sus ahorros y a la ayuda del señor Folch, y se deshizo de un par de deudas que había acumulado durante los últimos años.

—Subiré a hablar con Mary —dijo—. Aún no le he contado lo de su abuela y no creo que se le deba esconder algo así a un niño de su edad.

—Yo seguiré aquí abajo por si le apetece hablar.

Anita sonrió con tristeza.

Leonard Spratt llegó a Waventon al día siguiente, y no con la actitud que Anita esperaba; supuso que la frialdad con la que la había saludado aquella tarde se debía a su segundo rechazo, pero esa conjetura no terminaba de convencerla.

La joven bajó de la habitación de su hija y se topó con Spratt, quien intentó rehuirla.

—No finja que no estoy. ¿Puedo preguntarle qué demonios le ocurre? Pensé que ya no había rencor entre nosotros —soltó.

Spratt se quedó en silencio, meditabundo.

—Y así era —replicó finalmente— hasta que corrieron ciertas noticias por el continente. Entonces llegaron a Reino Unido y dieron a conocer públicamente las desgracias de su padre.

—¡Bueno! Qué poca fe tienen en mí.

Spratt sonrió de lado y replicó:

—Creo que las aventuras de Anita Dólar acaban aquí. Ya no tiene dinero, ahora usted es solo Anita.

—Pues cree mal; aún no he resuelto nada, y quedarme de brazos cruzados no es una opción de la



que reniegue por capricho. Es solo impensable —dijo la joven mientras bajaba los escalones con él.

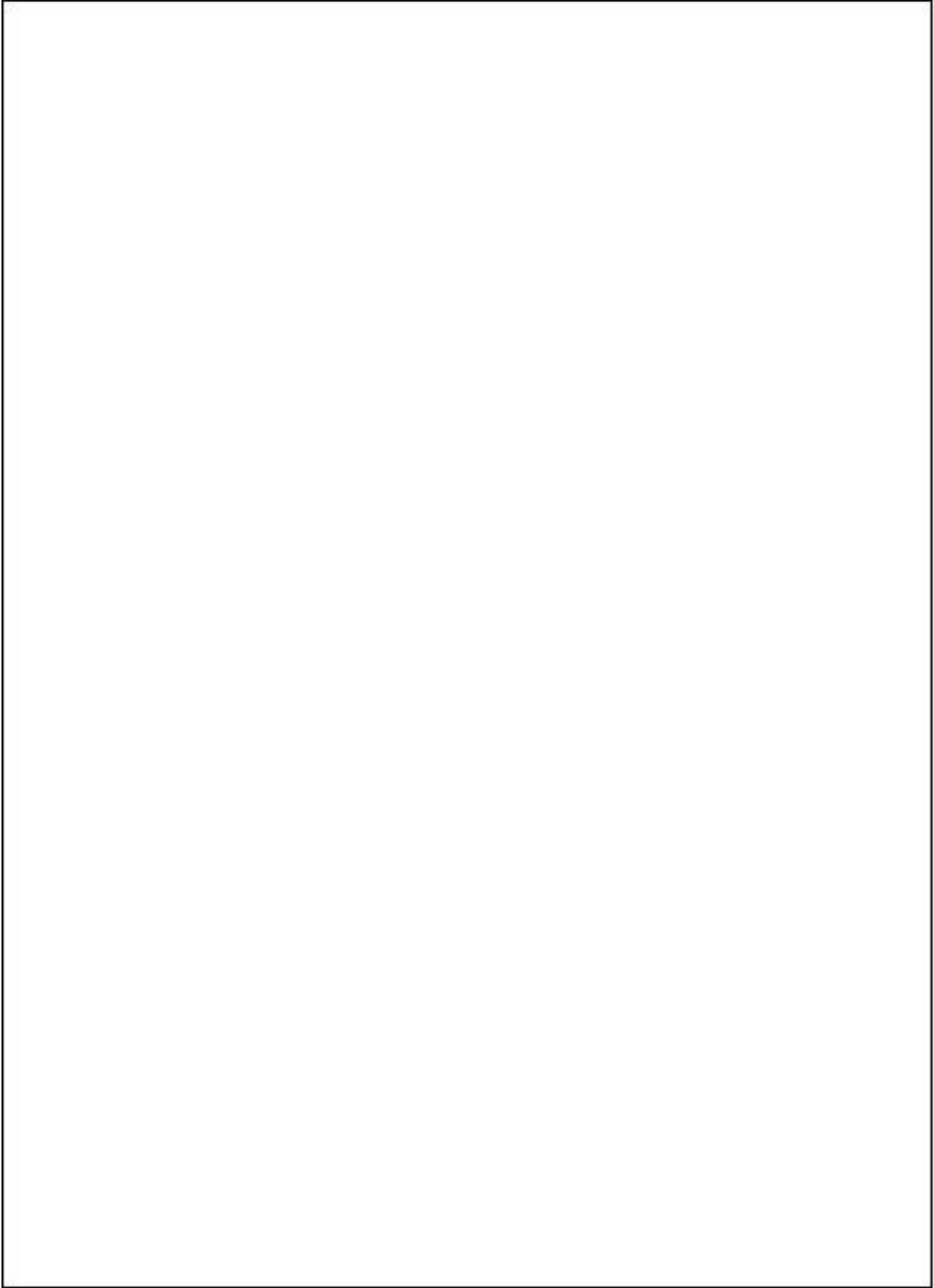
—Pues tendrá a todo el país en vilo, como en los viejos tiempos. Yo, por mi parte, me retiro de la obra. Siento mucho sonar tan frívolo y tan descarado, pero comprenderá que no me conviene codearme con una mujer cuyo padre está chiflado y arruinado.

—¡Me sorprende! —rio la joven—. Ahora sí que se alegrará de que yo le detuviese antes de que su proposición tomase un tono peligrosamente serio.

Para cuando llegaron al pie de las escaleras el hombre ya esperaba impacientemente para retirarse.

—No sabe usted cuánto... —farfulló con tono fatalista—. Yo ya me voy; dígame a Somerbridge que es un hombre de gran corazón pero que esa bondad le pasará factura.

Entonces el ya no tan joven Leonard Spratt se despidió de ella, quizás para siempre, y cruzó el recibidor hasta desaparecer por la puerta.



## Parte XI.

Anita, como Jehová,  
cuida a los enfermos

## CAPÍTULO 31

—Mi cielo —sollozó Anita—, te quiero mucho, muchísimo. No sabes cuánto, mi vida. Sé buena y escíbeme a menudo, ¿vale? Solo porque mamá no esté no significa que te puedas olvidar de ella. Se secó las lágrimas que le habían inundado las mejillas antes de darle dos besos a su hija y la abrazó como si no volviese a verla jamás, pues no estaba segura de que pudiera hacerlo.

—Me tengo que ir ya, cariño.

La carta que había recibido de Bootle era una amarga realidad que había querido negar durante demasiado tiempo.

Tal y como le había dicho Spratt, su presencia en Waventon, ahora que era poco más que la hija de un loco arruinado, podía perjudicar a los Somerbridge y, muy en contra de su voluntad, Anita había acabado encariñándose con ellos.

Como ya había dicho, aquella carta no era más que la respuesta de un hospital que se encontraba en un pueblo cercano a Bootle. Patrocinado por una condesa viuda, aquella clínica había sido destinada desde los últimos meses de la guerra a la rehabilitación de soldados.

Anita no tenía mucha formación como enfermera pero, debido a la gran necesidad que había de cuidados y de lo poco que estaba dispuesta a cobrar, no les importaba que apenas tuviese idea de cómo desinfectar una herida.

—Gracias por todo —murmuró—. Escribanme sobre la señorita Musgrove todo lo que puedan, por favor. Sé que está en buenas manos, y me alegra que pueda criarse en esta casa...

—No tiene por qué irse —le insistió el vizconde.

Anita sacudió la cabeza, sonriente.

—Considérelo como la amortización de todo lo que han hecho por mí. Después de tanta generosidad y simpatía, sería de mal gusto y, sobre todo, me haría sentir terriblemente culpable, que perdiesen a todos sus socios.

—¡Que le den a esos burgueses de poca monta! Usted tiene tanto derecho a vivir aquí como nosotros.

—Sé por experiencia, Somerbridge —replicó la joven mientras recogía su bolso—, que la culpa, aunque llena de bondad, nunca es buen hilo para coser relaciones de afecto.

Mary se escondió en los brazos de su amigo Arnold para protegerse de su propio llanto; a pesar de ser muy joven, comprendía perfectamente que su madre se marchaba.

—Llámenos —le rogó lady Somerbridge—. Sé que no le ocurrirá nada malo en el hospital, pero no se imagina cómo me angustia la idea de que una mujer como usted, tan fuerte y distinguida, pase sus últimos días en semejante sitio.

—¡Cielos! Va a hacer que me sonroje y rompa en llanto. Señora, le aseguro que no es un futuro tan terrible. Además, esos aires de mujer elegante no serán más que trabas en mi camino...

Anita estaba segura de que aquella decisión era la más correcta. No solo porque había abusado de la simpatía de los Somerbridge durante demasiado tiempo —y seguiría haciéndolo pues, aunque no estaban obligados a cuidar de su hija Mary, habían aceptado hacerlo—, sino porque, además, su camino en el mundo estaba atascado y había que liberarlo para poder continuar.

Tras una última despedida, se volvió a secar las mejillas y subió al coche para ir a la estación de tren.

El hospital que había elegido como ocupación se encontraba en una villa cercana a la ciudad de

Bootle.

Era pequeño, sencillo y, aunque antaño había funcionado como una clínica tradicional, tras la apertura de otro hospital más ventajoso, habían acordado usarlo como un centro de rehabilitación. Era con el doctor Fairfax, un hombre del que no sabía absolutamente nada, con quien había acordado las pautas de su nuevo empleo. Estaba al corriente de la nula experiencia de Anita y le había contado en un ataque de sinceridad que la escasez de enfermeras era alarmante, aunque no por la falta de empleadas.

Eso le hizo reflexionar.

Le esperaban tiempos duros y no estaba segura de ser capaz de convivir con soldados ciegos, jóvenes tullidos y hombres mutilados sin perder la cordura.

El pueblo donde se encontraba el hospital se llamaba Bromcott y era la villa de los condes de Crawfey. Se dio cuenta al bajar del autobús de que era un lugar tranquilo y silencioso que nada tenía que ver con Clarenhill.

Ya había llegado el final del verano y el viento se había vuelto frío. Las orejas de Anita estaban rojas, y se las intentó calentar bajo el sombrero mientras caminaba hacia el edificio.

¿Sabrían allí de ella? ¿Habrían escuchado sobre Anita Dólar?

Bromcott estaba tan vacío y desolado que, por un momento, Anita pensó que realmente allí no vivía absolutamente nadie.

—¿Señor Fairfax? —preguntó al entrar.

Le abrió la puerta un hombre con el ojo vendado y la joven, sorprendida por su aspecto, dio un respingo antes de entender finalmente que la estaba invitando a entrar.

—El doctor Fairfax ha salido —le respondió el desconocido—, pero no creo que tarde mucho en volver. ¿Es usted la nueva enfermera?

—Sí.

Ese hombre se presentó después como uno de los pacientes del hospital; antaño un librero, luchó en Francia en 1917 y perdió allí el ojo derecho. Iba de vez en cuando al hospital para entrenar su vista y acostumbrarse a la visión, como la llamó, monocular.

—Mi marido también luchó ahí —comentó ella.

—¿Y qué es de él?

La joven apretó los labios, incómoda.

—Falleció en el Somme.

El desconocido tuerto no dijo nada más.

A los pocos minutos otro caballero entró por la puerta: era un hombre de nacientes cuarenta años, tez gris y mustia, con las mejillas caídas de cansancio. Usaba un abrigo largo hasta las rodillas y se estaba quitando el sombrero cuando la vio.

—¿Es usted la señora Ana Musgrove? —Anita asintió sin ceremonia—. Siento haber estado ausente, pensé que llegaría algo más tarde. ¿Señor Richards? Discúlpenos un momento, señora, déjeme atender al caballero. Estaré con usted enseguida.

Entonces Anita tuvo la oportunidad de observar el hospital con más atención.

Aunque la fachada había conseguido engañarla en un principio, el interior del edificio no era austero ni rústico, y tampoco tenía ese aspecto de clínica abandonada a las maldades de los espíritus.

El recibidor, aunque pequeño, estaba inundado de la luz que provenía de las ventanas.

Los arcos que daban a los pasillos eran amplios y permitían ver el aspecto de las habitaciones donde residían los pacientes; las camas estaban cubiertas por sábanas blancas y sobre cada mesita descansaba un colorido jarrón.

Anita se adentró en una de las habitaciones y fue recibida por las miradas curiosas de algunos soldados, que poco después volvieron a ocuparse de sus asuntos. Algunos jugaban a las cartas en grupo, otros leían y el resto simplemente dormitaba en silencio.

—Señora.

Fairfax apareció de repente frente a ella y se disculpó, algo azorado, al ver que la había asustado.

—Sígame —le dijo en voz baja—. Le enseñaré primero su habitación para que pueda instalarse. Solo hay dos enfermeras más, pero viven en el pueblo.

—¿Y usted? —preguntó Anita mientras le abría la puerta y entraban a la habitación.

Era sencilla, sin ninguna floritura ni decoración exagerada. Quizá aquella simplicidad era lo que en ese momento más necesitaba Anita para descansar el alma; quizás aquellas sábanas blancas y esas paredes desnudas eran la morada idónea de sus cavilaciones.

—Mi casa está junto al hospital, aunque no paso mucho tiempo allí... No cuando hay pacientes graves que no han encontrado sitio en el nuevo sanatorio, al menos. Aunque cuento con las enfermeras todas las horas del día, les recomiendo que descansen.

Anita se apresuró a dejar su pesado bolso sobre el pequeño escritorio y siguió al doctor Fairfax para ver el resto de las instalaciones.

—Verá que no es un trabajo muy estresante. Solo tiene que realizar los ejercicios pertinentes con cada paciente —le dijo el doctor.

Le entregó un papel amarillento con una larga lista de nombres, lesiones, prácticas y utensilios que le correspondían a cada uno.

—Lo he escrito con algo de prisa, así que puede que haya pasado algo por alto. No tenga reparo en preguntarme a mí o a cualquiera de las enfermeras si tiene una duda.

—Es usted muy amable... ¿Empiezo ahora?

—Es casi de noche —musitó el doctor—. Solo queda darles de cenar y atenderlos a la hora de dormir. Encontrará a las otras enfermeras en el jardín de atrás, pero en cuanto terminen con sus ejercicios vendrán a avisarla de lo que tiene que hacer.

Anita se dirigió a la habitación, abrió su bolso y sacó las pocas cosas que se había traído de Waventon Park que no había acabado vendiendo. Poco después de media hora, tal y como le había dicho Fairfax, una de las enfermeras, la más veterana, que se había presentado como la señorita Hughes, le dijo que era la hora de dar de cenar a los internos.

Al ser su primer día en el hospital, la joven se limitó a observar a sus compañeras. Se aprendió a conciencia los horarios, el protocolo, las dietas e incluso logró recordar el nombre de alguno de ellos.

—Señorita Hughes —la llamó Anita cuando ya se dirigían todas a la puerta, poniéndose sus abrigos y sombreros—, ¿le importa si le pregunto una cosa?

—Desde luego que no, adelante.

La joven puso una mueca extraña antes de hablar.

—¿Le ocurre algo al doctor Fairfax? No quiero ser cotilla, para nada, pero... Me resulta extraño que todavía no se haya ido a casa; son más de las diez. ¿No se preocupará su esposa si no vuelve?

—¡Ah! —La señorita Hughes soltó una risa de alivio—. El doctor no está casado, así que me extrañaría que hubiese una mujer aguardando en su casa. Además, él siempre está en hospital por si hay alguna urgencia... Aunque vive aquí al lado, apenas a dos minutos. Bueno, y porque ahora usted está aquí. Como comprenderá, no puede dejarla durmiendo sola en un sitio repleto de hombres.

—Cielos, señorita Hughes, son soldados heridos en combate, no malhechores de taberna —replicó la otra enfermera.

—Sí, son honorables por haberse sacrificado por el país, pero siguen siendo hombres muy solitarios y usted sigue siendo una mujer joven.

Anita sintió cómo aquellas palabras comenzaban a erizarle el vello de la piel y se despidió de las enfermeras con prisa para llegar a su habitación y acostarse cuanto antes.

La noche, sin embargo, se le hizo eterna; tras estar horas dando vueltas alrededor de la incómoda cama, intentando encontrar calidez entre las sábanas, se levantó, se abrigó con un modesto batín —tras las barbaridades que había escuchado de la señorita Hughes ya no se sentía segura en el hospital— y se dirigió a la cocina arrastrando los pies.

Al pulsar el botón de la luz soltó un chillido al encontrarse al doctor Fairfax leyendo bajo una minúscula lámpara. Él, al escucharla, dio un respingo.

—¡Qué susto! —sollozó la joven—. ¿Qué hace aquí tan tarde, doctor? —Le mostró la cubierta de la novela francesa que se encontraba leyendo—. ¿Está trasnochando para leer? Ese libro tiene casi cien años.

—Bueno, los clásicos no envejecen. Supongo que por eso se les llaman así.

Anita se sentó frente a él.

—Todo envejece —musitó entonces— salvo la historia y la soberbia que puebla las estanterías de la mayoría de nosotros... Incluida yo misma, a veces.

El doctor sonrió en silencio y le dijo que, en realidad, sí que era el momento de acostarse.

Cuando Anita se despidió de él y se dirigió a su habitación, se dio cuenta de que aquella pequeña y casi nimia conversación había conseguido hacer desvanecer su miedo absurdo.

Poco a poco, con el ligero paso del tiempo y tras mañanas y tardes interminables haciéndose cargo de diferentes aquejados, enfermos y tullidos, comenzó a acostumbrarse a la vida en Bromcott.

Las enfermeras la ayudaban, en su buena voluntad, con todo lo que podían, y los internos se mostraban de lo más pacientes con sus innumerables errores; cuando le temblaban las rodillas o acababa apartando la mirada de un rostro sin nariz, ellas reían y le aseguraban de buena gana que así se aprendía.

Pero ese lugar, lejos de resultar aterrador por la noche, era peor durante el día. Por la noche, al menos, todos dormían, y Anita podía al fin estar a solas con sus pensamientos.

La joven se levantaba cada mañana y veía hombres moribundos cojear y arrastrarse con sus muletas, veía apenas su cuerpo y le atormentaban las almas que, cegadoras y casi opacas, iban de un lado a otro lamentándose por seguir viviendo.

Anita sabía que al doctor Fairfax no le gustaba verla trabajar. Sabía, también, que le angustiaba pensar que ella se rodeaba día y noche de reflejos deformados de su difunto marido.

Aunque nunca llegó a preguntarle por ello, mirada de pesadumbre se le hacía asfixiante.

Una mañana, mientras tomaban un café, la joven se quedó observando los dedos y decidió confesarse:

—Por extraño que sea —dijo—, me horroriza y me consuela al mismo tiempo. Ver soldados que por los pelos han esquivado a la muerte le hace a uno darse cuenta de que quizá ese no es el mejor final... Jamás volvería a dormir si por las noches me pusiera a pensar en cómo sería toda mi vida si fuese mi marido uno de los soldados a los que veo cojeando a duras penas.

Fairfax no soportaba escucharla hablar de esa manera, como si todo a su alrededor no fuera más que angustia y remordimiento. Algo tenía que haber, se decía siempre; algo hermoso, centelleante como ella, tenía que florecer en su vida.

Y por ello se esforzaba cada mañana por mirarla a los ojos, lejos de esas sonrisas suyas —con las que se decoraba para animar a los enfermos—, para ver si podía vislumbrar algo de honestidad en

su alma que le confirmase que había una mujer más allá de la infame leyenda que había escuchado.



## CAPÍTULO 32

El trabajo de Anita en el hospital se convirtió con el tiempo en una labor encomiable: los pacientes con los que solía tratar siempre le sonreían y le pedían favores de todos los tipos solo para hablar con ella.

Estaba acostumbrada a aquel trato. Empujada por sus padres, que habían resultado estar muy orgullosos de su encanto y su lindeza, era su orgullo haber logrado pulirse hasta casi la perfección, y solo la ira más intensa podía resquebrajarla.

Toda aquella pomposidad y simpatía la llevaban de vuelta a otros tiempos, desde luego.

La pequeña sociedad local —que no eran sino caballeros, baronets y dueños de pequeños señoríos cercanos— la invitaba de vez en cuando para pasar el rato con ellos.

El doctor Fairfax se quedaba con ella todas las noches y volvía tarde a su casa. No le preocupaba su seguridad, desde luego, ya que vivía apenas a diez pasos del hospital, y también quería que Anita se sintiese lo menos sola posible durante la noche.

Era miércoles y Anita se encontraba en el jardín con el señor Lucas, un joven de lo más problemático que llevaba semanas intentando aprender a usar su pierna ortopédica y fracasando en el intento.

El pobre muchacho había sido un gran jugador de críquet antes de la guerra y, según le contó, su mayor problema era que su cabeza aún no se había hecho a la idea de que no volvería a tener pierna.

Anita quiso decirle que sí, que en un futuro la tendría, pero él le respondió —y contra eso ella no pudo protestar— que un simple trozo de metal era demasiado frío y se movía demasiado poco como para considerarlo un miembro de su cuerpo.

—Bueno, jovencito, intentémoslo otra vez.

Se dio cuenta con un solo vistazo de que el bastón del señor Lucas había desaparecido.

—¿Dónde ha...? —Anita revisó los alrededores de la silla y puso los brazos en jarra, ceñuda—. ¿Qué ha hecho con su bastón, señor Lucas?

Él se encogió de brazos con un gesto socarrón.

—¡Pero no se vaya, señora! ¡No me deje solo! ¡Quédese conmigo! —exclamó con un fingido desconsuelo al verla entrar al edificio.

Anita recorrió el pasillo hasta la oficina del doctor Fairfax. Al encontrarla vacía, pensó que quizá estaría en la cocina tomándose un té.

—Doctor, no...

Calló al abrir la puerta.

Fairfax se encontraba charlando con una mujer entrada en años, vestida elegantemente de terciopelo y con un sombrero decorándole la cabeza.

Sorprendidos por la interrupción, el doctor se levantó de su silla y observó a Anita en silencio.

—Disculpenme... Doctor, no... No encuentro el bastón del señor Lucas por ninguna parte y estoy en medio de sus ejercicios.

—Creo haberlo visto en su cama —respondió Fairfax sin sentimiento en la voz.

—De acuerdo... Gracias.

Anita tiró del pomo para cerrar la puerta, pero la voz de la desconocida se lo detuvo, así que, rehusándose a dejar que el corazón le latiera de miedo, tomó una bocanada de aire y volvió a asomarse por el marco de la puerta.

—¿Sí?

La mujer la observó unos instantes.

—¿Es usted Ana Schneider? —preguntó—. Oh, cielos, claro que es usted Ana Schneider. Reconozco esos ojitos, querida. ¡Qué vergüenza me ha entrado de repente! Es como si estuviese conociendo a una celebridad. Pero disculpe mis modales y permítame presentarme: soy la condesa viuda de Crawfey.

Bajo su atenta mirada, avanzó por la habitación.

—Ana Musgrove, el placer es mío...

—Lady Crawfey, la señora Musgrove está ahora ocupada con varios internos. A la hora del almuerzo podrán charlar todo lo que quieran —musitó Fairfax.

Anita se despidió de ellos y fue a la cámara para recuperar el bastón del señor Lucas.

Qué sorpresa se llevó la joven, casi una hora después, al volver del jardín y ver a la condesa en la entrada del hospital. La saludó con gestos cohibidos, como si ella en un pasado no se hubiese llamado lady, y le preguntó si necesitaba algo.

—El doctor ha salido —se apresuró a decir.

—Oh, no. Vengo a verla a usted. ¿Acaso no se acuerda de mí? ¡Qué tragedia! Nos conocimos en las regatas de 1913. Aunque es muy comprensible que se haya olvidado usted; ha pasado ya una eternidad de eso... ¿Cuánto tiempo? ¿Siete años?

Anita hizo un gesto de vergüenza y la condesa sonrió en respuesta.

—Lo siento mucho...

—Quizá yo me acuerde mejor porque, bueno, conocerla es una experiencia extraordinaria —dijo mientras la miraba con los ojos rígidos—. ¿Cómo es que ha acabado aquí, en un centro de rehabilitación?

La joven sintió de repente un sudor frío que le recorría la espalda, se le agarraron los dedos de las manos, el estómago se le dio la vuelta y sintió unas ganas huecas de vomitar.

—Disculpe que haya preguntado.

—No es por su culpa...

Lady Crawfey se despidió de ella en silencio y se dirigió a la puerta del hospital, pero entonces se detuvo y volvió a girarse.

—¿Por qué no viene esta noche a cenar a mi casa?

Tras unos instantes de silencio, Anita le dijo que no estaba muy segura de tener tiempo para asistir, pero le aseguró que le escribiría.

Esa noche, sin embargo, no se presentó en la casa de la condesa. Lady Crawfey no pareció sentirse insultada por el rechazo y esperó un par de semanas para hacerle la oferta de nuevo; ella dijo que sí, pero acabó cancelando su reunión en el último momento.

Anita le preguntó al doctor si se veía a menudo con la condesa y, ante su respuesta afirmativa, le preguntó si solían hablar de ella.

Entonces, al escuchar que lady Crawfey solía expresarle sus ganas de cenar con ella, Anita decidió llamarla y preguntarle si le apetecía acercarse por la tarde a tomar el té.

Durante la velada, la condesa de Crawfey volvió a preguntarle si le gustaría cenar con ella por la noche y la joven, que había aceptado, al fin cumplió con su palabra y se presentó en su casa a las ocho.

—Me alegra verla aquí —le dijo—. La casa es pequeña, más que Bromcott Hall, al menos... Pero es mejor así; yo estoy ya muy mayor como para manejar un servicio grande. Aunque la guerra ha menguado mucho los caserones como el nuestro, a decir verdad.

—Waventon Park recortó el servicio casi a la mitad tras apenas un año de guerra...

Se dirigieron al comedor, donde la gran mesa estaba completamente engalanada, y se sentaron.

La conversación fluyó de manera muy agradable y la condesa no dejó de prestar atención en ningún momento a la comodidad de su invitada.

Anita, sin embargo, no conseguía relajarse.

Charlaban de vez en cuando de temas que lograban venir a cuento, aquellos que no morían tras dos o tres tristes comentarios insulsos.

La joven fue armándose de valor para sentarse frente a aquella mesa con todo su orgullo.

—Le quería preguntar, querida...

La mesa se quedó en silencio.

—¿Ha pensado en volver a Londres? —continuó lady Crawfey—. ¿En invierno, quizás? Cuando no haya tanta gente.

La joven agarró con prisas su copa de vino para darle un largo sorbo y pensar bien en su respuesta.

—No creo —respondió al fin.

En medio del renovado silencio, que hacía tiritar las copas de cristal, la condesa se irguió en la silla y cruzó los brazos.

—¿Y a qué se debe esa decisión?

—Los Schneider nunca tuvieron casa en la ciudad y la que en durante un tiempo fue mía ya no lo es. Y Londres ya no es lugar para alguien como yo.

—¿Y eso —prosiguió la mujer con altivez— lo ha decidido usted misma o ha dejado que lo dicten los demás en su lugar?

Anita levantó la mirada del plato; le brillaron los ojos por un momento y le pidió a la condesa que dejase de jugar, aunque ella le insistió en que no era nada parecido a un juego.

—Me gustaría que viniese conmigo la próxima semana. Seguramente habrá mucha gente a la que tenga que saludar, y será incómodo, desde luego... Pero es mejor que hacerse jaque mate a una misma en un pueblo tan pequeño como este, ¿no cree?

Era una fuerte sensación de ira y vergüenza; humillación, injusticia, vejación. Anita no sabía que había sentimientos más allá de la frustración, de la contrariedad de un plan fallido.

Esa misma rabia que se le había metido dentro le decía —le gritaba, le exigía— que había un lugar que le correspondía y que no estaba ocupando.

Respiró profundamente mientras sentía como le vibraban las costillas y, con la cabeza como una tormenta de ideas, pesares y temores, asintió.

—De acuerdo —dijo finalmente.

El último día antes del viaje, la condesa le había prometido acercarse al hospital a tomar el té con ella para charlar un rato antes de cenar.

Anita estaba enaltecida y embriagada; sentía que le temblaban las piernas al caminar y que dentro de su cabeza sonaba un melódico y ligero retintín que continuamente la empujaba a bailar.

La joven, muy emocionada, se vistió con las pocas prendas elegantes que no había terminado por tener que vender y se arregló el cabello frente al diminuto espejo de su habitación.

Salió después al jardín para buscar a la señorita Hughes, a quien le había prestado su sombrero de georgette blanco, pero al abrir la puerta se encontró de bruces con Fairfax.

—¡Doctor! Qué susto —rio la joven—. ¡Casi le aplasto la nariz con la puerta!

—Tenga más cuidado... —musitó él.

Anita se apartó para dejarle pasar, pero el señor Fairfax se detuvo un momento y, observándola como si fuese una rana de colores, le preguntó:

—¿Qué hace así vestida?

No tenía la impresión de ir tan engalanada como para que nadie pensase así, aunque sí se dio

cuenta de que quizá aquella ropa resultaba vistosa para un doctor de pueblo.

—Iré a la casa de lady Crawfey a tomar el té para ultimar los detalles del viaje de mañana. Habíamos quedado en que ella vendría, pero ha tenido un contratiempo con el servicio —respondió entonces.

—Cierto... Se iba mañana a Londres.

Anita asintió y, extrañada por la situación, le señaló una de la mesa de la cocina diciéndole:

—¿Quiere sentarse conmigo? Necesito ver antes a la señorita Hughes —le dijo.

—De acuerdo —respondió el doctor Fairfax con torpeza—. La señorita Hughes salió a comprar hace un rato, así que no tardará mucho en regresar...

El silencio era pegajoso y denso y, como si tuviese vida propia, retozaba a su alrededor entre risas y mofas mudas, tensando sus rostros.

Anita decidió preparar un poco de té.

Esperaron, envueltos otra vez en aquel silencio tan desagradable, a que la tetera retumbase con su histérico pitido por toda la habitación, y la joven se levantó de inmediato para servirlo.

—Señora Musgrove. —El señor Fairfax apretó la taza de porcelana entre sus dedos callosos y respiró con fuerza—. Me gustaría preguntarle, señora... ¿Le gusta a usted Bromcott? O esta parte del país, en general. Ya sabe; el clima, la comida, la gente...

—Desde luego —respondió ella.

—¿Y el trabajo en el hospital?

—No está mal...

Fairfax volvió a quedarse callado para pensar con claridad.

—¿Entonces puedo suponer —dijo al fin—, sin error alguno, que tiene la intención de quedarse aquí por tiempo indefinido?

La joven asintió y le dio un sorbo a su té sin entender a qué venía semejante discurso.

En ese momento —quizá debido a que vio una sombra de desconcierto en los ojos de Ana—, Fairfax dio un respingo inesperado y volvió a balbucear.

—Lo que yo quería preguntarle...

—¡Señora Musgrove! —La señorita Hughes entró a la cocina y los saludó—. Cielos, siento haber tardado tanto, ya me había dicho el del correo que me estaba buscando. ¿Es el sombrero? Tome, lo acabo de limpiar. Muchas gracias por prestármelo.

El doctor se levantó de inmediato, se disculpó por haberla entretenido, ya que la condesa la estaría esperando, y se retiró.

Observando su figura desvanecida, la señorita Hughes se dirigió a Anita con el sombrero en la mano y con una mueca le preguntó:

—¿Qué le ha ocurrido al señor Fairfax? Parecía un zorro huyendo del disparo de una escopeta.

—No lo sé —respondió la joven.

Pero Anita se olvidó pronto de aquella extraña conversación, pues una semana después estaba cogiendo un tren a Londres junto a la condesa.

Fue divertido y nostálgico; todas las fiestas, las charlas, los lujos y la pomposidad con la que se había criado estaban de vuelta. Anita los estrechó entre sus brazos con ansias.

Al final del viaje, cuando se acostó sobre la cama tras una intensa noche con la intención de quedarse dormida, recordaba las palabras del doctor Fairfax y se preguntaba una y otra vez si lo que ella le había contestado era cierto.

¿Pensaba quedarse allí para siempre? Bromcott era un lugar frío y austero, y representaba su gran preocupación: ¿había tocado fondo Anita Dólar?

## CAPÍTULO 33

La señorita Hughes había bajado a la pastelería más famosa de Bromcott a comprar dulces para celebrar que Anita había vuelto de Londres tras dos largas semanas sin ella.

La joven, sin embargo, parecía tener la mirada perdida entre un mar de cavilaciones: no prestaba atención cuando alguien le hablaba y cuando mordía un dulce lo masticaba durante minutos infinitos.

Se perdía en sus propias anécdotas, como si rememorarlas una y otra vez pudiese llevarla de vuelta.

Para traerla a la realidad, las enfermeras comenzaron a relatarle los últimos acontecimientos del hospital, aquellos en los que Anita no había estado presente.

El señor Lucas, a quien ella había ayudado durante todo el año, por fin había hecho migas con su prótesis, así que, tal y como le comentaron, le habían dado el alta un par de días atrás.

—Ojalá le hubiese visto usted, señora Musgrove. ¡Cómo moqueaba el pobrecito! Le apenó mucho no haberse podido despedir de usted.

Anita, que estaba comenzando a reconectar con la situación, les sonrió y comentó que, seguramente, un día se pusiese a investigar dónde podía encontrarse ese señor Lucas para poder despedirse de él apropiadamente.

—¡Le haría tan feliz! Según tengo entendido, vive con su madre y su esposa. Aunque se les hará tan difícil... Cuidar de un hombre lisiado no es tarea fácil, eso ya lo sabemos.

Anita, sin embargo, no tenía intención alguna de visitar al señor Lucas, y mucho menos a ninguna de sus señoras.

Una noche cualquiera, Anita volvía de la casa de lady Crawfey. A paso ligero, pues serían ya más de las ocho y había rechazado la invitación de quedarse a cenar.

Cuando llegó al hospital, sin embargo, se encontró con el doctor Fairfax, que salía más pronto de lo habitual con su sombrero y su abrigo.

—Buenas noches —le saludó ella.

—Señora Musgrove. —El doctor se apartó de la puerta para permitirle entrar—. ¿Ya se acuesta?

Anita le sonrió y se quedó de pie sobre los escalones.

—Aún no me he decidido; es pronto, y la verdad es que no tengo sueño, pero mañana hay que levantarse tan temprano...

—Deje que le caliente algo del té que ha sobrado.

—Sí, gracias... ¿Cómo es que vuelve tan pronto? Apenas ha empezado a anochecer —comentó ella mientras se dirigía a la cocina.

Fairfax hizo un amago de detenerse en medio del pasillo. Un escalofrío, sin embargo, le hizo seguir caminando, y ella le siguió.

Mientras Anita se sentaba cerca de la mesa y lo observaba, el doctor se dispuso a calentar el té que les había sobrado. Apagó el fuego, lo sirvió en unas tazas y les echó la leche que creyó adecuada.

—Me alegra verla tan... vigorizada.

Aquel comentario le agrandó la sonrisa.

—¿Por qué dice eso? —preguntó.

Fairfax se removió, incómodo, en la silla y tomó su taza con gestos rígidos.

—No se moleste por lo que le voy a decir... Pero sé que no le gusta trabajar en el hospital. Y es completamente comprensible, se lo aseguro; no es un trabajo grato... Así que es reconfortante ver

que con lady Crawfey está tranquila.

Su té se había enfriado sobre la mesa, solitario y, en esos instantes, completamente nimio; ignorante, quizá —para la envidia de la persona a la que se lo habían servido— de aquella incómoda situación.

Cuando se centró en sus ojos, quiso averiguar en qué pensaba el doctor; qué ideas se le pasaban por la cabeza, qué forma tenían sus pensamientos, qué intenciones había detrás.

—¿No ha pensado en dejar de trabajar? Sé que los tiempos están cambiando y que muchas mujeres desean un desarrollo más allá de la familia, pero...

Anita tensó la boca en una sonrisa de confusión.

—¿Qué quiere decirme? —le preguntó.

—Solo quiero saber —insistió el doctor— si la idea de un matrimonio en este momento es para usted completamente imposible e indeseada.

Entonces, cuando Fairfax se armó de valor y terminó de expresar sus reflexiones, Anita —no muy segura de querer entenderlas— lo comprendió.

—¿Me está pidiendo matrimonio?

Anita tuvo otra epifanía. Era oscura y portaba un sabor amargo, pero era tan real que la notaba debajo de la lengua; áspera, caliente y abrumadora.

¿Era ese momento un teatro? ¿Debía tomárselo como una cómica farsa, como un teatrillo del que carcajearse? ¿Era cierto como la vida misma —en su aspecto más surrealista— que un doctor le estaba pidiendo matrimonio con expectativas de recibir un sí como respuesta?

—¡Yo! —bramó. Le temblaban tanto las manos que la pobre muchacha terminó volcando la taza por accidente—. ¡Yo! —repitió—. ¡Anita Dólar!

Fairfax la miró como solía mirar a sus pacientes.

—No soy un hombre romántico, ya lo sabe usted bien, pero sí soy un hombre respetable, de buena profesión y con la capacidad de protegerla en un futuro más inestable.

Pensó en Leonard Spratt; él sí le había pedido matrimonio dos veces sin esperanza alguna de que ella aceptase. ¿Por qué no podía engañarse ella de esa manera respecto? ¿Por qué no había resultado ser un hombre jocosos, volátil y desenfadado?

Anita finalmente terminó de procesar la realidad: no era aquel doctor llamado Charles Fairfax quien vivía en un extraño mundo irreal, sino ella; era la propia Anita —Dólar, Schneider, Somerbridge, nada— quien había bajado los escalones del mundo.

Quizá era cierto que su mayor bajeza no había sido durante su recién estrenada viudedad y que había elegido mal cómo medir su propia felicidad.

—¿Cuál... es su respuesta?

La voz de Fairfax la sacó de su enajenamiento. Entonces las palabras salieron de su boca con pena y amargura pero —y quizá era ello lo que las volvía tan acerbos— completamente libres.

—De acuerdo —contestó—. Sí... De acuerdo.

Ante su grata respuesta, el doctor demostró una ligera alegría y, con la intención de besarla en la frente, le estrechó la mano.

Anita lloró durante la hora anterior a la ceremonia; los invitados pensaban que era por la emoción de haber encontrado de nuevo el amor aunque las conjeturas de Fairfax, escondidas en sus cavilaciones, permanecieron como un misterio.

Como era de esperar, la señora Fairfax dejó su trabajo de enfermera en el hospital y se mudó a la casa de su marido.

Anita casi se había olvidado cómo era la vida de una mujer casada; se le hacía extraño ser la señora de la casa, saludar al doctor por las mañanas e incluso coordinar a la cocinera y a la

doncella que trabajaban en la casa.

De vez en cuando visitaba el hospital para saludar a las enfermeras y a los internos pero, con el paso de los meses, ellos ya se habían ido y los recién llegados veían extraño saludar a la esposa del doctor.

Su día a día —Anita llegó a preguntarse cómo no había muerto de aburrimiento cuando vivía con el coronel— no era más que la sucesión de las mismas actividades una y otra vez.

Leía los libros de medicina de su marido, pues no tenían novelas ni revistas; tocaba el piano que reposaba en una de las esquinas; y cada pocas horas usaba el teléfono para llamar a los Somerbridge y así poder hablar con su hija.

Entonces Anita miraba por la ventana y el cielo volvía a teñirse de un oscuro color azul.

—Te has dejado el sombrero gris en el salón.

Fairfax terminó de desarrugar las mangas de su chaqueta, le dio un beso en la frente y salió al pasillo para que su esposa pudiese arreglarse sin prisas.

—Señora. —Pocos minutos después la doncella se asomó por la puerta una vez Anita ya terminó de desayunar—. Señora, lady Crawfey está en el salón.

—¡Al fin! Pensé que no volvería de Kent...

Anita corrió al recibidor.

—Oh, mi querida señora Fairfax —farfulló la condesa al verla, abalanzándose sobre ella—, ¡cuánto tiempo! Pensé que la prometida de Crawfey lograría devorarme y que no la volvería a ver a usted jamás.

—¿Se ha prometido su hijo?

—Sí. Bueno, no, porque se lo ha pensado mejor. Menos mal. La chica, aunque de muy buena familia, era más insípida que una sopa sin sal. Lord Crawfey habría acabado harto, y ella también. Anita la guio hasta el saloncito y le pidió a la doncella que les sirviese el té.

—Si no hubiese estado casada antes me habría infundido usted un pánico terrible —bromeó.

La condesa hizo un gesto apático con la mano.

—No, no. Usted ya sabe a lo que se enfrenta...

Una vez tuvieron el té y las pastas servidas, lady Crawfey se inclinó ante ella en busca de un ambiente más íntimo y le preguntó, algo preocupada:

—Sí, desde luego que sabe a lo que se enfrenta, pero ¿está segura de lo que ha hecho? —Le dio un sorbo corto a su taza de té y lo dejó en la mesa con demasiada fuerza—. Perdón. No insisto más, señora Fairfax: pero ¿con un médico? ¡No me mire así! Yo misma respeto muchísimo al doctor. Sin embargo...

—Sé a qué se refiere y sé adónde quiere ir.

—¿Entonces?

Anita guardó silencio antes de responder.

—Estaba tan extasiada tras el viaje a Londres, lady Crawfey... Usted lo sabe bien. Fue un soplo de aire fresco en mi vida, lo necesitaba de tal manera... Que se me olvidó quién era. Sí, antaño fui la hija de un adinerado americano, la esposa de un vizconde... Pero esa ya no soy yo. Usted conoce a Anita Dólar, ¿no? Pues Anita Dólar ha muerto —declaró—. Ya solo está su sombra recorriendo las calles de Reino Unido, acunada por un coro de risas. Y cuando el doctor me pidió matrimonio, me di cuenta, sabiendo de su naturaleza seria y estricta, que este es el mundo al que puedo aspirar ahora. No sé cómo sobrevivirá la sombra de Anita Dólar, aunque tiene que hacerlo; el día que ella no esté yo también habré muerto. Que sea lo que Dios quiera; yo ya no puedo más.

—Las sombras —comenzó lady Crawfey— no se ven por la noche y eso es, sin duda, aterrador, pero por el día, cuando sale el sol, vuelven a nacer.

Anita miró a su amiga con una pena tan grande, tan vasta, tan desesperada y tan perdida que el vello de su nuca se erizó.

—No hay nada peor en este mundo que ser algo que la gente no puede ver —replicó entonces la joven.

—¿Se acuerda de la marquesa de Clopbourne? La conoció usted en Londres el mes pasado. — Anita asintió—. Me dijo que le gustaría invitarlos, tanto a Fairfax como a usted, a su casa en la ciudad.

—¿Acaso no ha escuchado nada de lo que le acabo de decir? ¡Estoy muerta, condesa! —sollozó la joven—. ¡Muerta! ¡Las sombras se han esfumado y el puñetero sol no volverá a salir!

—¿Tanto miedo le dan las risas, las burlas, las mofas? ¿Es de verdad por eso por lo que más teme?

Anita apartó la mirada; pero no pensativa, sino frustrada; consigo misma, con la vida, con cómo habían salido las cosas. Esa frustración volvió a su pecho, pesada, y se dio cuenta de que aún no sabía qué pensaba ella de Anita Dólar.

—Sí —dijo—, me aterran. Todo Londres. Pero sobre todo temo que los pocos recuerdos tiernos que me quedan de ese lugar se tiñan de odio, porque después del odio ya no habrá más que un camino oscuro. No me da miedo el hambre, no me da miedo la soledad, no me da miedo la muerte...

—Entonces venga conmigo. Solo así sabrá en qué posición está ahora la señorita Anita Dólar, sobre qué suelo camina, ahora que es la esposa de un amable doctor de campo —insistió la condesa.

Anita cerró los ojos; estaba tan cansada... Hacía casi diez años que había llegado a ese país y todo seguía igual de pútrido, de insalvable y de desafortunado. Si no fuese por las arrugas de angustia que comenzaban a salir en sus mejillas, pensaría que habían pasado solo unos meses.

—¿Y qué pasará con mi marido? Dudo mucho que quiera venir conmigo, y viajar sin él sería mi ruina. Los imagino susurrando mientras camino: “ya se habrá cansado de ella...”

—¡Cálmese, señora! —exclamó de repente lady Crawfey—. Relájese. Yo misma hablaré con él y se lo pediré como favor personal. No se preocupe.

Entonces la joven se dio cuenta de que, durante su intenso monólogo, su desesperada respiración se había vuelto brusca y agitada.

—De acuerdo...

A los pocos días, Anita se dio cuenta de que la condesa le había propuesto el viaje por cómo la miraba Fairfax.

Eran dos ojos fríos, pero no de odio; al contrario, había un mar de decepción cubierto por muchos sentimientos; y se le hizo espeluznante la idea de que el doctor sintiese por ella algo más que lástima o simple afecto.

—Serán un par de días. Para cambiar de aires.

—No es por mí por quien temo, Ana —le había replicado Fairfax con arrugas de piedra.

La muerte o luchar, ¿cuál era la diferencia?

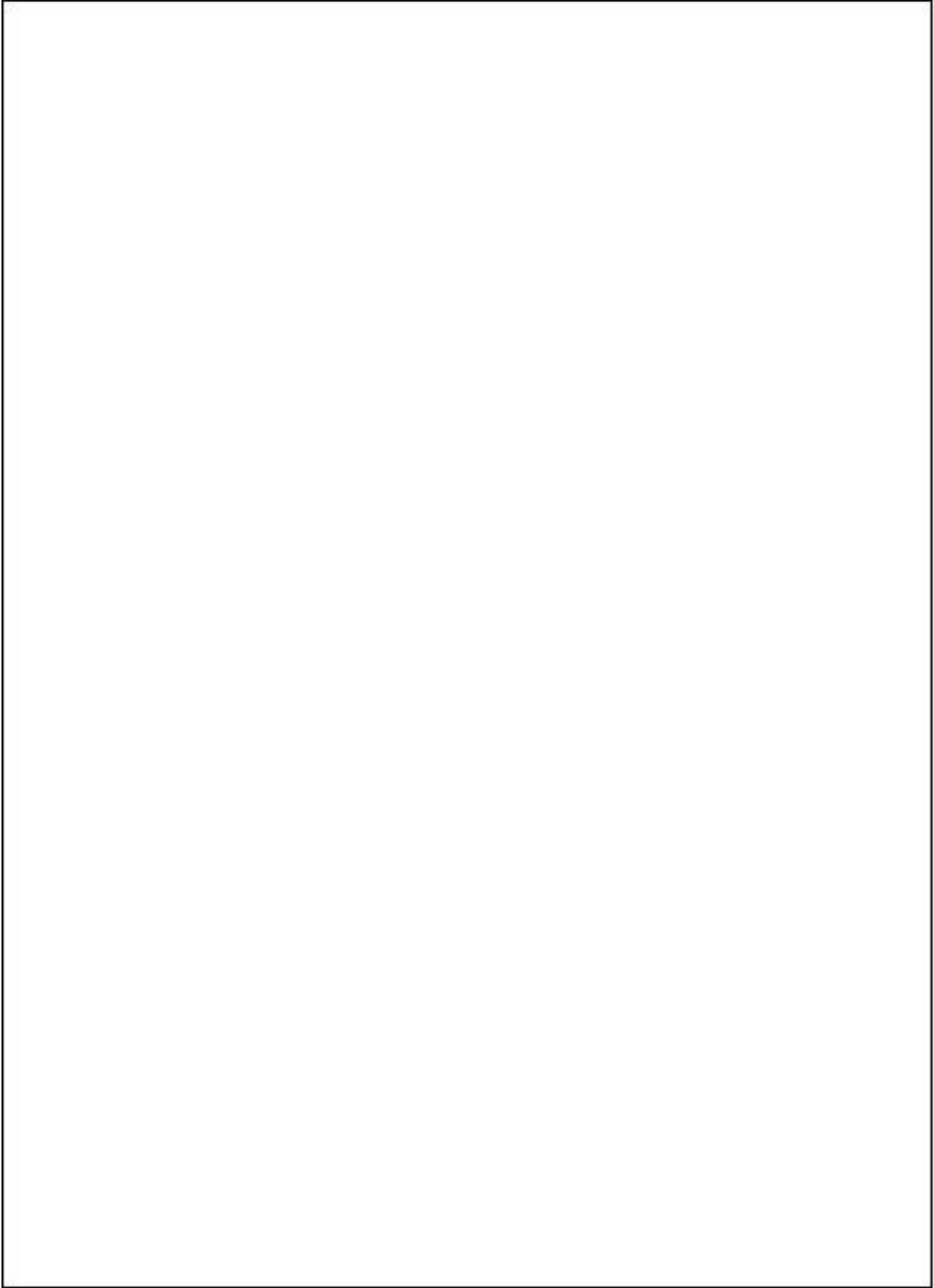
—¡Ana! No te reconozco —le había dicho el doctor esa noche—. Has hecho tantas tonterías a lo largo de tu vida... Ay, Anita. ¡Escúchame al menos una vez! ¿Adónde crees que te llevarán todas esas frivolidades? ¿El dinero...? ¡Basura! ¿Una buena posición? ¡Tonterías! Yo sé... que tienes el corazón herido y me duele tanto ver que no tienes intención alguna de sanarlo...

El doctor era un fanático de la idea de dejar que su esposa se pudriese en el olvido de la historia. También ignoraba el hecho de que se había casado con Anita Dólar.

Ella, de todas formas, no consideraba la idea de dejarse llevar por la corriente. ¡Eso sí que



significaría, definitivamente, la muerte!



Parte XII.  
Anita y el duque

## CAPÍTULO 34

Su llegada a Londres había sido tranquila, sin el escandaloso revuelo al que estaba acostumbrada. El doctor Fairfax había tenido que quedarse en Bromcott durante unos días más debido a un compromiso previo del que se había olvidado completamente y que le impedía viajar a Londres con su esposa y con los Crawfey.

Anita se esforzó en mostrarse entristecida por la noticia, pero no tampoco podía mentir: la presencia de su austero marido la rondaba como un fantasma de aliento gélido.

—¿Cuándo dice que llegará? —le preguntó lady Crawfey de camino a la casa de la marquesa.

—En dos o tres días.

—¡Perfecto, entonces! Tendrá usted tiempo para allanar el terreno y deshacerse de las plantas muertas.

Anita se aguantó una carcajada.

Apenas media semana después Fairfax llegó a la estación de tren de Londres y cogió el coche que lady Crawfey había mandado mientras leía un libro.

Ella, mientras tanto, había disfrutado de su ausencia de su marido; se había visto forzada a reencontrarse con amigos detestables y había vuelto a lugares que le ponían los vellos de punta con sus abrumadores recuerdos.

Instantes antes de que el mayordomo avisase de la llegada del doctor, Anita estaba charlando con lady Crawfey en el salón.

—De un mundo —comenzó la condesa— en el que las suecas votan y los españoles que trabajan con martillos tienen los mismos derechos que los que usan pajarita, ¡yo ya me espero cualquier cosa!

Anita sonrió enseñando los dientes y exclamó con voz exageradamente desolada:

—¡No compare! Pobre Marlon. ¡Traicionado por su propia hija, por sangre de su sangre, y sus ideas revolucionarias!

Y la condesa, pesarosa, le dio la razón.

La noche de la cena que se celebraba en casa de los marqueses de Clopbourne, quienes, ansiosos por verla estallar en carcajadas y jadeos de emoción, prometieron una agradable sorpresa para el final.

—Estaban encantados de conocerla —le dijo la marquesa, en referencia al puñado de aristócratas con los que acababa de hablar.

Anita, aunque, avinagrada por la edad y por los chascos ya había comenzado a despreciar a todo el mundo como actitud habitual, sonrió, le dijo a lady Clopbourne que apreciaba mucho aquellas palabras y añadió, tímida como una araña, que ella también se alegraba mucho de haberlos conocido.

—Londres no ha sido tan aterradora como usted recordaba, ¿verdad? No se preocupe; mis amigos, como ya ha visto, son personas de gusto y modales. Un manjar para la palabra en comparación con esos paletos de Derbyshire.

—Un verano coincidí en Nueva York con lord Newton —comentó una mujer— y su mujer, la baronesa, la que murió de gripe hace un par de años. Qué gente más desagradable. Se reían de todo a carcajadas y, a pesar de ser aristócratas de cabo a rabo, no tenían nada de saber estar...

¡No me extraña que la hermana siga soltera!

Anita esbozó una sonrisa y tomó con elegancia una copa de la bandeja que le tendía el lacayo.

—¿La señorita Turner? —preguntó.

—La misma. Estuvo a punto de ser familia suya, ¿no es así? Se iba a casar con su cuñado, ¿verdad? El vizconde ese tan esnob, el hermano del coronel.

—Ese es un episodio un tanto oscuro —replicó la joven mientras alzaba las cejas y daba otro sorbo, más grande, a su copa.

Se inició una ola de expectación que sacudió todo el corro que la rodeaba y le pidieron con unos sonrisas y halagos de lo más convincentes que les contase aquella historia.

Anita relató entonces, con pelos y señales, la horrible estancia de la señorita Turner en Waventon; bromeó con temer encontrarse trampas escondidas bajo las alfombras y a algún miembro del servicio apuntándola con una pistola.

Cuanto más hablaba Anita, más se reían los espectadores que escuchaban con atención la historia. Entonces, aunque no había sido su intención, sintió cómo algo en su pecho se iba desvaneciendo: era suave, como un lazo de seda que se deshace sin apenas esfuerzo.

—¡Tal y como prometimos! —dijo al final lord Clopbourne mientras alzaba su cava—. Nuestra gran sorpresa, ¡música! Damas, caballeros, ¡muévanse al salón y pónganse a bailar!

El hijo de la condesa pareció satisfecho cuando, tras la cena, la banda comenzó a tocar.

Era una melodía suave, desenfadada, lejana a las antiguas pomposidades que se tocaban cuando Anita era joven; ahora se acercaba lentamente a la treintena y el mundo le parecía una jungla desconocida.

Pero las viejas costumbres jamás perecían, y las parejas se aglomeraron en el centro del salón para navegar como barcos en plena marea, zambulléndose hacia los lados entre solemnes carcajadas.

—¡Baila usted con mucha energía, Crawfey!

—Aprendí en París... ¡Ah, París! Ciudad eterna, ¡qué magnífica! «París siempre enseña los dientes; cuando no ruge, ríe». Justo como usted, señora Fairfax —le respondió el muchacho.

—¿Intenta camelarme? —preguntó la joven.

Dieron un par de brincos sobre la madera y al joven conde se le enrojecieron las orejas tras aquel bochornoso intento fallido de seducción.

—Solo baile, lord Crawfey.

Cuando la alegre canción terminó, lord Crawfey la llevó al rincón donde su madre los esperaba, sonriente y orgulloso por la impecabilidad arcaica de sus modales.

—Señora Fairfax, acérquese un momento —dijo la marquesa—. No he tenido tiempo de presentarles hasta ahora, pero ¡por fin podrán conocerse! ¿Ha escuchado alguna vez del duque de Glastonbury?

—Algo he oído, sí.

Un hombre algo anciano, de aspecto fino y elegante chaqueta negra, caminaba hacia ellas como si hubiese una fuerte luz cegándole los ojos; llegó a paso lento y cauteloso y las saludó.

—Señora, es un placer. Yo, en cambio, sí que he escuchado hablar de usted —maulló el duque una vez fueron presentados.

Anita alzó las cejas.

—¿Quién no ha escuchado hablar de mí?

El duque soltó una carcajada.

—Esconda los dientes, Anita, ¡se lo ruego!; no queremos que nadie se asuste.

La marquesa, absorta en otra conversación con un conocido, había dejado de prestarles atención.

—¿No le aburre esta música tan sosa?

Anita le miró con las cejas fruncidas.

—¿A qué se refiere?

—¡No me diga que no sabe a qué me refiero! Pues a esta música de opereta clásica, por supuesto. ¿Cómo pueden estos insípidos borregos bailar al son de semejante esperpento?

Sorprendida por la verborrea de aquel particular personaje al que acababa de conocer, la joven estalló en carcajadas y, mientras se tranquilizaba, le dijo:

—¡Duque! —Anita rio—. ¿A qué viene esa malicia contra los inocentes invitados?

—Oh, señora, ¡es que me enfada tanto que no estén tocando algo de jazz! ¿No es usted de Chicago? Debería darle vergüenza mantenerse así de impasible.

—¿Cree usted que una mujer de mi reputación iría a un antro donde se toca jazz? Debe de estar usted demente —replicó ella.

—No se ponga así, Anita. Sé que usted se lo pasaría bien en cualquier parte.

Anita aguardó unos instantes y, con la voz áspera y salada, pues se le había marchitado la garganta de tanto engañarse al hablar, respondió:

—Bueno, en eso tiene usted razón... Invíteme a bailar y le propondré a la marquesa un jazz que sea digno de nuestros pies.

Ante su apasionada petición, lady Clopbourne accedió a que la banda tocara una melodía o dos de esa música tan extraña, y Glastonbury se apresuró a tomar a su pareja.

—Esto está mucho mejor, ¿no? —le preguntó mientras bailaban agarrados.

Anita se dejó llevar por el duque y zaqueó dando vueltas, poco entusiasmada —al contrario que su pareja, que parecía haber encontrado el paraíso subido a unos pequeños zapatos de tacón— ante el ritmo de la música.

Los bailarines aplaudieron cuando la banda terminó de tocar.

—¡Anita! Qué bien baila —dijo Glastonbury.

—¡Duque! Qué bien engatusa.

—¿Me dejará engatusarla en otro momento? Cenando, quizá, uno de estos días. En el Savoy sirven una langosta deliciosa. Ya verá, valdrá la pena probar.

La joven amortiguó con sus mejillas la mueca de una risa sórdida y le mostró con fingida pena la sortija que se encontraba encajada entre sus dedos.

—Permítame invitarla por accidente —corrigió.

Pasada la madrugada, Anita y lady Crawfey decidieron que era la hora de volver a casa para descansar y, tal y como se les había comunicado, el doctor hizo acto de presencia a los pocos días.

Estaba claro que no le agradaba encontrarse en la ciudad, y que temía mucho más por la integridad moral de su esposa que por la suya propia, pero Anita no estaba dispuesta a que ningún sermón suyo le arruinara aquellas dichosas vacaciones.

Tras cada velada a la que los nuevos Fairfax eran invitados, Charles volvía a casa con la rabieta de un niño, pataleando por haber sido sometido a la tortura de tener que interactuar con aquellos que pertenecían al que, en su día, fue el círculo de la esposa a la que tanto decía amar.

—¡Estoy harto! —le decía—. Hace un calor de lo más espantoso y es la tercera vez esta semana que vamos al teatro. ¿Es que los actores no descansan?

Anita tuvo que esforzarse mucho en reconocer al hombre con quien se había casado entre toda aquella maraña de quejas y pucheros, pero después solía llegar a la conclusión de que simplemente había sido embaucada por sus insípidas maneras.

—Me preguntó cómo estará llevando el señor Collins el hospital.

—Pues la mar de bien, seguramente. Es un hombre muy competente, como ya bien sabes. Además, después de que te cerrasen el centro de rehabilitación —continuó la joven—, poco había que pudieses hacer por allí.

—Quizá es el momento idóneo para continuar con mis investigaciones... La ciencia nunca para de innovarse. Incluso podría llegar a sacar algo de provecho de este horrible viaje, ¿no crees? Vayamos a husmear a alguna librería. ¿Qué me dices?

Anita aceptó ir con él.

Pidieron el coche de la condesa para ir a la calle Charing Cross, donde, creía recordar, Ernest había comprado dos tercios de todos los libros que había conseguido en la ciudad. Tal y como se imaginaba, Fairfax quedó fascinado ante el descubrimiento.

Allí recorrieron las librerías que ella aún se recordaba, pero se aburrió tanto de verle ojear esos monstruosos tomos de cuero que se inventó una jaqueca repentina y volvió a casa.

—¡Señora!

Anita se detuvo en medio del pasillo.

—¿Qué ocurre? —preguntó mientras se quitaba el sombrero.

—Ha venido un caballero. —El mayordomo sacó un viejo papelillo—. Vino hace un rato y se fue al ver que no había nadie. Cuando le dije que usted volvería con su marido en un rato me pidió que le entregase esta nota.

—¿No dijo quién era?

—No, no. Eso es lo más misterioso de todo. ¿No ha vuelto con el señor Fairfax, señora?

—No —respondió Anita—, mi marido volverá para la hora de cenar, seguramente. Puede retirarse; yo, mientras, usaré el teléfono. La condesa no tardará en llegar, de todas maneras.

Una vez a solas en la inmensidad del recibidor, Anita desenvolvió el papelillo y leyó unas letras junto con cuatro números, entendiendo que era la dirección telefónica de aquel misterioso visitante.

Cuando la operadora conectó con el número que le había indicado, la voz ronca de un hombre contestó al otro lado de la línea con tono indeciso.

—¿Hola? Sí, buenos días... Alguien le ha dejado al mayordomo de la casa este número, pero no llegó a dar su nombre. ¿Podría decirme con quién tengo el placer de hablar? —preguntó Anita.

—*Ha contactado usted con la residencia del duque de Glastonbury, señora.*

Se quedó unos instantes en silencio, pensativa, mientras intentaba encontrarle sentido a la situación.

—¿Y no le ha dejado ningún mensaje para mí?

—*Si me da su nombre, señora, podría intentar averiguarlo.* —Una vez le sonsacó la identidad, el mayordomo se ausentó unos instantes. Entonces volvió con ella—. *No, señora Fairfax. Me temo que no ha dejado ningún mensaje para usted. ¿Quiere comunicarle algo a Su Excelencia?*

—Ah, no, no se preocupe. Solo llamaba para saber de quién era el número. Muchas gracias por su tiempo —dijo antes de colgar el aparato.

## CAPÍTULO 35

Lo peor de ser la señora Fairfax era, desde luego, levantarse por las mañanas y ver a su marido. Anita no solía leer el periódico, solo lo hacía los días en los que el silencio era tan denso que necesitaba llenarse la cabeza de palabras y noticias sin alma para distraerse.

Esa mañana, el doctor se había levantado algo más tarde de normal, y Anita lo encontró desayunado en solitario cuando bajó al comedor.

Leía tranquilamente el periódico y, poco después de que la joven se sentase a su lado, soltó una exclamación:

—¡Cielos! Otra vez los alemanes. —Miró unos instantes a su esposa y decidió calmar su tono—. Un tal Adolfo Hitler se ha hecho con el liderazgo del partido nacionalsocialista obrero de Alemania.

—Pues me alegro por él —respondió Anita sin mucho interés.

—¡Ana! —le reprochó su esposo—. ¡Cielos! Un ultranacionalista no es sino la señal de un pueblo iracundo por la guerra. ¿Sabes cuán grande puede hacerse este embrollo?

—¡Por el amor de Dios, Charles! Son las diez de la mañana, dame un respiro.

Fairfax se cansó de las historias que le contaba la gaceta y cerró las páginas con harta tranquilidad. Entonces, mientras tiraba el periódico en una mesilla cercana, se dirigió a Anita:

—Ha venido antes un lacayo diciendo que tenía un paquete para ti. ¿Qué has comprado?

Sorprendida, la joven negó con la cabeza.

—No he comprado nada. ¿Puede pedirle a ese muchacho que lo traiga? —le pidió al expectante mayordomo—. ¡Qué curiosidad! Me muero de ganas por saber qué es. ¿Tú qué crees?

El mismo lacayo llegó con el paquete cuando ya casi se habían terminado el desayuno.

Se estaban tomando un último té antes de que cada uno comenzase a encargarse de sus propios asuntos, así que Anita dejó la taza sobre la mesa y se levantó de golpe.

—Está forrada de terciopelo —dijo él con horror.

—¿Qué podrá ser...?

Anita, alegre como una niña, se abalanzó sobre la caja y la despedazó para ver qué contenía.

Entonces sacó con cuidado un elegantísimo vestido estrellado de oscura seda azul. Una brillante muselina se enredaba alrededor de las mangas como una planta nocturna; era como verse envuelta en un suave manto de estrellas.

Bajo ella dormitaba una nota.

—Es un regalo de lady Clopbourne —dijo Anita tras leerla.

—Cielos, qué mal trago tener que devolverlo... Espero que, a pesar de todo, no dude de que es un regalo digno de aprecio.

—¿Y por qué iba a devolverlo? —preguntó entonces Anita, dejando la nota de vuelta a la caja.

—No estarás pensando en quedártelo, ¿verdad?

—¿Por qué no? Es un regalo. —Anita volvió a sacarlo para poder observarlo con deleite—. Es una preciosidad... La marquesa es más grande que yo y no podría usarlo... Además, no hay ninguna razón por la que no deba.

Fairfax se levantó de la silla y comenzó a recoger la bonita caja de terciopelo a pesar de las quejas de su joven esposa.

—¡Te estoy diciendo que es un regalo!

En silencio, tras apartar la mirada de su marido, Anita hizo con la barbilla una seña al lacayo para hacerle saber que podía retirarse de la habitación.



—¿Qué problema puede haber con que acepte un regalo? —soltó en cuanto se quedaron solos.

—Ese diabólico vestido ejemplifica la vida de la que querías huir. ¡Estás volviendo a caer en la tentación de los lujos que una vez te emponzoñaron! ¿Acaso no te acuerdas? —El doctor mantuvo unos segundos en silencio, empleados pobremente para reflexionar sobre sus propias palabras—. ¡No te acuerdas de la ruina con la que andabas cuando te encontré, la pena con la que mirabas! ¡No te acuerdas!

—Sí me acuerdo.

Aquellos témpanos de hielo volvieron a nacer en su mirada, y Anita sintió cómo el corazón se resentía en su pecho, provocando un sentimiento de angustia por el que, sin embargo, no podía preocuparse en ese momento.

Entonces le preguntó al doctor:

—¿Nunca pensado por qué me casé contigo?

Casi sin palabras, el pobre Fairfax balbuceó una vaga respuesta, ante la cual Anita, sintiéndose ya indiferente respecto al trapo de seda que tenía entre las manos, volvió a sentarse.

—Porque estabas perdida —fue su réplica.

La joven soltó una pequeña risa, suave como un inocente alegría, pero pronto comenzó a carcajearse y, con un tono casi tierno, apoyó la mano sobre su hombro y se dirigió a la puerta.

—Estaba pensando —dijo tras detenerse— en cenar hoy en el Ritz. He reservado una mesa. Podrías acompañarme, pues soy una errante, pero me temo que solo eres un lazarillo ciego.

—Anita...

La joven levantó la mano para acallarlo.

—No uses ese nombre conmigo —le pidió.

—Ana.

—Lazarillo... —rio una última vez—. Aunque, en cierta forma, me has ayudado. He visto a través de tu olfato, a través de tu oído de perro ciego una verdad que, de nuevo, me negaba a aceptar. —Volvió a quedarse en silencio—. La condesa estará a punto de llegar, así que te veré a la hora de comer.

Y entonces desapareció por la puerta.

Al llegar la noche, Anita cogió el coche de lady Crawfey y se dirigió al hotel Ritz, preguntándose si allí la dejarían cenar sola.

No eran pocas las veces que en América echaban a alguna que otra mujer por no ir acompañada de un hombre, así que, engalanada con el vestido que le había regalado la marquesa de Clopbourne, salió del coche esperando no encontrar problema alguno.

—Buenas noches.

El metre levantó la mirada con una sonrisa.

—Buenas noches a usted también, —le dijo Anita—. Había reservado una mesa...

—¿Usted sola...? —El metre la miró de arriba abajo—. ¿Me podría dar su nombre, señorita?

—Soy la señora Ana Fairfax.

—Me temo —farfulló él tras unos segundos de silencio, mientras miraba la lista— que no hay ninguna reserva hecha a su nombre, señora Fairfax. Quizá se le olvidó hacerla.

—Estoy segura de que sí —insistió ella.

—Hoy estamos llenos, señora. Lo siento mucho.

Anita le miró fijamente, intentando asustarle para ahuyentar sus gestos maleducados para que se dignase a leer la lista de nuevo y ver que, de hecho, su nombre figuraba en las reservas.

—Insisto en que se habrá olvidado de hacerlo.

Con un siseo, se dio la vuelta y salió del edificio, esperando ver aún al chófer de la condesa.

Entonces se acercó al coche y, mientras le abrían la puerta, escuchó que la llamaban:

—¡Duque! No esperaba verle aquí. —Anita se alejó de la acera—. Siento mucho que no hubiese nadie en casa el otro día; lady Crawfey no sabía que vendría a visitarla.

—No se equivoque, señora. Iba a verla a usted.

—¿A mí?

El chófer, viendo que se habían detenido a conversar, volvió a cerrar la puerta del coche.

—¿Viene de cenar en el hotel? —le preguntó él.

—De intentarlo, mejor. —Anita echó un vistazo rápido a la entrada—. Había reservado, pero al metre no le apetecía dejarme pasar.

—¿Es el de la barba de vampiro? ¡Qué hombre tan odioso! Es por eso que no me gusta venir aquí... Desgraciadamente, esta noche sí que he reservado una mesa para cenar tranquilamente, aunque no me importaría que usted se me uniese. Al fin y al cabo, tiene todo el derecho del mundo. La joven observó al duque, que ofrecía su brazo con picardía, y aceptó la oferta en silencio, pensando en qué podría perder.

Fue todo un triunfo pasar frente a la mirada snob del metre, y Anita pensó con regocijo —aunque luego se dio un poco de lástima a sí misma— que ella en algún momento de su vida había usado pendientes más caros que lo que él podría ganar en todo un mes.

—Para su próximo cumpleaños piense en su mirada de derrota como regalo —bromeó el duque mientras avanzaban a la mesa.

—Lo recordaré cada vez que esté triste.

Cuando se sentaron a la mesa, Anita pidió lo más extravagante que encontró en la carta; desde un vino centenario hasta una enorme langosta al vapor.

El duque, satisfecho por sus gustos, sugirió un brindis para celebrar la velada.

—Cada vez es más normal —dijo Anita— ver a un hombre y a una mujer cenar juntos. Es decir, ¿y si fuésemos socios de negocios? ¿Tendría que venir a cenar con una carabina? Sería ridículo.

—Algunos aún lo ven como una monstruosidad. Menos mal que sus opiniones no me importan.

La comida llegó a la mesa en silencio y entonces el duque, mientras observaba a Anita degustar aquella humeante langosta, decidió preguntar:

—Dígame, señora Fairfax... —Glastonbury se detuvo unos instantes para añadir solemnidad a su voz—. ¿En qué mesa estaba usted sentada cuando rechazó al señor Leonard Spratt?

Anita, a quien se le había cerrado el estómago en un santiamén, dejó los cubiertos sobre la mesa y se limpió con la servilleta antes de responder.

Se detuvo a pensar en sí sería una buena idea continuar con aquel detestable juego.

No le sorprendía, desde luego, la idea de que a ese hombre le brillasen los ojos solo por encontrarse hablando con Anita Dólar. ¿A quién no le brillarían? Ella era toda una estrella.

—En esa mesa de allí, la que se encuentra en el centro. Aunque esa noche mi madre había pedido que las juntasen todas para los invitados —respondió.

—¡Fantástico! Fue como un coliseo, entonces. ¿Le guardó el señor Spratt mucho rencor por ello? ¿Quiso retar a su padre a un duelo o algo parecido?

Anita se encogió de hombros.

—Spratt y yo acabamos arreglando aquel asunto.

El duque acariciaba perezosamente el borde de su copa cuando volvió a hablar.

—Hábleme entonces de su esposo, el doctor.

Entre risas, Anita se terminó su copa de vino y comenzó a relatar la historia de su matrimonio mientras se servía otra:

—Trabajaba con él en Bromcott y al parecer se enamoró de mí. Charles en un simplón, como ve.

No lee muchas novelas, aunque lo parece. —Le dio otro gran sorbo a su vino—. Intentó pedirme matrimonio antes de que yo viajase a Londres, como si temiese que fuera a volver al pueblo con cinco maridos y trece hijos. No tuvo lo que hay que tener. Entonces volví y pudo reunir el valor. Pero yo estaba tan triste que le dije que sí... ¡En qué momento le diría que sí!

—¡Qué tragedia de ser humano! Su patetismo sobrepasa los límites de la comedia —se lamentó él. —¿Y usted? Hábleme de su duquesa. O de sus duquesas, mejor dicho. Tengo entendido que sus innumerables hijos no comparten madre.

Pidieron otra botella de vino para dejar fluir la conversación.

—Oh, mis duquesas —dijo, maravillado—. La primera murió de sífilis. La otra era salvaje como un caballo y se empeñó en trabajar de enfermera durante la guerra. Sin embargo, he de refutar lo que ha dicho: todos mis hijos son de mi primer matrimonio. La segunda duquesa jamás logró quedar encinta, aunque tampoco es que fuese necesario; la primera dio a luz a cinco varones de lo más sanos y rimbombantes.

—¿Es usted viudo? —Anita desplegó su gesto más dramático—. ¡Sea entonces bienvenido al club! Con un marido como el mío, se podría decir que he enviudado dos veces.

El duque estalló en carcajadas.

—¡Menuda diabla es usted!

—¿Y hace cuánto tiempo murió su esposa? —le preguntó la joven.

—Apenas un par de meses; tres, seguramente. Salí del luto la semana pasada y me estrené en la cena de la marquesa. ¡Justo el día en que la conocí! ¿No es casualidad?

Anita no sabía muy bien qué decir ante la clara indiferencia de Glastonbury respecto a la reciente muerte de la duquesa.

—Dicen que la viudedad es la mejor parte del matrimonio.

—Usted —comenzó el duque, alzando su copa de vino— no lloró mucho a ese coronel, ¿verdad? O no lo lloró desde el corazón, al menos. Lo noto. Y se lo digo sin ánimo de ofender, por supuesto: le hablo con la íntima confianza de otro viudo indolente.

—Se equivoca en eso. Lloré mucho al coronel, pero no solo le lloré a él. Lloré también por muchas cosas que perdí en ese momento. Pocas personas se imaginan cuántas se me fueron en esos años...

—¿Juventud? ¿Contactos? ¿Virtud, quizá?

Anita negó con la cabeza y se dijo amargamente que esas cosas para ella jamás habían tenido valor.

Entonces se volvió a llenar la copa hasta que el vino lamió lentamente el borde de cristal y, sonriente como un perro, brindó de nuevo a salud de nada.

—¡Dinero, duque! Lo que más duele es el dinero. ¡Siempre! —Glastonbury estalló en risas—. Da vergüenza cuando se pierde, no puede de fardar de él cuando se tiene... El dinero es uno de esos conceptos filosóficos sobre los que los hombres sensibles no pueden evitar reflexionar. No llegan a comprenderlo, por supuesto, pero ¿qué otra opción hay? No se puede vivir pretendiendo que no existe.

Mientras él aún reía, la joven se dio la libertad de continuar con su conmovedor y frívolo discurso:

—¡Dinero, digo! Eso es lo que nos une a todos. Estamos tan sedientos de dinero que veinte libras brillarán lo mismo, ya sea en la mano de un hombre, una mujer, un bastardo o un esclavo.

Anita dijo a mitad de la cena que había bebido demasiado y que nadie tardaría tanto en cenar en absoluta soledad en un restaurante atestado de gente, así que, para evitar futuros conflictos con su marido, informó al duque de que era hora de volver a casa.

—Ana.

El doctor la había estado esperando en el salón, así que salió al recibidor cuando la vio llegar.

—Ana, siento mucho haberte regañado de esa manera esta mañana... No tenías razón alguna para rechazar el regalo de la marquesa, y menos siendo uno tan bonito. ¿Por qué...? —Fairfax notó entonces que la joven no le prestaba mucha atención—. ¿Por qué no vienes al salón y hablamos?

—¿La cena? Deliciosa —respondió Anita sin cuidado—. La langosta, exquisita, por supuesto. No tan sabrosa como la del Savoy, claramente, pero aun así, una delicia... Estoy agotada, Charles. Subiré a cambiarme y me acostaré después. Si entras, hazlo en silencio; yo ya estaré dormida para entonces.

Entonces subió las escaleras apresuradamente y desapareció tras la oscuridad del pasillo, dejando una esencia a flor, a incertidumbre y a sospecha tras ella.

Se le puso la piel de gallina en un instante.

No era disgusto, por supuesto; era éxtasis, furor. Anita abrió sus puños entumecidos por el poderío que se había apoderado de ella de forma tan súbita.

Dobló los dedos de nuevo y los apretó contra su palma. ¿Quién decía que la gran Anita Dólar se había marchitado?

El corazón le latía rápido y de pronto se sintió exhausta, y sintió la necesidad de apoyarse sobre la mesa con cuidado, donde reposaba el teléfono aparatoso de la condesa.

Aún no sabía qué intenciones se guardaba el duque tras la espalda, pero, Dios sabía, ella guardaba mil secretos tras la suya.

Cuando al fin pudo mover la mano con libertad, sintió que la sangre le recorría las venas con la sensación de que era viento. Planeaba y nadaba a través de las arterias dilatadas, dejando un susurro hueco y frío tras su vuelo.

Con esa nueva corriente de poder, Anita volvió a preguntarse qué podría querer el duque de ella.

¿Querría su cuerpo? Desde luego que acostarse con Anita Dólar era una fantasía en la que muchos se encontraban pensando cuando caía la noche.

Sea cual fuese ese siniestro deseo, era más de lo que tenía en ese momento: era más que la codiciosa caridad de la condesa, más que la deprimente simpatía de su marido, más que el vago interés de los habitantes de la capital.

Anita se dijo en ese momento que tendría que jugar bien. Aunque fuese por una vez en su miserable vida —pensó mientras recordaba con vergüenza a Spratt, al difunto Somerbridge, al coronel—, tendría que darse una bofetada en la cara y despertarse de ese estúpido ensueño que parecía adormecer la astucia de la que siempre se había enorgullecido.

## CAPÍTULO 36

Cada día se veía menos capaz de soportar la insulsa presencia de Fairfax junto a ella, reflexionó la mujer, tumbada sobre uno de los divanes del salón.

¿Cómo podía existir un hombre tan enterado en huesos y músculos y a la vez tan ignorante de la vida de los seres a los que conformaban? Anita agradecía su inepto desconocimiento, pero no podía evitar cuestionar su inteligencia.

Había pasado mucho tiempo con Glastonbury durante las últimas dos semanas, y el duque no tenía reparos en mofarse de la ceguera de su marido.

Anita, sin embargo, en su interior, se preguntaba si todo aquel teatrillo que hacía el doctor no era más que un complicado y retorcido montaje fomentado por la falta de pasión en su alma.

Porque era una vergüenza: ¡hasta la condesa lo había notado! Y se lo había hecho saber a la joven con gran apuro, pues temía que aquella escandalosa amistad acabase para siempre con la figura de Anita Dólar, que tanto esfuerzo le había costado traer de vuelta a los anales de la historia.

Fairfax, por su parte, continuaba enfrascado en sus libros de medicina, ajeno a todo lo que le rodeaba.

A veces, cuando se veían, le comentaba con pasión —la poca que habitaba dentro de él— sobre los últimos hallazgos de su investigación.

Ya fuera como amante, como musa o, incluso, como mono de feria, Anita estaba de lo más dispuesta a descubrir qué podría sacar ella de provecho de esa complicada situación.

De repente su cuerpo dio una convulsión y se encontró a sí misma lánguida sobre el diván, con el cuerpo frígido y los miembros entumecidos a pesar de que la sangre le rebosaba en las venas.

¿Era normal guardar tanto rencor a un marido?

Se preguntó si su difunta madre habría odiado de esa manera al señor Schneider y, con una risa hueca, se dio cuenta de que de esa manera todo cobraba mucho más sentido, pero la imagen de sus facciones tornándose en las de la señora Schneider se le hizo tan repulsiva que se mordió la mejilla para espabilar.

Anita alargó la mano para alcanzar las pastas y se inclinó para beber de su taza de té sin arriesgarse a ensuciar su elegante vestido, un carísimo regalo que, para gran espanto de lady Crawford, le había hecho el duque.

La condesa había salido a la calle a primera hora de la mañana para encargarse de algún asunto sin importancia. Fairfax, al igual que ella, también había desaparecido para continuar con sus tan interesantes investigaciones sobre el calcio.

—Discúlpeme, señora Fairfax.

Dio un respingo al verse sorprendida por el mayordomo de la casa, que aguardaba, sigiloso como un búho, en la entrada del salón.

—Siento interrumpirla —continuó—, pero ha llegado una visita. El duque de Glastonbury está en el recibidor y pregunta si...

Anita se irguió de inmediato.

—Dígale que lo siento, pero que la condesa ha salido. Me temo que no sé a qué hora volverá.

—No, no. Dice que quiere verla a usted, señora.

—¿A mí...? ¡Ah! —El mayordomo se asustó al escuchar cómo bufaba Anita—. Qué poco juicio tiene... Está bien, hágale pasar. Y si es tan amable de subirnos un poco más de té...

Le pidió también que les trajese algunas pastas, pues ella aún estaba hambrienta.

Glastonbury entró al salón poco después.

—Ya me han dicho que lady Crawford no está en casa. Y antes de que me replique, Anita, déjeme hablar: he venido a hacerle una propuesta que le interesará, al menos, plantearse.

Con firmeza, el duque se plantó sobre el sillón de tafetán que decoraba la habitación y cruzó las piernas con seguridad.

—¿Y qué quiere decirme? —se apresuró a decir ella, que no soportaba escuchar con las manos atadas a la espalda—. No querrá decirme que le apetece cenar comida asiática de nuevo... Casi me fui sin estómago la última vez. ¡Qué picor más infernal!

—¿Cómo se encuentra usted últimamente con su marido, el doctor, ese tal Fairfax?

La pregunta le tomó por sorpresa y la desarmó por completo, pero la voz de Glastonbury y la de su lejano marido se mezclaron y le provocaron una terrible jaqueca.

—¿Y para qué quiere saber eso? —le preguntó entre dientes, frunciendo el ceño.

—Cásese conmigo.

Tras escuchar aquella propuesta, a Anita se le destensó el nervio del cuello y, tras unos densos segundos de silencio, comenzó a reír a carcajadas. Pasados unos largos segundos, entre lagrimones de puro humor, consiguió calmarse.

—¿Perdón? ¡Disculpe que me ría...! —Volvió a retorcerse sin delicadeza—. ¡Perdóneme...! Duque, ¿a qué viene esa tontería, por el amor de Dios?

—Me refiero al matrimonio aunque, a juzgar por su tremendamente insensible concierto de carcajadas, veo que no me toma en serio —dijo él.

—¡Pues claro que no! ¿No sabe que estoy casada?

Anita debía plantearse seriamente si todo aquel desprecio que sentía por el doctor no era más que el producto de su propia frustración o si realmente veía en Glastonbury la puerta que durante cierto momento de su vida había creído extinta.

¿Cómo saberlo? Si abandonaba a Fairfax por un simplón del que no podía aprovechar nada, Anita habría dado un paso nefasto y lo habría arruinado todo. No podría aguantar otra derrota así.

—Por el amor de Dios, Anita. ¡Se creerá usted que no lo sé! Pero déjeme decirle entonces —replicó entonces el duque— que los divorcios están a la orden del día. De hecho, un primo mío se divorció recientemente y, quitando un par de feos rumores sobre la legitimidad de sus hijos, no le ha ocurrido nada malo.

Anita se levantó de un salto y, con los brazos en jarras, se le erizaron los vellos de la nuca al gritar a los cuatro vientos:

—Pero soy su mujer desde apenas un año, ¿cómo me voy a divorciar? ¡Lo que me faltaba! Hija de un loco, pobre como las ratas y divorciada de un doctor de pueblo. ¡Anita Dólar, acto tercero! La fulana de Londres se convierte al paganismo.

No es que a Anita le hubiesen importado jamás las formas, pero en ese momento se le presentaban como una verdadera angustia.

—¿No ha cumplido ya Fairfax con el papel que le tocaba? Sería de buena cristiana dejarle marchar al fin —insistió airadamente el hombre.

Sin embargo, calló al escuchar el crujido de la puerta y la presencia fantasmagórica del mayordomo serpentear con la bandeja y la tetera. Esperaron a que terminara de servir el té en las tazas vacías mientras la cabeza de ambos se llenaban de borrones ruidosos y estruendos, y entonces se quedaron a solas al fin.

—No lo encadene usted a una vida llena de frustraciones por estar casado con una mujer que solo existe más allá de unos límites con los que él apenas sueña —continuó él una vez se encontraron a solas.

—Es usted un desagradable zalamero. ¿Cómo sé que es genuina su intención? Podría

comprometerse conmigo y así convencerme para meterme en su cama. Después yo quedaría desamparada y, ¡Dios sabe qué más! Quizás encinta, mientras usted sigue revoloteando por Europa y dejando un sendero de viudas y rameras a la espalda —gruñó mientras se disponía a devorar otra pasta producto de la ansiedad.

Él se llevó la mano al pecho en un gesto teatral.

—¡Eso ha sido un ataque carente de todo honor, Anita! Un sendero de viudas y rameras... Míreme a los ojos y dígame con voz firme que mi propuesta no le interesa en lo absoluto.

—¿Por qué matrimonio? —le preguntó la mujer tras unos instantes de reflexión—. ¿Por qué no solo amantes? No tengo nada que pueda inducir a un hombre a querer tomarme como esposa.

—Acuérdese de su doctor, entonces, Anita. ¿Por qué querría Fairfax casarse con una mujer como usted? Podría tomarla como amante con la promesa de una buena vida en el pueblo —replicó el duque con el pecho henchido.

—Si le soy sincera, no lo sé; creo que es porque es buen samaritano. O misionero cristiano, quizá.

—¿Dónde estaría la magia si fuésemos solo amantes? Usted y yo, marido y mujer, duque y duquesa, los dos. —Glastonbury le tendió la taza de porcelana con zarpas de Mefistófeles—. Ahí está la verdadera victoria, ¿no cree?

No muy segura de su respuesta, Anita tomó la taza con cuidado y echó algo de azúcar para suavizar la amargura del té.

—¿Qué más tengo que decir para que me crea? ¿He de rasgarme la camisa y clavarme un puñal en la tripa? ¿Serán mis costillas fianza suficiente para convencerla a usted, Anita?

La pobre no sabía muy bien qué contestar: le fascinaba haber embaucado tanto al duque como para que él considerase sola la idea de recibirla como a una extravagante mantenida.

Se consideraba lo bastante cualificada para ello: para complacer, para entretener, para engañar, para distraer. ¿Acaso no es lo que llevaba haciendo desde niña? Bajo un apellido más o menos respetuoso; las formas, sin embargo, no cambiaban.

Pero ¿duquesa? Le temblaban las piernas de solo pensarlo. Era tocar la cúspide con la que siempre había soñado, y ahora temía no poder estar a la altura.

Lo acabaría arruinado; arruinaría su matrimonio, arruinaría el título; lo arruinaría todo, como siempre. Fuere lo que fuere lo que construyeran sus manos, acababa derrumbándose por su propia torpeza. ¡Qué astucia echaba en falta Anita si jamás la había tenido!

—¡Sea mi duquesa! Así todos verán que ese es el lugar que le corresponde y no tendrá que soportar más desventuras. Usted no las merece, Anita Dólar. Usted merece un altar donde la gente pueda observar su grandeza —concluyó con voz viva.

Ante las fanáticas palabras de su enamorado, la mujer se levantó y él la imitó de inmediato.

—¿Quiere que Anita Dólar sea su duquesa?

—Mis hijos ya son más adultos que yo y, he de admitir, la vida sin compañía se me hace eterna —le explicó él. Una peste a sinceridad le emanaba de la boca—. No puedo prometerle un fugaz y apasionado romance, pero sí seguridad, estabilidad y un hombre de quien conocerá todos y cada uno de sus secretos.

—Con una condición —dijo entonces la mujer.

—Dígame cuál. Dígamela, Anita, y la cumpliré con la mayor rapidez que me permitan estos viejos huesos que me llevan por el mundo.

La mano tersa escaló por su cara arrugada y acarició su mejilla con la ternura de quien rescata a un perro ajado por el tiempo. Entonces se enganchó a su nuca, feroz, para que Anita añadiese con la voz teñida de negro:

—Tiene siete días. —Sus dedos abandonaron el pellejo de su nuca andrajosa—. En esos siete

días espero un telegrama, una visita o cualquier señal de que su abogado ha conseguido el acta de divorcio.

El duque se lamió los dientes y pensó con una llamarada ardiéndole en el pecho en agarrarla y besarla allí mismo, pero se mantuvo en silencio.

—Hasta entonces no habrá ni una sola mirada, ni un solo guiño, ni un solo gesto cómplice por mi parte. Y si yo quedo sin marido y con la vergüenza a las espaldas, sepa que no tendré nada que perder y que iré a por usted.

Se dieron la mano con firmeza

La cosa que sorprendió a Anita entre tantas maquinaciones fue la culpabilidad que le entró de repente a la futura duquesa.

Cada noche que cenaba con su marido y con la condesa, cada día de reloj que pasaba y que no acababa con la carta de un abogado en sus manos, el sentimiento de culpabilidad crecía como una espiga; irritaba, dolía, sangraba.

Era mirar a los ojos al doctor y que aquella desagradable sensación le invadiese de nuevo. ¡Por qué nacer con un corazón en el pecho, se dijo Anita, con lo poco que servía!

¿Qué tendrían esos ojillos de tonto que le hacían sentirse como una bestia repugnante? ¿Acaso no era un derecho buscar la felicidad propia? Incluso si en el camino tenías que hacer daño a un doctor de pueblo con ojitos tontos.

Una mañana, ya de vuelta en Bromcott, Anita se había levantado antes que el doctor.

Había adquirido esa costumbre, aunque era más bien una manía, por a la angustia que le provocaba pensar que el abogado de Glastonbury llamase un día sin avisar y que fuese su marido quien descolgase, encontrándose de sopetón con la realidad.

—¿Qué hora es? —preguntó Fairfax—. Todavía me cuesta acostumbrarme al nuevo hospital... El viejo estaba tan cerca de casa que ahora casi siempre llego por los pelos.

—Apenas son las siete.

—¿Qué planes tienes para hoy? Lady Crawfey me dijo que había pensado en invitarnos a cenar en Bromcott Hall, aprovechando que el conde ha vuelto de Bruselas —dijo mientras se terminaba el té.

Ayudándole a recoger sus cosas, Anita asintió con la cabeza y cerró el maletín antes de entregárselo.

—Bueno. —Fairfax se arregló las mangas de la chaqueta y se alisó la camisa—. Ya llego tarde, me voy... Lo más seguro es que almuerce en el hospital, aunque creo que te lo dije ayer.

—Sí, me lo dijiste.

En cuanto su marido fue al recibidor, el teléfono que tenían en el salón comenzó a sonar y, como la doncella no había llegado aún, Anita corrió para contestar antes de que decidiesen colgar.

—¡Glastonbury! —exclamó—. ¿Por qué llama?

—*Pues para que vea usted que yo soy un hombre de palabra, por supuesto.*

—¿Cómo? —Anita se calló al ver que el doctor volvía al salón con un desconocido—. ¿Charles...?

Fairfax le señaló el sofá para pedirle que tomase silenciosamente asiento y así poder aclarar aquel asunto como personas civilizadas. Anita, mientras colgaba, rogó por que así fuese.

—Buenos días, señor Fairfax, señora...

—Me topé con este caballero mientras salía de casa para ir a trabajar y me dijo que nos estaba buscando a los dos —le interrumpió el doctor.

—Soy Richard Dayne, el abogado del duque de Glastonbury. Supongo que su esposa ya le ha puesto al corriente de la situación que me ha traído hasta aquí... —Anita negó discretamente—.



¡Ah! Bueno, qué embarazoso, entonces. Verá usted... —balbuceó mientras buscaba en su maletín—. La señora Fairfax quiere solicitar el divorcio.

—¿Y qué tiene que ver el duque con todo esto?

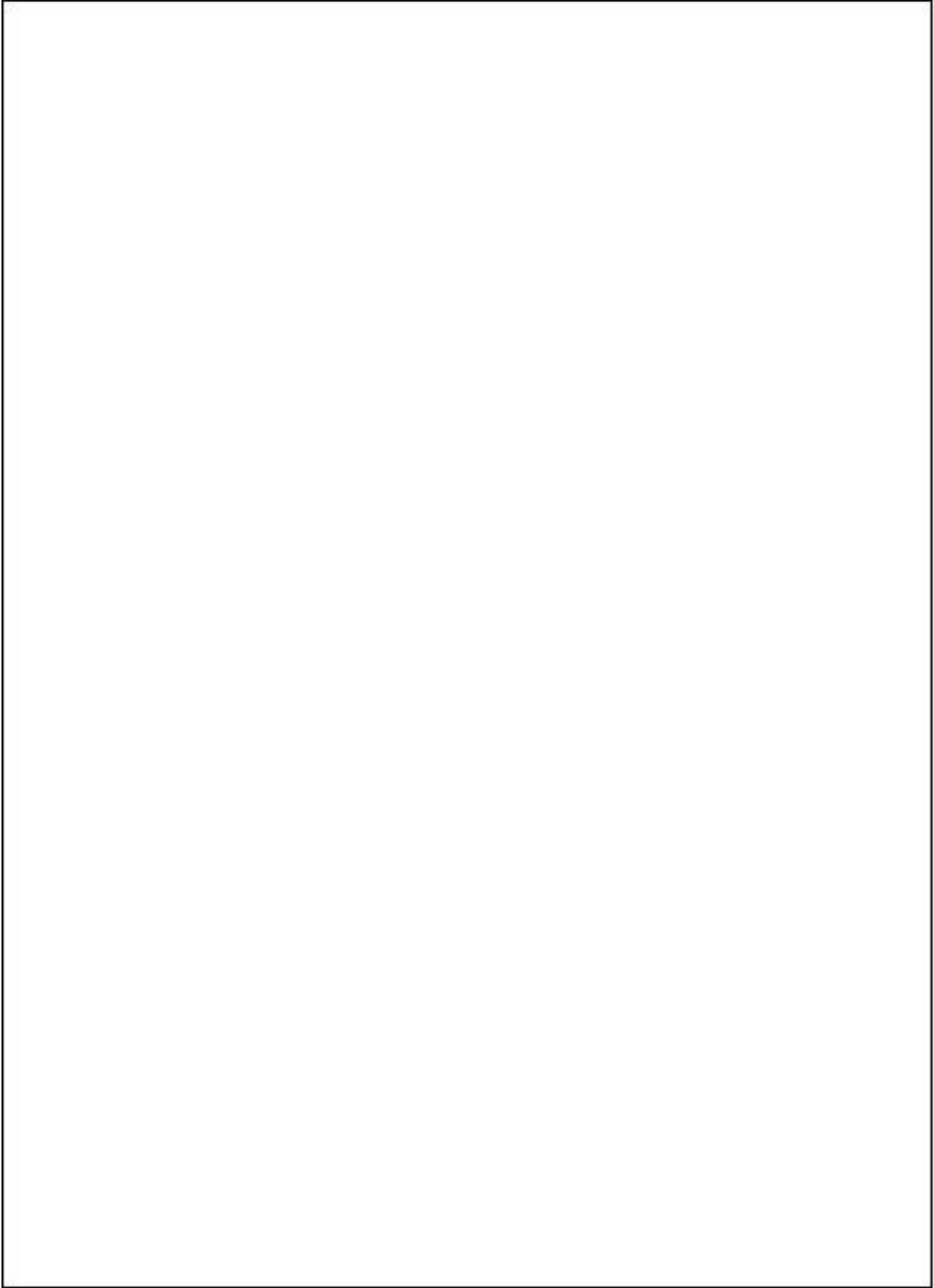
A la mujer le sorprendió la naturalidad con la que Fairfax se estaba tomando las malas nuevas, así que dio por supuesto que ya se las esperaba y que se estaba haciendo el tonto.

—Charles, lo sabes perfectamente... —farfulló.

—¡Y aun así no me dijiste nada, Ana! ¿Qué he hecho para que me hagas semejante pillería? ¡Te he tratado mejor que nadie! Te di trabajo, te acogí, me casé contigo...

Su marido había comenzado a despotricar y ya nadie en la habitación conseguía comprender qué estaba diciendo.

—Ahora entiendo por qué nunca te preguntaste cómo es que me casé contigo, Charles —dijo Anita mientras le tendía los papeles del divorcio—. Tú siempre tuviste tus propias respuestas y jamás te las cuestionaste... ¡Pues mira hacia dónde te han llevado!



Parte XIII.  
Anita; de profesión,  
bonita

## CAPÍTULO 37

La nueva duquesa de Glastonbury vivía tan rápido que apenas le quedaba tiempo para pasar por la residencia de Londres de la familia: en Roma se encontró con su hijastro, lord Trevor Astor, que tenía apenas un par de años menos que ella y a quien acompañó a la ópera; y a pocos días de dejar Tokio, donde se había lapidado una fortuna jugando a las cartas, vio de refilón en un mercadillo a un viejo amigo y le pidió que le enseñase las zonas más interesantes de la ciudad.

Anita había decidido volver a estudiar francés, pues el que había aprendido en su infancia había acabado oxidándose, y nunca estaba de más para cuando se pasaba meses revoloteando por aquel país.

Volvía de vez en cuando a Londres para ver a su marido y a sus conocidos más cercanos; la residencia familiar en Sussex, por el contrario, no la pisaba jamás. Anita se sabía una extranjera allí y no estaba interesada en construir lazos más tiernos que los que ya tenía con sus hijastros.

Una noche, mientras charlaba en *Le Dôme Café* con un literato —aunque luego se les unieron otros muchos más intelectuales, inducidos por la melódica risa de Anita y la humeante atmósfera— al que había conocido esa misma semana, escuchó la llegada de unos viejos conocidos.

Sir Edwards se sentó junto a su nueva esposa, una arrugada española que, arruinada —según había escuchado— tras el estallido de las deudas de su hermano, difunto por una nefasta carrera de coches, tuvo que aceptar la oferta del caballero.

Era apasionante ver que Edwards seguía igual de viejo y, sobre todo, que aún no había fallecido. La naturaleza parecía haberse quedado estancada en sus miembros rígidos y moribundos. En parte, era como viajar a una época en la que Anita era más joven.

—¡Duquesa! Es un placer verla. Cielos, usted no envejece, vaya que no. ¿Le he presentado ya a mi esposa? —Anita asintió, acompañada por el silencio incómodo de sus contertulios—. Bueno, veo que está en medio de una apasionante conversación... Será mejor que la deje ya. Ha sido un placer, duquesa, un gran placer.

El caballero se despidió de ella y se fue a paso ligero, temeroso de las carcajadas en las que se inundó el café apenas unos segundos después.

—Duquesa... ¡Apuesto a que no se lo esperaban!

Durante el poco tiempo que pasaba en Londres, a Anita no le sobraba el tiempo libre: se pasaban las tardes de fiesta en fiesta, y en las madrugadas no era extraño encontrársela bailando en algún bar donde tocasen buena música y sirviesen buen licor.

Se podría decir, en cierta forma, que Anita Dólar, contra todo pronóstico, había ganado la partida.

—Su Excelencia, ha llegado lady Crawfey. Está esperándola en el salón azul del ala oeste. ¿Quiere que le suba una bandeja de té?

El mayordomo no solía usar un tono agradable con ella salvo cuando había testigos, así que a Anita le sorprendió la educada propuesta.

—No se moleste —le dijo—. Nos quedaremos aquí solo un rato. Pero, si puede ser, me gustaría que mandase limpiar el estudio del duque. He entrado esta mañana y estaba hecho un desastre.

Cuando Anita entró a la habitación, su amiga ya la esperaba allí con el gesto fruncido.

—¡Condesa! Vaya cara que me trae. ¿Qué ha ocurrido que la angustia de esta manera?

—Es mi hijo, Anita, mi hijo. ¡Qué criatura tan estúpida! Tonto y joven. ¿Me puede usted decir a qué bendita edad comienzan los hombres a dejar de ser así? ¡Dígamelo! —sollozó la pobre mujer. Anita se sentó a su lado y le frotó un hombro.

—¿Qué barbaridad ha hecho ahora Crawfey como para que esté usted así? —cuestionó mientras

tocaba la campanilla.

El mayordomo subió y preguntó si al final tomarían algo de té, pero la duquesa le corrigió y le pidió que les subiera una botella de vino de la bodega.

—Lord Crawfey volvió hace un par de meses de sus vacaciones en París. Nada fuera de lo normal, como puede ver. Pero cuando fui a verle a Bromcott me dijo que tenía una sorpresa preparada para mí, ¡y me aseguró que esa sorpresa tenía piernas y manos! Yo, por supuesto, me esperaba a un amigo de alguna ciudad extranjera, o a una italiana ricachona con la que hubiese pensado en prometerse...

—¿Y qué era? —insistió la duquesa, muerta de curiosidad, mientras servía un par de copas.

—¡Una bailarina de cabaret! Valentine Pollet se llama. Tiene veinte años y a saber cuántos amantes. La conoció en el *Moulin Rouge* durante uno de sus bailes y, por supuesto, el muy estúpido se quedó prendado. —Lady Crawfey se bebió su copa de un sorbo—. Tan prendado, Anita, ¡que se han prometido! Un mes en su cama y ya se quiere casar con ella...

—¿Ha habido algún fraude de por medio?

—¡No, Anita! Solo mucha estupidez. Crawfey es un muchacho demasiado romántico, ha leído muchas novelas... Y por eso se ha enamorado de la primera mujer bonita que se le ha cruzado.

La mujer apretó los labios en silencio con un dramático gesto de lástima, aunque en su corazón no sentía nada parecido.

De repente por su cabeza pasó un pensamiento fugaz: ¿había mostrado tal desconsuelo Somerbridge al enterarse de que su hermano iba a casarse con ella? ¿Tanto se parecía Anita a esa pobre Valentine Pollet?

Sirvió un par de copas más y la condesa se las bebió con la sed de un trotamundos del desierto.

—Y por eso necesito su ayuda, Anita.

—¿Mi ayuda, condesa? ¿Para qué?

—No tengo nada en contra de que los hombres experimenten antes de pasar por el altar, ¡pero no toleraré que se casen con los tanteos! —exclamó su amiga. Anita dio un respingo ante el chillido y se giró, confundida—. ¡Engatúselo! —le explicó finalmente su amiga—. Mi hijo siempre ha pensado de usted como una refrescante belleza americana. Aproveche y sedúzcalo. Cuando se dé cuenta de que ese romance tan apasionante que está viviendo con la francesa se lo puede proporcionar cualquier mujer bonita, verá que no tiene por qué casarse con ella, y que el papel de esposa se cumple con otro tipo de cualidades.

Anita se echó hacia atrás con espanto en la cara.

—¿Me está pidiendo que sea el amante de su hijo?

—Un hombre es un amante cuando hay deseo de por medio. En este caso es un favor que le pido como buena amiga mía que es —le replicó lady Crawfey.

¡Amistad, decía! Anita se mordió los cachetes.

Entonces, suspirando, pensó en las cosas que una mujer debía hacer para seguir adelante.

—Es... —Entonces levantó las cejas y un brillo astuto le invadió la mirada—. Puede que funcione. De acuerdo, la ayudaré con su hijo.

Anita viajó a París pocos días después y visitó el Moulin Rouge, donde esperaba encontrar al conde y, si era posible, sin la compañía de su extravagante y francesa prometida.

La primera vez que se encontraron, Anita le convenció de cenar en *le Lapérouse*, un restaurante poco concurrido en París.

Lord Crawfey era un muchacho joven, de poco más de veinte años, que apenas había comenzado a descubrir el mundo tras la prematura muerte de su padre tras una trágica infección.

Tras un par de copas, el camino hasta una noche de pasión en el hotel donde se alojaban fue fácil y

natural, y la noche se alargó hasta convertirse en una larga semana. Crawfey parecía haber perdido toda noción del tiempo y, para cuando se dieron cuenta, ya le estaba recitando poemas en prosa.

—Cuando somos jóvenes siempre pensamos que todo lo que nos rodea es amor —dijo Anita mientras se envolvía con el abrigo.

Aquello fue lo último que el conde escuchó de su nueva amante antes de volver a Inglaterra con la cabeza llena de pájaros.

Anita continuó con normalidad con su vida en Londres, viendo de vez en cuando a su marido, a sus amigos y a otros conocidos, hasta que un día recibió la noticia de que, finalmente, Crawfey había roto su compromiso con la bailarina.

«Lo intentaste, Mademoiselle Pollet», se dijo la duquesa con una sonrisa de lástima, «pero en este sitio se necesita más que eso».

¡Si tan solo la hubiese conocido! Podría haberle dado un par de buenos consejos.

Mientras se encontraba en la ciudad de Nueva York, el mayordomo de su mansión en los Hamptons subió una mañana a verla y le hizo saber que un hombre desconocido preguntaba por ella.

—¡Ernie! —Anita corrió a darle un abrazo a su hermano—. ¿Qué haces aquí, y con esa cara?

Como ya era casi la hora de cenar, Anita le convenció de salir a tomar un café; era de las pocas ocasiones en las que Ernest podía saborear su vieja vida y, ahora que su hermana era una duquesa, no tenían razón por la que negarse ese capricho.

—A mí me gustaba el doctor —farfulló Ernest.

Anita hizo una mueca de burla mientras entraban al pequeño salón de la cafetería.

—Pero ¡si nunca le llegaste a conocer!

Una vez se sentaron alrededor de la mesa, Anita se encendió un cigarrillo y le entregó otro a su hermano, pero él lo rechazó.

—Sí, es cierto, pero pienso que él es el tipo de hombre que necesitabas, el tipo de hombre con el que te deberías haber casado. No un duque —le explicó el joven mientras se removía, incómodo, en el sofá de terciopelo.

Entonces Anita se levantó para sentarse lejos y, aunque al principio echó de menos aquel sentimiento de familiaridad, se convenció de que su calidez no era más que el calor falso que un demente perdido buscaba en una tormenta de nieve.

—¿Cómo sabes lo que necesito? —le preguntó. Su voz había resonado plana y vacía sobre la mesa, como la mala lectura de un poema sin sentimiento.

—Ese funesto día, Anita, te lo dije —insistió Ernest—. Te dije que lo que te convenía era una vida tranquila, simple. ¡La vida que, estoy seguro, pudiste encontrar junto al doctor Fairfax!

—Jamás te importé, no hasta que te comencé a matar la culpa por demonizarme y por convertirme en Anita Dólar con tu cómplice silencio. No tienes derecho a decir quién me conviene y quién no —le replicó ella con aquella mirada gélida corroyéndole de nuevo las pupilas.

—¡Claro...! —exclamó él—. Dios, Ana, claro que me importas. ¡Me importas tantísimo...! Eres mi única familia, mi hermana, mi pequeña Anita. Y me da tanta lástima verte encerrada en esta cárcel de oro, Ana, de verdad que...

—No me tengas lástima, ¡ni te atrevas! —Anita tardó unos segundos en calmarse—. No me la tuviste cuando más la necesité —continuó diciendo mientras le temblaba el pecho—, en mi solitaria juventud.

Ernest esbozó una mueca de ternura pues, si bien todas aquellas cosas eran ciertas, se le hacía tan dulce ver que, tras tantos años, Anita comenzaba a aceptar que había cosas en el mundo que

podían hacerle daño.

—Tampoco toleraré esa sonrisa paternal —siseó.

Pero entonces volvió a convertirse en el muñeco de piedra y, sin alma, le dijo, aplastando el cigarrillo contra el cenicero:

—Espero que esa culpa demoníaca que tienes dentro te coma las entrañas, pues no es que mi tortura haya cambiado a lo largo de los años; no, ella sigue igual. Es solo que ahora la ves y no eres capaz de arrancártela de los ojos.

Cuando se terminaron su café, Ernest se ofreció a llevarla en coche hasta los Hamptons. Lo único que impedía la victoria del silencio era el sonido ronco del coche, y Anita se arrepintió de no haber vuelto andando.

Charles Fairfax, que acababa de llegar a la casa, tomó el relevo de su antiguo cuñado, con quien se cruzó en la entrada, y le preguntó a Anita si aquel caballero que había salido a zancadas era su hermano.

Ella le dijo que sí y no se esforzó de manera alguna en continuar hablando del tema.

—¿Qué hace aquí, en Nueva York?

El doctor la esperaba en la entrada de la mansión con el sombrero apretujado entre las manos y una extraña mueca de tristeza en el rostro.

—Hacía mucho tiempo que no me llamaba así, duquesa —le replicó él—. Le recuerdo que soy su exmarido; ¿no merezco un tratamiento más cercano?

La mujer, aunque divertida por su actitud, soltó una bocanada de aire y se cruzó de brazos.

Avanzaron por el recibidor, donde la voz de Fairfax, fúnebre y terrible como la promesa de una tragedia, la sorprendió:

—«Dondequiera que tengáis vuestras moradas, las ciudades quedarán desoladas, y los lugares altos, devastados, para que queden desolados y devastados vuestros altares, rotos y eliminados vuestros ídolos, derribados vuestros retablos de incienso y borradas vuestras obras.»

Anita se dio la vuelta con una ceja levantada.

—¿Qué dices, Charles?

—Nada —respondió él en voz baja.

—Siempre tengo una mesa reservada en el Delmonico's —dijo la mujer mientras bajaban la calle—. Glastonbury es un buen amigo del dueño, así que jamás se negaría a darnos de cenar.

Cuando entraron, ella aún sonreía.

—Tengo que agradecerte —comenzó a decir Anita para romper el silencio— por algo que no todo el mundo estuvo dispuesto a darme, siquiera cuando más lo necesité: paz y seguridad. No supe darte las gracias en ese entonces, aunque intenté quererte, de veras. Y tú también; el problema era que... tampoco podías. No podías quererme del todo, al menos. Intentaste arreglarme como a una planta y pensaste que la mejor manera era cortándome el tallo...

—Me disculpo por ello, entonces. Yo solo quise ayudarte. Y, en parte tienes razón; jamás logré amarte. Quizá de ahí surgió mi culpa: pensé que podría amar a una mujer como tú y, cuando vi que no era así, me convencí de que era por tu diabólico apodo. Siempre pensé que se puede querer a cualquier tipo de mujer en este mundo —respondió Fairfax.

El camarero les trajo su cena.

—Mi deseo de que fueras feliz era, sin embargo, genuino. Y lo sigo llevando en el corazón.

—Intenté ser feliz siguiendo las normas —dijo entonces ella con gesto de pena. Removió su copa de vino y se atrevió a darle un sorbo—. Lo intenté, de verdad. Te lo juro. Pero, y quizá fue a tu costa, me disculpo por ello, terminé dándome cuenta de que no hay canal ni medio por el cual pueda conseguir la paz que anhelo sin que se me persiga de por vida.

Fairfax soltó tal suspiro que le tembló el cuerpo. Cansado de sus excusas, tomó la servilleta y se la colocó sobre el regazo para no perder los nervios.

—Sigues diciendo tonterías... —farfulló.

—Lazarillo ciego... —Anita dejó que una risa reverberase en su garganta—. Pasan los años y no te curas ese extravío.

—Siempre lo mismo, Ana, ¡siempre lo mismo! ¡Lazarillo ciego, dices! —repitió él, repentinamente harto de sus historias.

—Un bufido y un ceño fruncido no te darán la razón, Charles. No te la han dado nunca y no van a empezar ahora —replicó ella mientras veía como el doctor se iba del restaurante.



## CAPÍTULO 38

Para agradecerle por su estratégica actuación al espantar a la bailarina francesa, lady Crawfey invitó a Anita a un espectáculo de moda para pasar la tarde.

También las acompañaría lady Clopbourne, que, según había avisado, traería a una vieja amiga para que la conociese.

La ropa que las modelos usaban brillaba bajo las luces del techo al son de la música, acompañadas por el tintineo de las copas de cristal y el murmullo de las conversaciones de quienes se limitaban a mirar.

—Escúcheme —le dijo lady Crawfey—, ya ha llegado la duquesa de Granby. Es esa mujer tan bajita y malhumorada de ahí.

Anita alargó el cuello para ver a la recién llegada.

Se presentaron sin entusiasmo, se preguntaron la una por la familia de la otra, le desearon buena salud a todos, desde familiares hasta simples conocidos, y continuaron viendo el silencioso desfile.

Sabía que tendría que concentrarse mucho en las telas brillantes que centelleaban delante de ella para que nadie en el salón pensase que estaba mirando, taciturna, al vacío mientras esperaba que alguien se molestase en dirigirle la palabra.

Entonces vio de reojo que la duquesa se había inclinado para preguntarle a lady Clopbourne y Anita pudo escuchar su infame apodo susurrado. No hubo ninguna mirada de soslayo, ningún sospechoso ceño fruncido y, aun así, supo a la perfección que se les estaba llenando la boca de maldades.

—Dios mío... Creo que me he enamorado, lady Crawfey —le decía la marquesa—. Me fascinan las modas que surgen hoy en día.

A pesar de la nefasta primera impresión que Anita se había llevado de la vieja duquesa de Granby, aceptó su invitación a Buckingham, donde residía con su esposo.

Anita jamás había estado en el palacio. Tampoco era su país, desde luego, aunque había pasado tanto tiempo desde que dejó América —y le quedaba tan poco que valorase allí— que, en cierta forma, era tan británica como cualquier otro.

Glastonbury, sin embargo, sí solía frecuentaba Buckingham con sus hijos y el resto de su familia.

Él mismo le dijo, cuando escuchó que Anita iría a ver a la esposa del duque, que le esperaba una velada tan pesada y tediosa que tendría que beberse todo el licor que pudiese antes de salir.

Pero Anita no se quería creer esa patraña de que la duquesa era una mujer aburrida. Había visto en sus ojos la malicia de una dama de la alta sociedad y eso jamás dejaba posibilidad alguna para el tedio.

Avanzó por la habitación una vez le abrieron las puertas del coqueto saloncito.

Aún le temblaban las rodillas de la impresión tras haber entrado por esas puertas tan magníficas; los soldados que vigilaban la entrada del palacio no la habían molestado, nadie se había girado dos veces para reconocer su cara, y todo aquel poder invisible había logrado sobrecogerla.

La duquesa le señaló dónde sentarse.

—Escuché que volvió hace un par de semanas de Francia, ¿tuvo usted tiempo de ver *le Grand Prix de Motoaviette*? ¿Sí? Me dijeron que el ganador tardó apenas cinco horas, pero no recuerdo su nombre. ¿Lo sabe usted?

—Monsieur Coupet, creo —respondió ella.

—¡Oh! He escuchado hablar de él. Me consta que también participó Monsieur Blériot. Seguro que

lo conoce; es un hombre joven y muy apuesto. —La duquesa miró su taza y, al verla vacía, se asomó para echar un vistazo a la de Anita—. Aunque no sé casi nada de sus amistades más allá de Londres. ¿Ha mantenido el contacto con alguno de sus vecinos de Derbyshire, duquesa?

—Mi hija Mary vive con los Somerbridge de Waventon Park, así que es natural que hable con ellos a menudo. En cuanto al resto, no, me temo que no sé de ellos. Me consta que lady Newton murió hace un par de años, pero eso es todo —contestó Anita.

Dejó la taza vacía sobre la mesa en silencio.

—Sí, la dulce Mary Musgrove. Me encantaría conocerla algún día... Pero —repuso la duquesa mientras calentaba de nuevo la tetera— no se quede ahí, cuénteme más. ¿Cuántos años estuvo viviendo en Waventon? Se fue después de perder al bebé, ¿no?

Anita sabía que era demasiado maleducado decir que no tenía intención alguna de hablar de los detalles de su vida privada, así que tomó la taza que le ofrecía y asintió.

—Cuatro escasos años. Mi cuñado aún vivía cuando me casé con el coronel.

—Nunca he estado en el norte del país, pero he escuchado que tiene unos paisajes asombrosos... Recuerdo que durante esa época le perdimos el rastro, Anita. Fue tal tragedia... A todos les encantaba oír hablar de usted. Nadie se regaba a escuchar sobre las aventuras de Anita Dólar.

La mujer tragó saliva y, rígida sobre el sofá, sintió cómo se le ponían los pelos de punta.

—¿Le molesta que use ese apodo? —preguntó la duquesa—. Si es así, disculpe. Sin embargo, siento que no sabría de qué hablo. ¿Schneider, Musgrove, Somerbridge, Fairfax, Glastonbury? ¡Tiene usted tantos rostros que es casi imposible no perderse!

—¿Y la única manera de evitarlo es usando a la pobre Anita Dólar?

La duquesa se quedó en silencio. Durante un instante le brillaron los ojos, pero apretó los labios con una mueca misteriosa y tomó la tetera.

Ante ese repentino ambiente incómodo, que se les estaba metiendo en las tripas como un veneno, Anita se levantó con la excusa de que su marido la esperaba en casa.

—Entonces permítame pedirle disculpas y venga la semana que viene a cenar con unos amigos.

Entonces Anita salió del saloncito sin mirar atrás.

Cuando el duque escuchó sobre la invitación, no pudo evitar soltar un suspiro y se quedó de morros por el resto de la tarde.

—No esperes nada del otro mundo, Anita. Solo cenaremos, saludaremos a gente que nos cae mal y bailaremos —le había soltado mientras su ayudante de cámara le planchaba la chaqueta con las manos.

Anita, molesta, se puso a jugar con los cojines de la cama mientras se asomaba para ver a su marido por la rendija de la puerta que daba a su vestidor.

—¡No seas aguafiestas! —le reprochó—. Me arruinarás la noche como sigas diciéndome eso.

—No quiero que te hagas ilusiones y luego te decepciones... Son veladas de lo más aburridas; yo, personalmente, preferiría mil veces irme a algún club a jugar a las cartas.

—También hay vino allí —le interrumpió ella.

El duque se llevó la mano al pecho con un gesto dramático y cerró la puerta de su vestidor para dar por terminada con la conversación.

Una hora después, puntuales como un reloj, los duques llegaron al palacio de Buckingham.

Tal y como había predicho Glastonbury, la cena fue terriblemente aburrida y no tuvo la oportunidad de hablar con nadie a quien conociese.

Los invitados no tardaron en proponer tocar algo de música para bailar —era un espectáculo, desde luego— en medio de uno de los gigantescos salones.

—Oh, no —dijo Anita mientras zarandeaba las manos—. Hoy no bailaré, querido. Pero no te

prives de hacerlo solo porque yo haya decidido quedarme sentada esta noche.

Glastonbury aceptó su decisión sin darle muchas vueltas y le pidió bailar a otra mujer.

—Venga un momento, Anita, venga.

En un lado del salón, la duquesa la esperaba con sus amigas y junto a una mujer a la que con solo un vistazo reconoció como la reina de Inglaterra.

Entonces se acercó sintiendo unas desagradables palpitaciones en las muñecas y las saludó.

La presentación fue pomposa y solemne, pero ¿qué podía esperarse de la realeza de ese país? Todo olía a betún de Judea.

—¿Reside—comenzó la reina, provocándole un respingo— usted en Londres?

—Voy de un lado a otro, pero ahora mismo estoy asentada aquí. Al menos hasta que termine el verano.

Volvieron a sumergirse en el silencio.

Estaba claro que la reina, en su eterna impasividad, trataba de sonsacarle datos, historias, cualquier cosa —aunque fuera una triste anécdota familiar— para continuar con la conversación.

Anita jamás había estado tan quieta en una cena.

Tras esa noche, la reina invitó varias veces a los Glastonbury al palacio para pasar el rato.

El duque solía rechazar la oferta por tener cosas más importantes que hacer, y porque no le interesaba escuchar sus charlas interminables sobre qué estaba ocurriendo o no en del mundo;

Anita pensaba que era un suceso agradable y nunca le insistía para ir.

Normalmente solo tomaban té —vino, a veces, si tenían muchísimas más novedades— y se contaban tonterías, pero cuando la duquesa desaparecía del mapa, Anita, poco a poco, comenzaba a tener deseos de hablar de las cosas que tenía enquistadas dentro.

Un día, uno cualquiera, en el que nadie diría que a Anita le ocurriría algo excepcional, se sintió especialmente marginada. La reina no se preocupaba por esconder la reprobación que sentía hacia ella por ser una americana divorciada. Y, sinceramente, no podía culparla.

Sabía que la duquesa de Granby estaría con ellas, y Anita no podía evitar pensar que tenía toda mala intención en el planeta escondida tras las espaldas.

No hablaban de ningún tema extraño, en realidad. Solo de chismes, de la gente a la que conocían y, esporádicamente, de alguna novedad política.

—¿Y qué piensa su exmarido? Me contaron que se vio con él en el Delmonico's el año pasado.

Anita respiró profundamente y, ofendida por el inoportuno momento que la duquesa había elegido para charlar sobre su historial románico, abrió la boca para responder, pero la reina se le adelantó:

—¿Su exmarido aún está vivo? —preguntó, anonadada—. No tenía la más mínima idea... Pensé que se había casado después de la muerte del doctor.

—¡No, no, Su Majestad! El marido sigue de lo más vivo, a pesar de que la duquesa se haya vuelto a casar. Al parecer es una conducta bastante popular en América. Aunque, no sé si sabe, aquí en Reino Unido no vemos bien que las divorciadas vuelvan a contraer matrimonio —añadió la duquesa.

Anita supo que tenía que defenderse.

—Pensé lo mismo —replicó al fin tras haber escuchado en dócil y silenciosamente su detestable monólogo—. Pensé que era un pecado. Sentí que estaba fallando como cristiana, no lo dude, pero era la única manera de huir de un hombre que me comía el alma. —Dejó la taza a pesar de que tener la boca seca—. Creo que tengo demasiada bondad tras mis espaldas como para que un divorcio me ennegrezca.

La duquesa de Granby vio su oportunidad y se lanzó sobre la carne cruda como un lince.

—Conocí en Londres a la señorita Turner, la hija del difunto barón de Newton, y me contó maravillas sobre usted. ¿Es verdad que no esperó a que se enfriase el cadáver del vizconde para tirarse al cuello de su hermano? —soltó con tono bromista, alegre y desenfadado. Se rio un poco para no levantar más asperezas y esperó a que Anita pensara una respuesta.

—Pero no pudieron haber estado casados —les interrumpió la reina—. Duquesa, ya sabe que un hombre no puede casarse con la viuda de su hermano.

—Oh, bueno, yo nunca hablé de matrimonio...

Anita se levantó de inmediato con los ojos clavados en la duquesa y se despidió de ellas con tres excusas mal hechas.

En cuanto llegó a su casa, cruzó los pasillos corriendo y en silencio —a pesar de que, por primera vez en dos años, el marqués y sus hermanos habían logrado reunirse y estaban pasando el rato en el saloncito— y subió con el corazón en la garganta provocándole arcadas.

Tenía las mejillas rojas y le ardían las orejas.

Anita había sido humillada incontables veces a lo largo de su vida, pero jamás se había sentido culpable. Aquel sentimiento estaba vetado porque no tenía ningún tipo de utilidad en el mundo.

¿Dios? ¡Ninguna! ¿Desesperación? ¡Tampoco! Eso de que la culpa era la muestra más pura de bondad era una patraña.

Anita Dólar había comenzado a dolerle en el pecho y no le dejaba respirar con sus garras de oro agarradas en torno a su garganta; tenían un tacto de hielo, pero no se derretían en el bochorno del cuello.

Con mil mundos metidos en la cabeza, se encendió un cigarrillo y sacó una de las botellas que el duque escondía en el armario de su vestidor.

## CAPÍTULO 39

—¿No quieres que te suban nada de desayunar? Ayer no cenaste y ya son más de las once.

Anita se había encerrado a cal y canto en la casa de Londres de los Glastonbury y se negaba a salir de allí; cada vez que pensaba en volver a ver la luz del día, recordaba la horrible velada junto a la reina y se le incendiaban las mejillas de vergüenza.

El duque se sentó en la cama mientras se abrochaba los gemelos de la manga.

—¿Adónde vas? —le preguntó Anita.

—A ningún sitio en especial —musitó—. Saldré a tomar algo al club con Crawfey y con Granby... No creo que almuerce aquí, así que puedes hacer lo que quieras. De todas maneras, no hay nadie a tu disposición que me pueda preocupar. —Había bajado la voz para que no le escuchase—. Bueno, me voy.

Glastonbury le dio un beso en la frente antes de salir de la habitación.

Anita dio una vuelta sobre la cama para quedarse mirando al techo, pensativa, y estiró el brazo para coger la campanilla.

Lady Crawfey había insistido varias veces a lo largo de la semana en salir a cenar, para ir al teatro, a la ópera; a cualquier lado. No le importaba. Con tal de que su amiga pusiese un pie fuera de la casa, la condesa estaba dispuesta a invitarla al circo chino.

No sabía por qué el alma de Anita Dólar había comenzado a provocarle vergüenza justo en ese momento. ¡Hace diez años se habría pavoneado por el palacio con gusto, y el sonido de su nombre le sonaría a una sonata!

La doncella llamó a la puerta y sigilosamente entró a la habitación para no molestar a su señora.

—Su Excelencia, ¿desea que le suba el desayuno?

—Sí... —Se sentó sobre la cama mientras se quitaba las sábanas de encima y miró al infinito, aún medio dormida—. Con un café bien cargado y el periódico. Y tráeme también la correspondencia de hoy; así tendré algo con lo que entretenerme.

Se tomó el café con tanta lentitud, mientras leía el periódico página por página —aunque en realidad no le estuviese prestando demasiada atención a lo que leía— que, para cuando terminó, Glastonbury ya había vuelto.

—¡Bueno! La duquesa ha salido de su cama de seda. ¿Qué estás leyendo? —le preguntó mientras le robaba una de las pastas.

—El periódico. Bueno, ya he terminado. ¿No te había dicho el doctor que no podías tomar dulces? No vengas a mí cuando te empiece a doler el hígado...

—Cielos, Anita, que tengo cincuenta y cuatro años, no noventa —dijo su marido, divertido—. Si el marqués te ha dicho alguna tontería, no le hagas caso. Es muy aprensivo con las cosas de la muerte.

—Sí, bueno... Hay café, así que puedes quedarte aquí conmigo mientras yo leo la correspondencia de hoy —murmuró ella.

Se quedaron en silencio, cada cual encargándose de sus asuntos: Glastonbury leía el periódico que su esposa ya había despachado y Anita rasgaba los sobres con hastío.

Entonces se le cayó el abrecartas de la mano y soltó un jadeo.

—¿Qué ocurre?

Anita balbuceó algo, pero calló hasta encontrar las palabras adecuadas, aunque seguía sin entender muy bien la situación.

—Es una carta... —comenzó—. De la reina. Dice... Dice que está interesada en que me convierta

en su dama de la alcoba. ¿Yo? —Anita se quedó en silencio—. ¡Yo! Pero ¡pensaba que me detestaba! Aunque tampoco puedo culparla, con todo lo que habrá escuchado de mí... ¿Crees que es una broma?

El duque le arrebató la carta con brusquedad, la leyó de arriba abajo varias veces y finalmente se lo creyó, porque puso tal cara de espanto que parecía más bien haber visto los fantasmas de sus esposas.

—Pues no sé cómo le dirás que... ¿Tú quieres? Me refiero... Esta no es una más que una carta normal, informal. Quiere que te lo pienses bien y, si de verdad estás dispuesta a aceptar, te mandará la invitación definitiva —le contó el duque.

—Pero... ¿Por qué querría...?

Anita se levantó de la mesa y comenzó a dar vueltas por la habitación, moviendo los dedos sobre sus caderas.

—¿Quieres entrar a la Corte? ¿Ser una dama de compañía? ¡Anita! —La mujer dio un respingo ante su exclamación—. Dime, por favor, que no aceptarás porque Crawfey se pasa la vida en allí, dime que no.

—Pero ¿qué dices, Glastonbury? —replicó ella entre risas mientras planchaba el sobre con sus dedos.

—¿Entonces es verdad? ¿Estás con él?

—¡Por Dios! Otra vez con ese tema... ¿Vas a creerte todas las tonterías que te cuenten o vas a intentar confiar un poco más en mí? Sabías que esto ocurriría cuando te casaste conmigo, duque. Sabías que hablarían de nosotros.

El duque sentía unos deseos inmensos por creerla, pero el ángulo de su ceja, la sombra en sus pupilas y la leve contorsión de hastío que deformaba su labio —todo en ella— le hacían pensar que era una mentira cruel e interesada.

La nueva vida de los duques de Glastonbury en Buckingham no cambió mucho; el duque tampoco pasaba mucho tiempo en Palacio, aunque le gustaba encontrarse con viejos amigos para jugar a las cartas y fumar con el rey.

Anita y María de Teck también cogieron por costumbre quedarse en el palacio para tomarse una botella de vino y charlar sobre la vida misma.

—Está muy disgustado —le comentaba—. Se obsesiona con la idea de que tengo un estúpido idilio con el conde de Crawfey...

Y tenía toda la razón: siempre que Glastonbury veía al conde, le atiborraba a preguntas, quería saber dónde había estado, quería saber si había visto a Anita, si tenía alguna razón por la que sospechar de su supuesta fidelidad.

La mudanza al palacio no había hecho más que avivar ese acerbo recelo suyo.

Anita había intentado explicarle que con los años se acostumbraría, que la gente se inventaría historias si veía que no causaba más escándalos.

En cierto modo, se sentía decepcionada por su actitud; el duque le había prometido que jugaría con ella a aquel despiadado juego de Anita Dólar, pero había acabado cayendo en la trampa.

Era un gran chasco, desde luego.

La reina escuchaba con atención a todas y cada una de sus quejas, intentaba aconsejarla y se alegraba cuando llegaba con buenas noticias.

Entonces ese retortijón incómodo volvía a las tripas de Anita.

—Está más feliz que de costumbre, duquesa. ¿Es que le han dado alguna buena noticia?

La mujer apretó las mejillas para evitar sonreír.

—He recibido una carta de mi hija. Vive en Waventon con los Somerbridge, así que apenas puedo

visitarla. Pero ¡qué bien escribe! Tiene una caligrafía preciosa.

—¿No suele llamar a Waventon?

—Sí —respondió Anita—, pero ya sabe usted... No es suficiente. A veces temo volver a verla y que no me reconozca, ¡o peor! Porque siempre puede aprenderse mi cara de nuevo... ¡Que no reconozca yo su voz! Eso significaría que me he perdido la infancia de mi hija, y eso es algo que no se recupera.

—No hay manera correcta de criar a un hijo. Una espera quererlos, pero el mundo exige mucho y no siempre se estará ahí para protegerlos de lo que hay ahí afuera —musitó la reina con voz débil.

—Y Mary es una niña tan bonita, Su Majestad, y tan inteligente. Ya sabe hablar francés, y el alemán lo tiene casi dominado. Dibuja con un poco de torpeza, pero creo que eso le viene de mí; yo también era un desastre con las acuarelas.

Anita no solía hablar de su antigua familia; Fairfax no soportaba escuchar sobre la antigua familia de su esposa y el duque no estaba interesado en saber de la desconocida Mary.

Sacaron otra botella de vino y la abrieron con una risa jovial.

—Es extraño que usted me hable de niños —dijo su amiga, sirviendo dos copas—. Bertie tiene su edad pero ningún hijo. ¡Y recuerde el jaleo que hubo que montar para que se casase! Ha crecido muy bien y tiene las prioridades bien ordenadas.

—Es difícil ordenarlas. A veces es difícil hasta saber cuáles son; y la mayoría de las veces las eligen las carencias. Fui madre muy pronto, porque también me casé muy pronto —respondió Anita, aunque no sabía muy bien qué decir—. Exigió tanto de mi carne y de mi alma que nunca lo he apreciado tanto como se dice que se debería.

Sentía un extraño retortijón en el vientre que no le permitía mantenerse quieta: era un tirón de alegría, pero también de alerta. Aquella situación tan poco familiar le daban ganas de temblar.

Tampoco le gustaba la idea de rechazarla.

Reunirse solo para charlar y tomar aperitivos se volvió tradición. No eran las intensas conversaciones, repletas de chismes y secretos, que solía tener con lady Crawfey; tampoco eran las tardes infinitas que pasaba con la marquesa mientras ponían a caldo a todo el que no gozaba de su simpatía.

Era un remanso de paz, repleto de palabras cristalinas a las que Anita no estaba acostumbrada. ¡Qué nombre tendría el miedo que sentía en las tripas! Era como si su nueva amiga consiguiese ver más allá de su carne y de sus huesos.

—Cada día fuma más y tiene peor salud... ¿Se encuentra bien? Está muy pensativa.

Anita volvió al mundo.

—Sí, perdóneme —musitó—. Estaba pensando en que... El duque dice que quiere redecorar la biblioteca de Nottingham Hall y no podía parar de pensar en qué estilo podría ir bien con la cantidad de retratos que tiene ahí. ¿Qué decía del rey?

—Nada nuevo, en realidad —contestó la reina.

Anita alzó las cejas y soltó un gran suspiro antes de coger su copa de vino y bebérsela de un sorbo.

—Es conocida en Londres la colección de arte de la familia Spratt —dijo la reina mientras se levantaba del sofá—. Cuando rechazó al hijo, todos pensamos que lo hizo porque sus pinturas no habían resultado estar a la altura.

La mujer soltó una pequeña carcajada ante aquella broma pronunciada sin malicia alguna.

—¿Quiere que le enseñe las galerías del palacio?

—No había tenido la oportunidad de hacerlo todavía... Se me olvidó hace mucho tiempo la pasión que me provoca el arte.

En los pasillos de Buckingham se exponían una cadena infinita de retratos, paisajes y escenas, todos enmarcados con cuidado y orgullo en las paredes.

Recordó entonces la noche en la que Leonard Spratt le mostró la colección de su padre y pensó en qué le estaría pasando por la cabeza al muchacho en ese momento.

Era extraño pensar en el pasado.

—¿Suele visitar museos? He escuchado que en París están las mejores colecciones... Me pregunto cuánta bondad habrá en quienes regalan el arte.

La reina negó con la cabeza y siguió avanzando por el pasillo mientras comentaba las pinturas que se encontraba por el camino.

—¿Y este? —preguntó de repente Anita.

Se había parado frente a un pequeño lienzo que no acaraba ni un ápice del protagonismo ni de la grandiosidad de la acaudalada habitación.

Había reconocido, sin embargo, al autor de la obra. Anita era una magnánima experta en artistas, pinceladas y valores, así que no había pequeñez que pudiese lograr burlarla.

—¿Le gusta ese cuadro? —le preguntó la reina.

La mujer asintió.

—Es un paisaje reconfortante. —Se agachó para observar las olas con detalle—. Nunca pude ir a la playa cuando vivía en Brighton. Ni si quiera pude dar un pequeño paseíto...

—Hágale una foto si quiere. Así no tendrá que estar de un lado a otro del palacio para verla —le ofreció la reina.

Anita esbozó una sonrisa que le torció la comisura del labio mientras acariciaba el marco.

Era increíble como miles y miles de libras podían contenerse en un lienzo tan pequeño; como lo que podía dar de comer a tantas personas podían contenerse en esa pintura diminuta.

Anita amaba el arte porque Anita Dólar era arte.

¡Qué otra cosa en ese mundo si no podría compararse a ella! Un misterio que todo el mundo conocía, uno que todo el mundo quería tener, uno que nadie podía conservar.

—¿Duquesa? ¿Me escucha?

—Qué belleza —musitó al alejarse—. Sería un detalle por su parte permitirme hacerle una foto. Créame que le sacaré provecho. ¿Puede escuchar el mar usted también o es que la ilusión está acabando con mi cordura?

—Es cierto que el pintor tenía una técnica maestra. ¡Me imagino que tiene unas ganas terribles de visitar la costa! Vaya un día con Glastonbury a Saunton Sands. Las playas son preciosas y siempre hay alguna casa bonita que alquilar para pasar un par de semanas o dos.

—Es el tipo de sitio en el que no me importaría vivir mis últimos momentos —añadió Anita.

Entonces consiguió despegar los ojos del lienzo y continuó la ruta que la reina le marcaba a lo largo de la inmensa galería hasta que llegó la hora de despedirse.

Ese día había acordado salir a cenar.

Los asuntos de los que hablaban las tres eran completamente confidenciales; las vergonzosas manías de Crawfey, Glastonbury y Clopbourne quedaban entre ellas.

Así, Anita se preparaba para esas veladas con ganas y jamás se inventaba ninguna excusa.

—¿Dónde vas? Parece que vamos a salir juntos; estás engalanada de arriba abajo —le dijo el duque.

Él también se estaba anudando la pajarita para terminar de arreglarse para salir con unos antiguos compañeros de la universidad. No los veía desde hacía años y sentía la necesidad de mostrarse más elegante de como normalmente era.

—¿Quieres que te acompañe a tu reencuentro académico? —le preguntó Anita con asombro y



estupefacción—. Tendrías que habérmelo dicho antes; lady Crawfey y lady Clopbourne me esperan para cenar en un hotel.

—¿Crawfey?

—No te lées, querido. He dicho *lady* Crawfey.

Glastonbury continuó con su meditada decisión, aún no muy seguro de qué chaqueta causaría mejor impresión, pero no podía acallar el runrún de su cabeza, que inventaba miles de historias diferentes.

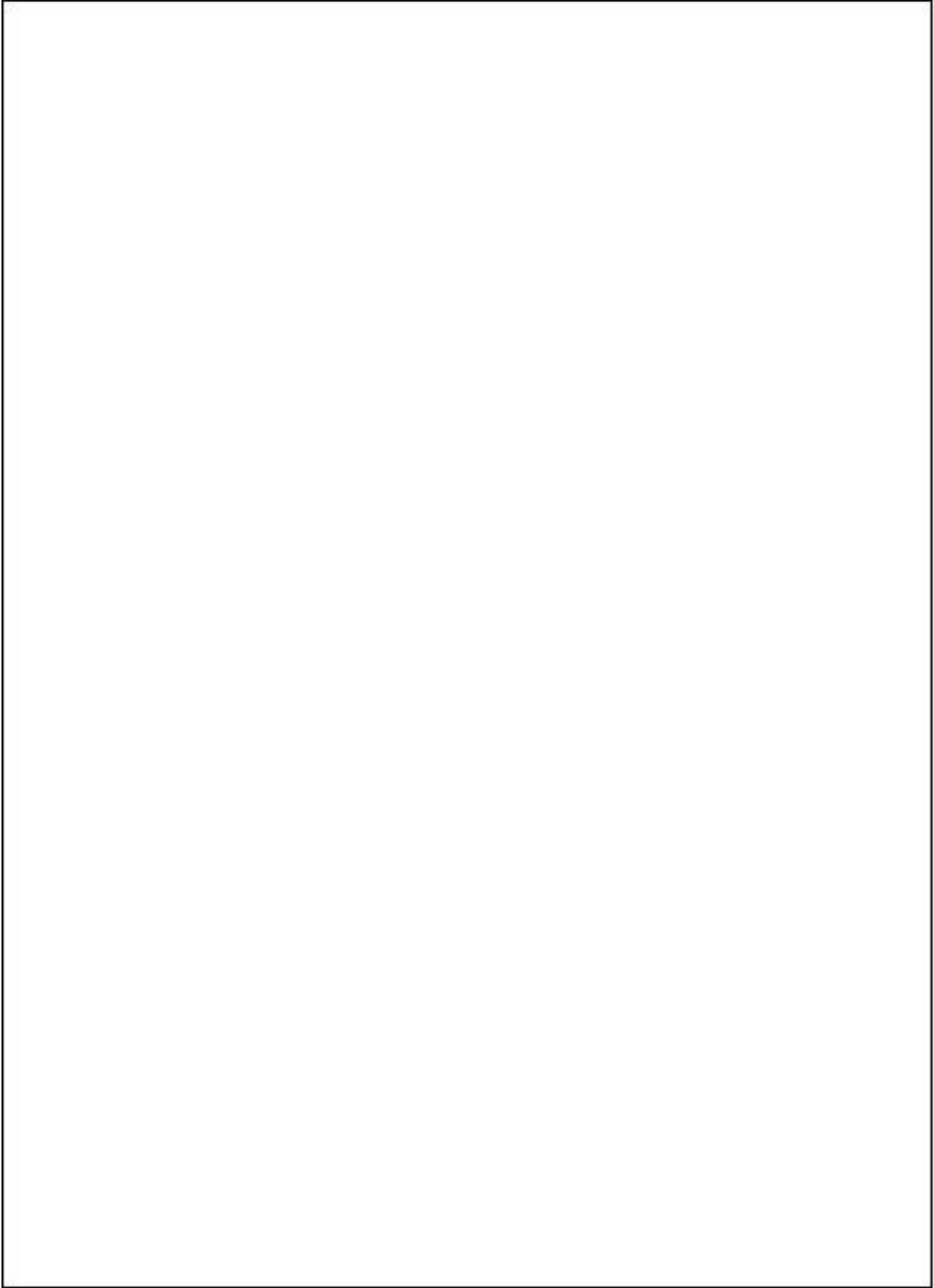
Ante aquel desagradable rumor, Anita cerró el cajón de su tocador y se cruzó de brazos.

—¿Tienes algo que decir? —le afeó, rompiendo el silencio.

—Nada, nada. Solo te había entendido mal... Ya sabes que la gente sigue hablando de ese escándalo inventado que tuviste con su hijo y no quiero que lo pases mal por un error tonto.

—No bebas mucho hoy, ¿de acuerdo? Sé que le darás vueltas a ese asunto durante toda la noche y, si vuelves borracho, me darás la mañana —le dijo con firmeza—. Pásalo bien.

Le dio un beso en la frente y salió a la calle.



Parte XIV.

Anita, bien casada  
y con buenos amigos,  
sale vencedora

## CAPÍTULO 40

—¡Lord Somerbridge, aquí! No me escucha. Bueno, es normal. ¡Cuánto ruido hace la gente...!

Anita caminó por el andén zarandeando la mano en el aire, esperando que así el vizconde y su esposa pudiesen verla entre la muchedumbre y el grueso humo gris que inundaban la estación.

Tras meses charlando por teléfono y por carta, la duquesa finalmente los había convencido para que viniesen a verla a Londres.

Habían terminado por vender la casa que el linaje había tenido siempre en la ciudad y pensaba que fuese prudente invitarlos a Buckingham, pero tenían dinero suficiente como para alquilar una durante un par de semanas.

—¡Mamá!

Anita corrió a abrazar a su hija en cuanto la vio.

—Mi vida, mi cielo, ¡cuánto has crecido! —soltó mientras le besaba la frente sin parar.

Lord Somerbridge le entregó todo el equipaje al ayuda de cámara que habían traído y siguió a Anita para salir de la estación.

—Hacía tanto tiempo que no nos veíamos —dijo su esposa—, ¡pensábamos que ya se había olvidado usted de nosotros, duquesa!

Anita sonrió y se le hincharon las mejillas.

—Eso no ocurrirá jamás, lady Somerbridge. La generosidad con la que me trataron, la bondad... Hicieron algo de lo que muy pocos pueden presumir, si nos olvidamos de quienes lo hicieron por otros motivos más allá de la compasión...

La duquesa les ayudó a llegar a su nueva casa alquilada sin perderse por la ciudad y dejó que los vizcondes se las apañasen a su ritmo para sacar el equipaje y acomodarse.

Sin embargo, al día siguiente, cuando la reina escuchó que habían llegado a Londres personajes tan conocidos —pues muchos, curiosos por saber qué había hecho Anita Dólar durante sus años malos, se habían puesto a investigar—, le preguntó si estaba interesada en invitarlos al palacio. Esa era, después de todo, su casa.

—¿Vendrán hoy? —dijo—. Oh, con su hija. Seguro que ha crecido mucho. ¿Cuántos años tiene?

—Once.

Los vizcondes llegaron a Buckingham a tiempo para el primer té de la tarde.

Mary se lanzó a los brazos de su madre y no la soltó ni un instante, temerosa de que se volviese a esfumar frente a sus ojos. Ante aquel despliegue de amor puro, Anita sintió que se le humedecían los ojos.

—No estén tan nerviosos —rió al ver que los vizcondes temblaban como hojas frente a la reina.

—Bueno —le susurró lady Somerbridge—, eso es fácil de decir. Seguro que usted estaba igual que nosotros el día que la conoció.

La mujer les dio la razón.

Aunque las preguntas eran un poco insistentes, Mary aguantó el interrogatorio de la reina porque su voz era tan empalagosa que rebosaba artificiosidad y le recordaba a la de su madre.

Aceptó tocar el piano para ellos.

—¡Qué maravilla! Tocas mejor que yo, cielo.

Mary entonces se fue al sofá donde se sentaban los Somerbridge una vez terminó con las teclas.

—Fue con ellos con quien dejó a su hija cuando se fue de Derbyshire, ¿no? —le preguntó la reina. Anita asintió.

—Así es; les debo la vida.

—Tuvo que ser duro separarse de ella.

Se quedó unos instantes en silencio, pensando en lo que acababa de escuchar.

—Fíjese —murmuró al fin, con la triste mirada perdida en el rostro sonriente de Mary— que pensé que en algún momento le cogería apego a ser madre. Una vez ocurre. Pero hay tantos inconvenientes y yo estoy tan mayor... Se me parte el alma al pensar que he traído a alguien a este mundo.

—¿No querría tener otro hijo? —le preguntó.

Anita recordó entonces el letargo de ser madre. Cómo solo podía imaginarse a Albert abrazando a su hija cada vez que la miraba. Cuánto lo había amado, y cómo se arrepintió de sus años con él. De quién era hija; el duque no se merecía ese dolor.

—¿Con Glastonbury? ¡Para nada! Fui madre por necesidad. La familia de mi marido aún no termina de acogerme y soy demasiado volátil; me siento muy incómoda con los niños, incluidos los míos, a pesar de mis bonitas palabras. Una vez dijeron que veía a mi hija como si fuera de alguien más. Y eso es completamente cierto. Mary es huérfana, pues no tiene madre y su padre murió hace mucho tiempo en la guerra. Yo soy una figura remota y distante para mi hija y no tengo ni idea de qué hacer con ella. Me fuerzo a darle besos y abrazos porque me repulsa la figura de la madre ausente; suficiente me odian ya.

La reina quiso sonreír al escucharla hablar, pero supo que no debía, aunque Anita estuviese hecha de cosas que ella sentía cercanas, encarnizadas y de lo más dolorosas para ella.

—¡Cielos! Miren la hora, más de las ocho —dijo lady Somerbridge—. Duquesa, ¿quiere que se quede Mary con usted o no le importaría si...?

—No creo que a mi marido le haga mucha gracia. Apenas deja a sus propios hijos pasar por aquí, ¡y el marqués tiene casi dos años más que yo! Así que imagínese con una niña.

—No importa. Hay sitio de sobra en nuestra casa. Mary, dile adiós a mamá —canturreó la vizcondesa.

Anita los acompañó a la salida del palacio y le dio un beso a su hija en la frente antes de despedirse de los Somerbridge.

Aunque al principio la duquesa no pudo hacerles mucho caso durante los primeros días de su estancia, pues alguien aseguraba haberla visto con el duque de Windsor en una ciudad de América, pronto volvió y se aseguró de dar a sus invitados toda su atención.

Los vizcondes tuvieron el privilegio de que Anita Dólar los guiara por sus lugares favoritos del mundo; a las cafeterías de París, a los bares ilegales de Chicago, a los incomprensibles clubs de Tokio; tuvieron la oportunidad de saborear un pedazo del mundo de la duquesa de Glastonbury.

Además, todo el que decía saber de sus aventuras debía conocer a los Somerbridge.

Algunos se interesaron en ellos por vivir la experiencia completa pues, aunque escuchar e inventar era de lo más satisfactorio, no lo era tanto como conocerlos en persona.

Algún día que otro se encontraba demasiado cansada como para salir a atiborrarse de vino caro y whisky fuerte, así que se quedaba a pasar tiempo con su hija. Nunca terminaban haciendo nada de interés y Anita se arrepentía de haberse quedado en casa.

Esa noche habían salido a cenar con su hermano Ernest después de ir a la Ópera Metropolitana.

Rosita no había podido ir con ellos por estar en Roma con el señor Folch, pero —aunque Anita jamás lo admitiría— su ausencia, jamás deseada, tampoco era una desgracia para ella.

—¿No están agotados? Porque yo no puedo pensar en otra cosa que no sea en dormir —farfulló Ernest al ver que su hermana se encendía el cigarrillo.

—Yo había pensado en ir a bailar —replicó ella.

—Duquesa, su energía no tiene fin —bromearon los Somerbridge—. Pero sí, estamos algo

cansados. Lo mejor será dar un pequeño paseo para tomar el aire y luego volver a su casa. Anita apretó los morros para mostrar que no estaba contenta con el aburrido concepto que tenían de salir por la noche.

—¿Y Glastonbury? Por un momento pensé que vendría con nosotros, pero desapareció en cuanto terminó el espectáculo —le comentó Ernest mientras tomaba los abrigos del encargado del guardarropa.

—¿Mi marido? ¡Ah! Estará por ahí. Ni siquiera habíamos planeado venir juntos a la ciudad; nos hemos encontrado por casualidad... O eso espero.

—No se cuida mucho para la edad que tiene.

—Pues no —contestó Anita sin disgusto.

Salieron a la calle para dar una vuelta antes de dirigirse al coche y una vez allí la acaramelada voz francesa de un joven interrumpió su conversación.

—¡Monsieur Blériot! —exclamó Anita mientras le ofrecía el reverso de su mano enguantada—. Qué sorpresa verlo a usted por este país.

—*Charmante*, como siempre, *duchesse*. Veo que está con sus amigos. ¿Adónde se dirige?

Anita puso cara de pena.

—Mis amigos y yo dábamos una última vuelta antes de volver. Verá, están muy cansados, ¡no pueden seguirme el ritmo! Así que seré clemente por una vez y no insistiré —le dijo.

—Pues venga usted conmigo. Un viejo amigo mío celebra una fiesta hoy en casa y estará encantado de que venga. *C'est hors de question, duchesse!* No podría dormir esta noche si se despide usted con esa cara tan triste.

—¡No me tiente, bribón! —respondió Anita.

Ernest avanzó para cogerla del hombro.

—¿Qué haces? —farfulló en voz baja—. Venga, vámonos ya a casa. Podemos salir mañana a pasear... No hagas tonterías.

La mujer se deshizo de su mano frígida y abrió el grupo para realizar las presentaciones.

—Lord Somerbridge, deje que le presente al encantador Monsieur Blériot, aviador y excelente compañero de fatigas. Lady Somerbridge... Y este es mi hermano, el señor Ernest Schneider. — Una vez terminó, aceptó el brazo que le tendía el francés y se despidió de ellos—. Los veré mañana, que descansen. Aunque aún están a tiempo de unirse a nosotros y alargar la noche.

Mientras bajaban por la calle, Ernest pudo escuchar que le preguntaba sobre qué planes tenía para esa noche.

Anita pasó la noche con el piloto y con unos amigos que había hecho en París yendo de los cabarets a los bares, y después a la casa de algún desconocido.

Cuando volvió a la mansión, el duque la esperaba con el rostro enrojecido, una botella vacía malamente escondida tras una mesita y los brazos cruzados con impaciencia.

—¡Glastonbury! —chilló del susto—. Otra vez borracho. Ya ni la ley te detiene, Cielos.

—Tampoco te detiene a ti —le reprochó él mientras le mostraba el lustroso anillo en su dedo.

—¿Otra vez con ese tema? Me vas a dar migrañas. Ya sabes que estoy casada, ¡y nada más y nada menos que contigo! Así que no vuelvas a insinuar que soy una adúltera.

—También lo estabas cuando nos encontramos en el Savoy, y cuando te pedí matrimonio. Seguías casada cuando pasamos esa semana juntos en Italia —insistió el duque, sonriendo con el dolor brillándole entre los dientes.

Anita avanzó por la habitación mientras se deshacía de sus guantes y del sombrero.

—No te haré caso, estás borracho.

—¡Y aunque estuviese sobrio como un monje tampoco me escucharías, Anita! —balbuceó

Glastonbury.

—Para no estarlo te quejas de maravilla... —Se quitó los pendientes y los guardó en una cajita—. Yo me voy a dormir, estoy agotada. Si quieres venir conmigo, bien. Si prefieres quedarte aquí gimoteando, también me vale. Buenas noches.

—Ese piloto te habrá dejado exhausta, claro... —farfulló su marido antes de levantarse del diván. Le chistó y se metió en la cama sin apagar la luz.

Glastonbury dio un par de tumbos hasta el vestidor, donde comenzó a desvestirse con torpeza, y tiró la pajarita al suelo.

Cuando cerró los ojos, Anita se imaginó la playa del cuadro; se imaginó cómo sería la brisa del mar, cómo sería tanto sol reflejándose en una piel, se imaginó la arena caliente bajo los pies.

Parecía tan lejana, y el camino parecía tan largo y lleno de piedras, que se le encogía el pecho cada vez que pensaba en él.

## CAPÍTULO 41

Las tardes en las que la reina la invitaba a tomar el té eran verdaderos momentos de placer para Anita.

Siempre tenían algo de lo que hablar, como podía ser, por ejemplo, la mala salud de sus maridos debido a la ingente cantidad de tabaco que fumaban.

Mientras Anita preparaba el té, la reina la observó en silencio y, tras unos instantes, habló.

—Sé que este es un tema que no me concierne, pero me preocupa que usted no sea consciente de ello... —Tomó la taza con gesto de agradecimiento y continuó hablando—. Si no sabe nada al respecto, me aliviará. Si, por el contrario, es consciente de que se habla de este tema...

—¿Qué ocurre, Majestad?

La reina frunció el ceño con angustia.

—Se habla por todas partes de sus múltiples amistades, duquesa. Y, por naturaleza, los hombres y las mujeres no pueden ser amigos, así que esos rumores, como siempre, se tornan menos cristianos de lo que deberían.

En la boca de Anita se pintó una sonrisa ladina que no daba lugar a equivocaciones de ningún tipo y su compañera sintió dentro una ligera sensación de decepción.

—¿Pregunta usted por simple curiosidad —dijo entonces— o porque piensa que se necesitan medidas?

—¿Qué le ocurre? Normalmente lo niega todo.

—Ya no me interesa decir cosas así. La gente no las cree y a mí me exige mucha fuerza contradecirles todo el santo rato. Además, ¿para qué? Siempre han pensado así —murmuró ella antes de darle un sorbo silencioso a su té.

—Pues debería saber que Glastonbury es un hombre territorial. No soportará que su esposa está yendo de un lado a otro recolectando amantes —le replicó la reina—. Quizá la mayoría haya olvidado sobre su escándalo con Crawfey, y quizá a pocos les importe sus noches con ese aviador, pero a él sí.

—¿Y qué es lo peor que puede hacerme el duque? ¿Divorciarse? No me sorprendería, sinceramente... Sería la oportunidad perfecta para buscarse a otra esposa más joven que yo.

A la reina le indignaba aquella muestra de indiferencia por su parte, sobre todo cuando le venían a la mente todos los llantos que había soltado Anita por culpa de las mentiras y los bulos.

¿Acaso no sentía esa amiga suya ni una pizca de culpabilidad por todo ese asunto? ¿No tenía interés en guardar los restos de decencia que quedaban tras su marchito nombre?

—Le he escuchado mentir tantas veces, duquesa, y aun así jamás la he visto como a una mentirosa...

Anita apretó la mandíbula.

—¿Y quién dice que miento? —soltó—. Hay un vicio muy desagradable por poner palabras en mi boca y darme el crédito de cosas que no son mías.

—Solo le digo que intente ser más discreta. No estoy en contra de que nadie busque su felicidad, pero sí de que se hable de la manera en la que se habla. Y lo sabe tampoco es la primera vez; acuérdesse, si no, de cuando su primer marido, el coronel, murió y se expandió el feo rumor de que usted había tenido una aventura con su hermano.

—No fue una buena época, no —le concedió la mujer con una sonrisa que, de cierta forma, parecía mostrar agradecimiento.

La reina volvió a sumirse en un grueso silencio inconformista.



—Sé que no lo entiende, Majestad, pero soy Anita Dólar. No hay nada en este mundo que yo haga y que no tenga un precio. Ni siquiera la felicidad.

Y al decir eso Anita no mentía.

No negó los rumores, pero tampoco dijo que fuesen ciertos; de cierto modo, todos pensaron que Anita Dólar estaba jugando a algo incomprensible, y la idea no gustó en absoluto.

Anita, sin embargo, no pudo olvidar las palabras que le había dicho la reina.

¿Qué tenía que hacer para perder todo aquel afecto que jamás había merecido? ¡Que nunca había sido una mentirosa! Si al menos todo el mundo pensase como ella...

Pocos días después de la ineficaz intervención en la habitación de la reina, la duquesa se vestía para salir a cenar con la condesa cuando su marido entró a su vestidor.

La contempló, al principio, en silencio.

Solo se escuchaban los sonidos guturales de su garganta, sobre los cuales no tenía poder alguno, y al verla tan engalanada, y estando tan borracho, Glastonbury se apoyó en el marco de la entrada con la botella en la mano y una mirada desafiante incrustada en sus ojos.

—¿Adónde vas? —le preguntó mientras ella se colocaba un elegante collar de perlas.

Anita, que con eso casi había terminado de prepararse, salió del vestidor sabiendo que su marido la seguiría por el pasillo y se dirigió al salón para buscar su sombrero.

—Esta noche cenaré con unos amigos —le respondió mientras iba de un lado a otro recolectando sus cosas—. Llegaré tarde, así que no hace falta que me esperes. Por cierto, ¿has visto mis pendientes de diamante? No los encuentro por ninguna parte y ya había planeado usarlos hoy.

—¿Vas a ver a Crawfey? ¿O acaso esta noche es el turno de ese francés tan encantador? Dime, Anita. ¿Con quién te acostarás esta noche? ¡Dímelo!

—¡Cielos, Glastonbury! No voy a ver a ningún hombre. Qué cuentista eres... —farfulló—. Bueno, ¿los has visto o no? Tengo prisa.

A su lado se encontraba el tablero de ajedrez donde solía jugar esas noches en las que no le apetecía salir a divertirse.

—¿Qué le pasa a todo el mundo con esa tontería de que nado en cartas de amor? Vamos, duque, no irás a creerles a ellos, ¿no? ¿Antes que a tu esposa?

La reina se encontraba escondida en una esquina, demasiado lejos de la victoria, pero un peón había logrado acercarse al rey blanco sin llamar la atención de los demás.

—¿Por qué estás tan callado de repente? No te crearás todos esos estúpidos rumores, ¿no? ¿Por qué iba a preferir a un conde antes que a un duque? —preguntó.

Su esposo la interrumpió con voz húmeda:

—Anita, recuerda: estás cavando tu tumba con esas palabras tan imprudentes.

—¿Acaso no son estas —continuó Anita sin inmutarse— verdades de las que siempre has sabido? Verdades que siempre sabrás, Glastonbury: que un duque es mejor que un conde, y qué decir de un pobre aviador; que a Anita Dólar nunca le han interesado los caballeros apuestos, sino los que tienen dinero y poder. No soy una mujer sentimental, ya lo sabes.

—¡No estamos hablando de Anita Dólar, sino de mi esposa, de la duquesa! ¡Ella es quien va de país en país coqueteando con todos los hombres que se le cruzan! —bramó Glastonbury, y pegó con tal fuerza a la pared que todo el muró tembló y le comenzaron a sangrar los nudillos.

—¿No me dijiste que era con Anita Dólar con quien querías casarte? ¿No dijiste acaso que esa era la gran victoria?

—Jamás me advertiste de que te comportarías como una puta ni que te pasarías las noches de bar en bar mendigando una copa y una noche con cualquier desconocido —replicó el duque.

Mientras, ella, sonriente, cogió el peón y tumbó la pieza del rey con un golpe seco.

—Lo siento, pero esto es un teatro. Las tragedias y las comedias están separadas por un hilo muy fino.

Ante su silencio —y viendo que ya había encontrado todo lo que necesitaba—, se dirigió con seguridad a la salida.

El duque se acercó a la puerta a zancadas y la cerró de un portazo, haciendo que el desagradable sonido de la madera retumbase por toda la habitación.

—¡Si sales a la calle montarás un espectáculo!

—Quieren espectáculo —soltó la joven con una sonrisa—. ¡Quieren a Anita Dólar, no les interesa nada más! Ni mi sangre ni mi enigma. ¡Mi cabeza entera es lo que quieren, colgada en una pica frente a toda la ciudad! —Entonces tragó saliva—. Y este será el último espectáculo, mi último regalo.

La duquesa recogió la botella de la que Glastonbury había estado bebiendo durante toda la tarde y la olisqueó con cuidado, procurando no llenarse los pulmones con el desagradable olor.

—Déjame. Llegaré tarde por tu culpa —le dijo.

Agarró el jarrón que decoraba una de las cómodas y lo estampó con fuerza contra la pared, pero él no reaccionó.

El duque cayó rendido y el golpe provocó tal temblor en el suelo que las piezas del tablero, colocadas con sumo cuidado para mantener el equilibrio, cayeron sin remedio. Rodaron por el suelo hasta desperdigarse por toda la habitación.

—No pienso recogerlas —murmuró.

Anita cogió una navaja del lavabo y se dedicó a teñir las sábanas de la cama con su propia sangre; se arrancó un par de cabellos para esparcirlos sobre el suelo y rasgó con los pedazos de porcelana todo lo que vio a su alcance.

La habitación parecía una suite infernal que guardaba chillidos de pánico dentro de sus muebles.

Desde la ventana, Anita veía la ciudad como una miniatura; los pequeños muñecos corrían de un lado a otro con prisa y parecían ajenos a la gran realidad que los cubría como las grandes alas de un pájaro.

Pero entonces acarició el cristal y, mientras un desafiante escalofrío le recorría la espalda, miró hacia arriba, hacia el elegante techo de la habitación: ¿acaso había algo cubriéndola a ella también?

Era un pensamiento reconfortante.

Anita volvió a la realidad y se cambió de zapatos, dejando atrás una rastro de huellas de sangre que ya no podrían volver a perseguirla.

—Las cosas que una mujer debe esconder...

Se deshizo del pesado abrigo de plumón, del sombrero, de todo lo que le adornaba el cuerpo y cogió la vieja gabardina que guardaba bajo la cama para cubrirse con ella mientras escondía su cabello debajo de un grueso sombrero de lana.

Con un paño mojado se limpió los labios y los ojos, despejó su rostro de cualquier maquillaje y se lavó la cara con agua fría.

Para quedarse más tranquila, se agachó sobre el cuerpo inerte de su marido y dio un suspiro de alivio cuando vio que seguía vivo, aunque completamente dormido.

Entonces Anita salió de la habitación y se escondió en uno de los pasillos desolados del palacio, esperando a que, por el repentino silencio que había inundado la habitación tras todo aquel ruido, los curiosos se acercasen y viesan la escena.

Apenas media hora después el jaleo comenzó a rodear el ala donde residían los Glastonbury; gritos, sollozos, jadeos de sorpresa.

La habitación apestaba a muerte y a sangre seca.

Anita se cubrió las manos con los guantes de cuero mientras se recorría silenciosamente el pasillo de la galería. El pasillo carecía de luz diurna y estaba congelado debido, seguramente, a que nadie se había parado a plantearse si aquella parte del palacio necesitaba o no una buena noche de calefacción.

Con cuidado, tomó el marco del pequeño paisaje costero que dormitaba colgado de la pared; el cuadro seguía plasmado de colores vivos y figuras risueñas cuando lo guardó dentro de su bolso, pero calló todas sus canciones cuando la mujer lo cerró.

Se arrepintió de no haberlo podido observar con más detenimiento, porque pensaba sinceramente que era una pieza única y magnífica; sin embargo, el tiempo marchaba en su contra y todo el país, también.

Colgó la réplica con cuidado donde antes había dormitado la obra maestra y enderezó el marco hasta estar satisfecha.

Un par años después, cuando en Nueva York se anunciase el inicio de una recesión encarnizada, todas las familias —como los Spratt, los Musgrove o los Crawfey— con la intención de vender sus colecciones artísticas se encontrarían con que muchas ellas eran réplicas pobremente hechas.

Aunque Anita, trágicamente, había malgastado todo ese esfuerzo a lo largo de su vida.

Salió en silencio del palacio por la puerta de la cocina; era tan tarde que no habría nadie y no podía encontrarse con un puñado de guardias si quería continuar con aquel loco plan.

Las largas calles de Londres la recibieron como siempre; frías, húmedas y llenas de secretos.

Había llovido durante todo el día, así que los adoquines de piedra brillaban con la amenaza de un resbalón fatal; y a medianoche los ciudadanos más divertidos se amontonaban en las aceras para ir a sus bares y clubes favoritos.

Buscó en el bolsillo un par de libras para comprar un billete de tren y contó que, con el dinero que le quedaba, podría verse con Frank Washington y volver a Inglaterra a tiempo.

Anita pensó en ese momento que habría un centenar de personas muriendo a lo largo del mundo; un millar de personas naciendo, gente realizando hazañas de lo más curiosas.

Mientras, los que caminaban por las calles a altas horas de la noche parecían totalmente ajenos.

Y allí estaba Anita, realizando su propia hazaña de lo más curiosa —en cierto modo— sin llamar la atención de los demás. ¿Estaba ella tan ciega?

Sus propias reflexiones le hicieron soltar una carcajada incrédula y continuó recorriendo los callejones a paso ligero mientras sujetaba el pesado bolso con los brazos.

—¡Taxi! —exclamó—. ¡Aquí! A la estación de tren, por favor —le indicó al subir

Anita se preguntó si ocurrían locuras así tan a menudo y a escondidas o si realmente eran sucesos milenarios que simplemente lo convertían a uno en un afortunado espectador.

Entonces pensó que jamás lo sabría, pues se dio cuenta de que daba completamente igual; después de todo, la sangre no hacía ruido al rezumar.

## CAPÍTULO 42

Ernest bajó las escaleras de madera con torpeza, casi arrojándose a la playa, mientras la arena se le colaba dentro de los zapatos y el viento le enredaba la corbata alrededor del cuello.

«Ven a Saunton Sands», le había dicho su hermana en un último telegrama antes de su muerte. «Da igual lo que escuches, da igual las historias que te cuenten. Encuéntrate allí conmigo».

¡Era imposible! El corazón le latía tan fuerte que se le iba a salir de la boca para botar escaleras abajo.

Todo el mundo sabía que Anita Dólar llevaba días muerta; su marido, el duque de Glastonbury, la había asesinado en medio de un ataque de celos, aunque, debido a su borrachera, no se acordaba ni de dónde había escondido el cadáver.

Ernest quería romper a llorar, porque sabía que encontraría la playa completamente vacía.

—¡Ana! —gritó al vacío—. Ana, ¿dónde estás?

Entonces vio sobre la orilla una figura pensativa que observaba el mar como si le quedasen segundos de vida. El agua le lamía los pies con gracia y su cabello brillaba bajo el sol.

De haber sido un artista, Ernest habría deseado plasmar la trágica escena sobre un lienzo.

Anita se giró y le hizo unas señas con los brazos para que se acercase hacia la orilla, y al verle llegar le dio una palmada en la espalda para convencerle de que estaba hecha de carne y hueso.

—¡Ana! —sollozó—. ¡Estás viva, Ana! ¡Viva! ¿Qué ha ocurrido? ¡Todos piensan que el duque...!

Tras unos segundos de silencio, Anita respondió:

—Aquí estoy. ¿No me ves?

Ernest la agarró de un hombro para poder mirarla a la cara y se sorprendió al toparse con una sonrisa de oreja a oreja que le decoraba el rostro como un cuadro de colores.

—¿Cómo? ¡Le arruinarás la vida al duque!

—¿Arruinarle la vida a un duque...? —Anita comenzó a reír tan fuerte, sin apenas deseo de parar, que tuvo que carraspear—. ¡Ya hablas como un rey!

Decidió, de todas formas, dejar de lado la furia que le hervía dentro y abrazó a su hermana.

—¿Por qué? ¿Por qué has hecho algo así? Podrías... ¡No sé! ¡Podrías haber dejado a tu marido! Aun casada, siempre podrías encontrar a otro hombre que aceptase tu situación... ¡O montar un negocio! Las cosas han cambiado en estos últimos años —dijo mientras la soltaba.

—Mi vida está demasiado podrida, demasiado ulcerada como para seguir viviéndola —comenzó a decir Anita mientras caminaba por la orilla. Un fino tono apagado le cubría las retinas—. No con este nombre, al menos, ni con esta intriga a las espaldas. De quedarme, tendría que vivir con el doloroso recuerdo de lo que un día fui. Estaría en todas partes: en la ropa que uso, en mi reflejo, en la gente que camina a mi alrededor...

Anita se tumbó sobre la arena fría y le hizo un gesto a su hermano para que se sentase junto a ella. Ambos continuaron observando en silencio más allá de la orilla, y la mujer tiró una sola flor al mar.

—No sé —respondió ella cuando su hermano le preguntó—; se suele traer flores a los funerales. ¿Ves ese barco? Saldrá del puerto en dos horas.

—¿Hacia dónde?

—¿Acaso importa? —Anita bajó la mirada y dio un par de patadas a la arena, sonriente—. Siempre quise ir a la playa, aunque nunca tuve la oportunidad cuando vivía en Brighton.

—¿Y ahora puedes? —le preguntó su hermano.

—¡Sí! Ahora puedo hacer lo que me plazca, ¡soy tan libre como el viento! Nada me puede detener.

Todo está acordado, asegurado y protegido... Ahora, acércate. Tengo algo preparado para ti. Anita había dispuesto una pequeña tienda para refugiarse del sol y, dentro, una mesita con dos sillas pintadas de azul.

Sobre la mesa yacían tres maletines de cuero y un bolso cerrado a cal y canto. Aunque Ernest temía, a sabiendas de que allí se escondía algo que ni podía imaginarse, ver cómo alguien se lo llevaba corriendo; se tranquilizó al echar un vistazo alrededor y darse cuenta de que la playa estaba desierta.

—Este maletín —dijo, abriéndolo para mostrarle a su hermano una indecente cantidad de billetes que brotaban como una flor que recién florecida— es mío; lo usaré para... Bueno, ya veré que haré con el dinero. Este otro es para ti. Dentro hay doscientos cincuenta mil dólares, úsalos para comprar la empresa del señor Schneider. Es para lo que te criaron, al fin y al cabo.

—¿Y ese? —preguntó Ernest mientras señalaba la tercera bolsa, que también reposaba sobre la mesa.

Ella no respondió, pues se les había acercado un hombre al que ninguno de los dos conocían. Su hermano le lanzó una mirada de sospecha mientras lo veía avanzar por la arena.

El caballero se arregló la corbata al llegar.

—¿Es usted Ana Schneider? —Ellos asintieron, aunque Ernest tardó en reaccionar a la voz del desconocido—. Me envía el señor Folch.

Anita le tendió el maletín sin ceremonia alguna y esperó a quedarse a solas con su hermano para explicarle qué acababa de ocurrir.

—Hace muchos años cometí un error de medio millón de dólares por el cual, a pesar de todos mis esfuerzos, pagaré por el resto de mi vida.

—¿Y así pretendes arreglarlo? ¿Abandonando a tu hija, a tu marido, a tu familia? ¡Engañándolos a todos! Debería darte vergüenza. Te has desangrado para construir todo esto que tienes ahora, ¡y lo tirarás todo por la borda por tu... mala fama!

Anita, sintiendo un sollozo, apretó los labios mientras se le humedecían los ojos.

Había intentado comerse el llanto, pero no podía: sintió unas convulsiones en el pecho, la cabeza comenzó a darle vueltas y, por un momento, sintió que todas las emociones del universo daban vueltas dentro de su cuerpo.

Por eso le dijo mientras lloraba:

—¿Mala fama? Anita Dólar es un demonio.

Ernest no supo qué hacer ante el llanto y eligió actuar como siempre había hecho ante uno de los berrinches de su hermana; intentó avergonzarla con la más perfecta e irrompible lógica:

—Uno con el que, según me has dicho, siempre has sabido vivir—dijo—. He intentado convencerte de construir una vida simple mientras podías, pero me dabas largas. Ahora, Ana, te ves forzada a esto...

Anita cogió su maletín y lo cerró con fuerza para descargar la fuerza todos los espasmos y temblores que le provocaba el pecho.

—Lo dices como si me hubiese casado con siete hombres diferentes; uno por cada pecado capital.

—Entonces habrías acabado casándote de nuevo con un hombre respetable —farfulló él—. No... No creo que hayas tomado la mejor decisión, pero ya no hay vuelta atrás. Me gustaría pedirte que te quedases, y me encantaría que, por una vez en tu vida, hicieses caso a lo que te digo.

—¿Como si yo nunca hubiese querido eso! Pero ¿sabes? Odiándola, santificándola, sacrificándola... Nadie está a salvo de mi historia, Ernest... Nadie ignora a Anita Dólar. ¡Ni yo sé qué hacer con ella! ¿Debería amarla o debería odiarla? Muchas veces me he acostado preguntando cuándo empezó todo este infierno... Pero no tengo ni la más mínima idea; sin embargo, si quiero

ser feliz, tengo que matarla. Hasta los demonios necesitan reposo.

Ernest se quedó en silencio.

—Dime en qué sentido les he engañado —exigió saber ella—. Pagada la deuda, Anita Dólar ha muerto. No miento. ¡Mírame si no me crees! Por primera vez en años, no tengo nada que esconder. Todo ha tenido un final que, aunque feliz, me deja un sabor amargo debajo de la lengua... Supongo que ese es el precio que tengo que pagar; un recuerdo que me torture.

Ernest se sentó con el alma en los pies.

—Puedes... Puedes intentarlo, al menos, ¿no crees? El duque podría acceder a divorciarse, y tú tendrías la oportunidad de encontrar a un hombre... No, quédate sola —se corrigió el joven—. Tienes el dinero suficiente para invertir bien.

Con una sonrisa, la mujer le estrechó el hombro y se sentó a su lado con parsimonia, disfrutando de la brisa de la playa.

—Sabes que eso no es posible; no por nada soy, y así me llaman en este país, Anita Dólar —dijo entonces—. Me querían sobre el escenario, Ernie, no en los teatros con sus familias, ni en los parques con sus hijas, ni en las cafeterías con sus amigos.

Ernest nunca se había parado a pensar sobre el asunto de esa manera; siempre había visto a su pobre hermana pequeña como un monstruoso subproducto de la sucia ambición de sus padres.

Para él, Anita Dólar era un demonio fantasmal que vivía con ella solo para provocar desgracias e infelicidad. Nunca había pensado en la posibilidad de que esa máscara, falsa como era en cierta forma, estuviese hecha de carne.

—¿Qué dices? Cállate —soltó Anita, impaciente.

Ernest intentó replicarle algo, pero solo le salían tonterías sin sentido de la boca.

—Hubo risas, hubo tragedia, hubo alegría —le concedió, esta vez, con una pequeña risa—. ¡Hasta nunca! Quizá me veas algún día de reojo... En cualquier caso, jamás me saludes. Ninguno de los dos querría arruinar este fantástico final.

—¿Y he de pagar yo de nuevo por tus demonios? Me perseguirás hasta el día que muera. Perseguirás a todas las personas que un día te conocieron y que no murieron en el camino.

Ella le apretó el hombro con cariño, recogió el maletín y se dirigió al puerto.

—Qué siglo más largo —farfulló Ernest cuando se encontró solo en la playa.

Pensó en ese momento en todo lo que sabía de Ana; en todo lo que sabía de ella sin dudar en si era verdad o si, por el contrario, no era más que ideas preconcebidas que se había formado de ella porque tenía enfrentarse a lo desconocido.

Aparte de Anita Dólar, nada le vino a la cabeza.

Tal y como le había pedido la moribunda Anita Dólar, Ernest compró la compañía de su padre y, con los conocimientos adquiridos en su juventud —en parte por obligación, pues jamás había querido ser empresario ni tiburón, y por lo tanto supuso que lo hacía por su hermana—, consiguió reavivarla y le devolvió a Folch el dinero que le había prestado.

Maldita ironía, la vida.

«¡Dinero, dinero! », había dicho su hermana una vez, «¡eso es lo que nos une a todos! »

El duque no sufrió ninguna repercusión por el supuesto asesinato de su mujer; estaba ebrio y era conocido por todos que le poseía el mal genio cuando bebía. Además, sin cadáver, todo había quedado en una desaparición que a nadie le interesaba resolver, ya fuese porque estaban seguros de su muerte o porque el duque gozaba de una inmensa inmunidad legal que le volvía indestructible.

Tampoco sufrió por su tercera viudedad pues, en cierta forma, sentía que se había deshecho de una desagradable carga; Anita Dólar ya no estaba en ese mundo para atormentarle con sus escándalos.

Fairfax, sin embargo, sintió algo de pena por la pérdida y le pidió a lady Crawfey que colocasen

una placa de piedra en el cementerio del pueblo.

Como era de esperar, nadie fue a visitarla, pero haber malgastado apenas dos libras de piedra en aquella lápida era mejor que tener el fantasma de Anita Dólar en sus cabezas para el resto de sus vidas.

El veinte de enero de 1936, María de Teck se encontró a sí misma en el salón del palacio donde solía pasar tiempo con aquella misteriosa mujer y se preguntó si el alma de Anita Dólar estaría cerca. Ya no podía ver a su hijo David a la cara; se parecía tanto a ella que la veía en cada parte de su cuerpo, en su voz, en su forma de andar.

Su presencia no se había desvanecido de las consciencias de quienes la habían conocido en vida; era como la desagradable sensación del vapor en la cara. El calor, la humedad. La angustia por su muerte.

Un mundo sin Anita Dólar podría haber sido grato, pero uno con su cadáver era insoportable.

Era un pasado escondido, un pasado del que nadie hablaba; esos que en su día fueron momentos encarnizados que latían con la pasión de estar vivos.

Ernest no sabía cuál era el sentido de todo eso. ¡Pero lo que importaba eran los futuros inciertos!

Pensó, fascinado, en cuántas leyendas se habrían quedado sin un final por culpa de un protagonista aficionado a los secretos; cuántas tragedias eran en realidad una comedia sin terminar.

Un día, Ernest, sentado junto al fuego con su esposa —tenía la mirada perdida y pensaba en cosas sobre las que siempre se preguntaría—, le dijo:

—Espero que Anita viva bien allá donde esté.

Su mujer supuso que se refería a la muerte.

«Compadre, quiero cambiar mi caballo por su casa, mi montura por su espejo, mi cuchillo por su manta. Compadre, vengo sangrando desde los montes de Cabra.

Si yo pudiera, mocito, ese trato se cerraba. Pero yo ya no soy yo, ni mi casa es ya mi casa.

Compadre, quiero morir decentemente en mi cama. De acero, si puede ser, con las sábanas de Holanda. ¿No ves la herida que

---

<sup>[1]</sup> Del francés "*plus ça change, plus c'est la même chose*" o "cuanto más cambia, más idéntico permanece". Indica la aceptación de una situación o del actual estado de una cosa.